

ANGEL MARIO
FERNANDEZ

DEFECTIVE
CITIZEN

EL DETECTIVE CIEGO

Introducción

Hmmmm. Me desperté cuando sentí los primeros pájaros. En los barrios periféricos a Buenos Aires se conservan todavía una gran variedad de pájaros, aunque sé que pronto esto será un grato recuerdo de mis sentidos. Pero aún se oyen gorriones, benteveos, ruiseñores, zorzales, jilgueros, horneros, cardenales, cotorras y es habitual también oír bandadas de patos, aunque cada vez se oyen menos. Como cada vez hay menos lagunas donde los niños van a cazar ranas. Por cierto, ya no oigo a esos batracios que alegran cada año los atardeceres de finales de la primavera. Es que Remedios de Escalada, el pueblo, ya está dejando de ser pueblo para convertirse en ciudad, cada vez más populosa. Pero entre todos los sonidos, debo reconocer que mis preferidos son los teros, que cuando pasan por el cielo de los suburbios de Buenos Aires hacen un escándalo digno de un concierto de pájaros. Antes, hace no muchos años, un gallo daba su mensaje temprano para que otras decenas de compañeros, tal cual ecos, repitieran hasta el cansancio que ya era hora de la salida del sol. Ya no se escuchan tampoco, devorados por el cemento de la gran ciudad, que con sus grúas titilantes al viento, que no para de crecer.

–Ummñññagggg.

Estiré todos los músculos en la oscuridad y sentí el “crack” delicioso

ligaríamos con las chicas más guapas –se rió a mis espaldas. Y mientras oía que se alejaba: –Yo siempre regalo flores cada vez que me gusta una tía.

Sonreí por el recuerdo. En fin. De eso hace tanto tiempo. Pero de verdad odio que corten las flores. Son manías que cada uno tiene. Lo máximo me gustan tocarlas suavemente y sentir los pelillos de la hoja como la tersura de la parte superior e inferior, según la especie. Y no solo que corten las flores, odio muchas cosas. Por ejemplo, el desorden. Pero yo sé que eso la gente lo justificará.

Abro la ventana y la brisa me pega en el cuerpo.

“*No parece que vendrá pronto la primavera*”, me digo. ¿Por qué el comienzo de la primavera es siempre tan frío? Mi madre dice que es por el cambio de clima, pero no, que siempre fue igual, aún de niño. Lo sé porque mi piel se mantiene rugosa hasta que por lo menos nos acercamos al mes de octubre.

–Hola, Daniel. ¿Tan temprano levantado?

Siempre me olvido que la ventana de este piso de mamá en el bajo da a la calle y que estas casas fueron construidas para aniquilar la intimidad.

–No es tan temprano –le respondí a doña Carmen, mientras barría la acera de su casa y aprovechaba para cotillear un poco.

–¡Y vos cómo lo sabés! –se rió.

Yo sonreí y sentí el sol tibio pegar en mi cara. Serían las nueve o así.

–El mundo está lleno de respuesta que usted se sorprendería, doña Carmen –le dije mordaz y ella largó una risita.

Yo también sonreí, pues doña Carmen no entendió mi ironía y aún así rió estúpidamente. Luego consideré que había estado un poco rudo: doña Carmen no era una mala mujer aunque un poco cotilla, pero es que ¡esa vena malhumorada que a veces me sale por la imbecilidad humana...! Siete pasos después, estaba pasando por el pasillo y justito frente a mí el picaporte de la puerta. Era mejor la entrada corrediza del baño de la otra casa de mi madre, pero bueno, hay que acostumbrarse a todo.

Cerré de un golpe la puerta. ¿Por qué siempre cierras la puerta cuando estás solo, Daniel? Esa pregunta me la hice mil veces y siempre llego a la conclusión de que tal vez no esté solo siempre. Hay que estar prevenido por las dudas. O tal vez es miedo a que alguien estuviera observándome desde las sombras sin que me dé cuenta. Las sombras tienen vida, mucha vida. No sé de dónde saqué ese miedo ridículo; tal vez de Mariano, mi compañero de habitación cuando los años de la escuela básica. Mariano siempre me comentaba como sentía la presencia de alguien cerca de él entre las sombras y eso me inquietó tanto que hasta tuve pesadillas muchas noches. Aquella sombra desconocida se me aparecía de repente, pero no me decía nada, ni amenaza ni golpe, nada. Pero yo oía su respiración cerca, y estiraba mis brazos en la sombra para atraparlo. Casi siempre cuando lo conseguía, algo

que no podía recordar del todo pasaba, pero yo me despertaba agitado sin remedio.

O quizá fue todo lo sucedido con el chico catalán aquel, el que muriera tan trágicamente y que me llenó de espanto. ¡A quién no! Aún hoy se me hace un nudo en la tripa cuando recuerdo esos acontecimientos. Pero por suerte esos años ya pasaron, aunque esa sensación me persiguió toda la vida.

–No es fácil lo tuyo –me dijo una vez el imbécil de mi padre. Bueno, eso que mi madre me quería hacer llamar “padre”, porque mi padre, lo que se dice mi padre verdadero no lo era, ni lo será nunca. Aquí debo hacer una aclaración técnico-semántica. Estaba el padre que se marchó cuando yo pequeño y que se tiré varias veces a las vías del tren, y se arrojó de un edificio de veinte pisos, y se ahogó en el océano a la altura de Mar del Plata, todo eso junto en la misma persona y el mismo momento: y fue el exacto día cuando yo cumplí un año. Eso va según el gusto del consumidor o según las charlas con mi madre que siempre olvidaba la historia anterior y me daba una nueva versión para olvidar la humillación de decirme que fue abandonada. Ya hace años aprendí a no preguntarle entonces sobre ese hombre sin rostro y sin olor. Y a los muertos hay que dejarlos descansar en paz, aunque estén gozando de muy buena salud. Entonces decía, Eduardo, el otro padre, el marido de mi madre, el buscavidas, el que se encargó de ser un pilar para Juan y para mí,

aparte de ser un torpe marido para mamá, me dijo una vez con esa voz de aspirante de tonto que tiene: “*No es fácil lo tuyo*”, y yo le respondí sin ningún reparo: “*Lo tuyo tampoco, imbécil*”.

–¡Calla ya, Daniel! –me gritó mi madre y yo respondí:

–¡Él empezó primero!

Xxxx No estaba seguro que significaba la palabra “imbécil” entonces, pero la oí por ahí y me gustó. Creo que a la tía Clotilde: “Tu marido es un imbécil, Esther”, y como mamá se ofendió dije: seguro que es una palabra ideal para él. Claro, la tía Clotilde era hermana de mi padre (el muerto en vida) y por eso le caía gordo el sucedáneo.

No sé por qué mi padre, mejor dicho el segundo marido de mamá, se llevaba fatal conmigo. Mejor dicho, creo saberlo. Eduardo, cuya única virtud era lavarse en forma casi obsesiva las manos con un jabón de fragancia tan vulgar como él, nunca me cayó en gracia porque era simplemente un idiota que cuando hablaba conmigo me trataba como si yo fuera un inútil. Y lo que es peor me sentaba era su silencio, es decir lo que no decía. Porque en estos dieciséis años si aprendí algo bien es a oír con perfección los silencios. Y Eduardo tampoco me tragaba porque yo respondía con intolerancia a su idiotez.

También fue muy fuerte para mí el día que sorprendí a mamá con el imbécil en la habitación. Yo tenía como hobby preferido, o medio de informarme de

las cosas que no me contaban, pararme al lado de las puertas cerradas, agudizar mis oídos y esperar que los sonidos vengan a mí. Yo no hacía nada; ellos lo hacían todo.

Ese día sentí quejarse a mamá. Eran quejidos cortitos, acompasados, mezclados con palabras cortitas como “más”, “dios” y un “ahhh” final que me puso los pelos de punta.

Claro, entonces estaba lejos de pensar que estaban haciendo algo bueno, y me manejaba con suma desconfianza con el imbécil, no sea cosa que se le diera por hacerme lo mismo.

–¿Juan?

–¿Qué? –le pregunté a mi hermano, mientras me leía los teveos.

–¿Creés que Eduardo la quiere a mamá?

–¡Claro!

–El otro día la hizo gritar.

–Todas las parejas gritan y se pelean, Daniel.

–Ah.

En cambio con Juan era distinto. Mi hermano le llamaba con el gratificante mote de “papá”, mientras yo Eduardo a secas. Mi hermano le consultaba sobre cualquier problema, pero mis problemas no eran para él, como es lógico. Yo prefería a mamá en ocasiones, o bien con la soledad de mi almohada. Ella sí que me comprendía y me daba los mejores consejos.

En síntesis. Eduardo era para Juan un padre hecho y derecho y hasta se podría llegar a admitir, que el marido de mi madre le tenía cariño. En cambio yo, ni siquiera era un medio hijo, era, sólo el hijo de su mujer.

Abrí el botiquín sin espejo y me doy cuenta que otra vez alguien se olvidó de tapar la pasta dental. ¡Qué rabia! Les digo a Juan una y mil veces que deje las cosas como las pongo yo, ¡pero no! Ese fue Juan que salió rápido de casa y no se quedó a dormir. Por algo pidió vivir solo, vamos conmigo y cuando Juan sale a ver una chica siempre me deja algo de desorden. Así es mejor para todos: Juan puede llegar un poco más tarde a casa y no darle explicaciones a mamá o “su” papá prefiere venir a dormir a casa así no tiene que dar explicaciones a su “papá”.

¡Y encima soportar que me tenga que dejar el dentífrico abierto, que luego no encuentro la tapita y se me seca! Ya sé que parece una obsesión, pero no es tal.

Bueno, no pasa nada. Me lavé los dientes, desayuné un zumo de naranja con un toque de azúcar que acarició mis pupilas gustativas y salí hacia la calle. Un bocinazo de un autobús me dejó aturdido. Tuve que detenerme un instante para recobrar mis sentidos. Buenos Aires no olía a árboles como otras veces. Los aromas de los álamos y sauces de la cuadra se mezclaban con un olor pestilente que no pude descubrir en un primer instante, pero que luego identifiqué como ese nitrato especial que le ponen al gas envasado para saber

dónde hay una pérdida. El olor se hizo cada vez más fuerte y de repente:

–¡Fíjate por donde vas! –me gritó un muchacho. –¿No ves que estamos trabajando en la acera?

–No, no lo vi señor –respondí sin poder dejar de mostrar una sonrisa nerviosa.

–¿Estás ciego o qué? –me increpó nuevamente de mal humor. Sentí su aliento en mi cara.

–Efectivamente, señor, estoy ciego –respondí.

Entonces se produjo un silencio incómodo para él.

–Discúlpame, no te vi el bastón blanco –me dijo al cabo de unos instantes.

–Es gracioso –respondí. –Yo soy el ciego y el que no ve es usted.

PARTE UNO: Soy ciego

Capítulo 1: Un mono en las sombras

Sí, soy ciego.

Dicen que no nací ciego, que en realidad fue un accidente con la incubadora. Que pusieron no sé qué lámpara y no me taparon con no sé qué los ojos y eso me dañó las córneas irreversiblemente. Es una historia un poco inverosímil, pero yo sentía placer en decir que de niño no siempre estuve carente de visión entre el grupo de ciegos absolutos del Instituto para Invidentes. Era como ser el rey entre el resto de los “no videntes”. ¡Vaya con esa forma de decir ciego! No vidente es como no caminante, no parlante. Y agregaría una nueva categoría, pero para las personas “normales”: no pensantes.

Decía, que probablemente no haya sido ciego toda la vida. En realidad creo que tengo en la memoria algo así como una gran mancha de luz, pero que no puedo precisar si eso forma parte de mi memoria de lactante o es una imagen inventada por mis ansias de haber querido ver alguna vez.

Lo cierto es que fui, soy y seré ciego, sin ningún atenuante, ni esperanza de lo contrario. Que quede bien claro eso y nadie espere un milagro.

Los primeros recuerdos, como se es de imaginar, fueron sonidos. Bueno, sonidos, olores y sabores. Y golpes, claro está. Pero también caricias.

Tengo un vago recuerdo de los primeros años, salvo que mamá se enfadaba mucho con Juan porque me hacía la vida imposible. Juan, seis años mayor que yo, no fue lo que llamamos un niño prodigio. Y entre sus travesuras estaba la de llamarme para que vaya a él y ponerme obstáculos en el camino. Todo marchaba entre risas de Juan y gritos de mamá, hasta que un día no se le ocurrió mejor idea que ponerme un rastrillo. Yo, con mi sexto sentido sabía que algo se traía en manos, a pesar que no tenía los tres años cumplidos, pero aun así, no pude evitar pisar de frente la punta de la herramienta que papá había comprado antes de irse y pegarme de lleno en el medio de la frente con el mango. El golpe me tomó desprevenido y me hizo trastabillar precisamente hacia delante y las puntas del rastrillo entonces hicieron estragos en mi carne tierna para entonces. No sentí un gran dolor, apenas el líquido viscoso, caliente, que me chorreaba en una de las piernas, pero la mala suerte de una broma mal hecha me trajo mi recompensa: el sonido victorioso de una paliza en el culo a mi hermano y sus gritos de dolor o mejor dicho, de humillación, fueron suficiente pago a un par de raspones que desaparecieron al poco tiempo. Cosas de chicos. No le guardo rencor a Juan, porque también debo decir que nadie como él me cuidó y, a su manera, me comprendió de muchos asuntos que pasaron por mi vida en épocas difíciles.

Vivía, como se dijo, en una casa baja de Remedios de Escalada, un barrio repleto de inmigrantes del Gran Buenos Aires hacia el sur, donde no sólo había pluralidad de nacionalidades sino que su mayoría eran viejos, señal de que la guerra había quedado atrás hace años. Mi casa estaba, dicen, a seis kilómetros de Capital Federal, pero honestamente no sé cuánta distancia es un kilómetro en pasos. Tenían un pequeño sótano clausurado, cuyas características comentaré luego en todo detalle. Mi hermano Juan y yo crecimos unidos en una casa de bajo bastante grande, en un barrio donde no había edificios altos, salvo algunas viviendas tipo chalet de dos o tres plantas. Él nunca tuvo lástima de mí y eso habla muy bien de su inteligencia, aunque no fuera un alumno lucido en la escuela. Durante toda la vida me trató simplemente como un hermano, lo que era y jamás consideró mi ceguera como un obstáculo a vencer en nuestra relación. Eso sí: nunca dejó de “limpiar” la casa de elementos nocivos para mi salud, llámese sillas, muebles, cosas en el camino por donde yo debía pasar y que el imbécil de Eduardo no tenía reparo de acomodar. Sacando esa breve licencia, Juan nunca hizo otra cosa de las mal llamadas “ayudas solidarias”, que muchas personas se empeñan en realizar, como si los ciegos fuéramos absolutamente seres inservibles. Juan era Juan. Tenía códigos de hermano y era sorprendente, aun para mí, darse cuenta cómo me alertaba de un peligro:

–Balde con ropa en el pasillo de la mesa.

Y aunque hubiera gente y no mencionara mi nombre, yo sabía que su frase casi incoherente o desapercibida en el murmullo general de todos, iba directamente a mí. Entonces esquivaba el balde que alguien desaprensivo ponía y ningún accidente casero sucedía. Pero detrás de esa frase tirada al azar, lo que realmente existía era decirle a todo el mundo: “mi hermano no necesita de nadie para pasar al otro lado de la casa”. Era como un código de hermanos. No necesitaba humillarme y decir “cuidado, no te lleves eso por delante que hay un objeto que no ves”, porque si tengo un defecto, es el de ser extremadamente orgulloso.

Decía que mis primeros recuerdos se remiten a sonidos, olores y todo lo que mis cuatro desarrollados sentidos puedan brindarme. Si me remito a mi primer recuerdo de todos diría que lo que más oía en casa era un rencor maternal hacia mi padre, el biológico. Si bien todos los argumentos de su volatilización ya fueron explicados, lo cierto es que hay una precisión, que ya dejó de parecerme cruel, pero que en su momento me dio mucha angustia. Fue el hecho de saber que mi padre nunca se resignó a tener un hijo ciego. Lo llevó como pudo, pero como suele suceder en muchos de estos casos, le echó la culpa a mamá de “su” desgracia. No sé que raro camino de la ignorancia de un hombre lo llevó a querer negarme como hijo. Hizo lo que pudo para evitar la primera fiesta de cumpleaños y cuando ésta fue impuesta por mi madre, se marchó un rato antes de que la gente llegara, para no pasar por la humillación de que le

vieran junto a un hijo propio con discapacidad visual. A todos les tomó de sorpresa, en especial a mamá, que mientras les decía a todos “fue a por unas cervezas”, apareció una nota dejada por él. Encima fue la tía Clotilde la que encontró la carta de papá sobre la cama matrimonial y fue leída delante de todos. Vamos, una vergüenza bochornosa para mamá y eso nunca se lo perdonó. Luego, el “accidente” en la explicación que yo me creí rigurosamente hasta que las historias comenzaron a superponerse y entonces yo mismo hice mi propia historia de la desaparición de mi progenitor. La verdadera, es decir, la que más me gustaba fue así: Papá volaba como copiloto de un avión, pongamos que fue Air Madrid, la empresa más cutre, y cuando a éste le comenzaron a fallar los motores, lejos de ayudar al valiente piloto, usó el único paracaídas para abandonar la nave como una rata y se arrojó al vacío para salvarse el pellejo sobre la ciudad. Pero con tan mala suerte que cayó en la mismísima Buenos Aires, la que está llena de toques de claxon, insultos de taxistas por el tráfico, gritos de todo el mundo, piropos de albañiles y camioneros, de “diario, diario” del repartidores de periódico y que huele a humedad. Y para colmo de males, el paracaídas no se le abrió y su culo cayó en un extraño monumento llamado obelisco en plena Avenida 9 de Julio que es una pirámide cuadrada de treinta pasos de lado por doscientos veintidós escalones de altura, todo un falo monumental en el medio de la ciudad. Pero su defunción y desvirgue no fue rápido y definitivo, no. Fue despacito, con dolor,

poco a poco hasta que la punta del obelisco fue rasgando sus carnes y le salió por la boca y fue cayendo día a día hasta dar con el resto de su alma por la calle y los turistas le sacaban fotos y los perros lo meaban. Esa fue la historia más verosímil que ideamos mi almohada y yo. La única verdad que importaba.

¿Y yo cuándo me di cuenta que era ciego? Nunca. En realidad de lo que me di cuenta fue que había gente que no lo era. El mundo a oscuras fue lo normal en mi realidad hasta que un niño dijo “mirá, mamá, un cieguito”. Esa voz la tengo gravada como si me lo hubieran dicho ahora mismo. Me imagino la cara de mamá cuándo le pregunté con voz inocente:

–¿Qué es un cieguito? –dije con total inocencia mientras me zarandeaba con sus pasos, llevándome en sus brazos por la calle. Sentí que algo marchaba mal. Toqué el rostro de mamá para saber qué pasaba y descubrí humedad en sus ojos.

–¿Estás llorando? –pregunté con sorpresa sin darme cuenta todavía qué era lo que no funcionaba.

–¡No! –se quejó mamá. Y enseguida: –Vamos, ya sos grande para ir en brazos de mamá.

–Bueno, pero ¿qué es un cieguito? –insistí.

Silencio.

Comprendí entonces que estaba ante algo importante, ante un gran secreto que estaba a punto de ser rebelado. Esa tarde seguimos haciendo las compras,

yo hablando con todo el que me hablara y cuando llegamos a la frutería de don Eusebio y de doña Pepa, su mujer, mamá me dijo:

–Doña Pepa te está dando una manzana. ¿Qué se le dice?

Estiré mi mano y cogí la fruta. Cuando me cercioré que era una manzana verdadera y no cómo decía a veces Juan, y luego de darle el primer mordisco para probar su sabor de manzana, dije por fin:

–Gracias.

–Que chico más mono que tiene, doña Esther.

Ya eran dos cosas que debía saber de la vida: qué era un cieguito y qué era un chico mono.

Al llegar a casa, mamá dejó todo en aquel sitio donde ponía las cosas y sentí sus pasos sumergirse en su habitación. Allí se quedó un largo tiempo y yo esperándola. Cuando salió, de pie en el medio del comedor le dije:

–¿Qué es un cieguito?

–Ahora no puedo, Daniel. Tengo muchas cosas que hacer. ¡Y vos con tus preguntas!

“Tengo muchas cosas que hacer” significaba “me molesta hablar de esas cosas”; lo sabía muy bien. Como cuando le pregunté a mamá delante de Tía Clotilde si era verdad que la tía no tenía que venir más a casa, pues en realidad era hermana por parte de papá y como papá, era sabido, no venía ni vendría más por el hogar del que fue su esposa y sus hijos.

Mamá largó una risita nerviosa.

—¡Cómo decís eso, Daniel! La tía Clotilde siempre va a ser tu tía. ¿De dónde sacaste eso?

—¡Vos lo dijiste! —respondí entonces con la cabeza hacia atrás, como buscando el sol, como siempre la ponemos los ciegos.

Se produjo un silencio raro; a pesar que en la cocina estábamos tres personas parecía que nadie respiraba.

—¡No, entendiste mal, Daniel! ¡Andá a jugar, tengo mucho que hacer ahora!

Y yo entonces me pregunté si mamá tenía mala memoria, porque aún hoy recuerdo con perfección cada una de esas palabras.

Por esos días, ya venía a casa como amigo de la casa, Eduardo, el imbécil.

—Me preguntó que es un cieguito —le dijo mamá. Ellos estaban en la sala. Yo afuera, de pie al lado de la puerta, con el cuerpo apoyado contra la pared, escuchando.

—Tenés que decirle. No vas a poder ocultarle la realidad toda la vida. Ya está en edad de entender —le dijo Eduardo.

—Sí —respondió mamá con su voz apagada.

Ese día no sé por qué obra de la mente, esquivé todo el día a mamá. No quería que me dijera algo que sabía que no me iba a gustar, pero tarde o temprano el momento de encontrarnos en la casa llegó. Fue a la noche. Habíamos cenado los cuatro: Mamá, Juan, se quedó Eduardo y yo. Cuando se

fue el visitante y Juan también se acostó, mamá aprovechó para bañarme, y cuando me secaba en una gran toalla suavecita, me dijo:

–Mamá te tiene que decir algo, Daniel.

Yo me quedé en silencio. Sabía que era algo grande y la noté preocupada; imaginé que podría ser algo referente a mí, pero lo que no pude jamás imaginar era la magnitud de lo que iba a ser.

–¿Viste que mamá te lleva de la manito a todos los sitios?

–Sí.

–Bueno, eso es porque vos no podés caminar solito.

–Yo camino solito, mamá –respondí ofendido.

–Bueno, sí, dentro de casa, pero en la calle no podés caminar solito porque sabés que puede venir un coche y llevarte por delante o tropezarte en una baldosa floja o un pozo. Lo que mamá siempre te está diciendo.

Me quedé expectante esperando que mamá continuara, pero sentí que mamá tenía un nudo en la garganta y le costaba terminar la frase.

–Lo que quiero decirte, Daniel, es que vos sos el cieguito que dijo el chico ese.

No recuerdo cuál fue mi primera reacción, pero creo que sonreí. No entendía muy bien lo que mamá intentaba decirme y para mí que me diga “cieguito” era como decirme “capitán” o “perro de cinco patas”, no tenía mucho significado.

Traje a mamá hacia mí e intenté acariciarle el pelo, pero mamá me sacó la

mano.

–Tengo que explicarte, hijito –me dijo con voz temblorosa ya sin disimular su llanto. Ahí comencé a alarmarme.

–¿Qué?

–Ser ciego es ser especial. Es decir... No ves el mundo.

¿Mundo? ¿Mamá dijo mundo?

Dijo luego algo como que todos ven, Daniel, pero Dios quiso que vos no puedas hacerlo. Y que a veces Dios actúa con un misterio incomprensible para nosotros, etcétera.

Yo me quedé callado, pero por más que intenté hacerme a la idea de qué era ver, no pude darme cuenta en aquellos días. Para mí el mundo era lo que tocaba, lo que olía, lo que oía, las tostadas con dulce de leche de mamá, el sutil aleteo del colibrí cuando me quedaba paciente sentado casi sin respirar al lado del ceibo, de tenue aroma en el fondo de casa, el quiquiriquí del gallo de la madrugada, pero mamá me dijo que también el mundo era lo que se veía.

Los procesos mentales que pasaron por mi cabeza en aquellos días fueron innumerables. Mamá torpemente había puesto ante mi conocimiento un mundo, y ese mundo no estaba a mi alcance. Quise imaginármelo, pero me fue imposible. ¡Cómo poder hacerlo! Es como que alguien que tenga noción de sus cinco sentidos posea además conocimiento de un sexto sentido, una percepción diferente de lo que existe, pero que no puede alcanzarlo. Tuve una extraña

sensación entonces. Una sensación de querer construir ese mundo imaginario para mí. Saber su textura, su aroma, su sabor y su sonido.

Comencé entonces un largo camino de poder comprender lo que significaba ver. Mi primera víctima fue, obviamente, mi hermano.

–¿Juan?

–¿Qué?

–¿Vos ves?

Juan permaneció callado un instante. Supe tiempo después que mamá le hizo un gesto con la cabeza de que hablara del tema sin problemas.

–Sí –dijo.

–¿Y cómo es ver?

–¡Qué sé yo! Se ve y punto.

–¿Qué es lo que ves?

Sentí a Juan apurado con mis asuntos.

–Bueno, ya son muchas preguntas por hoy –dijo mamá. Yo insistí, pero Juan ya había salido corriendo y oí como sus pasos ligeros que se alejaban hacia el patio y se subía a un álamo del fondo de casa como cuando estaba disgustado.

Ahora falta saber la otra duda existencial de la vida. Qué era ser un chico mono. Había oído hablar de Tarzán, el rey de la selva, el que había sido criado por una familia de monos y vivía entre esos simios, pero creo que no se refería a eso doña Pepa. ¿O yo en realidad era un chico mono nacido también

en la selva?

–¿Juan? –le pregunté una noche cuando estábamos a punto de dormirnos.

–¿Qué?

–¿Qué es ser un chico mono?

–¿Qué clase de pregunta es esa?

–Doña Pepa me dijo que yo era un chico mono.

–¡Ah, eso! Pues...

Hizo un silencio a propósito. Me molestaba cuando hacía eso para hacerse el misterioso.

–¡Dale!

–Un chico mono es cuando te comienzan a salir pelos en la cara, en el cuerpo, en todos lados.

–Pero yo no tengo pelos en todas partes –aclaré.

–Pero ya te saldrán.

Quedé en silencio un instante.

–¿A vos también te van a salir pelos en la cara?

–No, yo no soy un chico mono –dijo ya con la voz pastosa.

–¿Juan...? ¿Yo nací en la selva como Tazán?

Pero Juan, el hermano del chico mono, no respondió, ya vencido por el sueño.

Con ese pensamiento me dormí. Todavía estaba lejos de entender muchas de

las bromas de Juan.

Al día siguiente mamá se levantó de buen humor. Tarareaba un tango, mientras yo seguía preocupado en ser un descendiente del “rey de la selva”.

–¿Cómo se levantó mi Príncipe?

–¿Mamá?

–¿Qué, mi Príncipe?

–¿Yo soy un chico mono?

Ella largó una risotada.

–Muy mono –afirmó, como si fuera algo bueno. Ya tenía dos problemas: conocer el mundo sin ver y ser una especie parlante de la familia de los simios.

–¿Y vos también sos mona. mamá?

–Hmmm. Algunos dicen que sí. Yo no sé. ¿A vos que te parece?

Entonces comencé a tocarle la cara. No, no tenía pelillos, pero tal vez se los había cortado. La cabeza. ¡Uff, sí, tenía muchos! Largos y sedosos.

–Sí, sos mona –sentenció.

Y mamá no sé por qué me comenzó a abrazar y besar efusivamente agradecida.

Capítulo 2: El mundo de la media manzana

Esos fueron mis primeros recuerdos. Apenas caminaba y ya me enfrentaba a un mundo de imágenes que sólo podía olerlas, tocarlas oírlas, cuando no podía comerlas.

Desde ese día decidí conocer el mundo por mí mismo. Todo lo tocaba, todo lo probaba, todo lo olía. Por ejemplo, pude comprobar que el sabor de los cantos rodados es diferente a las piedras vulgares del fondo de casa. Y más suave. Y más frías. Claro, que esas pruebas tuve que hacerlas cuando mamá no andaba cerca, porque los primeros experimentos me provocaron un sacudón de los brazos que me hacía volar por los aires.

–¡Cuántas veces te dije que las cosas no se lamen! ¡Te vas a morir un día!

–Pero las piedras no hacen nada, mamá.

–¡Que no hacen nada, que no hacen nada! –gritaba mi madre mientras me pasaba un pañuelo por la boca y me hacía sacar la lengua para refregarla, y, ¡no sé qué era peor!, eso me provocaba más trastornos que las propias piedras. –En el jardín hay hormigas negras y coloradas. ¿Querés que te pique una y te deje la lengua más grande que una toronja?

–¿Qué es una toronja?

–Una fruta, niño.

–¿Las hormigas comen toronjas?

Y mi madre furiosa reñía y me llevaba a la sala, lejos de las piedras con sabor a tierra, a las hormigas y a las toronjas. En la sala, a quedarse quietito por un buen rato, mientras Juan y mamá escuchaban una música divertida con ruidos extraños. Poco después supe que eran dibujos animados para niños. Por fin me fui adormeciendo y sentí los brazos cálidos de mamá que me cogían y me colocaban en su regazo y me daba besitos y me acariciaba.

–¿Es muy grande la toronja? –alcancé a preguntar y luego nada más.

Nada más no: luego el sueño. Porque aunque muchas personas, con menos visión que un ciego verdadero, aunque tengan sus dos ojos en perfecto estado, crean que los ciegos no soñamos, les digo que están equivocados. Los ciegos soñamos y nos encontramos con historias muy bonitas. Bueno, depende. Los sueños son reflejos de situaciones que nos ocurren en el día, recuerdos lejanos, cosas que nos preocupan y un montón de realidades que se ven deformadas en esas imágenes. Los ciegos también tenemos esas imágenes, pero a diferencia de soñar con rostros, colores o figuras tal como las conocéis, soñamos con voces, personas que nos tocan, pensamientos, sabores, olores. Es decir que se repiten historias que nos ocurren estando despiertos. Y con las mismas incoherencias que a los que ven. Pues ese día soñé. Estaba en el jardín del fondo de casa y tocaba una fruta inmensa, mayor que las sandías correntinas, pero mucho más áspera. En mi investigación táctil, comprobé con

horror que dicha fruta tenía ojos, como los de mamá, pero también una boca y unas pinzas duras y peludas, por lo que intentó morderme y me hizo despertar sobresaltado. Pero el beso reparador de mamá que seguía viendo la tele me tranquilizó y ya no soñé con monstruosos frutos que intentaban devorarme y llenarme la cara de babosos líquidos que olían a la crema que mamá me ponía para los mosquitos, con fondo de música de dibujos animados.

No sé si fue al día siguiente o ese mismo día cuando:

–¿Qué desea comer mi Príncipe hoy? –la voz de mamá sonó contenta y hasta tarareaba un tango. Entonces con toda mi voz le dije entusiasmado:

–¡Toronja!

Esa palabra era mágica. No sólo era capaz de transformarme la nariz en algo gigante, en aparecérseme en sueños, sino también en convertir a mamá de una alegre mujer que tararea tango en una horripilante bruja malhumorada.

–¡A vos cuando se te mete una cosa en la cabeza no hay quien te la saque! –gritó de repente. –¡Para qué te lo habré dicho!

Entonces yo me quedé mudo. Sabía que mientras mamá estuviera vociferando yendo de un lado para el otro no me sacudiría de un brazo. Finalmente se cayó y ese día comimos puré de papas con chuletas.

A la tarde, mientras nos pasamos por la frutería, mamá compró manzanas de Río Negro, bananas de Ecuador y:

–Don Eusebio, deme una de esas.

Al llegar a casa, me sentó en la sillita de alto, me puso la servilleta para que no me manchara y me anunció con voz potente:

–Ahí tenés tu toronja.

Yo creo que sonreí, pero no dije nada. Con la cabeza echada hacia atrás, estiré mis manos hacia mi presa con avidez. Mis dedos tocaron una mitad de una fruta redonda, húmeda en su parte superior; al lado estaba su otra mitad. Tenía una cáscara áspera y desde lejos olía fuerte, como a cítrico. En Cada corte pude tocar la humedad de sus gajos y entonces consideré que la toronja no era tan grande como el monstruo que soñé. Pero sí mucho más grande que mi nariz. Pero por más que imaginé e imaginé, no podía calcular mi nariz del tamaño de una toronja.

La segunda parte del descubrimiento de la nueva fruta fue olerla. Acerqué mi cara y refregué la nariz en el medio del charco que había hecho en el medio con mis dedos y lo que sentí no me gustó. Primero me comenzó a picar la nariz al punto que me la refregué varias veces, pero por más que hice fuerza no pude evitar un estornudo. Sacudí la cabeza y sentí la risa de mamá a mi lado, y luego su mano que me limpiaba la nariz y la cara con una servilleta.

–La fruta es para comerla por la boca, no por la napia –me dijo risueña.

Volví a mi lucha con la presa y ya sentía mis manos pegajosas. Pude descifrar que el olor, el tamaño y hasta el sabor se parecían mucho al pomelo, aunque me pareció más jugosa y un leve sabor dulce. No mucho, porque la

toronja mantenía las propiedades ácidas y cítricas que aquél.

–Esa es la famosa toronja –me dijo mamá. –¿Te gusta?

–No. Bueno, no sé, no la probé todavía.

–Esperá... –dijo y sentí como cogía las mitades y dejaba llana la mesa, a la vez que limpiaba el enchastre que yo había hecho. –Ahora.

Me puso una cucharita de café en la mano y toqué azúcar en el corte de los pomelos. Clavé la cuchara con dificultad, pero cuando saqué mi primer bocado y me lo llevé a la boca, un néctar ácido-dulce invadió mis papilas gustativas de manera placentera,

Llegué a una conclusión absoluta: después de todo, meter la nariz en la tierra en busca de pedruscos y cosas, no era tan malo, aun que me picaran las hormigas negras y coloradas.

Cuando tenía ya los siete u ocho, aprendí a irme solito por toda la manzana de casa. En Argentina, en especial en Buenos Aires, los barrios se dividen en manzanas, cuadradas, perfectas. Una manzana tiene algo más de ciento veinte pasos y están repletas de casas bajas, una pegadita a la otra, perfectamente alistadas. Las manzanas, divididas en calles y avenidas, hacen una cuadratura perfecta de la ciudad. Así es más fácil hallar una casa por su numeración. Si la calle tiene diez manzanas, se sabe que la primera corresponde de la nomenclatura del uno al cien, la siguiente al doscientos y así

sucesivamente. Entonces si alguien tiene que ir al 1234 de la calle tal, sabe que son doce manzanas; camina por la acera de los números pares hasta llegar al 34. ¿Fácil, no? Claro que yo no estaba en condiciones de ver el número, y mucho menos de recorrerme todo el barrio solo. Apenas era capaz de ir hasta la esquina, doblar a la derecha, ir hasta la otra esquina, doblar la derecha y así, hasta completar el cuadrado perfecto de lo que llamábamos manzana sin bajarme a la calle. ¡Y no crean que no me costó sudor y lágrimas! Además, una manzana era un mundo gigante dentro de la mente de un chico de siete años. Máxime si era ciego.

Mamá me advirtió que para no perder noción de la distancia debía contar los pasos. Éstos debían ser uniformes, iguales, casi no tengan un milímetro uno más que el otro. Entonces yo estiraba mi pierna derecha hacia delante a más no poder y “¡uno!”; luego hacía la pierna izquierda, “¡dos!”. Y así sucesivamente. Quien me viera andar por la calle pensaría que sería a cuerda o bien que encima de ciego estaba loco., pero esa forma me permitió saber dónde me encontraba dentro de la mencionada manzana.

Por entonces mis ojos eran mis manos. Con la palma sabía si las paredes eran lisas, rugosas, cálidas, frías. Al salir de casa, luego de un largo pasillo de cuarenta pasos perfectamente marchados como dije antes, doblaba hacia la derecha, llegaba a la casa del herrero Roberto, doña Dora y su hijo mayor Roberto (¡qué original!); pasaba luego una subida hasta que las baldosas

cambiaban de ruido y entonces sabía que estaba en la vereda o acera de la casa siguiente, porque en mi barrio, cada uno pone las baldosas de sus aceras que más le guste y no existe un sentido uniforme. Por ejemplo, algunas baldosas son muy bonitas con sus rombos pequeñitos, suavécitas, otras tienen canaletas y otras tantas son algo rústicas al tacto. Como dije, doña Dora era la madre de Roberto, el amigo fanfarrón de Juan. Era el grandullón del grupo y le gustaba mostrar que era el más fuerte a cada momento. Su hermana Marcela nació mucho después que yo y entonces no salía a la calle con los demás chicos.

Luego de la vereda de doña Dora, viene la del ruidoso perro. Juan me dijo que es un manto belga muy feo y muy malo. Que nunca pase cerca de la puerta, porque por más que tiene reja, saca el hocico y me puede coger una mano con sus dientes filosos. A él mismo una vez que pasó distraído y el can estaba en silencio lo sorprendió y le dio un susto de muerte tratándole de arrancarle un pedazo. ¡Y eso que Juan ve! Como resultado, su mano llena de baba y el corazón latiéndole a mil.

–Es un perro rabioso –me dijo una vez exagerando para que yo tomara mis precauciones. El dueño del perro, un tal Flaco Larguiricho, era una persona muy chula que le gustaba demostrar su poder en el barrio con el temible perrito. Entonces yo, cuando llegaba a su vereda, daba dos pasitos a la izquierda y ya sabía que estaba fuera del alcance del animal.

Once pasos después venía la casa de Teresa. Era una mujer de voz agradable y yo daba pasos cortitos cada vez que pasaba por su portal. Tenía una amplia reja que daba a un jardín de rosas muy olorosas y agradables, pero que mamá no quería que tocara por eso de que tiene espinas y no sé qué más.

—¡Danielito! —pegaba el grito Teresa en esa manía que tenemos en Argentina de hablar en diminutivos, máxime si las personas que transitamos somos también diminutivos. Yo sabía que luego de ese “Danielito”, venía una bolsa de caramelos, y por eso sonreía. Teresa tenía una hija, un poco mayor que Juan, de voz muy agradable también, aunque más solicitante. Se llamaba Teresa como su madre y por supuesto cómo le iban a decir sino Teresita. Juan me contó que era muy guapa y que muchos en el barrio andaban loquito por ella, entre los que se encontraba, obviamente, Juan. Pero Teresita no le hacía caso a nadie, más en épocas de ingresar en el primer año de la enseñanza secundaria y era como estar un escalafón más que el resto de los niños del barrio en la larga jerarquía de vivir. Yo tenía ciertos reparos en ella. A mí no me gustaba como a Juan. Y tenía mis motivos. A diferencia de su madre, Teresita nunca me había tocado, ni cogido de la mano. Era como si yo le causara repulsión. Una vez su madre le pidió que me entregara una bolsita con caramelos y me dijo:

—Tomá.

Yo estiré mis manos hacia la voz que se oyó lejana.

–¡Ponete más cerca que no te ve! –le gritó su madre y por fin, luego de varios segundos logré atrapar mis caramelos, pero pude sentir sus dedos tan estirados, que parecían ser apéndices lejanos de su cuerpo, mientras su voz se oía a kilómetros de distancia.

–¡Ya está! –dijo y luego oí el tap tap tap del correr de unas zapatillas a todo más no poder.

Otra vez Teresa, madre, no tenía caramelos y como no le gustaba dejarme con las manos vacías me dijo:

–¿Tu mamá no tiene rosas?

–No –le respondí sonriendo con la cabeza hacia atrás en busca del sol.

–Bueno, como yo no tengo caramelos hoy, te voy a regalar una rosa para que la pongas en agua y la puedas oler todo lo que quieras. Porque las rosas tienen un perfume muy bonito. ¿La querés?

–Sí –respondí con el alma llena.

Teresa fue a por una flor de su rosal y sentí el crac crac de sus tijeras cortar el tallo y dijo también las espinas.

Me la puso en la mano y mi primera intención fue tocarla y estudiarla, pero la sentí frágil.

–Despacito así no se te deshoja –me dijo Teresa.

Entonces la cogí firme del tallo pelado y me la llevé a la nariz. La olí con fuerza y todo su aroma me penetró con potencia.

Teresa echó una risita.

–Te la vas a comer con la nariz –me dijo. Yo le agradecí y seguí mi trayecto; el aroma me acompañó todo el camino.

Desde ese día le insistí a mamá que pusiera rosas en nuestro jardín.

–La rosa no es una buena flor para vos –me dijo mamá.

–¿Por qué? –pregunté con decepción.

–Las rosas tienen espinas, te pueden lastimar la manito o... –se detuvo.

–¿Las rosas son malas? –le pregunté.

–No, no es que sean malas pero tienen espinas y se enojan cuando la cortan de la planta. Usan las espinas para defenderse.

Me quedé meditando sobre el caso. Lo cierto que mamá no tenía razón, pensé. Nunca en mi corta vida una rosa me había pinchado.

Pero sucedió un día que pasé por casa de Teresa y la mujer no estaba. Yo sentí al estar allí que el chorro de una manguera arrojaba agua sobre la hierba del jardín.

Como dije, la manzana, tal como estaba dispuestas las casas del barrio era mi mundo. Y sus integrantes mi medio de comunicación.

–¿Teresa? –dije.

Primero un silencio, como de alguien que se niega a oír, pero cuando estaba a punto de repetir su nombre, alguien me respondió en su lugar:

–Mi mamá no está –dijo la chica, casi como un “vete ya mismo, por favor”.

–¿A qué hora viene?

–No sé –respondió parca Teresita.

–¿No te dejó un caramelo para mí? –pregunté ingenuamente con la cara hacia atrás.

–No.

–¿Y una rosa?

–Una rosa te puedo dar –dijo Teresita y oí el crac de cortar la flor de la planta y acercarse pisando el charco de la hierba mojada. Cuando estuvo a un paso mío dijo: –Tomá.

–Extendí mis manos y así el tallo con firmeza, pero en ese mismo instante sentí un grueso pinchazo agudo en mis dedos, que hizo que soltara la flor en forma automática y luego sentí el chorro tibio de mi sangre correrme entre mis dedos y el enfado de la rosa por hacer que la arrancara de la planta.

Luego venía la casa de doña Cipriana, la madre de Alicia. Cipriana era una mujer esencialmente mala. No porque se lo propusiera, sino porque todos sus actos desplegaban maldad. Juan le tenía terror y me contaba cosas terribles, como cuando le dijo que lo iba prender fuego si le desparramaba de nuevo las ramas que había podado ella misma y esperaba que vinieran los de la Municipalidad a retirarlas.

–¿A quién le hace mal sacar unas ramas para hacer lanzas! –se quejó Juan en

aquella oportunidad. –¡Ramas que ya ha tirado!

Viéndolo de ese modo, mi hermano tenía razón.

Cada vez que pasaba por lo de doña Cipriana, daba los dos pasitos a la izquierda como cuando pasaba por el perro salvaje del Flaco Larguirucho. Por miedo a que también la mujer me pudiera morder. Y si estaba en la puerta, ella con una risita me decía:

–Adiós, cieguito. –Y yo nada.

Con los años comprendí que en realidad, no es que doña Cipriana fuera mala, sino bruta, la pobre.

La acera siguiente correspondía al Marinero. Ismael, aunque pocos conocían su nombre. Un señor con voz firme, pero muy agradable que cada vez que pasaba me saludaba con cariño. Pero el Marinero no estaba casi nunca y la que me saludaba era su esposa, María, que tenía siempre voz de cansada. Juan me dijo que la mujer era tan gorda como dos personas y que siempre se la veía sentada en una silla. A María todo le cansaba, hasta hablar. Cuando paseaba con mamá, ésta le decía:

–¿Cómo va. doña María?

–Y... aquí me ve, esperando que Dios se apiade de mí y me lleve –respondía la cansina mujer.

–¡No diga eso! ¡Usted es joven!

–¡No crea, Esther! ¡Ya tengo mis cincuenta y cinco!

–¡Vamos! ¡Que eso es ser joven todavía!

Y María no respondía más para no agotarse.

–Esta María habla como si se fuera a morir mañana –le oí quejarse una vez a mamá, y la verdad que la pobre mujer no duró mucho, aunque sobrevivió al desdichado Josep, el catalán. ¡Tan joven él!

Después de los diez pasos de la casa del Marinero, se terminaba la cuadra. Venían cuatro pasos que daba a la puerta trasera de la vivienda de la esquina. En realidad no sólo era una casa, sino el almacén de comestibles del italiano don Arístides. Era bueno hablar con él, aunque le entendía muy poco, pero yo percibía el cariño que quería brindarme a su manera rústica. Un día me regaló una revista de historietas, que por supuesto acepté y aunque mamá dijo que “no puede verla”, yo insistí para que Juan me la leyera.

Cada vez que pasaba por don Arístides al comienzo, intentaba cruzar la esquina rápido para no llevarme por delante alguna persona o bicicleta estacionada. Era el lugar de mayor peligro en la cuadra. Claro, después del can. Y el de doña Cipriana.

Una vez doblaba en el límite de la cuadra, pero sin bajar a la calle, venían los once pasos de la casa del italiano que usaba también como depósito y por fin la primera casa de la vuelta: la del señor Basilio. De este hombre se decía había venido de España en los tiempos de la Guerra Civil, era un hombre encantador. Cuando hablaba con él me daba la sensación que no se daba

cuenta de mi condición y era capaz de charlar conmigo durante horas. Tanto, que muchas veces mamá se enfadaba conmigo por la tardanza. Por eso a veces, evitaba parar en su casa y cuando me llamaba le decía “chao” amablemente, pero sin detenerme. Pero muchas otras, cuando estaba en la puerta para ver quién pasaba, (“sólo para matar el tiempo”, decía), me tomaba de la mano y me decía:

–Ven a saludar a Ignacio –y yo ya comenzaba a reírme a cuenta.

Ignacio era un loro del tamaño de un águila, aunque no pregunten que tamaño tiene un águila porque no lo sé. En todo caso les diría del tamaño de Ignacio.

Nunca me le acerqué lo suficiente porque el Señor Basilio decía que el loro es bueno, pero bruto como todo animal. Y que sin querer podía lastimarme con sus alas cuando las sacudía. Pero que un día se las cortaría y el Señor Ignacio me saludaría como todo un caballero que era. De todas maneras lo tenía atado a una cadenita que se oía el tintineo y no podía alejarse a más de un metro de una jaula, por la que subía y bajaba, según me decía su sueño. “¿Y sin ascensor?”, le pregunté una vez y el hombre se echó a reír sin responderme a mi pregunta que hice con total seriedad.

–Mira a quién te traigo –le dijo una tarde el señor Basilio al pájaro:

–Prrrrrr –y entonces dale que te dale a meter chirridos agudos que lastimaban mis oídos.

–Está contento por verte –anunció el Señor Basilio.

–Pero yo no entendí eso –dije con desconfianza tirando la cabeza para atrás con los ojos al cielo y sonriendo.

–Porque habla en idiomas de los loros. Pero como yo vivo hace mucho con él, le conozco cada palabra y cada chillido.

–¿Y usted habla el idioma de los loros?

Y otra vez a reírse.

–¡Qué cosas dices, Danielín!

Y de pronto el bicho comenzó a decir “la papa para el lorito, prrrr”.

–¿Le has oído?

–Sí –respondía yo feliz.

–Es un loro muy inteligente. Vas a ver lo que dice ahora. –Y le decía al loro:

–¿Franco? ¿Franco? –Y el Ignacio:

–Franco cabrón, Franco cabrón –y el Señor Basilio echó una carcajada grande como la hace a veces la tía Clotilde cuando mira un programa cómico en la tele. Yo no me enteré de nada, no conocía a ninguna de las personas que mencionó el loro: ni a Franco ni a Cabrón, ni tampoco por qué eso provocaba tanta risa de mi querido vecino español.

Pegadito al Señor Basilio, pero perteneciente a la misma vereda, está la entrada de la peluquería de Don Antonio. El peluquero vive en el fondo, pero don Basilio le alquila un cuarto de adelante que el barbero transformó en local o peluquería de hombres. No sé hace cuánto tiempo, pero cuando yo tuve uso

de razón, don Antonio ya era extremadamente viejo. Más que Juan, que mamá y creo que más que la abuela Vicenta. Mamá decía que ya le temblaba la mano y que a veces me dejaba desperejo atrás, pero yo le insistía en cortarme el pelo allí porque don Antonio me daba un chupetín de limón, y una vez que no le quedaban nada más que de naranja me dijo:

—¡Ni una palabra más! —y mandó a buscar un chupetín de limón especialmente para mí al kiosco de la vuelta. Era una especie de soborno que yo aceptaba gustoso. Yo me cortaba el pelo en su negocio, pero él me tendría que dar el chupetín de limón, que sabía al mejor chupetín de limón del mundo. Juan decía que tuviera cuidado, que un día se moriría mientras me cortaba el pelo de tan viejo que era y entonces me cortaría el pescuezo. Pero yo nunca le creí, mucho menos cuando el barbero un día me dijo que lo esperara que tenía que observar a su madre que estaba postrada en la cama. La pobre andaba por los 104 años y duró todavía un par de años más.

Al lado de la peluquería vivía Marta, una mujer que casi le oí la voz alguna vez. Trabajaba todo el día y cuando regresaba yo ya no estaba en horas de dar la vuelta manzana. Tampoco tenía mucha confianza con mamá. Sé que vivía con su hijo que estudiaba para contador, pero tampoco tuve muchas noticias de él por aquellos días.

En realidad recuerdo vagamente que la casa de esa Marta era nueva para entonces. Allí mismo había estado plantado un rancho de madera mal hecho,

más bien diría una chabola, donde vivía un borrachín que no recuerdo su nombre y su hija Mimí. La chica tendría entonces unos diecisiete años y cada vez que pasaba me regalaba un beso. Llegué a decirle que era mi novia y ella complacida me respondía:

–Pues, sí, mi Príncipe. Somos novios. Pero cuando yo ya anduve solo por la manzana, Mimí, y su padre ya quedaron sepultados para siempre de mi vida. Y sobre allí se puso una casa, que por lo que me contó Juan era muy linda.

La vereda siguiente tenía que hacer un esfuerzo para no caerme. Yo contaba los once pasos del portal de Marta, pero luego venía una acera más elevada, como si fuera un escalón y se destacara sobre el resto de las veredas de la cuadra. Era la vereda de la otra Marta. Una mujer de voz graciosa y que a no ser porque la oí tratarse de usted con mamá, creía que era una niña. Juan me dijo que era alta como yo, que entonces andaba por los siete, quizá ocho años. “Por eso se explica que tenga la vereda más alta”, me dije. Para compensar.

Luego de bajar el escalón once pasos uniformes más allá, aparecía una de las vecinas que más afecto le tenía, Doña Ramona. Era una mujer tan buena y tan cariñosa conmigo que fue el único lugar donde mamá se atrevió a dejarme para que me cuidaran un par de tardes, cuando tuvo que llevar a Juan al doctor. Doña Ramona estaba casada con un señor muy callado que se llamaba don Antonio, como el peluquero, que era el sastre del barrio. Este don Antonio era muy amable y apenas me vio me dijo:

–Seguro que si te hago un trajecito te va a quedar muy mono. –Y sin más trámites me tomó las medidas. Después durante todo el día, ni noticias de don Antonio. Yo debería tener los cinco años y me la pasé súper bien. Pero como la vida perfecta no existe, también estaban sus hijos. Eran dos adolescentes: Cristina y Alberto. Además estaba ahí Norberto, otro tipo del barrio que según parecía, era el novio oculto de Cristina, aunque había entrado como amigo de Alberto. De los tres, Cristina era la más odiosa. Me regañaba por cualquier cosa. Que no te sientes ahí que hay un vestido, que no te muevas que te rompes el alma, que no toques nada y un montón de “que noes”. Yo entonces sólo me remití quedarme sentado sin emitir palabra alguna hasta que olía a doña Ramona y entonces comenzaba a gritar:

–¡Mamá Damona, Mamá Damona! –y ante la protesta de Cristina y su noviete secreto, doña Ramona dijo:

–¿Qué te sucede, hijito hermoso? –y me regaló una caricia. Entonces me le aupé y ya no la solté hasta que vino mi otra mamá, la verdadera, a por mí.

–¡Qué son caprichos, mami! –se quejó Cristina. –¡Ese chico es muy caprichoso!

–Es un pequeño –respondió Mamá Ramona y la discusión se acabó, mientras me llenó la cara de besos.

Y también estaba Alberto. Beto, como le decían, era un par de años menor que Cristina y Norberto, y tan cariñoso como su madre. ¡Pero hay amores que

matan! Le encantaba hacerme cosquillas y como yo no me podía defender saltaba y me ponía a la defensiva y venía detrás y me clavaba los dedos en el costado de nuevo. Cuando iba hacia atrás, el tipo que me lo hacía del otro lado y así hasta el cansancio y a mí me daban ganas de llorar. También incluía entre sus caricias, arrojarme hacia arriba un metro encima de su cabeza y atajarme entre sus brazos. Un metro o más, según la boca de Norberto. Cuando no jugaban a pasarme como un balónj entre los dos. Yo le conté a mamá y mamá le dijo a doña Ramona:

–¿En serio que te hicieron eso? –ésta me preguntó sorprendida delante de sus hijos.

–Sí, Mamá Damona.

–¡Es mentira! –gritó Norberto. –¡Ese chico miente y es muy caprichoso!

–¡Sí, muy caprichoso! –repitió Cristina. Alberto tuvo la dignidad de permanecer en silencio.

–¡No, no creo que mienta! ¡Ustedes son peores que un chico de cinco años! – me defendió doña Ramona y luego de darme una caricia y un beso me dijo: – Vos cada vez que sepas que estos hagan algo venís y me lo contás y vas a ver lo que les pasa!

Yo satisfecho, entré a la casa triunfante. Alguien me pegó en la cabeza de atrás, pero cuando estuvo a punto de gritar, Norberto me dice:

–Perdoname, fui yo sin querer –entonces esa vez no lo delaté, aunque no me

quedé seguro de su “casualidad”.

Esa tarde Alberto se fue a la maestra particular porque oí que estaba flojo en lenguas. Mamá Ramona estuvo en la cocina preparando no sé qué para la cena y don Antonio en su cuarto de retazos. Entonces me quedé solo en la sala con Cristina y Norberto, sentadito en mi silla juicioso.

Un murmullo.

–¡Shhh! –y la risa de Cristina. –¡No digas eso, pobre chico!

Luego sentí los pasos de Norberto que se me acercaba y el aullido siguió a la carcajada de la chica.

–Hola, cómo te va, pibe –me dijo Norberto, pero yo no le respondí. Olía raro, pero a algo conocido.

–Dejalo –pidió Cristina.

–Tenés razón, no perdamos tiempo. –asintió el muchacho y sentí nuevamente sus pasos regresando a la voz de la chica.

–No –dijo por lo bajo la hija de Mamá Ramona.

–Dale, es ciego, no se da cuenta.

–No.

Luego la nada. Bueno, la casi nada. Oí ruidos apagados, un gemido y pequeños golpeteos de un cuerpo que empuja otra vez una mesa reiteradamente. Después unos pasos de chancletas acercándose desde el comedor, una falda que se acomoda y los pasos veloces de Norberto que va a

la otra parte de la sala.

–¿Mama Damona? –le dije a la madre de Cristina cuando entra.

–¿Sí, cielo?

–Hay olor a pito.

Como ya dije, en mi percepción una manzana era grande como un mundo. Y si bien me llevó mi buen tiempo conocerlo, permítaseme seguir con la descripción de ese mundo, el mío.

La casa siguiente era de otra Dora, como la de al lado de casa. Pero a diferencia de la anterior, era una mujer sobria que casi no la oí hablar, a pesar que no trabajaba. Estaba casada con un señor que lo único que le oí en la vida era “hmmm”, y eso significaba que sí, que no o tal vez, según el caso. Quizá su carácter transformado por su vida de sereno en una fábrica del barrio, justo en la calle siguiente a la nuestra. Juan me dijo que Eduardo solía visitarle a veces para charlar. ¿Pero de qué se puede hablar con un señor que sólo sabe decir “hmmm”?

Y luego por fin la casa de la Señora Ana. La casa era también de madera, pero a diferencia del rancho mal trecho de Mimí y su padre borrachín, estaba prolijamente adornada y Juan decía que no parecía de madera. La vivienda era larga, como veinte pasos hasta la esquina. Y la mujer que la habitaba era una polaca mayor, que por lo que supe también vino en tiempos de la guerra, como

tantos otros europeos a este barrio y toda la Argentina en los años duros que les tocó vivir.

La Señora Ana tenía la particularidad de reírse siempre. Una sola tarde mamá me dejó quedarme en su casa a pedido mío, y de la propia polaca.

–No molestar, no molestar –le dijo a mamá en su rudimentario castellano.

–Es que tengo miedo de que se caiga y...

–No, acá vamos cuidar nene muy bien, ¿no cierto, Tomasito?

¿Tomasito?

Era el nieto de doña Ana. Creo que en mi vida me choqué con chico tan maldito, al menos conmigo. Tenía mi misma edad, pero era la peste bubónica, como decía mamá. Lástima que en esa oportunidad se quedó callado y yo confié en las palabras de la Señora Ana.

–Los chicos entenderse –dijo la polaca y con su risita dio por cerrado el acuerdo. Yo no estaba muy seguro, y deduje que mamá tampoco, pero no tuvo fuerza para negarse.

Cuando entramos, el “caballero” Tomasito llevándome de la mano, entramos a una habitación y ahí sin más trámites comenzó a bastardecarme.

–¿Vos sos ciego?

–Sí –dije.

–¿De verdad?

–Sí –y allí mismo oí el ruido de la escupida un segundo antes que se

estrellara en mi cara.

Luego la risa diabólica y el golpe de puño en la boca del estómago que me dobló en dos.

¿Y dónde estaba doña Ana?

Luego continuó con la tortura, el sueño perfecto de todo crío diabólico: tener un chico que se le pueda hacer de todo sin que se pueda defender. Por suerte el intento de humillación de Tomasito se reducía a picarme las orejas con el dedo índice, impulsándolo con el pulgar, como cuando cogemos una canica. Cansado de taparme las orejas, calculé la distancia del cuerpo del niño y cuando sentí que me picaba una vez mi humilla oreja estiré con fuerza mi brazo hasta ponerlo tenso con el puño cerrado y sentí estrellarlo en la cara de Tomasito. El ruido siguiente fue como una bolsa de papas que se arroja de lo alto, es decir el cuerpo del chico estrellarse contra el suelo, y el siguiente un grito como un marrano a punto de degollarle. Allí entonces apareció la polaca y fue la primera vez que la oí enfadada.

—¡Pero Daniel, por qué hiciste eso! ¡Mira como le sangra la nariz! Y sin más que hacer allí me llevó a otra sala y me dijo con enojo: —¡Te quedas allí, sentadito!

Creo que tuve allí como dos horas sin decir nada, pero por suerte, no me molestó más aquel monstruo de niño. Por fin, cuando la Señora Ana recordó que yo existía me preguntó si quería tomar algo, volviendo a la risita gentil de

siempre.

–Leche con chocolate –dije.

–No sé si tener chocolate. Prueba esto. –Y me puso en la mano un vaso de algo caliente. Cuando lo probé me gustó mucho su sabor. Era agua caliente con azúcar. Cuando mamá se enteró de la magra merienda se enfadó con la Señora Ana. Lo que mamá no comprendió era que en Polonia durante la guerra y en el crudo invierno, era todo un lujo ponerle azúcar al agua caliente. Lo leí en braille una vez.

Capítulo 3: La otra mitad del universo

Aunque ya pasó mucho tiempo de aquellos días, mis primeros descubrimientos del barrio, ¡y de Josep!, me preguntaba entonces cuánto tiempo me llevaría conocer el mundo entero si tanto me había llevado conocer media manzana. O al menos saliendo de la casa hasta la esquina, caminar los ciento y pico de pasos hasta la otra y volver.

–¡Ni un pasito más, eh –dijo mamá con severidad.

Pero aunque me llevó tiempo, ya conocía lo que me tocaba y podía recorrer la media manzana con el pensamiento.

Doña Dora, Roberto el herrero y su hijo Roberto chico, el Flaco Largurucho y su perro asesino de dos pasos a la izquierda, Teresa y Teresita, Cipriana la bruja y su hija Alicia, el Marinero y la Marinera, don Arístides y sus cómics, doblando el señor Basilio y su loro antifranquista Ignacio, Antonio el peluquero y su madre de 104 años, la casa pobre de Mimí y su padre, la acera alta de la enana Marta, mi querida Doña Ramona, su Antonio el Sastre y sus hijos Alberto y Cristina y el noviete Norberto, el de olor a pito, la otra Dora y el señor del “hmmm”, y por fin la polaca Doña Ana que tomaba agua caliente con azúcar junto al malvado Tomasito.

¡Ufff, y sin respirar!

A la vuelta de la Señora Ana había un baldío con alambres. De otro lado un perro doberman, que lamentablemente yo fui el primero en descubrirlo. El perro no podía alcanzarme. Sólo ladrar con desesperación, pero yo no lo sabía. Corrí hacia un lado y me llevé un poste por delante, pero sin más consecuencias que la hinchazón de mi frente por un par de días y que provocó el enfado de mamá que no me dejó salir por una semana.

—Tranquilo —me dijo un hombre. —El perro está del otro lado del alambre. No sé que hace tu madre que te deja salir solo. —Y cuando estuve a punto de responderle, el hombre que ya me había dejado solo de nuevo.

Al lado del baldío, que era de veinte pasos de ancho, venía una casa suavcita. Nunca oí a nadie allí, pero mamá decía que era de la Señora Lucía, una mujer viuda que se la pasaba más en la casa de sus hijas casadas que en su propia casa.

—¿Por qué no vienen las hijas para acá?

—¡Yo que sé! —me dijo mamá.

Al lado venía la casa del Municipal. Le decían así porque trabajaba en la Municipalidad de recadero y siempre hacía favores a quienes lo necesitaran. Claro que a cambio de lo que fuera. “A voluntad”, decía pero mamá dice que la voluntad del Municipal nunca es inferior a cien pesos. Así se podía conseguir la licencia de conducir sin pasar por la revisada, podar un árbol fuera de temporada o achicar la vereda para la entrada a un garaje.

Diez pasos más y venía la casa de la anciana del barrio. Mamá decía que era la más vieja de todas, claro sin contar a la madre del peluquero de don Antonio. Pero esa estaba en cama y doña Francisca (o Franchesca, como ella pronunciaba) decía mamá que superaba los noventa. Me decía Juan que andaba siempre doblada con una mano (o las dos en la espalda), una camisa negra y un pañuelo del mismo color en la cabeza. Era italiana y también había venido por la guerra, “pero per la prima guera mundiale, eh”, le oí decir, aún así no hablaba ni cuatro palabras seguidas en castellano. La casa de doña Francesca no la podía tocar, porque estaba metida hacia adentro y dejaba mis manos libres de paredes y verjas hacia fuera. Era la casa que daba exactamente al fondo de nuestra propia vivienda. Es decir, que su fondo limitaba con el nuestro. Y los higos que nosotros comíamos de las ramas que daban a casa, eran de la planta que estaba en lo de la mujer italiana.

Al lado vivían Pepe y Osvaldito. El más chico iba a la escuela al mismo grado que mi hermano Juan. Pepe, dos de años más, hacía de guardaespaldas a tiempo completo de su hermano. Más de una vez se pusieron a jugar a las figuritas y a pesar que la razón la tuviera Juan, el que ganaba era siempre, Osvaldito. ¡Ya me gustaría tener un tipo así que me cuide! Bueno, Juan me cuidaba, pero de otra manera.

Seguía la casa del vidriero. Todos los cristales del barrio fueron puestos por don Giuseppe, otro italiano, aunque a éste aclaraba que era de Milán, no de

cualquier parte de Italia, como si eso tuviera importancia para nosotros. Él hablaba perfectamente castellano, aunque el acento de su tierra no lo perdería nunca.

–¿Rompiste muchos vidrios esta semana, Daniel? –me preguntaba siempre.

–Ninguno –le decía y entonces ponía una voz dramática:

–¡Ma come! ¡Mama mía! ¿Qué le doy a mis chicos para mangiare? –Y como yo me quedaba petrificado, mamá me aclaraba que era sólo una broma.

–¡Ma qué broma! –respondía Giuseppe, y yo no me enteraba de nada.

Dice mamá que al tano a veces se le iba la mano con los precios, pero cuando se instaló Alberto, el otro vidriero al lado de la avenida, a Giuseppe le dio un ataque al corazón y luego se volvió para Milán, poco después de los de la muerte del chico catalán.

Once pasos más de lo míos estaba el kiosquito donde yo compraba caramelos, chicles y los cigarrillos de la Tía Clotilde. Atendía antes don Anselmo, un señor de voz recia, pero a mí me trató siempre bien, menos un día que le dije que me había dado el vuelto de menos. Yo toqué cada moneda: la muy pequeña eran de un centavo, luego venían las de cinco, la de diez eran más áspera y de mayor tamaño, aunque no tanto como las de cincuenta. Sí, no había duda: faltaba una de diez.

–Me falta una moneda de diez centavos –dije y sonó como reclamo, aunque fue sólo un anuncio.

Se trató sin duda de un error involuntario porque lo que me faltan eran sólo una mísera moneda y al lado de los regalos de golosinas que más de una vez me propinó don Anselmo no era nada. Pero verse descubierto de una falta involuntaria atacó su orgullo.

—¡Acá tenés! —me gritó y me puso la moneda en la mano. —¡Lo único que falta es que digas que te quise robar!

No dije nada, pero no volví a su kiosco hasta que me enteré que su hija Estela dejó el trabajo cuando cerraron la empresa donde trabajaba y se dedicó a cuidar el kiosco y a su padre.

La última casa, no era una casa. Era un vestuario con duchas. Es decir, era el comienzo de la canchita de Los Eucaliptos. Como la llamábamos. Dicen que allí habían plantados muchos años atrás unos árboles de eucaliptos, por eso el nombre, pero eso era tiempo pasado. En esos días hacía de cancha de fútbol para todos los chicos del barrio y que uno, más avisado que el resto dijo que era suya y comenzó alquilarla hasta que apareció el verdadero dueño años después. La cancha, doblando en la esquina ocupaba unos cincuenta pasos de los míos hasta la casa de hierro del cerrajero. En realidad de rejas. Dicen que se las puso hasta la puerta de la calle desde el día que le robaron todo cuando se fue de vacaciones a Mar del Plata. El que cuidaba la seguridad de todas las casas no sabía cuidar la suya propia, “pero esas cosas pasan”, me dijo mamá.

Al lado había otro baldío, pero construyéndose eternamente una casa, que

cuando parecía que se terminaba de hacer, se agregaba otro piso hacia arriba. Yo estaba ansioso para que se terminara porque así podía tocarla y los pedruscos de construcción ya no estarían en las veredas para que los pisara y pidiera caerme en cualquier momento.

Dieciséis pasitos más allá (y no once) estaba la casa del mendocino. El tema de que el terreno fuera más ancho respondía a que los antiguos dueños, cuando parcelaron el barrio lo vendieron así. En realidad, Joseba Echeverría Aranguren, un antiguo vecino vascuence compró una parcela y media y firme como buen vasco dijo: "una y media o nada". Entonces los baldíos sobraban en todas partes y era preferible una y media a perder la venta. Pero entonces la parcela de al lado sufrió las consecuencias: sólo tenían cinco pasitos y medio y nadie quería comprar un terreno tan pequeñito.

Allí se instaló el Colectivero en una casa muy precaria y pequeña. Lo llamaban así porque era chofer de la línea de autobuses 523 que iba entonces de Remedios de Escalada a Lanús. Y ya se sabe que en Argentina a los autobuses les llamamos colectivos. El Colectivero era recién llegado de la provincia de Mendoza y tenía una mujer, que pocos habían visto por lo huraña y dos hijos: Omar y Betina. El primero tenía la edad exacta de Juan, aunque unos meses mayor y la niña tenía sólo cuatro años. Al poco tiempo que compraron (o fueron ocupas, no lo sé muy bien), la mujer cansada del asfixiante movimiento de la ciudad se volvió al pequeño pueblo mendocino,

cuyo nombre nunca supe. Con ella se llevó a la niña y dejó con el padre al niño. El Colectivero trabajaba todo el día para ahorrar dinero y volverse junto a su esposa; pero los objetivos, poco a poco, ya sea por las necesidades diarias o porque no supo guardar dinero, quedaron cada vez más lejanos y un día aparece la noticia en el barrio de que tenía otra mujer. Según la tía Clotilde era una mujer de la noche que conoció en el último turno del recorrido.

–¿Má, qué es una mujer de la noche? –le pregunté yo.

–Alguien que trabaja de noche,

–¿Y la noche empieza cuando termina el recorrido el colectivo?

–¡Vaya con el niño y sus preguntas! –se quejó la tía Clotilde, aunque a la distancia veo que tenía mucha lógica mi pregunta inocente.

Al poco tiempo que el Colectivero conoció a la chica de, digamos, media noche, abandonó la casa y a su hijo lo dejó al cuidado del Padre Casanova en la Basílica de la Señora de Nuestro Remedios, en el centro de la ciudad. Pero Omar venía casi todos los días a ver a Juan, que sin embargo, no lo soportaba.

–Es mi mejor amigo –me dijo una vez Omar y yo sabía que cada vez que lo veía llegar Juan bufaba de mal humor. Otra cosa buena que tenía el chico era que me dejaba tocarle el rostro. Mamá me advirtió que no a todas las personas les gusta que le palpen la cara, que no es lo normal.

–¿Y si no se tocan, cómo hacen para conocerse? –pregunté absorto.

A Omar no le importaba, y a pesar de que mamá me regañaba por eso, el chico mendocino le decía que me dejara. Entonces yo comenzaba a recorrer sus surcos. Tenía un mentón prominente, como salido, aunque pequeño, la cara ancha y regordeta y apenas se le insinuaban los pómulos; los ojos pequeños, aunque los párpados grandes. Las cejas eran escasas y una de ellas tenía un corte transversal que era una antigua cicatriz de una caída en bicicleta en Mendoza, prestada por supuesto. Usaba el pelo corto, como chuza, pero se le notaban algunos pozos en el cuero cabelludo, no sé si de cicatrices o de mal cortado en la parroquia. Sus manos eran grandes y rugosas; parecían de anciano, aunque duras. Omar era lo que se decía, un chico bueno; no sé por qué Juan no lo soportaba. Con el tiempo dejó de venir y ya no supe nunca más de él.

Cuando el Colectivero se marchó, la casa quedó abandonada un tiempo, pero finalmente el terreno se vendió y vino otra familia del interior, creo que de Santiago del Estero, pero a diferencia del Colectivero construyeron una hermosa vivienda que era la envidia de todo el barrio y al no tener espacio, la hicieron hacia arriba dotada de tres pisos.

Enseguida de la casa del Colectivero, venía la otra esquina. No me gustaba esa esquina. Era una casa de paredes rústicas, que cuando pasaba la mano me raspaba. Así hasta el corte en la esquina. La casa no miraba ni a mi calle, ni a la calle del costado, sino estaba en el medio, como de perfil. Tenía una vieja

puerta de madera que una vez me regaló una astilla que mamá me sacó con una pincita y ya, con dos pasos más, otra vez en mi cuadra.

¡Uff, qué cansancio! Ya falta poco.

La primera casa, volviendo hacia la mía, era la del zapatero don Antonio, como el sastre, y su esposa Tita. ¡Cuántos nombres se repiten habiendo tantos en el mundo! Era otro de mis vecinos preferidos. Le encantaba tocar el violín y a mí oírlo. Me dijo una vez que había tocado en una sinfónica, pero mamá me advirtió que tocaba fatal y que en realidad la orquesta sinfónica era la de su pueblo de Brandsen. Y que lo habían echado por lo mal que sonaba, según la fidedigna versión de la tía Clotilde.

Yo había ido varias veces a su casa especialmente a oír como desangraba su violín. Don Antonio fue una de las primeras personas que toqué para reconocer y tenía gravado a fuego su calva prominente, aunque con los pelillos del costado, su nariz pequeña y su bigote pinchudo.

—¿Viniste a oír el concierto? —me dijo una vez que mamá me llevó. Un día atrás me había dicho que si quería podía ir al otro día a escuchar cómo tocaba, que sólo tenía que desempolvar el viejo instrumento, que tenía en el trastero. A la hora señalada me aparecí con mamá y luego me contó que el fallido músico hasta se había puesto un moño para la gala. Mamá, incapaz de soportar más de un minuto su selectiva música, le anunció:

—Acá le dejo el público, que por favor no agarre nada que es muy inquieto —

y –en media hora vengo a buscarlo.

Entonces don Antonio, luego de explicarme lo que era un pizzicato, una cadenza, un adagio y un alegreto, comenzó a hacer sangrar al violín, que se quejaba como si lo tuvieran asesinando despacito. Pero yo estaba con la boca abierta, hipnotizado en mis sombras con ese extraño sonido, que sin embargo acariciaba mi alma.

Entonces en el barrio había tres Antonios, ¡vaya!: Antonio el peluquero que era viejito y con una madre de 104 años, Antonio el sastre que me tomó las medidas y nunca me hizo el traje, y el Antonio músico, que en sus ratos libres, es decir, todo el día, hacía de zapatero para ganarse la vida. Mamá un día le pidió para mí que hiciera unos zapatos a medida y aunque me resultaron muy cómodos, mamá dijo que hacía lo zapatos como tocaba el violín; entonces no le encargó más, aunque sí reparaba el calzado en mi familia.

Pero dije que el violinista-zapatero estaba casado con Tita. Por lo que supe de Juan y mamá, era una mujer encantadora, aunque una vez escuché a mamá decir a doña Dora, la vecina de al lado, que “dejó a su marido en Brandsen para juntarse con el zapatero” y “mire usted, yo sabía que el zapatero había abandonado a su esposa también”, respondía doña Dora. Tita tenía un especial afecto por mí, y hasta me había permitido inspeccionarle la cara, pero cuando llegue a la boca y me hizo en broma el “amm” para comerme los deditos y yo tocar esa encía desdentada, horrorizado no quise acercarme más a la mujer.

–¡Vaya, el chico quedó impresionado con la broma! –dijo, pero no era la broma en sí, sino su boca de sapo lo que me impresionó. Para remediar el momento, me daba siempre caramelos Media Hora que no sé por qué razón del destino siempre sabían a viejos o humedad. Así que el problema entre Tita y yo era insalvable, a pesar de que admito que era una buena mujer.

Once pasos militares más allá de la casa del músico y de su compañera, había una casa igualita a la perfección. Era que en realidad las dos casas habían sido construidas por el mismo dueño, Jaime el Catalán, abuelo de Josep, que vivía enfrente de casa y era dueño de gran parte de la manzana de enfrente. En ésta casa de mi cuadra vivían Jorge Silva, su esposa Elvira, Néstor, el hijo de ambos, el Negrito Raúl, que era hijo de un hermano muerto de Jorge, y finalmente completaban la vivienda el padre de Elvira, don Vicente, un hombre octogenario que tenía como deporte principal sentarse en un adoquín grande a manera de banco en la acera y ver contemplar la vida pasar.

De Néstor sé muy poco, salvo que estudiaba la escuela secundaria y salía muy poco a la calle. A Elvira, más de un “¿cómo estás, Danielito?” no le conocí. Jorge, en cambio, era un tipo simpático que tenía por costumbre revolverme el pelo levantarme en brazos y darme un beso en el cachete. Era evidente, aunque no su intención, que mi condición de ciego, le abrumaba demasiado.

De Raúl era el que más sabía. Tenía la voz hueca y a veces cuando algo lo sorprendía se le aflautaba. Cuando todos los chicos del barrio se juntaba y Juan, en una de las pocas veces, me llevaba con él, Muchos lo llamaban “Negro” o a veces “El Mota”, por el rizado de su pelo de raíces africanas. Raúl era el animador del grupo. Le gustaba contar historias verdaderas, que por supuesto salían de su imaginación. Él era siempre el héroe de cada anécdota, pero eran tan disímiles, que ni siquiera yo las creía a pesar de mi joven edad. Siempre tenía un revólver y luchaba contra asaltantes y malvivientes salidos de las películas del lejano oeste. Muchos creían que Raúl podría llegar a ser homosexual, pero sin embargo fue el primero en concertar matrimonio a la temprana edad de diecinueve años. Se casó con una chica de Capital Federal dos años mayor que él, toda una victoria para los chicos del barrio y por lo que decían era muy guapa. Sin embargo, su temprana experiencia en vida común, fue también un temprano fracaso, que culminó en tragedia. Un día que regresaba más temprano de su trabajo al piso de alquiler que la pareja tenía, tal vez ya sospechando lo que sucedía allí, encontró a su joven esposa mezclada en las sábanas con otro hombre y sin decir más que “¡puta”, acribilló a ambos un cargador de un revólver de su tío Jorge. Como consecuencias ambos fueron a la cárcel, pues el arma no tenía los permisos correspondientes. Jorge Silva salió al mes, pero a Raúl le dieron catorce años por la cabeza, teniendo en cuenta que hizo la denuncia él mismo y se entregó

confeso. Así que se acabaron las historias de Raúl, reemplazadas por la verdadera donde también el moreno era el protagonista.

–¡Tanto hablar de revólveres, algo tenía que suceder! –dijo mamá una vez.

Diez pasos más allá, el otro Jorge. ¡Uff, con los nombres! Jorge Machado era un camarero de la provincia de Corrientes que tenía dos aficiones: decir que era el hijo del poeta Antonio Machado, que por supuesto que con su acento guaraní, sus ojos achinados y su léxico lleno de tacos y palabras mal pronunciadas demostraban lo contrario, y el otro era decir que mi madre era una vieja, a pesar que él tenía cinco años más. No sé que extraña satisfacción le causaba eso. Yo le transmitía sus dichos a mamá y ésta se ponía como loca. Jorge Machado no era un mal tipo, pero sí demasiado curioso. Y no tenía límites para satisfacer su indiscreción.

–¿No se puede hacer nada con tus ojitos?

–Dice mamá que no –le dije cuando ya tenía los diez años.

–Si se pudiera donar un ojo, te juro por Dios que lo haría para que veas. Total un ojo a cada uno no le hace mal a ninguno –y largaba una risa que me parecía criminal, aunque lo dijera en serio. Su esposa Luisa, apenas le conocía la voz. Siempre largaba un “ji ji ji” aprobando todos los chistes malos de su marido. Completaban Magdalena, Ricardo y Hernán la familia; los muchachos hijos de los dos, la chica mayor, hija sólo de Luisa. Esta casa era una de las más conflictivas para mí porque tenía una baldosa resbaladiza y debía andar

con cuidado.

Al lado estaba la casa de don Juan, un hombre mayor. Había venido al barrio cuando sólo existían las casas de los catalanes enfrente y las dos casas de la esquina que hoy ocupan Jorge Silva y Antonio el violinista. Don Juan era el mejor amigo del barrio de don Vicente y siempre ambos estaban debatiendo sobre la política argentina ya sea ambos con el culo en el adoquín o bien en sendos bancos en la puerta de don Juan. Que también era italiano, como muchos en el barrio y había desertado en la guerra y escapado hacia Brasil, donde nació su hijo Gastón. A don Juan tampoco se le entendía mucho, así que no sé cómo hacía su par jubilado. Mamá siempre repetía que era un hombre muy bueno.

Lo curioso de esta casa no era que don Juan fuera italiano y tuviera un hijo brasileño ya grande y casado, sino que su vereda era de trece pasos y medio.

–Mamá, ¿por qué la casa de don Juan es más ancha que todas en la cuadra?

–No, Daniel. Es como todas.

Entonces yo al otro día iba y contaba los pasos de la casa de Jorge Machado, la de don Juan y todas la de ese lado y llegaba a la misma conclusión.

–Má, la casa de don Juan tiene dos pasos y medio más que el resto.

–¡Ay, con estos chicos! –se quejó mamá al señor que comenzó a venir a casa en aquellos años, que era precisamente Eduardo, el imbécil,

–Los chicos son así –respondió Eduardo –y luego a mí: –Danielito, no deberías preocupar a tu madre con esas cosas.

–En serio, ma. Cuando pases por ahí contá los pasos, siempre iguales como me enseñaste y vas a ver –sin tener en cuenta las palabras del entrometido.

–Bueno. Cuando pase por ahí los voy a contar.

Entonces me quedé tranquilo, aunque esto no sucedió.

Gastón, el brasileño, era un hombre de una voz dulce y se le notaba el don de gente, pero cambiaba su postura cuando hablaba de fútbol. Era fanático del Boca y si alguien osaba hablar mal del equipo o de “los gloriosos colores azul y oro”, como él decía, la cosa iba para mal; se ponía violento y era capaz de agredir (con palabras) de una manera salvaje. Ricardo, el hijo de Jorge Machado y Luisa, era del Independiente, otro equipo de “glorioso color rojo” y le encantaba picar a Gastón, mucho mayor que él.

–Desde que tengo uso de razón –le dijo una vez que pasé por sus portales – no recuerdo que Boca le haya ganado limpiamente al Independiente, y sin embargo el Independiente le gana casi siempre al Boca.

–¡Qué decís! –dijo Gastón ya con su furia comenzada. –¡Vos no sabés nada de fútbol, pibe!

–El que no sabe sos vos –siguió Ricardo con su broma, mientras yo me detenía para oír como terminaba la historia. –Además no vas a comparar los colores sangre pasión de los Diablos Rojos de Avellaneda con esos colores

feos, que ni siquiera tuvieron la fantasía de crearlos ustedes, sino que lo sacaron de la bandera de Suecia de un barco que vino a ese puerto viejo, feo que tienen en su barrio.

Y entonces Gastón, pensando que le habían clavado un puñal en el corazón escupió sin anestesia:

–Pero al menos yo no tengo una hermana que no se sabe de qué padre es.

–¿Juan? –le pregunté una tarde mientras me pelaba unos higos maduros de la higuera del fondo de doña Francesca.

–¿Qué?

–¿Qué es rojo?

–Un color.

–¿Y azul?

–Otro color.

Yo me quedaba intentando imaginarlos. Juan me ponía un higo pelado en la boca, no sé si para callarme o porque quería que probara el manjar.

–Está caliente –le dije.

–¿Y qué?

–Mamá dijo que los higos calientes hacen mal. La abuela Catalina se murió por comer higos calientes.

–Sí, eso dijo mamá.

–¿Vos conociste a la abuela Catalina?

–No, murió antes que yo naciera.

–¿Y al abuelo Florencio?

–Al abuelo Florencio sí.

–¿Cómo era?

–Bueno.

–¡Ah!

Y me dio otro higo.

–Este estaba en la sombra; no está caliente –me dijo.

–Dice mamá que los higos calientes hay que ponerlos un rato en agua fría para que no hagan mal.

–Bueno.

–¿Juan?

–¿Qué?

–¿Y cuál es la diferencia entre el rojo y el azul?

–Pues... –se quedó pensando un rato. –El rojo es rojo y el azul azul. No sé cómo responderte a eso.

Nos quedamos en silencio comiendo higo un momento.

–¿Las personas son de colores? –dije al cabo.

–Claro.

–¿De qué color sos vos?

–Blanco

–¿Y yo?

–Verde.

–Ah.

Y me dio otro higo.

Como dije, la manzana, tal como estaba dispuestas las casas del barrio era mi mundo, mi universo, mi extenso universo, si me permitís. Y su integrantes mi medio de comunicación. Y luego Juan era mi enciclopedia que me aclaraba a su manera toda la información recibida anteriormente y yo hacía el desguase para quedarme con el producto terminado. Que como imaginaréis, o casi nunca iba de acuerdo con la realidad que veis.

Sigamos con mi universo, ya falta poco. Apenas tres casas para llegar.

Al lado de Gastón, don Juan y los enojos futbolísticos, vivía doña Angélica con su hijo Gustavo. También don Hugo, pero siempre creí que era un señor invitado, amigo de la familia. Hugo era, sin embargo el marido de Angélica y padre de Gustavo. Vivían en el chalet, a palabras de mi hermano, más lujoso de la cuadra, aunque ellos eran de condición sencilla y agradable. La casa tenía diez pasos de ancho y eso me causaba cierto malestar. Era grande como todas las casas, pero si la de don Juan tenía trece pasos, ésta debía tener los

siete. Sin embargo, no bajaba de sus diez reglamentarios. Las baldosas eran acanaletadas y mis pies se aferraban bien; me encantaba arrastrarlos allí, pero no cuando iba con mamá que se enfadaba porque decía que rompían mis zapatillas. Las paredes eran bajas y de piedra lisa y en el comienzo tenía una puertita de madera muy suavcita que a la mañana era cálida casi siempre. Decía que Hugo era un visitante para mí por algunas respuestas que solía darme.

–Hola Daniel –me dijo al pasar una vez.

–Hola don Hugo. ¿Está ocupado? ¿Podemos hablar?

–A ver... –Y hacia adentro: –¿Angélica, necesitás que te vaya a comprar algo? ¿No vas a baldear la vereda? ¿No te molesta que me quede hablando con Daniel? –y cosas así. Cuando Angélica daba el visto bueno, finalmente me decía con una voz grácil: –Sí, puedo.

Y nos quedábamos largos momentos charlando. A pesar de la gran diferencia de edad (Hugo por la voz tenía entre quince y cincuenta años), eran muy buenas las conversaciones que solíamos tener. Hablábamos sobre las veredas y lo difícil que está a veces caminar.

–El otro día me llevé una baldosa salida por delante y me caí con el pan –me contó.

–¿En serio? –yo no salí de mi asombro.

–Sí, y encima se me salió una uña por el golpe.

–Uy.

–Sí, en Argentina las veredas deberían ser como las aceras de Madrid.

–¿Cómo son?

–Las pone el Ayuntamiento, no la gente. Y son todas parejitas, de las mismas formas y el mismo color. En el resto de España igual. Creeme, Daniel, es muy lindo aquello.

–Yo no conozco España –le dije muy serio.

–Bueno, esas son cosas de la vida, pero seguro que conocerás otras cosas.

–¿Qué cosas?

Hugo hizo un silencio de pensar y respondió al cabo de unos segundos.

–Seguro que conocés la manzana como nadie en el barrio.

Yo sonreí satisfecho.

–¡Eso sí! ¿Sabía que acá a la vuelta están haciendo una casa de dos plantas?

–No, no sabía –me respondió Hugo, no sé si porque yo le daba la primera noticia o quería ser amable conmigo. –¡Vaya con Daniel! Conoce el barrio mejor que un adulto.

Con Angélica la relación también era buena. Buena, antes de la pelea con mamá. Siempre me acariciaba la mejilla y me preguntaba por mi familia, en especial por Juan a quien le tenía gran cariño también. Pero la pelea... ¡ufff!

Doña Angélica era la hija de don Joaquín, un viejito pícaro, según mamá, que yo no llegué a conocer. El viejito era cuidador en un el cementerio del

barrio, pero en sus horas libres se dedicaba a vender terrenos. El propio terreno donde vivimos lo compró papá (el verdadero) a don Joaquín. De palabra a palabra, como debe ser, se decía. Las malas lenguas dicen que don Joaquín averiguaba cuando una persona muerta no tenía familiares y “abracadabra”, vendía terrenos en sus ratos libres a muy buen precio.

Gustavo, el nieto del pícaro anciano, en cambio, era raro, nada simpático y mucho menos pícaro. A veces cuando me ponía a hablar con don Hugo, su hijo estaba a su lado y cuando le hacía preguntas él me respondía con las únicas tres maneras posibles: “sí”, “no”, “no sé”. Tenía tres años más que Juan y Robertito, pero eran los tres amigos inseparables, aunque al que más oí con la voz de pito antes que entrara en la adolescencia fue el forzudo de Robertito. Juan también hablaba mucho con sus amigos, pero Gustavo, entrado en carnes era el más reservado. Pero igual era el de más fácil distinción, porque era el que más olía. Tenía un aroma piel fuerte y picante y aunque terminara de bañarse yo lo descubría siempre sentado en un rincón del patio. Juan me dijo que tal vez era porque era el que más grasa tenía y que él mismo también solía olerlo sin pretender. Un día volvimos con mamá de la escuela de ciegos y cuando llegué estaban Juan y Robertito hablando muy animadamente sobre los nuevos cromos intercambiables del mercado.

–Ahí en el patio está tu hermano con Roberto –me dijo mamá en el comedor.
–Ve a estar con ellos.

–Y está también Gustavo –agregué.

–¿Gustavo? ¿Qué está Gustavo decís? ¿El de Angélica? No, él no está. Es Roberto, querido.

–Sí, mamá, él está. Están los tres.

Mamá salió a comprobar mis palabras y se lo encontró en su rincón en silencio.

–Tenías razón: está Gustavo también –me dijo. –¿Cómo sabías?

Y yo sin diplomacias ni falsos pudores le respondí mientras salía delante de todos:

–Por el olor, mamá, por el olor.

Sobre la pelea de Angélica con mamá, lo contaré luego. Aún me faltan los once pasos para completar mi vuelta manzana. ¿O son ocho y medio?

La duda sobre los trece pasos y medio de la casa de don Juan y los once de Angélica quedó desvelada a mi conciencia poco después de conocer bien la manzana. Al lado de la casa del chalet lujoso de Hugo y familia estaba “El Campito”, llamado así por todos los chicos del barrio. El Campito no era tan grande como la canchita de Los Eucaliptos, pero sí era una diversión extra. Además no tenía separación con casa y parecía como una extensión de la nuestra, lo que hacía que mi hermano Juan y yo fuéramos los privilegiados de vivir al lado del Campito, los casi dueños para los chicos del barrio. Y no

pocos nos pedían autorización para jugar a la pelota allí. Tenía como ochenta pasos de profundidad pero al comprobar su anchura tenía nueve pasos... Nueve pasos y medio con más precisión. Por más que volví sobre mis pasos y medí nuevamente, estiré mis piernas como mamá me enseñó, no había duda: al terreno de don Ernesto, el verdadero dueño del terreno, sin vallas ni alambres que nos permitiera el ingreso de los chicos del barrio a jugar al fútbol, la escondidas o lo que fuera, eran de nueve pasos y medio. Don Ernesto no vivía allí y por eso no pude preguntarle, pero ahí estaba la explicación en parte entonces del por qué los dos pasos y medio de más de la casa de don Juan, pero aún faltaba la última casa, la nuestra. Nunca la había medido en pasos porque ya la conocía y no tenía necesidad. Sabía que estaba la puerta de casa que daba al largo pasillo de nada más y nada menos cuarenta pasos, a veces cuarenta y uno y si daba los pasos largos lo podía bajar hasta treinta y ocho, pero lo normal, cuarenta. Pero siempre tocaba la laca de la punta de la casa cuando llegaba y enseguida a puerta que daba al comedor. Pero la anchura de la puerta jamás fue necesario contarlos. Ese día lo hice y me llevé la sorpresa de mi vida, a igual que con El Campito. Nuestra casa tenía diez pasos. Como había un sistema de doble puerta nadie lo notó. Es decir. Había dos ingresos: uno para la vivienda del abuelo Florencio, que ya había fallecido hacía años y por lo tanto estaba desabitada, y la otra la puerta nuestra.

—¡Mamá, mamá! —grité apenas toqué las lajas exteriores de casa ya

sumergido en el pasillo.

–¡Por fin estás acá! Ya estaba por mandar a tu hermano al Señor Basilio para que te vaya a buscar.

–No estaba en el Señor Basilio, estaba midiendo las casas.

–¡Otra vez con eso! –se quejó mamá.

–Adiviná que descubrí.

–No sé, pero andá a lavarte las manos que ya está la comida.

–Bueno, pero adiviná qué descubrí.

–¡Uff! Supongo que si no adivino no me vas a dejar, ¿no?

–No –sonreí con la cabeza para atrás.

–Un insecto nuevo.

–¡No, mamá! ¡En serio!

–¡Qué sé yo! Decime vos.

Y con el orgullo de que es capaz de anunciar un detective cuando descubre el crimen casi perfecto dije:

–Nuestra casa tiene diez pasos.

–¡Ah, que bien!

–¡No, má! ¡Todas las casas tienen once pasos! Menos la de don Juan que tiene trece y medio. Luego viene la de doña Angélica que tiene once y El Campito que tiene nueve y medio. ¿Entendés?

–Sí –me respondió. –Andá a lavarte las manos que se enfría la comida.

Yo fui gustoso de darme cuenta de una verdad absoluta y habérsela transmitido a mi madre, que sin embargo seguía sin enterarse del asunto.

Pero sucedió un día que mamá quiso separar El Campito de nuestra casa.

–El terreno se llena de chicos de todas partes y la verdad que no me hace gracia que tengan contacto directo con mi casa –le dijo una vez mamá a Eduardo. –Además, los chicos vienen a por agua de la canilla del patio y siempre tenemos extraños en nuestro propio patio.

–Entiendo –respondió el imbécil.

Quiero poner una pared, o al menos un alambre divisorio.

–Lo primero que tenés que hacer es marcar el límite entre tu terreno y el de Ernesto. –Y sin más le dijo a mi hermano: –Juan, traeme. el metro. –Luego: – Agarrá de ahí. Así. No, así, así. Muy bien. No sueltes.... Hmmm. ¡Te dije que no sueltes!

–¡No solté! –dijo Juan.

–A ver. Empecemos de nuevo. Ponete acá firme y no sueltes. Así, muy bien.... ¡Vaya!

–¿Qué? –dijo Juan.

–O este metro está fallado o a este terreno le falta setenta centímetros.

Mamá vino en ese preciso instante, mientras yo disfrutaba del sol. Era picante y me calentaba la cara.

–¿Qué sucede? –preguntó.

–Nada, que parece tomé mal las medidas –dijo el imbécil. –¿Dónde es el límite exacto entre tu casa y el Campito?

–Pues... ahí mismo donde estás vos.

–Es donde la tomé. Pero esperá. Tomemos las del Campito y nos dará el lugar exacto. Vení, Juan. Ponete aquí. No, aquí. Así. Agarrá firme el metro. Eso, eso, esperá que voy a la pared de Angélica.

Esperé que el sol me picara un poco más la cara y por fin:

–¡Vaya!

–¿Qué sucede? –dijo mamá.

–Que si el metro está bien, entre los dos terrenos faltan casi dos metros.

Mamá comenzó a reírse. Algo que no entendí le hacía gracia.

–Daniel dijo que el terreno de al lado y nuestra casa tiene un paso menos, ¿te acordás, mamá? –insinuó Juan.

–Sí. –Mamá dejó de reír. –¿No será el metro ese? Voy por el otro que es mejor –dijo como si los metros vinieran centímetros más pequeños o de mejor calidad.

Una nube. El sol ya no picaba. Me pareció oír a lo lejos el aleteo del colibrí, pero había mucho barullo en casa como para determinarlo.

–Acá tenés éste –dijo mamá de vuelta. Le noté un leve temblor en la voz.

Otra vez la ceremonia de “ponete aquí, no sueltes, muy bien”.

–Mujer –dijo por fin Eduardo, el... –O compraste un terreno más angosto o te

faltan aproximadamente setenta centímetros.

–¡Eso es mucho!, –casi aulló mamá.

–Sí, mucho.

El sol picaba otra vez.

–¿Cómo puede ser? –preguntó mi madre.

“¡Fácil”, pensé. “La casa de don Juan tiene trece pasos y medio, la de doña Angélica tiene los once y entonces El Campito tiene ocho pasos y medio y nuestra casa llega a los diez”. ¡Por eso!

–Fíjate en los planos. Ahí tiene que salir el metraje exacto, aunque supongo que todos los terrenos tienen que ser iguales.

–¡Todos no! –interrumpí. –El de la vuelta tiene dieciséis pasos y medio.

–Sí, la casa del vasco –respondió Eduardo. –Pero eso es distinto. Él ya la compró así.

–La de don Juan tiene trece y medio.

–Eso habría que verlo –dijo el imbécil.

–¡Acá está! –dijo mamá con ruido de papeles en la mano. –El terreno tiene que tener ocho metros sesenta y seis de ancho. ¡Cómo todos!

–Tendrías que ir a la inmobiliaria que te vendió...

–¡Qué inmobiliaria! ¡Me lo vendió don Joaquín, el padre de Angélica! ¡Y a ese ya se lo comieron los gusanos!

–Entonces debieras decirle a Angélica.

Luego la pelea.

De todo lo que oí esa tarde hubo algo que me inquietó mucho. Cuando terminaron de hablar de esos escrupulosos setenta centímetros, que podrían ser en realidad setenta y uno y medio o algo así, busqué a mi hermano.

–¿Juan?

–¿Qué?

–¿Los gusanos se comen a las personas?

–Claro –me dijo. Esa noche no pude conciliar el sueño y agudicé los oídos para ver si algo se arrastraba debajo la cama.

–¡Juan! –grité entonces.

–¡Shhh! ¡Qué vas a despertar a mamá! –me dijo por lo bajo desde su cama.

–Tengo miedo.

Entonces sin decir más se vino a mi cama, me abrazó y nos quedamos dormidos.

Capítulo 4: El testigo

Ese era mi magnífico mundo.

Luego de la primera mitad de manzana, venían el terreno del doberman, doña Lucía y sus hijas ausentes, el Municipal, doña Francesca, Pepe y Osvaldito los de los cromos, el kiosco de don Anselmo el gritón y su hija Estela, todavía don Giuseppe el vidriero antes del ataque cardiaco, la cancha de los Eucaliptos y doblando, la casa construyendo eternamente del vasco Josefa que compró un terreno y medio, el medio terreno del Colectivero y su hijo Omar el mendocino, la casa rugosa de alquiler de la esquina y volviendo, Antonio el violinista zapatero y Tita, Jorge Silva, su esposa Elvira, su padre don Vicente, su hijo Abel y el Mota, luego Jorge Machado, Luisa, Hernán y Ricardo, por último Gastón el hincha del Boca y su padre don Juan, casi al final doña Angélica, Hugo, Gustavo hasta llegar al Campito. Y eso ya era al lado de casa.

Cuando ya tuve la manzana suficientemente caminada pude hacer una síntesis que me cuadraba más. En mi calle estaba la rosa de Teresa hasta el almacén de don Arístide, doblaba a la derecha y saluda al loro antifranquista hasta Doña Ramona. En la esquina, pasando por el Señor “Hmmm” estaba el malvado Tomasito y debía tener cuidado, pero nunca miedo. Me asustaba con el doberman y antes de que me diera cuenta le sacaba la lengua a don Anselmo,

el de la moneda de menos; por último me cansaba con los quince pasos en lo del vasco y si no estaba Omar el mendocino abandonado, doblaba hasta el violinista y de ahí derechito a casa. ¡Es fácil! Sólo tenía que caminar los dos pasos y medio de más, doña Angélica, El Campito y los cuarenta pasos de mi pasillo. ¡Cualquiera podría hacerlo con los ojos cerrados!

Sólo que el tema de los dos pasos y medio más o dos pasos y medio menos tarde o temprano iba a salir a la luz y explotar y lamento que haya sido por mi culpa. Bueno, mi culpa no, porque no me hicieron demasiado caso al comienzo. Tampoco fui yo el que timó a mamá o le compró el terreno a don Joaquín sin contar los once pasos reglamentarios; ¡algo tan fácil de hacer! Lo cierto es que mamá aquel día salió como una loca a buscar el cuello de Angélica, como si al retorcer su cogote como una gallina fuera lo mismo que el de su finado padre, en la panza de los gusanos. Mamá salió como una loca y Eduardo la siguió. Juan por miedo a que pasara una desgracia o por curiosidad, salió corriendo detrás. Yo, sin ninguna duda, por diversión salí último, tocando las paredes del pasillo de casa hasta la calle. Doña Angélica estaba en la puerta mirando a los vecinos pasar y dicen recibió a mi madre con una sonrisa.

—¿Me quiere decir qué significa esto? —la atacó mi madre sin prólogos con el plano de la casa en la mano.

Yo llegué para el:

–Yo... eh, bueno... mi padre...

Que fue después del:

–Su padre es un tráfuga que me estafó con el terreno –según me contó Juan.

–Dejemos los muertos descansar en paz, Esther –le oí decir claramente luego.

–¡No sé como puede descansar en paz alguien que se la pasó estafando. Se debe estar retorciendo en su tumba.

Yo pensé que podría ser por los gusanos.

–No le voy a permitir... –dijo enojada doña Angélica.

–Bueno, calma, señoras –intentó tranquilizar don Hugo.

–Esther, tranquila –el imbécil.

–Mamá, vamos adentro –Gustavo.

Juan, tan aturdido como yo entonces, y apenas cuatro años mayor, lo que significaba un punto insignificante en el universo de los adultos en esa batalla.

Entonces, doña Angélica envalentonada por el “calmate, querida” de Hugo, el “hablando se entiende la gente” de Eduardo y el “¿cómo arreglamos esto?” de mamá, comenzó a gritar con casi todas palabras incomprensibles y oí el cuerpo pesado de una persona que salta una pequeña pared y dos mujeres rodando por el suelo a la vez que los gritos mezclados de las hembras furiosas se me iban acercando y cuando menos me lo esperaba me derribaron como un palo de bolo contra el álamo plantado por el abuelo Florencio. Unas manos de

tenaza me pusieron de pie, tal vez Eduardo, tal vez algún vecino curioso que se había acercado, y entonces hice lo que debí hacer en el primer momento, lo que toda persona de mi edad y mi condición debe hacer en un momento así:

Llorar como un descosido.

No sé si fue mi llanto de niño asustado, si fue que las mujeres se cansaron de tomarse de los pelos o la oportuna intervención de Jorge Silva y de Gastón que las separaron, pero lo cierto es que el caos de los gritos y ruidos a golpes terminaron en el mismo instante que comenzaron mis propios gritos.

Luego oí las voces de los vecinos calmando los ánimos, Eduardo que trataba de sostener todavía a la furiosa madre de Juan (yo en ese instante me había divorciado de Esther), Hugo y Gustavo que metieron a la hija ofendida del finado timador, dejaron solamente oír los últimos gritos de la batalla.

—Ya pasó, chiquito —me dijo Magdalena, la hija de Luisa, esposa de Jorge Machado, mientras me abrazaba y me daba un beso en la frente. —Ya pasó.

Con los mocos colgando, con la baba mojándome toda la cara, Juan y mi madre me metieron en casa. Yo rechacé el abrazo de mamá, la causante de todo ese mal momento.

Con los días las cicatrices fueron curándose. Las cicatrices del alma y también de la espalda con el magullón que me dieron los dos cuerpos de las contendientes rodar sobre mí y estrujarme contra el árbol del abuelo

Florencio.

Mamá habló con un abogado para recuperar los setenta y un centímetros y medio, es decir, hablando con propiedad, un paso completo. Pero el abogado le dijo que la transacción estaba hecha, que en realidad lo que tenía que hacer era hablar con Catastros en la Municipalidad o no sé qué para decir que estaban mal cortados los terrenos, pero que el origen probablemente nacía en la propiedad de don Juan. Que no creía que los de la Municipalidad le hicieran caso, pero si don Juan admitía la trampa después de tantos años, ya que era uno de los primeros vecinos del barrio.

–Don Juan –le dijo mamá entonces un día decidida, llevándome de la mano.

–Hola, Esther, ¿cómo va todo? –le dijo con acento italiano pero con claridad.

–Muy bien, don Juan, por suerte. Necesito hablar con usted.

–¿Con me?

–Sí, por eso del terreno. Sé que su terreno tiene casi dos metros más y...

Oí un hombre grande que se ponía de pie y una silla que se arrastraba.

–Non, capito, Esther. Non capito niente.

Y mientras se metía en la casa supe que ahí se terminó el pleito.

Conocer el cuadrado de casas me dio mucho trabajo que el que imagináis, pero lo más duro fue convencer a mamá que yo podía hacerlo. En la escuela de

ciegos tuvieron que aleccionar a mamá de mejores cuidados. No es que mamá no me cuidara, al contrario, sino que sus atenciones eran desmedidas no acordes para un chico ciego que debe salir a la vida y aprender a valerse por sí mismo. Si fuera por ella, hasta respiraría por mí por miedo a que me pasase algo.

El abandono de papá fue sin duda un golpe duro. Papá y mamá se llevaban muy bien, por lo que decían, pero papá no estaba preparado para tener un chico como yo en su familia. Estaba muy pendiente del que dirán y sencillamente no tuvo el valor suficiente, ni la moral, de quedarse peleando codo a codo con mamá.

Pero no lo extraño, simplemente fue para mí una anécdota de los demás.

—¿Juan? —le pregunté una noche en nuestra habitación.

—¿Vos conociste a papá?

—¡Claro, se llama Eduardo!

—¡Ese no, Juan! ¡El verdadero papá!

Juan se quedó callado un rato y luego me dijo mientras trataba de dormirse.

—Tengo algunos recuerdos, sí, pero muy poco.

—¿Cómo era?

—No sé, prefiero pensar que Eduardo es mi papá. Él es mucho mejor.

Yo recapacité en esas palabras y al cabo de un momento le pregunté nuevamente:

–¿En qué es mejor? A mí no me lo parece.

Pero Juan ya no respondió y poco después oí su respiración relajada de dormido.

Al menos me quedó el gustito dulce de la tía Clotilde de una vez.

–No digo que mi hermano sea un santo, ¿pero qué le viste a ese Eduardo? – dijo la tía.

–Es un buen compañero, muy trabajador. Hace que ni a mí ni a los chicos les falte nada.

–Es un pelagatos que no tiene donde caerse muerto, Esther, un aprovechador. Vivía en una pensión de mala muerte en Constitución y a vos te usa para que le planches las camisas y le des una comida decente.

Luego mamá se enfadó y comenzó una discusión de “¡es mi vida!”, “te lo digo por tu bien”. “Yo sé qué es lo que me conviene”. “Mi hermano era cien veces mejor”. “Me abandonó porque Daniel era ciego y nunca le importó si estamos vivos” y todo lo que se dice entre una ex cuñada y una mujer despechada ante el abandono. Al menos yo me enteraba de todo lo que no me contaban, paradito una de las tantas veces que escuchaba detrás de las puertas para comprender el mundo donde vivía.

Hablando de mundo. Como decía, recorrer y conocer la manzana no fue cosa de un día, ni siquiera de un mes. Me llevó mis buenos golpes de cabeza, mis

dedos lastimados y hasta un choque eléctrico cuando toqué el medidor estropeado del Flaco Larguirucho, el del perro belga rabioso. Yo a cada golpe o situación que me pasaba, trataba de no decirle nada a mamá porque sabía que tendría problemas para la próxima vez en salir. Un día sucedió que estaban haciendo la acera nueva el Marinero. Nadie me dijo nada y mamá, al parecer, tampoco lo sabía de momento, lo cierto es que fui directamente hacia allí y me topé con un hilo que advertía “no pasar”. El hilo, que estaba a la altura de mi cintura, estaba tirante de lado a lado por el costado y advertía a una persona de visión normal que no se debía pasar por allí, pero claro, yo no podía verlo. Fui caminando con cierta ligereza, hombre conocedor del barrio, y no llegué a darme cuenta del hilo hasta que me topé con él a contra pierna dando el paso hacia delante e inclinando el cuerpo levemente. El empujón fue suficiente como para pasar medio cuerpo, quedar por un instante suspendido, bamboleándome hacia atrás y hacia adelante sobre el hilo y antes que reaccionara caer de lleno en el cemento fresco de cabeza,

No me lastimé. Pero estaba en problemas. Como era hora del mediodía no estaban los albañiles ni hubo nadie que me socorriera, por lo que traté de salir de allí como pude y una vez fuera de esa jaula me refregué la cara y cuando creí que estaba algo presentable regresé a casa. Abrí despacito la puerta del pasillo y camine sigilosamente hasta la canilla de la punta de la casa. Si me movía con rapidez y prudencia, tenía grandes probabilidades de que mamá no

se diera cuenta, pero...

El picaporte de la puerta del comedor se abrió y me anunció que alguien estaba saliendo de casa y por los pasos ligeritos no era otra que mamá que venía a buscarme para comer en el mismo momento que yo llegaba a la canilla.

No sé si se desmayó, si se golpeó la cabeza con la mano de la impresión o ambas cosas a la vez, pero lo cierto es que momento después comenzó a gritar:

—¡Juan, Juan, vení!

Cuando mi hermano salió corriendo y vio el espectáculo mi hermano comenzó a reírse con tanta fuerza que sentí como sus rodillas chocaban contra el cemento del patio al caerse vencido. Lejos de enfadarse conmigo, mamá también se rió hasta el hartazgo y eso no hizo más que contagiarme y al final quedamos los tres hechos unos trapos de tanto reírnos.

Después vino lo malo, tenía cemento hasta en las orejas, en las pestañas y cada rincón oculto de mi cuerpo. Y por supuesto, lo peor, mamá no me dejó salir hasta que terminaran de hacer la vereda, varios días después. Tampoco creo que sería muy bueno para mí pasar por delante de los que debieron hacer dos veces la nueva acera del Marinero.

Cuando me sentí totalmente preparado, le pedí a mamá que me dejara caminar solo por la cuadra. Esa era la señal que debía recibir mamá para dejarme, según le dijo la psicóloga en la escuela. Aunque nunca lo admitió, yo

sé que me seguía por detrás a pocos pasos, pero mi oído de tísico todo lo captaba. Mamá me enseñó el método de contar los pasos de obstáculo a obstáculo, como dije. Así descubrí cuántos pasos tenía una casa, cuántos había del comedor al baño y cuántos de mi cama a la puerta de salida de la habitación. Mi mundo se describía con pasos.

Cuando las semanas pasaron y ya tenía varias vueltas a la manzana, mamá ya dejó de torturarse y comencé a salir solo. Me gustaba calcular las casas sin tocarlas, dar los dos pasitos donde el perro, saludar a Teresa, llegar al almacén de la esquina de don Arístides, doblar y pasarme por el Señor Basilio y su loro hasta el peluquero de la madre anciana y darle un beso a doña Ramona si estaba en la calle y finalmente llegar a la casa de doña Ana y su malvado nieto Tomasito.

¡Uff!

Y ahora la otra mitad, dar pasos apurados hasta el político, decir “chau, Juan”, a la altura de mi casa en lo de doña Francesca, seguir al quiosco de don Anselmo, doblar por la esquina y pasar por lo del vidriero Giuseppe y más tarde por lo de la casa del mendocino Omar y su padre colectivero, llegar a la casa fea de la esquina toda rugosa y por fin al violinista-zapatero, más allá don Juan de la casa de los trece pasos y medio, doña Angélica y por fin mi casita.

Cada día me costaba menos y cada vez me sentía más dueño de mi mundo. A

pesar de rosas espinosas, de loros políticos, de niños golpeadores y de violinistas asesinos de su instrumento.

Pero ahora era necesario agrandar el mundo. Y eso significaba sin más ni menos que cruzar la calle.

–¿Mamá? –dije mientras ella planchaba nuestra ropa y todo el aire estaba impregnado a presto.

–¿Qué?

–¿Puedo cruzar la calle?

–¡Ni se te ocurra! –dijo mamá. –¡Ni se te ocurra, Daniel! Eso es peligroso, no es como ir a la vuelta de casa.

–Ya sé, pero en la escuela dijeron que debía salir...

Y entonces sentí como mamá dejaba la plancha sobre la mesa y se ponía delante de mí y sacudiéndome de los brazos insistía:

–Prometeme que no vas a cruzar la calle solo.

–Pero mamá...

–Prometeme.

Y entonces no me quedó otra alternativa.

–Está bien, te prometo.

Al cabo de un rato, cuando ya respiraba normal, y mientras seguía con la plancha continuó con su fundamento.

–Por la calle pasan coches, motos, bicicletas y por más que las sientas, ellos

te pueden atropellar igual. No es fácil para un coche frenar de repente cuando cruza alguien.

–Pero yo sé cuando viene un coche, má.

Pero la discusión se terminó allí mismo y no fui capaz de fundamentar lo que yo sentía.

Pero al menos tenía las reuniones de la tarde con los amigos de Juan. Sus grandes amigos eran Roberto hijo el fanfarrón y Gustavo el oloroso. Roberto era el más gritón al hablar y siempre era el centro de las aventuras que contaba.. Gustavo era el más callado, aunque nunca se dejó tocar el rostro, Juan me dijo que tenía unas enormes cejas que le comenzaban arriba de la oreja derecha y le terminaban arriba de la oreja izquierda sin cortarse un poco. Su voz era siempre cansina y cuando corrían era el último en llegar. “¡Dale, gordo!”, le gritaba siempre Roberto hijo. Juan, en cambio, era ágil, no hablaba tanto como Roberto, pero sí más que el oloroso. En algunas cosas era el mejor, como cuando jugaban a las escondidas. Siempre hacía que me esconda con él, pero como yo me reía de nervios nos pillaban fácil. Otras veces me quedaba a un costado de la pared donde anunciaba los descubrimientos y era una pasada oír como Juan siempre era el último en salir. En otras cosas, como la lucha, Juan era un poco cobardillo. Era tres años menor que Gustavo y mucho más bajo que Roberto hijo que tenía la altura de

mamá y para los doce años era algo más que importante.

Las mejores tardes eran las que se juntaban todos los chicos del barrio. Venían Ricardo y su hermano Hernán, Abel Silva y el Mota, Pepe y Osvaldito, Gustavo y Roberto hijo y siempre aparecían algunos chicos de otras manzanas y hacían un número importante. Cuando se acercaba la noche, pero antes de la cena, teniendo en cuenta que en Argentina se come a las nueve de la noche, aunque varía según la organización de la casa, los chicos elegían como lugar sagrado el Campito. En el fondo había un pequeño cañaveral salvaje que los chicos a fuerza de rondas de charlas habían ahuecado y dejado una pared de cañas que los protegían de toda mirada furtiva, en especial de mamá, antes de hacer la pared de división y la pelea con doña Angélica y el “no capito niente” de don Juan. Esas tardecitas eran sublimes. Tenía que pelearme con Juan para que me dejara ir con ellos, pero cuando lo conseguía era el chico más feliz sobre la tierra. En esas tertulias, verdaderas reuniones templarias, los chicos hablaban de los temas más profundo de la humanidad: de si los judíos la tienen más grande que los negros, del color de braga o bombacha de Teresita, de si tal o cual es homosexual y en la larga lista de el Mota había nombres increíbles, como el padre Casanova de Nuestra Señora de los Remedios. Claro que nadie le lo creía, de si Teresita tenía muchos o pocos pelos ahí abajo, de hay qué hay que hacer para tirarse un pedo sin que nadie lo note, de Teresita y de Teresita. También se ponían a fumar y lo hacían en silencio para

que yo, el más niño del grupo, no me diera cuenta.

–Están fumando –dije sorprendido y enfadado. En esos tiempos era aliado de las leyes de mi madre.

–¡No, nada que ver! –respondió el Mota.

–¡Sí, están fumando! –grité. –Huelo el humo.

–¡Qué no! –siguió Raúl el Mota, el líder natural de todos. –Es que Hernán se tiró un pedo y largó mucho humo. –Y todos explotaban en una risa, en especial Hernán que tenía una risa hueca y sonora. Pero a mí no me causaba ninguna gracia, porque yo sabía distinguir el olor de pedo del humo del cigarrillo y eso que decían era una ofensa a mis sentidos.

–Si decís a mamá que los chicos fuman –me aclaró Juan, –no nos van a dejar a venir más. Así que calladito, ¿sí?

–Sí –respondí luego de pensármela mejor. Entonces comenzaban a disputarse quién hacía la mejor argolla de humo con la boca.

Luego de saciarse la boca y los bultos de su tema preferido, que no era otro que la única chica de la manzana, en edad de los mismos chicos de la cofradía de El Campito. Teresita. Venían los temas de segunda importancia. Quienes eran los “raritos” del barrio.

–Don Juan es un héroe de guerra –dijo Abel, el primo del Mota.

–¿Sí? –preguntaron todos.

–Sí, vino de la Segunda guerra Mundial de Italia, luchó con el Duche.

–¿Quién es ese? –preguntó Hernán.

–¡El Duche, bruto! ¡Benito Mussolini! –aclaró El Mota.

–Don Giuseppe, el vidriero dice que Argentina necesita un Duche –agregó Pepe, el hermano de Osvaldito.

–¡Don Giuseppe es un boludo! –respondió el Mota y todos comenzaron a reírse a carcajadas, pero sobresaliendo como siempre la risa ahuecada de Hernán. –Además, don Juan no es un héroe de la guerra, es un desertor. Se fue a Brasil donde se casó y nació Gastón y luego se vino para la Argentina, donde se escondieron casi todos los fascistas y nazis. Me lo dijo el tío Jorge.

Y si lo dijo Jorge Silva, un adulto, palabra sagrada.

–Además la casa de don Juan tiene dos pasos y medio más –agregué con seguridad, pero el “shhh” de Juan no hizo que prosperara mi interesante conversación.

–¿A qué no saben quién es trolo en el barrio? –preguntó el Mota y todos abrimos los oídos para la gran novedad.

–¿Quién? –preguntaron todos.

–¡El catalán! –sentenció el negro, sobrino de Jorge Silva.

–¿Don Jaime? –preguntó Hernán y todos comenzaron a reírse a más no poder, mientras yo le preguntaba a Juan qué significaba “trolo”.

–Marica, puto, homosexual. –Entonces comencé a reírme a destiempo por la ocurrencia de que don Jaime fuera trolo.

–¡Don Jaime no, pedazo de imbécil! El hijo de la viuda, el Josep ese.

–¿En serio?

–¡En serio!

–¡Y vos como sabés? –preguntó Ricardo, el mayor del grupo.

–Yo lo vi entrar una noche, serían como la una de la mañana con un tipo grandote, pero no le pude ver la cara. El tipo le tocaba el culo y el Josep se partía de risa.

–Esa es una historia un poco increíble, Mota –consideró Ricardo. Entonces la historia quedaba cerrada y archivada. Y por más que el “¡en serio!” del Mota se repitiera una y otra vez, los chicos hicieron oídos sordos a una historia tan inverosímil, de las que nos tenía acostumbrado el negro.

–Hablando en serio –agregó Ricardo, el que nunca traía historias. –En el barrio hay un tipo que pateo para los dos lados, es decir le gustan las mujeres y los hombres.

–¿Quién, quién?

–¡No, esas cosas no se dicen! –respondió con crueldad a los curiosos el hijo mayor de los varones de Jorge Machado. –Es de esta manzana, pero no les voy a decir más. Cada uno sabe lo que hace con su vida.

Y por más que todos insistimos a que largara palabra, Ricardo se mantuvo en su postura diciendo que era la posición de un caballero y “¡no se hable más del asunto!”.

Esas eran las hermosas tertulias del barrio. A veces eran menos interesantes para mí cuando se ponían a jugar a las bolitas, o canitas como también se dice, y se la pasaban largas horas peleándose de si una bolita japonesa es más valiosa que una lechera o un bolón de acero inoxidable. Yo prefería las charlas. O sino las salidas con mamá por el barrio, en especial a los catalanes.

La limitación que mamá me impuso de no poder cruzar la calle solo hizo que conociera como nadie el pequeño mundo que me tocó en suerte. Pero del otro lado del Muro de Berlín, como Juan llamaba tragicómicamente a la calle, había también un mundo que debía esperar. Y sólo a siete pasos, cruzándola en línea recta, estaba la vereda de enfrente de los catalanes. Únicamente de la mano de mamá podía hacerlo, pero cada vez que íbamos, ¡ufff!, que placer. Los catalanes, que algunos llamaban la familia Argerich Flotats, era la más rica del barrio y dicen que tenían cierto poder a nivel municipal. Aunque ninguno de los catalanes se presentó nunca a un puesto de funcionarios en las elecciones de la ciudad. Lo cierto es que esta familia gozaba de cierta popularidad y prestigio en el barrio. No sólo por ser dueños de la manzana completa de enfrente, sino porque alquilaban además, alguna casas de nuestra propia manzana, como la de Jorge Silva, la del violinista-zapatero y tiempo atrás, algunas otras que decidieron venderlas. La familia se componía de sólo cuatro integrantes, aunque mamá dice que solían vivir allí más de veinte personas en épocas de esplendor de la familia. Cadillacs, Mercedes y otros

coches solían pararse frente al caserón cuando todavía había calle de tierra. Pero para cuando yo era pequeño la familia se veía reducida a don Jaime, un señor de unos ochenta años pero que tenía la vitalidad de un joven de cincuenta y aún se subía al único molino del barrio para reparar las astas, su hija María la catalana que era una solterona pisando los sesenta, Lidia la catalana, tres o cuatro años menor, que era viuda y su único hijo Josep el catalán y que siempre andaba callado y era impenetrable para mí. Mamá decía que era un tonto de temer y que no parecía nieto de don Jaime o hijo de la viuda. Si se le preguntaba si está bien, decía “sí” y se marchaba o simplemente asentía con la cabeza, cosa que yo no podía captar salvo cuando mamá lo contaba. Nunca se lo vio salir de la casa, aunque Juan me decía que siempre lo veía leer revistas de historietas del otro lado de la verja de alambre perfectamente visible desde la calle. Cuando los chicos cortaban la calle para jugar al fútbol, sólo interrumpido al pasar algún coche furtivo, Josep se aferraba al alambrado, tal vez una cancha verdadera y contemplaba el partido. Un día sucedió que los jugadores eran nueve, y como es sabido que cinco contra cuatro no es partido, a Raúl el Mota se le ocurrió invitarlo.

—Dale Catalán, venite aunque sea en el arco.

Josep tenía entonces los veinticiencos, diez más que los mayores, pero aún así aceptó el desafío y dicen que traía una sonrisa boba en la boca de felicidad. El Mota lo puso para su equipo, creyendo que con eso tenía una

enorme ventaja, ya que un tío de veinticinco, y refinado como el catalán, sólo podría ser un Zubizarreta pero en sus mejores tiempos de la selección española. El resultado final: diez a uno en contra del Mota, incluyendo un par de goles en contra. No es que los del Mota fueran totalmente malos, es que los otros atacaron solo diez veces y ese día el catalán debutó y colgó los guantes al mismo tiempo como portero de la selección del barrio. Al finalizar el corto partido, estipulado a diez tantos, el catalán se volvió a su alambrado sin penas ni glorias, y sin un saludo de despedida. Ya sé que no estaban los ánimos para hacerle un partido homenaje, pero podrían haberle tratado de una manera más acorde de quién lo da todo (aunque mal). Ese fue el único día que se lo vio mezclado con los otros mortales. Para mí Josep era una incógnita digna de ser rebelada.

Mamá era amiga de María, la hermana mayor solterona, en realidad era su enfermera aunque nunca estudió enfermería. María sufría de diabetes y tenía que aplicarse la insulina a diario.

–¡Cómo que le cobran cinco pesos por inyección! –se quejó mamá un día.

–Bueno, es lo normal. En todas las farmacias...

–¡Qué no! ¡Qué estás regalando el dinero, María! Ya sé que tenés mucho, pero tampoco para dejarse robar! ¡Yo misma te las voy a poner!

Y desde ese día mamá, que sólo puso tres inyecciones en su vida a su madre cuando la neumonía aquella, se armó de coraje y cada día iba a pincharle las

venas a la pobre María la catalana. Y parece que lo hizo bien, porque la catalana nunca se quejó; al contrario, decía que nadie tenía la mano que tenía mamá. Hoy mi madre iría presa por un favor así. “Práctica ilegal de la Medicina”. Aunque la verdad que nunca le quiso cobrar un centavo, y eso habla de cómo fue siempre mi madre, ligera para los favores ajenos, y pobre para los propios. María, sin embargo, como pago, la invitaba a tomar el té, pasaban agradables tertulias con su hermana, su padre y muchas veces unas primas viejas que venían a la ocasión. Hablaban de la moda de París comparándola con Barcelona, de Chopin, de Mozart, de Liszt, del Museo de Barceloneta y la gesta de San Jaume; mamá explicaba el arte de pelar una cebolla sin que lo lloren los ojos y cómo hay que refregar las rodillas de los pantalones cuando están repercutidos con el verde del pasto del Campito. Pero me consta que todos la pasaban bien. En ocasiones, Lidia, la viuda, le regaló a mamá una gran mesa señorial que habían traído de la misma casa de fin de semana que tenían en Girona antes de mudarse definitiva a la Argentina. Era de roble, lustrosa y muy fina. La desmantelaron y la trajeron por barco por los años cincuenta. Pero nunca tuvieron la fuerza de voluntad de armarla, tal vez porque le traían a la memoria épocas pasadas que añoraban y sabían que no recuperarían. De todas maneras puso a su disposición un carpintero para que la armara cuando quisiera.

—¡No hace falta, señora Lidia! —le dijo mamá. —Eduardo se da maña para

todo. Hasta hizo la pared que divide mi casa del Campito.

Entonces Eduardo, el imbécil, cogió un buen martillo y algunos clavos, obviando los enganches de madera que serruchó y dice Juan que quedó muy buena, aunque pintarla de verde no hacía juego con el resto de los muebles. Pero yo creo que el acabado tampoco fue de excelencia, tenía algunos grumos en las patas al tacto, señal de abundante barniz.

En otra ocasión, María la catalana, la de la insulina, le compró a mamá un vestido súper caro que mamá se negó a recibir. Pero la misma María trajo luego a casa a hurtadillas y se lo entregó al imbécil. Éste la convenció de que se lo quedara.

—No tiene nada de malo, mujer. Si no te gusta como te queda me lo das y lo vendo.

Era de seda con encajes en piedras, imitación de brillantes, ideal para una fiesta. Mamá lo guardó en su armario, aunque no pudo evitar la tentación de ponérselo un par de ocasiones para ir a buscar toronjas a la frutería de don Eusebio.

Esas tardes que mamá se cruzaba, para mí eran de gran experiencia y aventura. Había comenzado a usar el bastón plegable y como casi siempre el té se hacía en un patio cubierto, María me alentaba a que recorriera la parte exterior de la casa cuando quisiera y como yo quisiera. En invierno era diferente, porque debía quedarme quietito oyendo las conversaciones y así

evitar romper alguna pieza de arte que las mujeres tenían diseminadas por la casa, en especial unos jarrones del tamaño mío para entonces, un chico de nueve años. Cuando el tiempo era bueno, disfrutaba mucho más. Salía a caminar por el fondo, que abarcaba más de cien metros hasta la pared final y no sé cuanto a los costados. Ya dije que la casa ocupaba una manzana completa. En los catalanes se oían la más variedad de pájaros debido a que tenían una gran cantidad de árboles. Desde aguacates y manzanos, hasta árboles olorosos de los más lejanos lugares. Don Jaime decía con orgullo que poseían árboles de cuatro continentes y que no tenían de Oceanía porque quedaba muy lejos y nunca habían ido hasta allí al momento.

La mayoría de las veces don Jaime no participaba de las tertulias y se la pasaba arreglando el único molino de la zona sur de Buenos Aires a esos tiempos. “¡No sé que hace mi padre todo el tiempo subido encima del molino! Dice que hay que repararlo, ¡pero si el molino funciona a las mil maravillas!”.

–¿Quieres ver el molino? –me dijo una vez don Jaime. Yo dudé de si se había dado cuenta de que yo era ciego.

–Sí –respondí de todas maneras.

–Ven –dijo entonces y me cogió de la mano. Caminamos unos cincuenta pasos y al llegar al pie de una estructura fuerte, dura, fría, de hierro, me cogió de la cintura con sus brazos de garra y sin que pudiera hacer nada comenzó a subir conmigo a la parte superior del molino. Yo comencé a preocuparme. Me

dio temor de que don Jaime me soltara, pero esto no sucedió. Sólo cuando llegamos al extremo superior, unos veinticinco escalones, don Jaime el catalán, me sentó en una superficie firme que había y me dijo:

–Este es el lugar más bonito de toda Remedios de Escalada. Aquí el viento es como el de Cataluña.

Nos quedamos los dos en silencio un rato, yo sintiendo la brisa en mi rostro y por primera vez me sentí como un pájaro. Ya no tuve miedo y experimenté una sensación de libertad nunca sentida antes, pero unos gritos de persona deschavetada comenzaron a venir desde abajo:

–¡Qué hace, don Jaime! ¡Que me lo mata al chico! –dijo la desubicada de mamá volviéndome a la realidad.

–¡Padre! ¡Qué ocurrencia que tiene! –la siguió María.

Pero don Jaime me bajó con sus brazos fuertes y sin responder una sola de las palabras de las mujeres me dejó a salvo en tierra.

Otra de las tardes me dediqué a recorrer los caminos de piedra que estaban como laberintos por todo el fondo y costados de la casa. Un día llegué a una estructura de madera, muy suavcita, muy lijada. Tenía una puerta que parecía estar cerrada desde dentro. Con la palma de la mano busqué el picaporte y traté de entrar de curioso no más que era. Pero la puerta no cedió; estaba con una traba desde adentro.

–¡Shhh, viene alguien! –dijo entonces una voz desconocida de un hombre. Yo

me quedé petrificado. No hice ningún movimiento para que no detectaran mi presencia. Traté de no respirar siquiera por miedo a que la persona se acercara a la puerta. A unos treinta pasos sabía que estaba mamá con las mujeres, pero eso era una enormidad para salir corriendo en una casa no tan conocida. Casi sin respirar agudicé el oído y no oí ni pasos, ni movimientos, ni palabra alguna dentro de la casilla de madera.

–Me pareció; no es nada –dijo al fin esa misma voz de hombre que nunca había escuchado en mi vida.

–Sigue, mi amor –respondió entonces Josep, el hijo de Lidia la catalana. Yo sentí el ruido fofo de dos cuerpos apretarse, de caricias salvajes y de jadeos y recordé las palabras del Mota días atrás sobre alguien que visitó al chico. No atiné más que a salir a paso apurado como pude. Me tropecé en un par de oportunidades y hasta caí una vez sobre hojas secas; me incorporé rápido y también oí a mis espaldas la puerta de la casilla abrirse, pero diez pasos más adelante ya estaban mamá y las catalanas y me sentí a salvo.

Las visitas posteriores a los catalanes fueron más resistidas por mí, pero como mamá se negaba a dejarme solo desde la vez que quise desarmar la tele sin desenchufarla, hizo que no me tuviera demasiada confianza. Juan se la pasaba estudiando en sus compañeros o bien jugando al fútbol en la calle, así que no podía contar con él para que me cuidara. Eduardo, el imbécil, que tenía horarios irregulares y extraños, justo desaparecía a esa hora, ¡así que a

aguantárselas! Me llevó de la mano, casi volando a tomar el té. Allí comí una masa fina y luego a quedarme sentadito sin decir nada en la silla. No sea que me coja el de la voz de la casilla. Aunque al decir verdad, no volví a oírle. En cambio, al que sí oí fue a Josep, que en forma extraña se sentó con las mujeres en las próximas visitas de mamá. Yo creo que tenía que ver con mi presencia. El chico no hablaba, pero yo me imaginaba sus ojos clavados en mí. Yo no opinaba sobre ningún asunto, ni siquiera cuando una prima de la catalana, llamada Pilar dijo que todas las manzanas le sabían igual. ¡Vaya brutez! A veces me hacían alguna pregunta sobre si estaba aburrido, “sí”, y si quería ir a jugar por ahí, “no”.

–¿Por qué no le enseñas tus colección de ranas, Josep? –dijo una vez Lidia la catalana. –Seguro Daniel podrá apreciarlas.

Aunque era una invitación tentadora, esperé un fuerte negativa de Josep.

–Bueno, ven por aquí –dijo entonces el chico y yo sentí que me caía al infierno. Me quedé quieto sin decir nada ni hacer nada.

–Andá, Daniel –agregó mamá y antes que me negara, sentí la mano desconocida del chico, delicada, que me cogía y me arrancaba de la silla. Yo me dejé llevar con temor. Tenía la cabeza hacia atrás y desplegué mi bastón de ciego aunque sea como única arma para defenderme.

–Ven, por aquí –dijo el chico.

Sentí cuando se metió en la casa, dobló a la derecha y caminamos nueve

pasos, luego a la izquierda tres más y entramos por una puerta. Luego oí el clic-clic de la cerradura cerrarse con llave.

–Ven, siéntate en la cama, que ya te las traigo –dijo

Pero Joseph se quedó de pie quieto, sin moverse frente a mí. Yo sentí que me temblaba todo el cuerpo. Me estaba observando, era evidente.

–¿Tienes miedo? –me preguntó de repente y sus voz me pareció más cercana de lo calculado.

–No.

–Sí, tienes miedo. Eso significa que sabes algo.

–¿Saber qué?

Josep no respondió y fue unos pasos a un lugar donde abrió otra puerta, seguramente un armario. Oí también un papel que se desenvolvía.

–Estas son mis ranas –dijo. Sentí cuando vaciaba un caja o algo sobre la cama. Dijo: –Puedes tocarlas. Espera que aparto una de cristal de murano italiano que es muy fina y se puede romper.

Estiré mis manos y sentí el bulto de batracios de plásticos, alambres y madera. Algunas eran metálicas y tenían movimiento.

–Toma, esta es para ti. –Me puso en la mano una que al oprimirla soltaba un sonido de rana de verdad.

Sonreí. Hice el movimiento varias veces y cada vez la rana me devolvía su sonido y cada vez le devolvía una sonrisa extasiado.

–¿Te gusta? –me preguntó.

–Sí.

–Puedes llevártela. Es la primera rana en tu nueva colección.

Luego se quedó en silencio un momento, como estudiando la situación. Acto seguido, guardó su colección en la caja, se puso enfrente mío y me dijo:

–Eres un buen chico. Me gustaría que seamos amigos. Yo soy amigo sólo de las buenas personas, de las que se puede confiar. –Luego me cogió de la mano y me llevó donde mamá.

No sólo de catalanes vive el hombre. También me pasaba largas temporadas en casa. Cuando Eduardo, el..., sí, ¡ese mismo! No sé por qué se había tomado unas largas vacaciones, tal vez estaba sin trabajo o no sé qué. Así que a quedarme con el imbécil cada vez que Juan salía con sus amigos y mamá hacía los recados.

–Pendejo, ¿qué estás haciendo? –me dijo mientras oía que daba vuelta la hoja de un periódico.

–Mamá no quiere que me digas pendejo –respondí.

–Pero tu mamá no está y te llamo como se me cante el culo.

Yo sabía que era una típica trampa. Yo le contaba a mamá y él decía que era mentira y comenzaba a contarle historias que según él yo había inventado. Por eso cambié de táctica.

–¿Qué lees?

–Letras. ¿Quieres verlas?

–Yo no puedo ver.

–¡Qué lástima! Así que nada, te quedás con las ganas.

–Vos no podés leer braille.

Silencio.

Ruido de hoja dar vueltas.

–Dale, decime que lees.

–El diario, pendejo.

–Mamá no quiere que me digas pendejo.

–¡Ya te dije! Te llamo como quiero. Para eso soy tu padre.

–Vos no sos mi padre. Mi padre es un héroe de Malvinas.

–Dejate de mentir. Tu padre se fue cuando vos tenías un año. No te soportaba. Así que agradecé que yo me haya quedado para mantenerte.

–Vos no me mantenés; me mantiene mamá

–Tu mamá no trabaja. El que trae la plata para que vos comas tus toronjas soy yo.

Estaba perdiendo la batalla, entonces acudí a todo mi ingenio. ¡Y mi memoria!

–Vos sos un pelagatos que no tiene donde caerte muerto. Y si no fuera por mamá, estarías viviendo en esa pensión de mala muerte en Constitución. Acá

por lo menos tenés una comida decente y quien te planche la camisa.

Silencio. Luego hoja de diario oprimida de la mano del imbécil, descargando toda su furia.

¡Gol! Daniel 1, el imbécil 0.

–¿De dónde sacaste eso? –dijo ofendido, como si hubiera mentido en la más mínima palabra.

Silencio con sonrisa y carita al sol.

Entonces Eduardo dejó el periódico y antes que yo reaccione se me vino encima y me sacudió de los brazos.

–De dónde sacaste eso? –repitió rabioso.

–¡Qué pasa acá! –la voz de mamá sonó más hermosa que nunca. Las gradas sacan su pañuelo y festejan el triunfo de Daniel!

–¿Sabés lo que me dijo tu hijo? ¡Que soy un pelagato y no tengo donde caerme muerto! ¡Que si no fuera por vos viviría en la pensión de mala muerte!
¡Eso me dijo!

–¡Él me dijo pendejo! –me quejé.

–¿Es que siempre se van a estar peleando?

–Si me dijo eso es porque a alguien se lo escuchó antes.

–¡A quién se lo va escuchar! –dijo mamá. –Dale, vamos a preparar la mesa así hago la cena. ¡Y vos Daniel no hagas renegar más a tu padre!

–¡Él no es mi padre!

Y oí cuando Eduardo seguía a mamá y se quejaba de que esos dichos lo tuve que haber sacado de algún sitio y “¡esas son cosas seguro que se las escuchó a tu ex cuñada!; ¡no sé que hace que no la echás!; ¡ya no tiene nada que hacer acá! y no sé que más, pero la discusión terminó por aquel día.

¡Gracias tía Clotilde.

A la noche:

–¿Juan?

–¿Qué?

–¿Qué es un pelagatos?

–Un señor que pela gatos.

–¿Para qué?

–¡Yo qué sé!

Silencio en el dormitorio.

–¿Juan?

–¿Qué?

–¿En Constitución hay gatos?

–Sí, muchos.

–¡Ah!

–Josep es maricón –le dije a Eduardo una vez que estábamos los dos solos.

Él leyendo el condenado periódico y yo aburrido.

Eduardo pareció interesarse.

–¿Y eso? ¿De dónde lo sacaste? ¿Son otras de tus historias?

–No, yo lo sé.

–Eso que decís es muy serio, Daniel –me dijo en un tono que parecía más de padre que de imbécil.

–Es verdad.

–¿Quién te lo dijo?

–Nadie. Lo sé.

Eduardo se quedó en silencio un momento. Luego bufó.

–¡Ah, son otras de tu historias!

–No, yo lo descubrí.

Sentí cuando Eduardo cerraba el periódico y lo echaba a un lado de la mesa. Había un cenicero de chapa de esos que hay en los bares y chocó contra la pared con el golpecito del papel que lo movió.

–Vení, contame lo que sabés. ¿Fue acaso cuando te quedaste solo con él en la habitación? ¿Te tocó?

–No. Ese día no. Yo los oí la otra vez. A él y al otro.

–¿Al otro?

–Sí. Yo fui por el laberinto de caminos que tienen los catalanes.

–Lo conozco. Un camino infernal, como un laberinto, que si no vas con

cuidado te perdés.

–Yo nunca me pierdo.

–Bueno, seguí contando.

–Hay una casa.

–Sí, la casilla de las herramientas. Como un galpón.

–De madera lisita.

–Sí, de madera.

–Ahí.

Eduardo me tomó del hombro. Parecía como protegerme.

–¿Vos te paraste en la ventana y oíste algo?

–En la puerta. Josep le decía mi amor al otro –y no pude evitar una tentación de risa, tal vez de nervios.

–No te rías que es serio.

–Bueno.

–¿Y qué más?

–Nada más.

–¿Te vieron? ¿O te oyeron?

–No.

Eduardo bufó de nuevo.

No deberías meterte donde no te llaman. Un día te podés encontrar con problemas muy serios.

–No le digas a mamá –le dije, luego consideré que era una imprudencia haberle contado a Eduardo. Y si mamá se enteraba no me dejaría ir más.

–Está bien –respondió el imbécil y sólo en esa ocasión no me pareció que fuera tanto. –Pero me tenés que prometer que si sabés algo más me lo decís.

–Sí.

Fue el primero y último pacto de caballeros que tuvimos. Y el que increíblemente cumplimos ambos a rajatablas. Eduardo era un imbécil, pero también tenía un aire paternal cuando quería.

Cuando vino mamá, estuve atento de que abriera la boca. Hasta, como era habitual, escuché detrás de la puerta, pero Eduardo sólo hablaba de chorradas, de “¿cómo te fue?” y esas cosas. Yo sabía que Eduardo le tenía un poco de envidia a los catalanes, en especial por su riqueza, pero no, no usó el tema de Josep para tirarle tierra y opacar la imagen que mamá tenía sobre ellos.

No sé cuántos días estuvimos así, yo a solas con el imbécil, pero se me hicieron interminables. Un día me obligó a acompañarle en su nueva camioneta para no dejarme solo. Dio múltiples vueltas por aquí y por allá, dobló a la izquierda y vuelta darle a la derecha. Todo para despistarme. Finalmente se estacionó a la vuelta de casa en el comienzo de la casa de la señora Ana.

–Esperame acá –dijo. –¡Y no toques nada!

Sacó la llave del encendido, cerró bien la guantera para que no metiera mis

manos y se fue. La espera fue prolongada y aburrida. Tanto, que me sorprendió sentir cuando me bajaba en casa. Me había quedado dormido y no pude precisar cuánto tiempo fue el que tardamos. Pero al poco tiempo llegó mamá.

–¿Y, qué novedades hay, familia?

–Ninguna de importancia –dijo el imbécil.

–¡Eduardo me llevó a la casa de la señora Ana y me dejó encerrado en la camioneta! –protesté.

–¿A la casa de la señora Ana? –preguntó mamá sin creer mis palabras.

–Tu hijo que es un tarado y no sabe qué inventar.

El tema quedó ahí. Mamá podría haber sospechado que su marido la engañaba, a no ser que la pobre doña Ana tuviera como ochenta años y ningún duro para ofrecer, por lo que la historia murió allí mismo.

Los días posteriores, mamá se dedicó a visitar a los catalanes con mayor asiduidad. Yo iba a veces, otras tantas me quedaba con el imbécil, pero esos días transcurrieron pacíficamente.

Por eso que la muerte abrupta de Josep nos cayó a todos muy mal, inclusive a mí. A Josep le tenía una especie de cariño-miedo. Era extraño, oscuro, silencioso, taciturno, pero a la vez me parecía cariñoso, servicial, de gran corazón. Regalarme una rana de su colección fue como darme un pedacito de él. Nunca lo entendí como un pedido de silencio a mi descubrimiento, sino

como un “date cuenta que soy también una persona y quiero que me conozcas”. Lo encontraron con dos balas en el pecho e innumerables golpes en la cabeza dados desde atrás, como con saña, los pantalones bajos e indicios de haberle robado por toda la casa, aprovechando las ausencias de que las catalanas y don Jaime se fueron al cementerio a llevarle flores a los muertos. Tenía semen en el ano, “señal de una violación”, dijo la policía.

–¿Su hijo no era homosexual? –le preguntaron a Lidia la catalana.

–¡Qué dice! ¡Esta es una familia decente! Además a Josep no le gustaba juntarse con gente que no fuera de su clase, ¡vamos, que no tenía amigos!

–¡Qué barbaridad! –dijo mamá angustiada la primera vez que fuimos a tomar té después del funeral. –¡Tan joven!

–¡Y tan buen hijo! –apuntó su madre.

–¿Se sabe algo de quien lo mató?

Nos quedamos todos en silencio: las dos catalanas, mamá y yo.

–¿Don Jaime? –preguntó mamá.

–Lo lleva fatal –respondió María, tía del difunto. –Era su nieto más próximo y la verdad no sé si va a superar este trance.

–No digas eso –se quejó la otra catalana.

–¡Pues sí! Ahora mismo está en cama. Desde el día del funeral que está en cama. Ni siquiera quiso verlo en el cajón ni fue al cementerio. Dijo “la próxima vez que vaya al cementerio es para dejar mis huesos”.

–Bueno, esas cosas siempre se dicen. –Mamá quiso echar un manto de piedad. –Más en un momento así.

–Ya le digo –suspiró María.

–Daniel, ve a jugar por ahí –dijo Lidia, pero yo me di cuenta que quería llorar tranquila sin que un niño la estuviera oyendo. Me levanté de la silla y me sumergí en el laberinto. Hacia la derecha tenía el camino hacia el molino, siguiendo de frente otros caminos que me llevaban a todas partes y doblando hacia la izquierda, la casilla, donde encontraron al pobre de Josep y que días atrás yo lo haya encontrado con otro hombre. Nadie, excepto yo, sabía de aquella persona. Y Eduardo, claro. ¡Ah, y el Mota, aunque nadie le creyó!

Toqué el vértice de la casilla y me quedé así un rato, como despidiéndome de mi amigo Josep.

Luego tuve otra ocurrencia. La peor que tuve en mi vida. ¡Y eso que tuve muchas malas ocurrencias! Volví sobre mis pasos y me encontré con el camino que llevaba otra vez al molino, el único que se conoce en la zona sur y que era capaz de imitar a los vientos de Cataluña. Oyendo a lo lejos la voz de mamá y las otras catalanas, seguí los pasos hasta la estructura de hierro y me topé con el molino. Puse las dos palmas de mi mano para estudiarlo. Me pareció tremendamente frío, más que días atrás cuando subí en brazos de don Jaime. Las voces de mi madre y de las catalanes sonaban detrás de la pared de lubustrina, por lo que no podían verme. Rodeé paso a paso el molino sin dejar

de abrazarlo hasta que me topé con la escalerilla. El primer escalón estaba muy alto y tuve que treparme con mis brazos para alcanzarlo y por fin asentar el pie. Lo primero estaba hecho. Debía subir tranquilo para no caerme, pero deprisa para que no se diera cuenta mamá. El escalón siguiente fue más fácil que el primero, pero no tanto, ya que los pasos de un adulto exceden a los de un niño de nueve años. Poco a poco fui escalando con mis brazos y mis pies uno a uno todos los escalones. Llevaba catorce o así cuando el viento comenzó a resoplar en mi espalda. Sentí el vértigo de la altura, pero continué adelante. A medida que iba subiendo. El viento ya comenzó a apoderarse de mis brazos, de mi cuello. Las voces de mamá y sus amigas se sentían como un murmullo lejano.

Por fin toqué el último escalón. Y enseguida la pequeña plataforma metálica, con unas gruesas gotas de soldaduras junto a las barandillas, que el autor dejó caer, seguramente, sin querer. Allí desaparecía las barretas del costado y sólo quedaba pararme sobre una pequeña base, más debajo de las aspas movidas por el viento. Podía sentir el crujir de las mismas, mientras la brisa aumentaba. Noté que la estructura no parecía tan firme como me pareció en brazos de don Jaime. Las aspas sonaban sobre mi cabeza, cambiando de posición a cada bocanada de aire. Mis piernas comenzaron a temblar; por primera vez no me sentí seguro. Pero había llegado hasta allí y no tenía intención de volverme atrás. Las voces de las mujeres ya no se oían; sólo el

murmullo del viento. Por fin puse mi pie derecho sobre la pequeña plataforma y el soplo me pegó con fuerza en el pecho, casi tirándome hacia atrás, por lo que tuve que aferrarme firme con las dos manos a las barandillas. Cuando el viento cesó un poco, puse el otro pie sobre la base y poco a poco fui soltándome de los pasamanos y por fin quedé de pie frente a la corriente de aire. Tuve miedo, pero el golpeteo del viento en la cara fue tan placentero que sólo atiné a disfrutar del aire verdadero de Cataluña, en plena Remedios de Escalada.

Me quedé así un instante; fue la primera y única vez que mis sentidos quedaron embriagados y no supe cuál era el oriente de donde sale el sol. Me senté un instante para tocar los bordes de la pequeña plataforma de metal y así hallar las barandillas de la escalera. Al hallarla, bajar fue más fácil, aunque hacía frente a otro peligro más poderoso que el viento de Cataluña: mamá. Si me descubría estaba perdido, por lo que una vez que puse mi primer pie en la escalerilla, comencé el descenso poco a poco, pero sin detenerme hasta llegar al primer escalón.

—¡Daniel! —gritó mamá.

Finalmente puse mis dos plantas en tierra firme.

—¿Qué hacés? ¿No estarías pensando en subirte, no?

—No —dije. ¡Y era verdad!

—¡Pero como te pusiste! ¡Estás despeinado, las manos mugrientas! ¡Uff, y

tenés la cara fría! ¿Dónde has estado?

Y antes que diga algo, mamá me llevó de la mano con las mujeres y poco después yo me estaba bañando con agua caliente en casa, con el orgullo de haber tenido la experiencia más fuerte de mi vida.

Al momento.

Días después, mamá entró a mi habitación.

–¿Daniel?

–¿Qué?

–La señora Lidia te trajo algo para vos. Quiere que seas el nuevo dueño. Es un recuerdo de su hijo. A ella le hace mal tenerlas.

Estiré la mano y toqué la caja que mamá puso sobre la cama. Adentro estaba su colección de ranas. Toqué cada una de ellas: algunas delicadas; otras más rústicas, pero todas las mismas que había acariciado el día que me las dejó por primera vez. Pero por más que busqué, la rana de cristal italiano no estaba.

Las cosas en casa por esos tiempos comenzaron a marchar mejor, económicamente hablando. A Eduardo lo habían indemnizado en su antiguo trabajo y fue cuando se compró la camioneta aquella. También trajo una tele nueva y la vieja la puso en la habitación de mi madre. Obvio que no tenía

ningún mérito en eso o buena acción, sino que era para él ver los partidos en la cama. A mi hermano le compró un mogollón de ropa y también otras tonterías para la casa. Creo que le habían dado una indemnización o no sé qué cosa. A mí, un muñeco de mierda que sólo decía “mamá” cuando lo apretaba. Fueron unas indeseadas vacaciones que mamá aprovechó para hacer algunas cosas, como salir con sus amigas sola, irse a la peluquería a ponerse esa cosa de olor penetrante en la cabeza, que mamá llamaba tintura, llevar a Juan al cine y varios etcéteras que me dejaban a merced de la persona más detestable de la casa. Antes aclaro: no es que a mí no me gustara ir al cine, pero dice mamá me la paso haciendo preguntas. “¡Y hoy hay más imágenes y miradas que un buen diálogo como en tiempos de Luís Sandrini!”. A mi también me gustaba Luís Sandrini; hablaba gracioso. Así que nada, a quedarme con el imbécil.

Mamá continuó yendo a las honorables señoras. Y algunas veces conmigo a cuesta. Pero ya no era lo mismo. Ni para mí, ni para las mujeres que sólo hablaban de su recuerdo y cada dos por tres se ponían a llorar. Yo, una vez, me levanté y me interné en el jardín. Curioso como un gato torcí hacia la casa de herramientas. Estaba a diez pasos y toqué la arista de la estructura sin ayuda de mi bastón. Sabía con perfección donde se hallaba. Me acerqué a la puerta y el olor a colonia de ambiente y lejía me dio cuenta que la puerta estaba abierta. Entré sólo dos pasos y como no sabía que habría allí adentro, no quise ingresar más, aunque me imaginé que si todo estaba ya limpio era porque la

policía ya no renecesita nada del lugar, al menos eso dijeron las catalanas. Yo entonces era muy pequeño para darme cuenta de muchas cosas.

Pasaron los días, las semanas, los meses y hasta los años, y nunca se descubrió quien fue el asesino del desdichado Josep. Pero su muerte me rondó durante todos estos años y consideré que si hubiera hablado entonces, tal vez hubiera aportado algo al esclarecimiento. Pero en fin... ¡ya era tarde! Días después tiraron abajo la casilla porque su existencia le traía funestos recuerdos. Y con ella murió cualquier indicio de prueba futura.

PARTE DOS: EL TESTIGO ENTRE LAS SOMBRAS

Capítulo 5: Los sobrevivientes

–Cada día me gustas, más amor mío –dijo la chica.

–¡Y vos! –respondió el chico.

–¡Ay, así, así! ¡No, eso no...! ¡No, por el amor de Dios! ¡Sí, sí! ¿Mi amor?

–¿Qué?

–Estamos en la calle. Nos van a ver.

–Nadie nos va a ver.

–¡Ay! ¡Eso no! No, por favor. ¡Uh...!

–Así...

–Así... Me gustas cada vez más...

–Vos también.

–¿Mi amor?

–¿Qué?

–Hay un chico ciego...

–No se da cuenta... Es ciego.

–¡Ay, amor, así, así! Sí, mi amor, así... ¡Amor, viene gente!

–¡Me cago en la leche! ¡Vamonos a otro sitio!

–Vámonos.

Los pasos se alejaron rápido; yo levanté mi cabeza hacia el sol y comencé a marcar el terreno con mi bastón. El bar de José estaba cerca y luego de meterme los billetes de lotería en el bolsillo me encaminé hacia allí y reconozco que tuve deseos de ingresar al lavabo, pero resistí y me quedé en una mesa tomando un café.

Luego de quedarme un rato, medité sobre la posibilidad de volver a casa. La venta no fue buena, pero también me apetecía comer algo. Toqué las agujas del reloj sin cristal y era recién las 11:20. Bueno, comería antes. Ya no quería estar allí y la comida del bar de José ya me estaba hartando un poco.

Salía hacia casa y la voz de José me detuvo:

–¿Te preparo la mesita y la chuleta de siempre?

–No, hoy como en casa –respondí. José solía ponerme una mesa especial para mí al fondo de bar, lejos del salón principal, pero yo sé que lo hacía para alejarme de la vista de la mayoría. Le oí decir una vez que un ciego ahuyenta la clientela. José era muy apegado a la imagen y al qué dirán. Ya al oír el clac clac de mi bastón me pegaba el grito, me lo imaginaba hasta sonriente, pero cuando iba a la barra, aun lejos oía como rumiaba entre dientes.

–¡Qué bueno, porque no tengo la chuleta de siempre! Esa ya te la comiste –y largaba una de sus risas boludas que me hacían reír, pero no por el chiste malo sino por sus arcadas grotescas. José era una persona que le encantaba hacerme

bromas. Entre ellas se encontraban casi todos los días darme billetes de menos para ver mi destreza con mi tacto. “Esto ya me está cansando” –le dije más de una vez. Pero él insistía.

–¡Ah, Daniel, me olvidaba!

–¿Qué? –dije antes de salir. –Tengo una chica clienta que te vio y le gustaste a ver si la querés conocer.

–Paso –dije. –Conozco tus bromas.

–¡Ah, ya me parecía que el ciego era marica! –dijo a alguien y largó su carcajada que nadie acompañó. –En serio, es una chica muy mona y le gustaste.

No le respondí y me alejé rumbo a casa. Estaba a unas a unas diez calles de allí y preferí caminar a pesar que tenía pase libre en los autobuses. Pero la verdad que subirme a uno era todo un lío. La gente que te coge de las manos como si fueras un inútil, alguien que se hace el dormido en el asiento de minusválido, algún grito y el “puedes sentarte.” Todo me fastidiaba. En la calle, al menos disfrutaba del sol acariciándome la cara. Las viejas casetas de teléfonos de la compañía del estado ya habían pasado a la historia y entonces podía andar en paz. Éstas, de la empresa estatal ENTEL, ya desaparecida, tenía por costumbre poner unas cabinas muy chulas, que eran unas burbujas flotantes puestas sobre un caño fino. Dicen que eran muy bonitas, pero cuando un ciego le daba con el bastón por abajo, sólo hallaba un caño. El golpe en la

cabeza, cuando no en los mismos ojos, era la presentación de esas burbujas en una ciudad que no tenían en cuenta a los ciegos. Pero eso ya no eran problemas y andaba algo mejor por la calle, salvo cuando mi bastón tenía un encuentro furtivo con caca de perro. Eso me ponía de pésimo humor.

La llegada a casa fue sin mayores problemas, salvo la mujer que se empeñó en hacerme cruzar cuando siempre lo hacía solo. Me gusta la gente que es solidaria con los demás, pero no la que es solidaria a la fuerza, a pesar que le indicas que no hace falta.

Lo primero que me asaltó a mi nariz cuando llegué a casa, fue un perfume de hombre, de baja calidad y muy repelente.

—¿Juan?

Nadie respondió. Redirigí entonces hacia el perfume.

—Dale, Juan, contestá.

—¡Mierda! ¿cómo sabías que era yo si me cambié el perfume? —me dijo Juan humillado. —Siempre sabés que soy yo.

—Fácil —respondí. —Sos el único que es capaz de usar un perfume tan horrible.

—¿Qué decís! Me salió un huevo.

—Eso no es mérito. Además... —sonreí mostrándole todos mis dientes. —Sos el único que tiene llaves de casa.

Juan largó una risita, pero entonces yo me puse serio.

–La pasta dental estaba sin tapa –dije molesto, –Sabés que me necesito un orden.

–¿Y fui yo?

–¡Quien otro!

–Bueno, tendré más cuidado la próxima vez.

–Tampoco quiero que mees la tabla del water. Es una guarrada cuando me siento. Un ciego no puede pasarse limpiando las meadas de los otros.

–Bueno. ¿Algo más?

–Ahora mismo no, pero ya revisaré la casa y te diré.

–Veo que no te alegra mi visita.

–¡Claro que me alegra, Juan! Pero también te tengo que decir esas cosas. Además tenía que hablar con vos.

–¿De qué?

–Te acordás de los catalanes?

–Sí, todos muertos, menos María. ¡Pobre! Ya está mayor y mamá le sigue poniendo la insulina. Pero desvaría. ¿Lidia también se murió, no?

–De cáncer en los huesos –aclaré.

–Eso es. Bueno, Don Jaime se murió hace mucho tiempo, cuando nosotros éramos chicos. No me acuerdo de más. ¡Ah, del chico ese que mataron! ¿Cómo se llamaba?

–Josep.

–¡Eso es! ¡Josep! ¡Qué nombre más extraño!

–Claro, era catalán.

–Pues sí. El viejo se murió al mes que mataron a su nieto. Se echó en la cama y nunca más se quiso levantar, ni para mear. Se dejó morir. ¡Pobre gente! La desgracia cayó sobre ellos y eso que eran tan ricos. ¡De qué vale el dinero a veces!

–De eso quería hablarte: de los catalanes.

–¿Qué pasa con los catalanes?

–Cuando murió el chico ese, hacía unos días que yo había descubierto algo.

–¿Qué?

–Que el chico era homosexual. Había ido al galpón ese que tienen en un costado de la casa y lo sentí con un tipo.

–¿Entonces era marica de verdad?

–Sí, pero muy buena persona.

–Claro, los maricas son buenas y malas personas como los que no lo son. Eso no tiene nada que ver. Pero, ¿por qué no me lo dijiste entonces?

–En realidad quise decírtelo, pero no me hiciste mucho caso. Con nueve años y diciendo tantas fantasías...

–Es verdad, eras terrible en eso de inventarte cosas. ¿Te acordás cuando decís que nuestro padre se fue a la segunda guerra mundial?

–Sí –sonreí. –En esa época no era muy creativo para las historias

inventadas.

–¡Ni para las Matemáticas! La Guerra había terminado treinta años antes.

¿Cuántos años tendría que tener nuestro padre si fuera cierto?

–Es verdad. Bueno, volviendo a Josep, el hecho es que los oí hacer el amor con un tipo y bueno... a los pocos días aparece asesinado. Pensé que el tipo...

–¡Vaya a saber quien fue, Daniel! ¡Por ahí ni siquiera fue ese mismo tipo!

–Puede ser.

–¿Y por qué estás tan interesado ahora?

–No sé, quizá me siento un poco culpable de haberme callado. Él me consideraba su amigo.

–¡Eras muy pequeño! Daniel, no te engañes, si la policía no pudo encontrar al culpable entonces teniendo todas las pruebas, menos las vos a poder encontrar vos que...

–¿Que soy ciego?

–¡No dije eso! Que ha pasado tanto tiempo, Daniel. Además, si la familia no se interesa, que me consta ya se preocuparon bastante, ¿qué puedes hacer vos ahora?

Suspiré.

–Tal vez nada. Pero no me voy a quedar con las dudas.

–No te metas en lío. Piensa que don Jaime se murió, la madre del chico se murió. Sólo queda María y está en muy malas condiciones, más cerca de la

locura senil que de la realidad. ¿A quién le puede interesar el tema?

–A mí.

Ahora el que suspiró fue Juan, pero lo hizo desde el mal humor. Yo sonreí, porque en definitiva era un apoyo incondicional.

–Cuento que no le digas nada a mamá.

–Hmmm. Me lo tengo que pensar.

–No seas chivato –protesté. –¿Y me vas a tapar el tubo de la pasta dental?

Ese era el panorama de mi ex barrio para investigar. Con la primera persona que hablaría sería María la catalana. Ella me indicaría algunos detalles de la muerte de Josep.

La vereda de los catalanes estaba diferente y hasta me tropecé en una subida que casi me hace perder el equilibrio. A veces, con los lugares muy conocidos, los ciegos no tomamos las precauciones que debiéramos. También me enteré que sacaron el molino, viejo compañero de andanzas y locuras. Su parcela fue vendida y sobre ella se construyó una chalet de dos plantas. Toqué el timbre y esperé.

–¿Sí? –la voz de María la catalana sonó extraña.

–Soy yo, María. ¡Daniel!

–¿Qué quiere? –dijo desde cierta distancia con desconfianza. Me puso

incómodo.

–Soy, Daniel, el hijo de Esther.

–Yo no conozco a ningún Daniel –dijo sin moverse del lugar de donde parecía estar.

–Soy el hijo de Esther, la que le pone las inyecciones.

–¡Ah, ahora sí! –largó un gritito y yo me sentí por fin satisfecho. Sentí el metal de las llaves que abrió las puertas de la reja. Y también una cadena con candado.

Pasé moviendo de lado a lado mi bastón para no caerme de nuevo ante una nueva sorpresa de cambio.

–Me decías Daniel y yo no conozco a ningún Daniel –dijo.

–Daniel soy yo.

–¿No te llamabas Juan? –dijo con sorpresa. –¿Qué te pasó? ¿Te quedaste ciego?

Entonces comprendí que nada podría sacar de su frágil memoria. Preparó un té como en los tiempos de mi niñez, que bebí con melancolía. Intenté hablar del pobre Josep, pero ella lo relacionó con su padre y ya no insistí. Cuando me dijo que su hermana “Lidia” tardaba en volver, decidí despedirme. Le di un beso y crucé a casa de los Machado.

–¡Ven cuando quieras, Juan! –me dijo mientras cruzaba. –Pero no dejes que papá te suba al molino.

–¡Qué sorpresa! –me dijo Ricardo y me dio un beso en la mejilla, como había comenzado a usarse en la Argentina, costumbre que demostraba cariño entre amigos, pero que a mí mucha gracia no me hacía. ¡Ya bastante tenemos los ciegos para dar la mano!

–Vine a hablar con vos.

–¿Sí? Decime.

–Vos una vez comentaste que había un homosexual en la manzana –dije sin prólogos.

–¡Yo!

–Sí, me acuerdo muy bien.

–Ah, sería ese chico que mataron enfrente. El Josep. Creo que el era gay.

–¡No, no, Ricardo! Vos mencionaste a otro.

–La verdad que no me acuerdo, Daniel.

Bufé de mal humor.

–Hacé memoria, Es importante –le rogué. –Dijiste que un caballero no debe decir nada y que cada uno hace con su vida lo que quiere.

–Sí, siempre digo eso. Es una filosofía de vida que tengo. Pero la verdad de que de eso no me acuerdo. Tal vez lo borré de la cabeza. También está que la mayoría de los vecinos se murieron o se fueron. ¡Este era un barrio de inmigrantes! ¡Ya casi no quedan, Daniel ¡Vaya a saber quién era!

Suspiré desalentado. Ricardo tenía razón.

–El que sabe todo sobre el barrio es mi primo Raúl, ¿te acordás?

–Sí, el Mota. ¡Me das la dirección?

–¡Claro! Vive en Sitio de Montevideo, del otro lado. El número exacto no lo sé, Vive en el 3° B del primer edificio de la derecha después de la estación de trenes. Lo vas a ver enseguida.

–Un poco difícil que yo lo vea –sonreí.

–¡Uh, perdona! –dijo ofuscado, pero yo ya estaba acostumbrado a esas cosas. Sonreí con la cabeza al sol, aunque ese día se notaba algo de viento y nubes.

La estación de trenes de Lanús era bastante incómoda para los ciegos. Luego de bajar en la Avenida ancha de Hipólito Yrigoyen y llegar a la larga hilera de puestos callejeros, sonidos de chicos corriendo y perros, había que ingresar entre la multitud que salía de la estación. Alguna mano solidaria me puso en la escalera que iba al paso subterráneo, que también era un lío, llena de falsos mendigos, vendedores de artículos chinos y copias de CDs. Pero por fin, llegué del otro lado, luego de chocarme con algunas personas abajo y esquivar con gran dificultad los mercenarios de la otra escalera. Como la calle paralela a la estación era muy transitada por colectivos que salían de allí mismo, otra mano me alcanzó a enfrente donde nacía Sitio de Montevideo. Hallar el

edificio no fue problema, gracias a un *remisero* del lugar y buscar con la mano el portero eléctrico del 3° B fue mucho más fácil aún. Pero el largo silencio de respuesta me dio cuenta que Raúl no estaba en casa. No me quedó otra que esperar. Me puse de pie a un costado del bloque y toqué mi reloj sin vidrio para saber la hora. Me gustaba llevar la caja del reloj hacia dentro, entonces estiré mis dedos con la palma hacia arriba mientras calculaba las agujas con la otra mano y alguien me puso una moneda y pasó furtivamente. No me dio tiempo a decirle que no era un mendigo, que tenía mi propio negocio de venta de billetes, pero bueno... ¡una moneda de un peso! No está mal.

Estuve más de dos horas cuando sentí una pareja venir con una niña. Era la voz grave y áspera del Mota. Después de todo había rehecho su vida.

—¿Qué hacés acá? —me dijo con esa voz hosca que alguna vez fue la que contaba historia entre los chicos del barrio. Raúl no tuvo problemas en reconocermelo.

—Vine a hablar con vos.

Pareció pensar la situación.

—Suban —le dijo a su mujer e hija. Yo esperaba que me invitara aunque sea a un vaso de agua, pero eso no sucedió. —Vos dirás, Daniel.

—Bueno, vos sabés que hace unos años mataron a Josep, el muchacho catalán de frente de casa.

—¿Y?

–Quería hacerte unas preguntas.

–A ver... –dijo el Mota evidenciando su molestia. –¿Vos me ves vinculado a ese asesinato?

–¡No! ¡Nada que ver! –me excusé.

–¿Y qué tendría yo que saber de ese chico, Daniel? Yo tendría quince o dieciséis años entonces.

–Vos viste entrar a una persona una noche. Un hombre grandulón que le tocó el culo.

–Daniel, yo me inventaba muchas historias entonces. No vi nada.

–Dijiste que eran como la una de la mañana.

–No, si fuera cierto me acordaría.

–El hecho es que una vez que fui con mi madre, oí a un tipo que estaba con él en la casilla de madera que tenía. Estaban teniendo sexo y...

–¡Te entiendo, pero yo no sé nada, Daniel! –me interrumpió molesto. –No lo tomes a mal, pero te pediría que no vengas más.

Me quedé pasmado. No esperaba una respuesta así de una persona que yo recordaba tan simpática.

–Bien –dije y no tuve tiempos de despedirme porque sentí los pasos del Mota, meterse en su edificio y cerrar el portal a sus espaldas.

Regresé a casa de mi madre desanimado. Cuando le conté sorprendido a mi hermano el fracasado encuentro con el Mota, se puso como loco de enojado.

–¡Seguís con eso! –me dijo. –No sé que tenés que ir a ver al tipo ese!

–¿Creés que sepa algo? –pregunté sin tener en cuenta sus palabras.

–¡No, estoy seguro que no! Lo que pasa que está muy dolido por lo que le pasó. Debe ser muy fuerte estar preso por asesinato. El barrio no se lo perdonó. Ni siquiera nosotros de chicos con nuestras historias de criminales y facinerosos. ¡Hasta hubo sospechas de que el que mató al kiosquero don Anselmo fue él. ¡Pobre Mota! ¡Y eso que todavía le faltaban unos meses para salir! Pero no sé quién, las chusmas del barrio tal vez, especularon que se había escapado de la cárcel para cometer el asalto y muchos se lo creyeron. ¡Cómo si fuera el único criminal de la historia!

Me senté mientras esperaba que mamá pusiera la comida en la mesa y me quedé meditando cómo seguir.

–La verdad que no sé que hacer. Ni María, ni Ricardo, ni el Mota me dijeron nada.

–Ya no hay nada que hacer. Si no encontró nada la policía...

–¡Eso es! –dije victorioso. –Voy a ir a la policía.

–¡Vos estás tonto o qué! –me respondió mi hermano enojado. –¡Cómo vas a ir a la policía! ¡Ellos deben tener la causa súper archivada hace años! ¡Si es que no proscribió!

–No, eso sería si pasaran más de diez años y eso no sucedió aún. Además, no me importa, que la desarchiven –sonreí con mis ambas manos apoyadas en el

bastón. Pero la intromisión de Eduardo, el de siempre, que regresaba de trabajar interrumpió nuestra charla por ese día. Luego mi madre con su comida y su cariños, así que nada. ¡A dormir!

Esa noche me quedé en Escalada, pero Juan salió así que no pude disfrutar de sus amenas charlas. Cuando regresó yo estaba dormido y cuando me desperté, el dormido era él. Así que sin más trámites que desayunar un jugo de naranja, y esquivar las palabras mordaces de Eduardo y el café con leche con tostadas de mi madre, salí rumbo a la Comisaría 4ª de Remedios de Escalada.

Ver a un ciego les debió causar alguna impresión particular porque me atendieron enseguida, contrario de cuando va mamá o Juan a hacer algún trámite, pequeña ventaja que no desaproveché.

–¿Señor? –la voz y la mano de una mujer tocándome la mía me preguntaron.

–¿Qué necesita?

–Necesito hablar con el comisario.

La mujer hizo un silencio y luego preguntó:

–¿Tiene cita?

–No.

–Me temo que el comisario está ocupado y no podrá atenderle. Pero dígame que necesita y quizá...

–Necesito hablar con el comisario.

–Es que si no tiene cita...

–Espero, no hay problemas –respondí.

–Es que el comisario está ocupado y...

–En algún momento se desocupará. –Entonces busqué el sector de los asientos. Alguien me hizo un lugar y me senté cómodamente. Saqué de mi mochila, que siempre acompañaba, el primer tomo de “Los miserables” en braille, pero no había terminado de leer tres hojas cuando un hombre de voz grave y hosca preguntó:

–¿Quién es?

–¡Ese! –dijo la mujer. ¿Es que había muchos ciegos en la comisaría ese día?

–Acompáñelo a mi oficina.

La mujer se me acercó y yo comencé a hacerme lugar con mi bastón a su lado. Por lo hueco de nuestros pasos supe que el pasillo por el anduvimos era angosto y hasta me rocé con alguien que regresaba por él. Luego de once pasos entramos a una oficina y había una silla dispuesta para mí. El hombre ya estaba y me habló sin protocolos.

–Usted dirá.

–¿Usted es el comisario?

–Sí, el comisario Ismael Ojeda a sus órdenes.

–Vengo por un asesinato que ocurrió en el barrio, comisario.

–¿Asesinato? –casi aulló el policía. Se hubiera imaginado cualquier cosa de un ciego: que le hayan robado lo recaudado en la venta de billetes de lotería,

que pidiera un permiso de limosneo y hasta alguna entrada inhumana con el alero bajo en alguna casa, pero nunca un asesinato, y menos de lo que le dije después.

–Sí, señor. Un asesinato impune en la casa de los catalanes que ocurrió hace siete años.

El comisario se quedó observándome en silencio durante un rato. No lo veía, pero no hacía falta ser adivino para eso.

–A ver... ¿de qué se trata? –dijo con desgano.

–Hace unos años, siete, mataron a Josep Argerich Flotats, vecino de Remedios de Escalada. La casa está exactamente...

–Sí, sé dónde vivían los catalanes.

–El tema es que nunca se esclareció el tema.

–¿No?

–Y yo creo tener una pista para hacerlo.

–¿Qué pista?

–Oí la voz de un hombre cuando tenía relaciones íntimas con el asesinado.

–¿Oíste una conversación? ¿Estabas debajo de la cama?

Ese comentario podría enojar a más de uno; a mí me causó risa.

–¡No, comisario! Fue en un galpón. Yo iba caminando y sentí al hombre y lo escuché.

–¿Entonces no eras ciego?

–Ciego fui toda la vida. Además no se precisa de ojos para oír.

–Sentí como el comisario comenzó a golpetear sus dedos en el escritorio, en señal de impaciencia.

–¿Estabas con alguien?

–No, yo sólo. Estaban en lo suyo cuando me acerqué por casualidad al galpón; al sentir ruido dejaron de hacerlo. Entonces yo me quedé callado y Josep, el muerto, le dijo “sigue, mi amor”. ¡No me lo olvido más de eso! –dije con entusiasmo.

–¿Y luego lo mató?

–¡No, no! ¡Eso fue otro día. Bueno... en realidad no sé si fue él tampoco...

Ya sin ningún disimulo el oficial largó todo el aire que contenía bufando.

–Mira, pibe –me dijo. –Yo no soy juez para abrir una causa. Eso debe estar con tela de arañas como “caso sin resolver”. ¡Vaya a saber si quiera si está informatizado! Si tienes algo con sustento, una descripción de alguien, un nombre, algo, ven a verme; yo mismo te voy a acompañar donde sea o ver a quien vos quieras. Pero algo de peso, una prueba, una mancha de sangre, un arma homicida, el nombre del asesino, ¡algo! ¡Con una voz no hacemos nada! Si al menos alguien lo hubiese visto.

–¡Pero yo lo oí, señor! Reconocería esa voz entre un millón.

–¿Y sabés dónde vive esa persona al menos?

–Aun no, pero para eso están ustedes para...

–¡Mira! –me interrumpió. Como comprenderás, eso no es una prueba. Y... – hizo una pausa para levantarse –un ciego lamentablemente para la legislación argentina, no puede ser testigo, salvo que haya sido partícipe de un hecho o...

Se quedó en silencio para evitar decir algo inconveniente. Sin embargo agregó:

–Imagínese que hagamos una rueda de reconocimiento... ¿Cómo lo descubrirías?

–Por la voz.

–Eso no es así, pibe.

–Entiendo –respondí sin esperar más para levantarme. –Lamento haberlo hecho perder el tiempo.

–No, tranquilo. Para eso estamos.

Me marché desilusionado, casi con rabia y a pesar que le prometí a mi madre volver a casa, decidí irme directamente a mi piso en Capital Federal.

Me di cuenta que tenía una tarea nada sencilla. Tal vez era lo mejor olvidarme. Encendí la radio, me serví un poco de zumo de manzana y mientras bebía sólo me concentré en los dichos de María la catalana, en Ricardo, en el Mota, en el comisario Ojeda. Todos me llevaban al mismo lugar: el olvido. Pero luego de darle vuelta al asunto durante un rato y darme cuenta que la radio estaba encendida sin yo siquiera prestarle atención una palabra, apagué el artefacto casi con furia. No lograba concentrarme en lo que no fuera la

muerte del pobre Josep y la especulación de aquellos días. Entonces calculé que la única manera de que la investigación continuara era hacer un estudio profundo en del nuevo barrio que se había convertido mi ex barrio. Más allá de la negociación de Ricardo en ese día, su voz siempre sonó seria entre todos los chicos de la cuadrilla de entonces y aunque hablaba muy poco, cuando lo hacía era porque tenía algo que decir. Y lo que había mencionado aquella tarde de tertulia fue que alguien de la manzana tenía inclinaciones homosexuales. En realidad las palabras de Ricardo entonces fueron “en el barrio hay una persona que patea para los dos lados, tal la forma de expresarse de los chicos de entonces para decir la condición de bisexualidad. Lo recuerdo perfectamente, hasta los claros oscuros de su voz. Y viendo lo que quedó del barrio...

“Un tipo grandote, pero no le pude ver la cara”, había dicho entonces el Mota cuando vio entrar a un hombre a la casa de los catalanes con el malogrado Josep. “Le tocó el culo y el Josep se partía de risa”.

De lo que fue el antiguo barrio donde crecí queda muy poco. El populoso barrio de inmigrantes se transformó en una ciudad dormitorio de los hijos de inmigrantes, cuando no vecinos nuevos. Estos eran en su mayoría argentinos, y también algunos integrantes de las nuevas corrientes migratorias: uruguayos, bolivianos, paraguayos y al último peruanos, aunque en la manzana nuestra sólo conocíamos al pintor uruguayo que me comentó Juan. Ya se mencionó que

don Giuseppe el vidriero se fue a Milán y nunca más regresó, así que desconozco si vive todavía. Los otros antiguos vecinos, muchos mayores entonces, fueron entregándose a ley de la vida. La primera en morir fue Cipriana, la vieja bruja según las mentas de Juan, la que me decía “adiós cieguito”. Su hija Alicia no es tan mala, pero sigue sus pasos. Otro que desapareció del barrio para ir a luchar al frente en el Purgatorio para obtener un lugar en el paraíso fue el Señor Basilio. Su casa fue vendida, demolida y construida una nueva donde vive el señor Héctor, el que tiene una fábrica de soda. Nada queda del frente y de la vereda de entonces, pero sé que conservan al loro Ignacio, pero que llaman Paolo. Tiene muchos años ya, y me dicen que casi no tiene plumas, pero cuando voy a visitarlo, larga algún grito y hasta intenta un “Franco cabrón” que sólo yo entiendo. Antonio el peluquero se murió unos meses después que su madre de 106 años. Tal vez su misión era cuidarla y al no tener más esa tarea colgó los guantes, ¡y las tijeras! También el otro Antonio decidió dejar de respirar. Una mañana simplemente no se levantó y cuando mi querido Mamá Damona fue a llevarle un mate, estaba ya tieso. ¡Y no me hizo el traje prometido! Aunque mamá dice que es mejor. Cristina se casó con Norberto, el de olor a pito; Alberto sigue soltero, arrojando al aire a sus dos sobrinos. Doña Ana también se murió, hace ya casi seis años, y Tomasito se fue a vivir a Capital con su padre. En su lugar quedaron dos primas del malvado. Juan dice que una es exageradamente fea y

la otra exageradamente hermosa. Yo no sé, porque nunca les toqué los rostros.

Doña Lucía finalmente se fue a vivir con una de sus hijas. No se supo más. Al kiosquero robador de diez centavos recibió seis tiros en la cabeza en un asalto al kiosco hace unos cuatro o cinco años. ¡Pobre hombre! La hija cerró el comercio y ahora trabaja en una fábrica de costura. La casa del vasco Joseba sigue construyéndose. Tiene tres plantas, aunque dicen que le falta poco. La casa de la esquina está en alquiler y se instaló aquel pintor uruguayo, pero me dijo Juan que se muda a fin de año. La enana Marta también se mudó de barrio, creo que a Avellaneda cerca de la cancha del Club Independiente. Allí ve a las personas desde arriba de su piso en la séptima planta. Don Juan y Don Vicente se fueron juntos a seguir la charla con San Pedro: uno en un año y el otro en el otro. Don Hugo no sale a la calle porque dice su mujer que no anda bien y no lo deja. Gustavo, unos años mayor que Juan, sigue tan taciturno y sólo trabaja en el puerto cargando bolsas y a la casa. No se le conoció una novia o novio del que se pueda cotillear. A veces se encuentra con Roberto hijo, o mejor dicho el único Roberto, ya que su padre el herrero es otro de los desaparecidos del barrio; una mañana se subió a una tarima de sólo dos metros a cambiar un tanque de agua y un vahído lo dejó inconsciente y cayó como un cuerpo muerto de cabeza. No tuvo tiempo a darse de cuenta de nada. Una muerte absurda a los cincuenta y cinco años. Entonces Roberto único se encontraba a veces con Gustavo a hablar de fútbol, o las cosas del barrio.

Roberto, dicen que un chico guapo, se lo veía siempre con chicas diferentes y seguía tan chulo como siempre, aunque ya estaba comenzando a echar tripa. Juan los veía y hasta a veces dialogaba con ellos, pero ya no eran los tres amigos unidos de antes.

Teresa estaba vieja y de mal humor, aunque cada vez que me veía me trataba con el mismo cariño de entonces. Ya no tenía rosas; se le habían muerto en la helada del '93 que fue una de las más intensas caídas. Teresita, por su parte, se había juntado con un camionero que le había hecho cuatro hijos para luego abandonar por su verdadera mujer, ya que llevaba doble vida. ¡Cosas de camioneros! Estaba gorda y fea y dice Juan que no se parece ni a la sombra de lo que fue.

Los Jorges viven los dos. Jorge Machado, anciano ya, vive con su fiel Luisa, también anciana que le sigue festejando las ocurrencias. Hernán se casó y se fue del barrio; Ricardo también se casó pero volvió luego de una separación traumática, donde hubo engaños por medio, aunque no sé quién a quién. Tampoco me importa; al menos no hubo tiros en esa ocasión. Sigue con su Independiente, aunque los años cambiaron y es el Boca el que casi siempre le gana para delicia de Gastón. De su media hermana no sé mucho, salvo que vive el barrio de Valentín Alsina. El otro Jorge, Silva, perdió a su mujer Elvira de un cáncer fulminante. Le costó mucho superarlo. Su hijo Abel se fue del barrio cuando se casó y su sobrino Raúl, el Mota, también se fue, luego de

comerse ocho años y medio en la cárcel. Si se piensa bien tampoco pagó tan cara las dos muertes. No volvió nunca más a Escalada, tal vez por vergüenza, aunque vive del otro lado de Lanús, no muy lejos.

Don Arístides, el almacenero italiano de la esquina, el que me regalaba los teveos para que mi hermano me leyera, reformó el negocio e hizo una casa que alquiló; luego se fue a vivir a otro barrio y me dijeron que está en sillas de ruedas sin reconocer a nadie.

Otra persona que murió fue María, la “marinera”, dejando al viudo Ismael, envuelto en tristeza y añoranza por la mujer fallecida.

La Señora Dora, de la vuelta, pegadita a Doña Ramona sigue ahí con su “Hmmm” como marido, luego el resto de los vecinos o se murió o aparecieron nuevos, cosas normales en todos los barrios, sobre todo si son de inmigrantes y de personas mayores. ¡Ah, una cosa! Las casas son más pequeñas ahora, tienen sólo nueve pasos. En realidad parecen más pequeñas con mis zancadas de persona adulta.

Recapacité sobre los viejos vecinos. No había mucho para ver. Si me guiara por el corazón de quién fue el culpable, pongo todas mis fichas a Tomasito. ¡Él es el responsable de todo! Es el más perverso, el más cruel de todos, si no fuera que entonces tenía sólo nueve años como yo.

Así que Tomasito descartado para mi desgracia.

También pensé con cierta obsesión en Gustavo. Era extraño y pocos, por no

decir nadie, sabían qué era de su vida. Cumplía un horario en el puerto como estibador y dicen que no faltó nunca. Fuera de su trabajo, tenía una vida vacía y aburrida, con nadie como amigo, salvo los encuentros casuales con Roberto y algún saludo de un vecino. Pero la realidad de Gustavo era por lo que le tocaba en el presente. Entonces tenía los quince y tampoco lo veía demasiado en el perfil de asesino, máxime teniendo en cuenta las palabras, para mí verdaderas, del Mota entonces, “un tipo grandote”. Es difícil, más bien imposible, que el Mota no haya reconocido el cuerpo de bolsa del Oloroso, como le decíamos al taciturno Gustavo. Además, si asociamos el cuerpo grandote que vio el negro Raúl con la voz grave que oí yo, llegamos a la conclusión de que ni Gustavo, ni nadie de la cuadra, es decir de mi parte de la manzana, fue el autor.

Muchas dudas me invadieron. ¿Qué posibilidades había de que ese tipo que oí haya sido el verdadero asesino? Sin duda muchas, pero también de lo contrario. Cualquiera podría haber sido. En esos años no se había desarrollado la técnica del ADN para descubrir en una mancha de semen al verdadero responsable. Y ahora era tarde. Aun así, tampoco había demasiados indicios de quienes visitaban la casa. Según la fallecida señora Lidia, Josep no tenía amigos. Tampoco era consciente de que fuera homosexual.

Recapacité también sobre la posibilidad de que el asesino estuviera muerto. O bien, que no formara parte de los viejos vecinos que quedaron. Eso ya

llevaría el caso al olvido total, el entierro en el tiempo.

¡Olvido no! Mientras haya personas que recuerden los hechos, ninguna historia se enterrará. Teniendo en cuenta que don Jaime y Lidia están muertos, que María la catalana está senil y que pasaron siete años, ya casi nadie recuerdo esos sucesos. Aunque en el presente hay alguien, solo una persona que no olvida: yo.

Capítulo 6: Los otros testigos

Comencé entonces a recorrer el barrio. Excusado en que vendía billetes de lotería recorrí la manzana punto por punto en las personas de entonces. De ahí sacaría mis propias conclusiones. También visitaría los de mi calle, por si algo pudieran saber.

Comencé por el lado de casa, del otro lado del Campito: el hogar de doña Angélica, Hugo y Gustavo. Fui un domingo para asegurarme que estaban todos. Toqué el timbre y sentí el olor de Gustavo acercarse. Su olor se mezclaba con el de jabón y champú, lo que demostraba que no era una cuestión de suciedad. No me habló hasta tenerme a un paso.

–Hola Daniel. ¿Pasa algo? –sus palabras me sonaron más a policía que a vecino. Tal vez viejas reminiscencias entre la pelea de mi madre y la suya.

–Nada en especial. Sólo vine a hablar con tus padres. ¡Y con vos, claro!
¿Puedo pasar?

Gustavo pareció pensar un poco la conveniencia de que entrara. Desde los acontecimientos de cuando mi madre se revolcó con su madre, hacía ya como diez años, no se volvieron a hablar las familias, salvo un saludo esporádico de don Hugo a Eduardo o cualquiera de nosotros y de, bueno, ya está dicho, los casuales encuentros del oloroso con mi hermano.

–Pasa –me dijo y sentí el crujir de la enana puerta de reja. Me tomó del brazo. –Por acá.

–Puedo solo –dije sonriendo. –Sólo dime si no hay ninguna planta o algo colgado que lo del suelo lo ve mi bastón.

Entramos por un pequeño pasillo, cuatro veces menor en extensión que el de casa de mi madre y creo que la aparición mía con Gustavo en la cocina habrá sorprendido mucho a sus padres.

–Hola, familia –dije para romper el hielo con la cabeza echada hacia atrás.

–Daniel, ¡qué sorpresa! –respondió don Hugo y me pareció que le gustó mi presencia.

–Hola, don Hugo.

–Dijo que vienen a hablar con nosotros –avisó el oloroso.

–¿Con nosotros? –La voz de doña Angélica sonó más a “¡eso es imposible!” a una pregunta.

–Nada serio –aclaré y de mi habitual mochila saqué una pequeña caja de cartón donde tenía los billetes. –¡Uff, me parece a mí o a hace más calor que de costumbre!

–No siento –dijo don Hugo.

–¿Es mucha molestia pedirles un vaso de agua?

Nadie dijo nada pero oí el agua caer de un grifo y poco después Gustavo puso el vaso al alcance de mi mano,

–Gracias, debe ser que hace rato estoy caminando por la calle. –Abrí la caja con los billetes de lotería. –Estoy vendiendo unos números para poder ayudarme con mi estudio en la escuela. Ya se sabe: sólo diez pesos por billete. Estoy preparando una lista para las fiestas de Navidad, que aunque falta mucho, siempre es bueno tener preparadas.

–¿Eso es todo? –preguntó doña Angélica como esperando que haya algo detrás. Yo supuse a la pela con mi madre.

–Sí, no es un gran tema –largué una risita. –Pero uno tiene que vivir.

–Claro, claro –contestó don Hugo. –Angélica, comprale unos numeritos, aunque te aviso Daniel, que somos de muy mala suerte para esas cosas.

–Bueno, todos dicen eso; lo mismo los millonarios que lo ganan.

Don Hugo largó una gran carcajada complaciente.

–Antes me compraba María, la de los catalanes, pero el otro día fui a verla... ¡Pobre mujer! ¿La vieron en el último tiempo?

–No, ¿qué tiene? –se interesó la mujer de la casa.

Hice un gesto con mi mano como diciendo que estaba loca.

–Desvaría bastante. No sé si es su enfermedad o la muerte de su sobrino.

–Bueno, eso fue hace muchos años. ¡Cómo diez o doce! –dijo don Hugo.

–A mí me parece que más, Hugo –dijo la mujer, ya metida en la conversación.

–¿A vos cuánto te parece, Gustavo? –le pregunté al oloroso que me

respiraba detrás.

–¡Qué sé yo! –respondió de mal humor.

–Vivía todavía Lidia –aclaró don Hugo.

–Siete años y algunos meses –aclaré. –¿Pueden creer que todavía no se descubrió al culpable? –tiré sobre la mesa.

–¡Sí, una barbaridad! –consideró el padre del pesado muchacho, pesado en kilos. –¡Y seguro que eso fue lo que le bajó las defensas a la madre y le agarró lo que le agarró! ¡Pasa muchas veces!

–Y eso no lo van a descubrir nunca creo yo –agregó la mujer ya animada con la conversación.

–No crea, señora. Escuché que encontraron una pista.

–¡Sí? –dijo casi dúo el matrimonio. Noté hasta de entusiasmo.

–Sí, vaya a saber –dije. –Después de tanto tiempo... ¿Ustedes qué recuerdan del hecho?

–Y... muy poco –dijo Angélica. –Salimos a la calle con Gustavo que tenía que llevarlo al médico y nos enteramos que la policía está cortando la calle y haciendo un escándalo. ¿Te acordás, Hugo?

–Sí, Gustavo tuvo una fiebre tremenda toda la noche. Pero eso fue mucho antes de los catorce años entonces.

–Si, ya te dije, como quince o dieciséis –concluyó la mujer. –Bueno, Gustavo, elige dos billetes a ver si nos traes suerte.

El obeso estibador del puerto seleccionó de la caja y entonces pusieron en mi mano un billete de veinte pesos. Luego de hablar un par de cosas más, ya no tenía más nada que hacer allí y me fui en busca de más información a otro vecino.

El siguiente elegido fue Gastón. De Gastón yo no sabía mucho, aparte que su casa tenía los tres pasos más, bueno, algo menos con mis nuevos pasos de adulto. Era un hombre correcto y se había casado con una mujer llamada Marina, pero no se la veía nunca por la calle. Inclusive había tenido dos hijas que de lo único que podía saberse era que eran rubias de ojos azules como el padre, pero que no asomaban las narices al barrio, como por miedo a contagiarse. Vivía de su trabajo haciendo puertas y ventanas de aluminio en un taller cerca del barrio y el resto del tiempo se lo dedicaba a su familia. Su único vicio, su gran vicio, escuchar la radio los domingos el partido del Boca. Se dice que cuando Boca perdía, se encerraba en su cuarto sin hacerle caso a nadie y ese día no cenaba. Al día siguiente, todo había pasado, salvo que algún tonto se burlara de sus colores azul y oro (como Ricardo aquella vez) y entonces sacaba su lengua filosa y podía cortar en cuatro la moral del enemigo. Salvo ese gran defecto, Gastón era un hombre bueno, solidario, que cuando alguien le pedía un favor, ahí estaba él para hacerlo a cambio de nada.

Estaba en la puerta y cuando me acerqué en busca del timbre, me avisa:

–Estoy acá, pibe. ¿Qué necesitás?

Sonreí y me acerqué a la voz.

–¿Cómo le va, Gastón? Lo venía a molestar porque estoy vendiendo billetes de lotería en el barrio.

–¡Bah, yo no compro billetes! Estoy pagando la rifa de Boca; me faltan cinco meses todavía. ¡Pero no tuve suerte!

–Bueno, no le puedo garantizar que gane algo, pero nunca se sabe –respondí.

–Dame uno –dijo por fin. –Nunca se sabe a qué puerta golpea la suerte, ¿no?

Luego que seleccioné uno a tacto, me pagó y le hice la pregunta que más quería oír.

–¿Cómo va el Boca?

–¡Uh, Boca anda siempre bien! Por algo somos la mitad más uno del país.

Yo me reí por la exageración, pero era una tipología que tenían todos los aficionados del Boca: decir que eran la mitad más uno del país, ser los más fanáticos entre todos., aunque había algunos de los otros que bueno, bueno.

–¿Y vos pibe, de qué cuadro sos?

–No sé, de ninguno.

–¡No se puede ser de ningún cuadro, pibe! Ser hincha de un cuadro en Argentina es como tener documento de identidad, ser hombre o mujer.

Me reí por la ocurrencia.

–Bueno, no todos son hombres o mujeres, parece que hay gente que tiene intenciones intermedias, por decirlo de alguna manera. –Levanté la cara al sol

y Gastón rió en buen grado.

–¡Sí, y parece que cada vez hay más!

–Como ese chico que mataron acá en frente.

–¿El catalán? ¿El chico ese?

–Sí.xxx

–Parece que era homosexual, ¿no? Bueno, su madre siempre lo negó. Ahora no sé si era porque quería cuidar la imagen o porque realmente no lo sabía.

–Nunca más se supo sobre su asesino.

–¡No, otro crimen impune! ¡De los tantos que hay en la Argentina.

–¿Del kiosquero tampoco, no?

–¡A ese sí lo atraparon! –dijo entusiasmado Gastón. –Era un chico de quince años que se hacía llamar “Chuky”, como el de la película. Lo atraparon el mismo día, pero como era menor lo metieron en un reformatorio y al poco tiempo se escapó. Me dijeron que hace un par de años lo mató la policía en un tiroteo luego de robar una casa con otros chicos.

–¡Qué barbaridad!

–¡Era un chico de la villa! ¡Ya sabés que los villeros no son nada bueno!

–Bueno, no todos –me quejé. –¡Como en todas partes! ¡Hay gente buena y mala en todos los sitios!

–Sí, tenés razón, Daniel. En esta cuadra misma hay gente que más vale perderla que encontrarla. –No respondí a eso, pero sabía que hacía referencia

a Jorge Machado por rencillas de vecinos. Un día Hernán, el hijo menor Jorge Machado tenía la música alta y molestaba a Marina, la mujer de Gastón y bueno, en todas partes se cuecen habas, como quien dice. Fue una pelea que se generalizó entre las dos familias. Pero que finalmente Maria terminó denunciando a los veninos e intervino hasta la policía y todo. ¡Por música!

–¿Usted nunca supo ningún comentario acerca del crimen? ¿Algo diferente a lo que todos los vecinos supimos?

Gastón chistó y pareció quedarse pensando un momento.

–¡No! ¡Nadie que yo sepa sabe nada! Además fue de noche, creo.

–¡No, no, no! –aclaré. –Fue de día, cuando la familia se fue al cementerio a ver a unos parientes muertos que tenían.

–Ah, no sabía. Sabés más vos que yo, pibe.

–Sí, inclusive oí que aparecieron pistas nuevas –mentí para escuchar su reacción.

–¡Ah, qué bueno será que lo agarrarán a ese hijo de puta! –me respondió Gastón en el primer taco que le oí decir en la vida.

Luego hablamos un par de cosas más sobre el barrio y lo que había cambiado, me hizo prometerme que me haría hincha del Boca y me despedí.

El siguiente vecino, era el que estaba pareado al lado de Gastón. Es decir, su nuevo enemigo, Jorge Machado.

–¿Qué *andá* haciendo, Danielito? –me preguntó Jorge cuando salió a la calle, desprovisto de sus “s”; Luisa detrás de él como siempre.

–Vine a venderle un billete de lotería –sonreí.

–No, yo no compro eso. No tengo suerte. ¿No’ cierto, Luisa?

–No, no compra –dijo la mujer.

–Todos dicen lo mismo, pero bueno, no se preocupe. Gastón tampoco compra y sin embargo hoy parece que tuvo una intuición. Bueno, Gastón es una persona muy buena y tal vez quiso ayudarme –dije maliciosamente sabiendo que lo picaba.

–¿El Gastón te compró? El Gastón le compró, Luisa.

–¡Bah! –respondió la anciana con asco.

–A ver si él saca algo y yo no. ¿Qué número te compró?

–No sé, no miré –bromeé, pero Jorge no entendió el chiste.

–¿Y cuánto sale cada billetito, Daniel?

–Diez pesos.

–¡Aggg, qué caro! ¡Diez pesos sale, Luisa!

–¡Qué caro! –la mujer.

–Bueno, vamo’ a hacer un sacrificio y compro uno. Dame el que má’ rabia le tenga’.

Cogí uno al azar y se lo entregué. Él me entregó el dinero.

–Son cincuenta peso’ –me aclaró.

–Ya sé –sonreí.

–¿Y cómo sabé' si no ve? No ve Luisa.

–Ya sé.

Metí mi mano en la cartera y saqué un billete de veinte y dos de diez.

–¿Está bien el vuelto?

–¡Paaaa! –largó Jorge Machado, –¿Cómo lo hacé', Daniel?

–Los ciegos desarrollamos mucha sensibilidad del tacto –respondí y levanté mi mano acariciando con el pulgar los dedos centrales de la mano.

–Yo siempre le digo a Luisa –dijo Jorge con la voz apagada –que si hubiera alguien que inventara el transplante de ojos, yo te donaría uno. ¡De verdad! ¿No' cierto, Luisa?

–Sí, es verdad. Te donaría uno.

–Es que eso ya se inventó, Jorge –dijo maliciosamente. –El transplante de córnea.

Ambos se quedaron callados un instante.

–Pero a mí no me sirve, no se preocupe.

–¡Qué lástima! –dijo sinceramente. Jorge era muy cotilla, tenía sus cosas, pero también tenía un gran corazón. Y otra cosa que admiraba de la pareja era su constancia para estar juntos a pesar de los más de treinta años de casados. Mi madre me contaba como iban de la mano, aunque Jorge estaba ya un poco mayor.

–Son cosa que pasan, Jorge, pero al menos yo puedo ir por todas partes, estoy vivo. ¡Mire sino al pobre chico de los catalanes!

–¡Uy, pobrecito! –exclamó Jorge. –No quiero ser malo, pero para mí que lo mató el Mota ese que vivía acá'l lado.

–No, no creo –respondí. –El Mota era muy chico.

–No tan chico, tiene un año más que Hernán y uno menos que Ricardo. Debería tener como diecinueve años entonces –Jorge había desarrollado su propia teoría, que claro no se acercaba nada a la realidad, según mi punto de vista. –Además no sería la único vez que matara. ¡Y si un asesino mata una vez, lo puede hacer dos veces! ¡Ojo, no tengo nada en contra del Mota!

“¡Menos mal!”, pensé.

–Pero para mí pudo haber sido el negrito ese.

–¿Usted oyó algo, Jorge?

–¡No, que voy a oír! ¡Son pensamiento' mío' nomá'.

–Ah.

–Lo que sí oí cuando vinieron los policías es que el que lo mató conocía muy bien al José ese.

–Josep –aclaré.

–¡Ese! Dice que lo mataron en la casilla de madera esa que tenía don Jaime para guardar las herramientas.

–Eso es.

–Había entrado sin problemas porque dijo la policía cuando vino que no estaba violentada la cerradura ni nada roto. Bueno, la casa estaba toda revuelta porque le entraron en la casa y le robaron un montón de cosas. La Lidia me contó aquella vez que hasta las joyas que tenía en una caja que sólo los de la casa sabían que tenían, debajo del suelo de la cama. Como cortada la madera para guardar eso ahí.

–Eso no lo sabía –dije. –¿Usted dice que eran más de uno?

–Yo no lo digo; lo dijo la policía cuando vino. Dijo puede ser uno o más’.

–¡Ah! Y dígame, Jorge, ¿no están sus hijos?

–El Ricardo trabaja y el Hernán se fue con la novia.

–Muy bien –sonreí y guardé la cartera y la caja con los billetes en la mochila.

Me despedí y soporté estoicamente cuando Jorge insistía nuevamente en que “si inventaran algo para mí, me donaría un ojo”.

–El que mejor esté –dijo, pero yo ya no respondí, camino a casa de mi madre.

El aroma a sopa crema de arvejas me pareció tan agradable como cuando era chico.

–¿De arvejas? –se quejó Eduardo. –Sabés bien que me gusta de espárragos.

–Sí, pero como a mí me gusta de arvejas, hay de arvejas –dije para picarle.

Él chistó de mal humor y no respondió nada.

–¿Y, averiguaste algo –me preguntó Juan. Yo tenía deseos de matarle. No quería decir delante de mamá.

–¿Sabías que en España a las arvejas le dicen judías? –desvié la conversación.

–¿Judías? –se sorprendió Eduardo. –¿Por qué judías? ¿Por qué no católicas?

–¿Qué tiene que averiguar? –interrumpió mamá que no había perdido pisada a las palabras de mi hermano.

–Lo del chico muerto de acá enfrente –tiró Juan sin preocupaciones.

De tener vista le hubiera puesto la sopera de sombrero. Se produjo un profundo silencio.

–¿Qué tenés que averiguar? –me increpó mamá.

–Perdoname, hermanito –dijo Juan. –Esas cosas son muy importantes para que no las sepa mamá. Lo siento.

–¡Chivato! –protesté, pero antes de que comenzara una discusión aclaré: – No es nada; sólo pregunté a un par de vecinos...

–¡Cómo a los vecinos! –saltó Eduardo para ponerme más en evidencia.

–Daniel que se está haciendo el Sherlock Holmes –apoyó Juan y me enfadé muchísimo más con él.

–¿Vos estás tonto o qué? –gritó el imbécil. –A los muertos hay que dejarlos en paz. ¡Más después de dieciocho años!

–Pero ¿qué es lo que querés saber, Daniel? –preguntó mamá.

–Nada de otro mundo. Sólo quería saber si alguien en el barrio había oído algo.

–¡No digas eso! –intervino de nuevo mi hermano. –Quiere descubrir al asesino.

–¡Vos estás loco! –aulló mi madre.

–¡Loquísimo! –apoyó Eduardo. –Mejor me voy a lavar las manos.

–¡Ahí va Poncio Pilatos de nuevo! –dije.

–¡Daniel! –se quejó mamá, pero yo sin querer oír más, me levanté en silencio, estiré mi bastón plegable y me fui de la casa, sin prestar atención el pedido de todos de que me quedara.

Llegué a casa muy cabreado. Con todos, pero en especial con Juan. Yo comprendía que querían cuidarme, pero también era justo que me dejaran libertad para hacer lo que quisiera. ¡Y Juan...! De verdad no esperaba una traición así; me pareció una puñalada trapera.

Tratando de dejar de lado el disgusto con mi familia pasé en mi mente en limpio los nuevos elementos, muy pobres, por cierto. Ni la familia de doña Angélica, ni Gastón, ni Jorge Machado me habían dado muchos indicios de avanzar en mis investigaciones. Salvo la duda de Machado sobre la cantidad de integrantes en el hecho. “La policía dijo puede ser uno o más”, recordé las palabras del anciano. En vez de adelantar, eso me entorpeció aún más todos

los planes de investigación.

Decidí irme a dormir sin comer, y ya casi lo estaba logrando cuando sentí el motor conocido en la puerta de casa. Luego el golpe de la puerta que se cerraba y la llave en la entrada.

¡Juan!

Sus pasos vinieron directamente a la habitación. No traía su perfume oloroso, sino a jabón de mano.

–¿Qué querés ahora? –le dije cuando entró a mi habitación.

–Me mandó tu madre. –La voz pastosa de Eduardo me sorprendió y pegué un salto en la cama.

–¡Qué mierda hacés vos en mi casa! –le dije sin reparos.

–¡Eso mismo digo yo! ¿Dónde está la llave de la luz en esta habitación? –respondió malhumorado.

–En mi habitación no hay luz. No la necesito. ¿Te olvidas?: soy ciego.

–¡Y un loco también! Tu madre se quedó preocupada. Vamos al comedor donde te pueda ver.

–Mejor no, no sea cosa que recupere la vista y tenga que verte yo también.

–¡Cómo quieras! Sólo vine a traerte la sopa y unas croquetas que te hizo tu madre.

–No hacía falta; no necesito que me alimenten.

–¡Mirá, pibe! –dijo ya fuera de sí. –Si no fuera por tu madre que me pidió

por favor que viniera, ya estaría durmiendo calentito en mi cama, y no detrás de un loco que lo único que valora es así mismo.

–¡Justo vos me hablás de valor de los demás, pelagatos!

Eduardo respiró profundo para no insultarme o darme un golpe. La verdad que yo también estaba un poco aburrido de tantas agresividades hacia él.

–Sólo te digo una cosa, Daniel. ¿A vos te parece que nos enteremos que andás haciendo preguntas sobre ese crimen y no vamos a preocuparnos? Pensá un poquito.

–Pero ¿cuál es la preocupación que haga unas preguntas aquí y ahí.

–¡Y en la policía! ¿O Juan miente?

Odié un poquito más a mi hermano entonces.

–Me parece que están exagerando un poco, Eduardo –dije más tranquilo en tono conciliador. –De repente tuve un ataque de culpabilidad; eso es todo.

–¿Culpabilidad? ¿Por qué culpabilidad?

–¿Te acordás cuando te dije que había oído a un tipo en la casa del chico catalán?

–Sí.

–Nunca dije nada a la policía entonces. Bien, era un crío entonces, pero tal vez eso hubiera ayudado a algo.

Eduardo suspiró. Se acercó en las sombras a mi cama y me abrazó como nunca lo hubiera hecho. Yo sentí una repulsa instintiva.

–No sé qué pasó, Daniel Me hubiera gustado que me quisieras un poco – dijo. Yo no respondí. –No tenés que angustiarte por ese tema. El chico murió como tenía que morir. ¡Vaya a saber si siquiera fue ese hombre, Daniel! ¿Te creés que la policía no sabía que era homosexual? Tus palabras no hubieran servido de nada.

–Sí, tal vez.

–Seguramente no era la única relación que tenía el pobre muchacho. Y hay gente mal nacida que se aprovecha de las debilidades de una persona.

–Puede ser.

–De todas maneras, comprendé que tu madre y tu hermano estén preocupados. No es fácil para ellos que te estés por meter en líos y no puedan ayudarte. Mañana volvé a casa y dale un abrazo a tu hermano y un beso a tu mamá.

No respondí a ese pedido tampoco, pero me sonó comprensible. Se puso de pie y se acercó a la puerta de salida.

–Sobre la mesa tenés la sopa. Está caliente todavía. Si no comiste nada, comé, ¿dale?

–Está bien.

–¡Ah una cosa, hijo! Contá conmigo para lo que sea. No te voy a dejar solo en ésta. Y si querés que guarde todo en secreto, ya sabés que seré una tumba.

Luego se marchó y, mientras pensaba en su último ofrecimiento, sin perder

más tiempo fui al comedor a saborear los manjares de mamá.

Al menos la llegada del imbécil me aplacó mi rabia hacia Juan.

—¿Qué sé yo! —me dijo Jorge Silva a mi pregunta. —¿Pasó tanto tiempo! ¡Ya ni me acordaba de eso! ¿Cuántos años tenía cuando murió? ¿veintiuno o veintidós, no?

—Veinticinco —respondí.

—¿Qué lástima! ¡Pobre muchacho!

—Cosas que pasan —dije. —Dicen que la policía encontró una pista.

—¿Sí? ¡Qué bueno sería eso! Pero vaya a saber dónde estará ahora el asesino. Tal vez le esté haciendo compañía tocando la lira en el purgatorio.

La imagen que me presentó Jorge con sus palabras no fue muy alentadora.

—El Mota me trató bastante mal el otro día cuando fui a preguntarle algo —le comenté.

—¿Le fuiste a preguntar sobre si lo mató él? —aulló Jorge Silva.

—¡No, hombre! ¡Eso ni lo pensé! Le fui a preguntar si sabía algo. Porque él contó una vez cuando nos juntábamos los chicos del barrio, que había visto salir a un hombre a la una de la mañana de la casa de los catalanes. ¿No le comentó nada entonces?

—Lo que pasa, Daniel, que Raúl era muy fantasioso. ¿Por ahí contó algo y aunque fuera cierto nadie le creía. Y eso de la una de la mañana... ¡a esa hora

dormimos todos! Más en una casa de trabajo.

–Entiendo.

–¿Su hijo Abel tampoco sabe nada?

–Lo mismo que yo. O quizá menos. Abel se la pasaba estudiando y se juntaba muy poco con la cuadrilla.

Suspiré. A Jorge no logré venderle un billete y me fui sin más en busca de más novedades.

Llegó el turno de uno de mis vecinos favoritos: Antonio, el violinista.

La sorpresa y la alegría que le dio que lo visitara fueron contagiosas.

–Vení, pasá, Daniel –me pidió. Pongo la pava y nos tomamos unos mates.

–No, gracias, no tomo mate, don Antonio.

–¿Un té, un café, una cocacola?

–Si quiere le acepto un vaso de agua.

Fue urgente a la cocina y me puso el vaso en la mano.

–¿Qué te trae por aquí, Daniel?

–Vine a charlar con usted. ¿está mal?

–¡Qué va a estar mal! Hace tiempo que no te veía. No sé si vivía aún Tita.

¿Te acordás de Tita, no?

–¡Cómo no me voy a acordar! –respondí sonriente.

–¡Pobre Tita! ¡El 8 de abril van a hacer once años ya! –dijo y sentí como se le quebró la voz. –Acá tengo un cuadro, mirá.

Antes de le dijera lo evidente, que soy ciego, sacó el cuadro y lo puso en mi mano. Me tomó las manos y me dijo:

–Acá tiene la cara. –Luego me fue llevando la mano por todo el cristal del retrato para intentar que la reconozca. –Ahí está la nariz, estos son los ojos. El pelo.

Luego, intentando que no me diera cuenta que estaba ya con las lágrimas en los ojos, se quedó en silencio. Se llevó el cuadro y sentí el refriego de un jersey contra los ojos.

–La recuerdo muy bien; era muy guapa –dije, aun con la memoria de sus encías desnudas.

–¡A que sí! –dijo ya más calmo don Antonio.

–En realidad vine a dos cosas, don Antonio.

–¿Qué?

–Una a que me deleite con una de sus conciertos.

El viejo zapatero se rió.

–¡Qué va! ¡Hace años que no toco el violín!

–Venga, don Antonio, que no se diga que le tiene miedo al instrumento.

–Nunca fui bueno, Daniel.

–¡De eso nada! –dije enojado. –Yo me acuerdo muy bien como me gustaba oírle.

Y sin más trámites se metió en la pieza mientras lo oí protestar: ”¿Dónde

metí ese condenado violín?” Cuando lo encontró, le sopló el polvo y lo afinó en su cuarto, vino como una de esas galas que se dan en el teatro. Me preguntaba si se había puesto también el moño en esa ocasión.

–Como te imaginarás, Daniel, un artista debe ensayar, así que te pido disculpas si mi violín no suena tan bien como otras veces.

–No pasa nada, don Antonio. Venga.

El viejo zapatero improvisó unas notas, que hizo crujir la madera del violín. Luego intentó nuevamente algún tema. Creo que la Danza Húngara N° 5 de Brahms, pobre Brahms. Luego de varios intentos y comienzo y re comienzo de otros temas bajó el arco del violín.

–Eso es todo –dijo y yo aplaudí. –Gracias, Daniel, pero estoy un poco duro.

–No, muy bien, don Antonio. Siempre es un placer.

–Eres muy amable. Ojalá todos los públicos sean tan compasivos como vos, Daniel.

–También quería hablarle de una cosa, don Antonio.

–¿De qué?

–¿Recuerda al chico que mataron enfrente?

–¿Al Josep? Sí, claro. Yo le hice una vez un par de zapatos, pero no le gustaron mucho. A don Jaime sí. Se los hacía siempre y se los reparaba. ¿Por qué?

–La verdad es que quisiera averiguar un poco. No sé por qué, pero me da

mucha lástima que ese crimen haya quedado impune.

—¡A quién no, Daniel!

—¿Cree que hay algún detalle, conversación o algo que recuerde que pueda ayudarme?

Don Antonio se quedó meditando.

—No, no creo. ¡Qué puedo saber yo! La que me comentó algo fue Tita.

—¿Qué le comentó? —pregunté con entusiasmo.

—Tita hablaba siempre con la madre del chico. Pobre, Lidia la catalana. Se murió también.

—Sí, ya sé.

—Bueno, Lidia le decía que oyó un par de veces ruidos en la casilla de herramientas. Qué estaba cansada de que siempre le faltaran cosas. ¿Podés creer que un día le robaron la podadora de césped con un motor de dos caballos? ¡Cómo hace un mortal para llevarse semejante herramienta al hombro sin dejar rastros! Lo peor de todo es que siempre encontraba ese galpón cerrado con llave y ni siquiera oyó alguna vez un vehículo que la transportara.

—¡Qué cosa más extraña!

—Sí. Cuando don Jaime dijo que la iba a tirar abajo, el chico se puso como loco y no lo permitió. Y mirá, justo ahí encontró la muerte. ¡Qué se le va hacer! Es una lástima que no esté Tita para contarte —concluyó el pobre de don

Antonio. Yo me incorporé para despedirme.

–Don Antonio, me voy. Muchas gracias por deleitarme con su arte.

–¡Qué va! Me agarraste sin ensayar. Pero te prometo que la próxima vez que vengas voy a tener aunque sea unas piezas preparadas. ¿Qué tal el Concierto para violín de Beethoven?

–Le tomo la palabra –dije y saqué un billete de lotería al azar. –Tome.

–¿Qué es eso?

–Es un regalo que le hago, un billete de lotería. A ver si se saca algo y nos vamos juntos a ver un concierto Alla Scala de Milán.

Luego de darle un abrazo seguí con mi trabajo. Ya había revisado a todos los sobrevivientes hasta la esquina; ahora era el turno de ir hacia el otro a la de mi calle. Decidí volver sobre mis pasos y comenzar por doña Dora, nuestra vecina, viuda de Roberto el herrero. Roberto hijo no estaba, pero como tenía doce años entonces, tampoco se me hizo imprescindible su presencia. Marcela, morreándose con su novio en la sala, pudimos hablar tranquilos en la cocina.

–La verdad que no me acuerdo de nada, Daniel. Pasaron más de veinte años, ¿no?

–Dieciocho.

–Sí, mucho tiempo. Yo entonces hablaba mucho con María. Nos cruzábamos en la panadería o bien en la calle. Una mujer muy correcta. Bueno, como toda

la familia. Mi marido le hizo varios trabajos a don Jaime. Inclusive le ayudé arreglar un molino que ahí tenía. Bueno, vos no lo habrás visto, pero los catalanes tenían un molino, el único en toda la zona sur.

–Sí, ya sé –dije y recordé mis mejores momentos de la infancia.

–Bueno, Roberto, mi marido, le hizo una soldadura que tenía en la parte de una plataforma que tenía arriba.

–Sí, la que estaba encima de las barandillas –dije con precisión. –Ya sé.

La señora Dora produjo un silencio y la imaginé mirándome por mi descripción. Luego continuó, convencida de que alguien me habría dicho.

–Bueno, pero más allá esos pequeños contactos, nada más. Roberto, mi hijo, me dijo que ese negrito de la esquina, el que le decían el Mota, había visto salir una vez a un hombre grande, corpulento, con una ropa de obrero o algo así. ¡Pero vaya a saber!

–¿Varias veces?

–Sí, eso me dijo Roberto, mi hijo.

–Sí, vaya a saber –dije. Luego me despedí y seguí camino. La señora Dora tampoco me compró un billete de lotería. ¡Vaya amarreta!

Me pasé por lo del Flaco Larguirucho, que las personas decentes llamaban Felipe Gutiérrez, el del perro asesino, aunque ahora tenía otro diferente al viejo manto belga. Un collie o algo así. El bastón chocó frente a otra subida, señal de cambio de acera. ¡Por qué no serán como en España, todas iguales!

–¿Sí? –dijo la voz metálica del Larguirucho cuando toqué el timbre del portero, luego de buscarlo arduamente con la palma de mi mano.

–Soy Daniel, el vecino –dije poniendo mi boca hacia el sonido.

–¿El ciego?

–No, el vecino –repetí. Y cuando Flaco Larguirucho, el estúpido, salió, se sorprendió en verme tan seguro.

–Decime, ¿qué necesitás? –Su voz me sonó arriba de mi cabeza, por lo que deduje que el hombre era mucho más alto de lo que yo había imaginado. Se oía de fondo el ladrido de su perro.

Le hice toda la perorata del billete que no demostró ningún interés y luego le hice el comentario sobre el descubrimiento de una pista nueva del asesinato de Josep.

–No –obtuve como toda respuesta. Por lo que decidí preocuparlo un poco:

–Se dice que el asesino tenía un perro grandote manto belga o así porque encontraron pelos del can. Se sospecha de un vecino. ¡Vaya saber! ¿La policía dice cada cosa!

–¿Dónde oíste eso?

Yo ya tenía mi bastón estirado y seguí mi camino mientras el Flaco Larguirucho seguía con sus preguntas desesperadas:

–¡Hey, vos! ¿Dónde oíste eso?

Continué mis pasos y no pude contener una risita sarcástica. Bajé el escalón

de la acera recién visitada y ya me dispuse a tocar el timbre de las vecinas siguiente: Teresa y Teresita. Seguía la misma reja pero el antiguo botón de timbre de antaño ya no estaba por lo que con mi bastón golpeé los barrotes de la reja.

—¡Daniel! —oí la voz de Teresa madre. —¡Qué linda sorpresa!

Abrió la puerta de reja y me dio un beso.

—Mirá, vení, acá del otro lado está el nuevo timbre del portero. Antes era un lío porque venían, tocaban y teníamos que salir hasta la calle. Ahora, depende quien sea, salimos o no. No sea cuestión que venga un cobrador —se rió Teresa.

—Entiendo. ¡O que sea un ciego vendedor de billetes de lotería!

—Si ese ciego sos vos no hay problemas. Es más, le vamos a regalar una rosa. ¿Te acordás?

—¡Claro, cómo olvidarlo!

Sentí la mano áspera de Teresa acariciarme el rostro.

—Aparte de saludarla, quería preguntarle si en esos años oyó algún comentario sobre la muerte del chico ese que mataron acá enfrente.

—¿El chico de los catalanes?

—Sí.

—¡Pero eso fue hace muchos años, Daniel! ¿Quién se acuerda de eso?

—Yo. Es simple curiosidad.

–Bueno, la verdad que no recuerdo mucho. Lo mataron y nunca se supo nada.

Lo que todo el mundo sabe, querido.

–¿Oyó algún una vez si algún vecino fue partícipe en eso?

–¡Qué decís! –Teresa largó un gritito. –¡Cómo va a ser un vecino!

–¡Vaya a saber, Teresa!

–La que una vez oyó algo fue mi hija. Esperá que la llamo por el portero a ver qué era.

La mujer tocó el timbre.

–¿Qué?

–¿Tere, podés venir un momentito?

–¿Qué pasa? –dijo la hija de mal humor.

–¿Te acordás del chico que mataron acá enfrente, de los catalanes?

–Sí.

–Vos me dijiste que habías oído algo, no sé qué.

–Nada en especial –dijo la voz metálica de Teresita. –Que la policía dijo que el chico ese conocía a su asesino. No sé que importancia puede tener eso. Se conoce a mucha gente.

–Gracias, Tere. –La mujer colgó el aparato y me dijo a mí: –Eso mismo.

–Bueno, Teresa, muchas gracias.

–Esperá –me dijo. Y sin tardar más fue a su jardín a cortarme unos claveles.

No eran lo mismo que las rosas y olían a cementerio, pero se lo agradecí

igual. También le regalé un billete de lotería. ¡Dios, qué caro me está saliendo investigar!

La siguiente vecina era Alicia. A medida que pasaba el tiempo su voz se parecía más a la de su madre, la vieja bruja Cipriana. Y me dijo Juan que también se le estaba encaneciendo mucho el pelo.

–¿Quién es? –dijo una voz del otro lado de una puerta de chapa, luego de dejar oír la mirilla.

–Yo –dije sin más sabiendo que me observaba.

–¿Qué querés?

–Hablar con usted, Alicia.

–¿De qué?

Hablar con una mirilla y que encima no podía ver se me hacía lo suficientemente incómodo para quedarse de brazos cruzados.

–¿No puede salir?

–¿Para qué? –¡Uff, qué cansancio!

–¿Se acuerda de aquel chico que asesinaron enfrente y...?

–¿No, yo no sé nada! –dijo la mujer casi con histeria. –No sé por qué me preguntás a mí; yo no tengo nada que ver.

Se la veía asustada, pero no porque tuviera alguna relación; Alicia era así, torpe para las relaciones.

–Sólo quería...

–¡Yo no molesto a nadie! ¡No sé por qué me molestan a mí!

Y sin que pudiera hacer nada, bajó otra vez la mirilla y se quedó rumiando insultos al aire contra mí. Cualquiera podría sospechar una participación en el crimen pero yo no, sabía que a Alicia, de verdad, estaba medio loca la pobre.

La casa siguiente era la de los marineros. María se había muerto hacía unos años y el pobre de Ismael había quedado un poco mal por la ausencia. Jubilarse, más que un premio fue un castigo para hacer frente a tanta soledad. Me contó Juan que se lo veía apesadumbrado y melancólico por la calle y salir a comprar el pan o algunas cosas para su casa eran su única atracción. Y la visita de un sobrino que una o dos veces por semana había comenzado a visitarle. Algunos mal pensados dicen que en realidad vienen a ver si está aún con los ojos abiertos, ya que es el único heredero.

La recepción que me brindó el marinero fue casi tan impresionante como la del zapatero.

–¡Pasá, pasá! –me dijo. –¿Estás vendiendo billetes de lotería?

–Sí –respondí mientras me ponía ante un sillón para que me sentara.

–Siempre quiero comprarte algún cupón, pero nunca pasás por acá.

–Es verdad, don Ismael. Generalmente los vendo en Capital, pero ahora comenzaré a visitar mi barrio.

–A María le gustaba jugar a algún numerito a la quiniela o comprar un billete

de lotería. También jugar al Prode. ¿Te acordás del Prode, esas apuestas de los partidos de fútbol?

–Sí.

–Bueno, no había semana que no jugara. No sabía nada de fútbol, pero ella jugaba igual. Casi siempre hacía más puntos que yo –y largó una risa melancólica.

–¡Qué lindos recuerdos!

–Sí –dijo y sentí como tragó saliva, tal vez con un nudo en la garganta.

–Bueno, don Ismael. Tome usted y elija, a ver si le traigo suerte.

–Eso no importa. Pero me gustaría que vengas todas las semanas y me traigas aunque sea un billetito.

–Muy bien, don Ismael, se lo prometo.

El Marinero puso algo en mi mano.

–Es una galletita; yo mismo la amasé, ¿Querés probarla?

–Sí, a ver –me llevé la masa a la boca y se deshizo, como un polvorón; demasiado dulce a mi gusto, amigo de las toronjas.

–¿Te gusta?

–Sí, aunque no soy muy amigo de las cosas dulce, don Ismael.

–A María le encantaba. Yo siempre se las hacía. ¿Y de anís de gusta?

–Eso si –respondí sonriente.

–Te prometo que la próxima vez que vengas te hago de anís.

–Bueno, pero no se moleste, don Ismael.

–¡No, no es molestias! Acordate que tenés que traerme un billete la próxima semana. Ahora elegí uno terminado en 48.

–Muy bien. Don Ismael, también quería hacerle unas preguntas sobre algo que pasó en el barrio hace muchos años.

–¿Qué cosa?

–¿Se acuerda de la muerte de ese chico, Josep, acá enfrente?

–¡El hijo de Lidia Argerich! ¡Claro! Lo hemos comentado mucho con María. Fuimos al funeral que se hizo en la casa mortuoria de Medina. ¡Y al entierro! ¡Pobre chico! ¡Tan joven!

–Sí, tenía veinticinco años. ¿Usted no recuerda nada de aquellos días?

–¿Qué cosa?

–No sé, lo que se hablaba en aquellos días, las investigaciones, lo que dijo la policía o los familiares mismos.

El hombre pareció quedarse en silencio para darse un momento para pensar. Luego tragó saliva de nuevo y se dio impulso para hablar.

–Lidia, la madre del chico, venía siempre a hablar con María. En esos días más. Imaginate, a los pocos días muere el padre, don Jaime. No pude resistir el dolor de la muerte de su nieto. Esa familia se vino abajo con la muerte de ese chico, sí.

–¿Y que hablaban con Lidia?

–Bueno, yo trabajaba, Daniel. Estaba en la marina. Pero María hablaba siempre con los Argerich, en especial con Lidia. La invitaban a tomar el té, pero ella nunca iba porque le costaba moverse. Entonces Lidia, y a veces María, pero menos, venían a tomar el té a casa. Eran dos señoras muy agradables. Les encantaba hablar de Cataluña. Y María, a mi María digo, escucharlas. Lástima que esas dos hermanas hayan terminado así.

–María la catalana no murió, don Ismael –aclaré.

–Bueno, como si tuviera muerta. Casi no se la ve y encima con esa enfermedad que la hace desvariar. –Luego recordó el hilo de la conversación.

–Te decía: María hablaba siempre con Lidia. Le contaba como fue dándose el proceso de investigación. Primero la policía venía todos los días, hacía preguntas, revolvía todo y se marchaban. Pero las visitas oficiales se hicieron cada vez más espaciosas en el tiempo y finalmente terminaron por olvidarse. ¡Así marcha la justicia en algunas partes! Lidia comenzó a ir a la comisaría, luego le sobrevino la enfermedad, un cáncer atroz y bueno, finalmente se murieron todos, hasta el último catalán.

–María... –comencé a explicar, pero me detuve.

–Es como si estuviera muerta, Daniel. Si se le murió toda la familia está muerta también. Yo mismo estoy muerto, Daniel –y tragó saliva otra vez.

Me levanté y me despedí. Don Ismael me dio un beso y me acompañó hasta la puerta.

–No te olvides de mi billete, eh. Todas las semanas y si querés podemos hablar un ratito,

Finalmente visité a todos los vecinos sobrevivientes de la calle frente a los catalanes y salvo algún que otro detalle, no obtuve nada de importancia, nada esperanzador que me diera la pauta que iba por buen camino. Si quería que el proceso se abriera, tenía que tener algo, aunque sea insignificante que le dé un mínimo interés al juez de turno, pero al paso que íbamos, las cosas estaban muy mal.

Después de todo, deduje, era una locura seguir con esto. Talvez Juan tenía razón. Envuelto en una depresión galopante ante mi fracaso, me olvidé del rencor que tenía hacia mi hermano por no haber ocultado el secreto de mi investigación y lo a su móvil.

–¿Sí?

–Juan, vení hoy para casa –le dije sin apremios.

–¿Qué sucede?

–¡Nada! Muchas veces tenés vos ganas de venir; hoy tengo ganas que vengas vos.

–Bueno, está bien, pero voy a llegar a eso de la medianoche o más.

–No hay problema. Chau, un beso.

¡Ufff, medianoche era mucho tiempo y ni siquiera había comido! Tampoco

tenía ganas de ir a lo de mamá y verle la cara al imbécil, que aunque admito en los últimos días me trató bastante bien, pasaba de él. Entonces decidí irme al único lugar del mundo, donde hay sitio para un ciego vendedor de billetes de lotería y algo malhumorado como yo, el bar de José.

El olor a fritos era más fuerte ese día y los deseos de comer que tenía desaparecieron de la puerta de entrada.

—¡Daniel! ¡Cuánto tiempo! —dijo la voz ambulante de José. —¡Mirá que sos desagradecido!

—¿Por qué?

—Te dije que había una chica que estaba detrás tuyo y desapareciste. La chica me pregunta todos los días por vos.

Yo sonreí, pero no me fiaba de José.

—¿Te hago un churrasco bien jugoso como siempre?

—No, mejor me como una fruta en casa —respondí. —Dame un té por el momento.

—¡Daniel! ¡Me voy a fundir con vos! —dijo mientras un mozo me acomodaba en una mesa del fondo, como siempre, y José gritaba: —¡Un té para la mesa diez!

Luego sentí sus pasos amenazadores acercármese. Pensé que tal vez iba a otra mesa, aunque José nunca salía detrás del mostrador. ¡Pero no! Vino directamente a mi mesa.

–En serio, Daniel –dijo bajando su boca a mi oído en tono confidencial. La chica es muy mona y me pidió encarecidamente que te presente. No perdés nada.

El bichito del internes comenzó a picarme.

–¿Es guapa?

–Muy guapa, en serio.

–¿Es joven?

–No estoy seguro, pero me parece que tiene veintidós o vientes años. ¡Justo para vos! Además nunca tuvo novio, Daniel.

–¿Y cómo sabés eso? Ella no te lo va a decir.

–¡Qué no! ¡Te juro que ella no me lo dijo! –me respondió y largó una larga carcajada estúpida, como todas las de José. Luego agregó: –Es la hija de una clienta. La madre me lo dijo. Si vos querés te arreglo una cita.

Yo dudé mucho antes de responderle, pero finalmente acepté.

–Bueno, pero espero que no sea una de tus torpes burlas.

–Yo puedo hacer bromas de muchas cosas: de si le puse veneno a la comida, de decirle a mis empleados que están despedidos y hasta de tu ceguera, pero de una cosa seria como una cita no, ¡eso jamás!

–Bien.

–Hoy mismo le digo a la chica así la ves mañana –y luego comenzó a reírse frenéticamente. –¡Así la vez mañana dije, qué boludo! –Y entre risas –¡Quiero

oír lo que te dice! –y otra vez su risa, que esta vez duró más en el tiempo. –No me hagás caso; mañana a esta hora la tenés comiendo alpiste de tu mano.

Luego de tomarme el té, agua caliente con una bolsita que pareció pasar primero por cincuenta tasas, pagué, me despedí y fui a casa a esperar a Juan.

Su llegada me sorprendió durmiendo en la sala con el libro de Víctor Hugo en braille sobre mi pecho.

–¿Daniel?

Me desperecé y saludé a mi hermano.

–¿Qué hora es? Me quedé dormido.

–Van a ser la una –dijo. ¿Comiste?

–No.

–¿Qué bueno; yo tampoco. Esperá que preparo algo.

–No, mejor yo –dije. Cada vez que cocinás vos me queda toda la cocina olor a comida. Después no encuentro nada donde lo dejé.

–¿Que tipo difícil que sos! –protestó pero largó una risotada luego. –¿Ya se te pasó el enojo conmigo?

–¿Sos un capullo chivato! –dije, pero Juan sabía que el tono no era el de los ataques que solía cogerme.

–Lo que pasa Daniel qué esas cosas no las puedo guardar. Yo también estoy preocupado y me gustaría que te olvidaras del tema.

–Mejor voy a hacerla comida –dije.

No hice grandes milagros. Cogí la plancha eléctrica e hice algunas hamburguesa y acepté esta vez (a regañadientes) que Juan hiciera los bocatas.

–¿Qué averiguaste? –preguntó por fin.

–Nada de nada. Que a lo mejor fueron dos, que unos dicen que era homosexual pero otros no y que, ¡eso sí!, pasó mucho tiempo. Eso me lo dicen todos. ¡Vaya novedad!

–Bueno, no te angusties. Ya sabías con lo que te topabas.

–¡Sí, pero fue una desilusión!

–¿Y qué vas a hacer ahora?

–¡Yo que sé! No me queda mucho. Ni la policía, ni los vecinos... ¡ni los hermanos traicioneros! Nadie me ayuda mucho.

Juan echó una risa que reavivó más mi rabia hacia él cuando me delató con mamá.

–¡Sos un chivato de temer!

–No te enojés de nuevo, Daniel. Mamá tiene que saber en qué andás, me parece justo. Y la verdad pensé que te echaría una bronca que te iban a quedar pocas ganas de seguir investigando. Pero me olvidé que mi hermano es el más cabezota del mundo.

–¡Y el más rencoroso! –agregué.

–Sí, eso también.

Comimos y nos pusimos a hablar de otras cosas, pero de repente a Juan se le

ocurrió una idea.

–¿No se te ocurrió ir al juzgado?

–¿Qué juez es capaz de prestar atención a un ciego en una causa cerrada?

–No digo a ver a un juez. Digo a ver la causa. Yo podría ir y mirar, total, menos no vas a poder saber.

–¿Harías eso por mí? –dije entusiasta.

–¿Me perdonarías por haberte delatado?

–Eso nunca –sonreí con mi cara tirada hacia atrás.

Aunque tuve pocas expectativas, recorrí los últimos vecinos sobrevivientes de la manzana, en pos de las viejas palabras de Ricardo: “esas cosas no se dicen, pero es de esta manzana”. Decidí ir primero hacia la vuelta del lado de la esquina de la casa de alquiler eterno. En toda la cuadra, el único sobreviviente era el vasco Josefa, aunque nunca tuve la oportunidad de hablar con él en persona. Me dijo Juan que era un hombre alto, de contextura robusta y un poco hosco, pero que no parecía mala persona. Con cuidado, porque su vereda no era precisamente la mejor del barrio, me acerqué y sentí movimiento.

–¿Necesitas ayuda, chaval? –me dijo alguien en un tono desconocido que tenía mucho de español con vos gruesa y sonante.

–Sí –respondí. –Busco a un señor llamado Josefa Echeverría Aranguren.

–Soy yo –me dijo. –¿Para qué me buscas?

–Soy un vecino tuyo, de acá a la vuelta y estoy averiguando algo sobre lo que pasó en el barrio?

–¿Qué ocurrió?

–Hace un tiempo asesinaron a Josep, el catalán...

–¡Ostras! ¿Lo asesinaron? ¿Cuándo sucedió eso? –La voz de incredulidad sonó sincera. Le expliqué que hacía muchos años, pero él me comentó que su desconocimiento se debía a que sólo trabajaba los fines de semana en la casa y a veces ni eso, cuando no se pasaba alguna temporadita en su San Sebastián de su vida, que él llamaba también “Donosti”. Por lo que ya no hubo más que decir.

Hasta la otra esquina no hubo nadie más de entonces y me dispuse entonces a recorrer la cuadra que daba a la espalda de mi calle,

La primer casa a visitar fue la de Estela, la hija del kiosquero don Anselmo, también asesinado por la inseguridad reinante. Estaba casi en la esquina pasando el complejo habitacional que una vez fue la cancha de Los Eucaliptos. En realidad, Estela estaba lejos de ser sospechosa, pero tal vez, como tenía un comercio, haya oído algo. Como no encontré el timbre, toqué a la puerta y ésta se abrió enseguida.

–¡Daniel! –dijo la voz agradable de la hija de don Anselmo. –¿Qué te trae por aquí?

–Estoy entiendo billetes de lotería.

–¡Ufff, si habré vendido billetes en el kiosco que tenía! ¿Te acordás del kiosco?

–Claro.

–Vení, pasá –me dijo y me invitó a sentarme. La casa olía a comida, señal de que había terminado de cocinar recientemente. O de comer. O que no tenía extractor de aire.

–Estos sortean el fin de semana –saqué la caja y puse los billetes a su vista.

–A ver. Cojo uno al azar que si lo mirás demasiado se asusta y no sale del bolillero –dijo y echó una risita. –¿Diez pesos?

–Sí.

–Tomá –cogí el billete y toqué los relieves que me indicaba la cantidad exacta: diez pesos.

–¿Esta vez no hay error? –me dijo sarcásticamente. Yo sonreí porque entendí el mensaje. –¡Mirá que la hiciste pasar mal a mi padre con eso de la moneda, eh!

–Tu padre me dio diez centavos de menos –me excusé.

–¿Vos creés que te quiso robar?

–No, estoy seguro que no. Nunca lo creí.

–¿Entonces por qué no viniste más mientras estuvo él? Mi padre la paso muy mal.

–Porque tu padre me gritó. Y yo antes... Bueno, ahora también, soy tremendamente rencoroso.

–¡Qué cosa! –rió Estela. –Mi padre me decía con amargura: “¡ahí va el cieguito!” y te pasabas por delante del kiosco. ¿Mirá que sos cruel, eh!

–Cosas de la vida.

–Sí, pero a mi padre le quedó un cuerpo... –repitió y comprendí que la mujer también era rencorosa, aunque me demostrara cariño.

Nos quedamos ambos en silencio.

–¿Cómo fue todo lo de tu padre? –le pregunté.

–¡Ufff! Hace tiempo no hablo de ello.

–Bueno, no pasa nada si no me querés decir.

–¡No, las heridas ya están cerrando! ¡Nunca se olvida a un padre, pero bueno, también hay que darse cuenta que la vida continúa.

–Así es.

–Mi padre estaba atendiendo, como siempre y vino un chico que aparentaba no tener más de doce años. Le dijo que le diera toda la plata o lo mataba, pero curiosamente no traía ningún arma en la mano. Mi padre, detrás del cristal del kiosco se confió y se agachó, pero el chico pegó un salto en un segundo como un jaguar, se colgó de la ventana con una mano y le vació el cargador en la cabeza con la otra. Traía un revolver de gran calibre, más grande que su antebrazo. Luego con sangre fría revolvió el cajón donde mi padre guardaba la

plata y se llevó todo. Lo más impresionante fue que también cogió unos chicles y unos caramelos. Para que veas que dentro de todo lo asesino despiadado que era, también tenía su parte de niño.

—¿Tenía doce años entonces?

—¡No! Ese mismo día cumplía los quince, pero era enjuto, menudito. Yo llegué a verlo, avisada por los disparos, cuando sacaba los últimos caramelos. Era delgado, chiquito, pelirrojo con pecas, con una cara de niño inocente que se le salían los ojos por ver tantas golosinas. Fijate vos: se arriesgó por unos caramelos. En la caja no había mucho, creo que no llegaba ni a veinte pesos de entonces, que no son mucho más que ahora. Eso es lo que valió la vida de mi padre para el chico: veinte pesos, unos caramelos y unos chicles.

—¿Lo atraparon?

—Ese mismo día. Por eso que sé lo de la edad. Después el juicio, lo llevaron a un correccional de menores, luego se escapó y hasta donde yo sé lo volvieron a atrapar. Dicen que lo mataron en una pelea de internos. Otros me dijeron que se tiroteó con la policía, pero la verdad no sé ni me interesa averiguarlo.

—¡Qué terrible!

—Sí, muy terrible. Ya nunca vuelve a ser lo mismo. Yo, por ejemplo, cerré el kiosco. Me daba miedo sólo verlo. Y me dediqué a otra cosa.

—Sí, la vida cambia. Como la vida de los catalanes.

–¡Otro caso más! ¡Pobre chico! ¡Y pobre familia!

–¿Qué sabés de ese caso?

–Que nunca se supo quién fue. ¡Qué picardía!

–El barrio sospechaba del Mota, el muchacho que vivía en frente.

–¡No! ¡Raúl imposible! Conocíamos muy bien a ese chico. Y a su primo Abel. Ellos eran gente buena. Una vez Raúl, el Mota, como decís, vino a comprarle cigarrillos a mi padre y le faltaba una moneda de cinco centavos. ¡Cinco centavos! Lo mismo que decir nada. Le dijo a papá “después se la traigo”. Mi padre se olvidó del tema. Resulta que son las diez de la noche, ya teníamos todo cerrado y estábamos terminando de cenar cuando sentimos que alguien llama con desesperación. ¡Era Raúl que traía su moneda! Un chico así no hace esas cosas.

–Sin embargo mató a dos personas –le dije, pero luego me arrepentí. – Bueno, eso es otra cosa. Yo tampoco creo que el Mota haya tenido nada que ver.

–Lo que se dijo es que en el barrio había un tipo que visitaba al catalán. Dicen que era homosexual y el tipo lo extorsionaba,

Quedé sorprendido a sus palabras. Era un nuevo indicio. ¡Qué bueno que no descarté a Estela en la lista de visitas!

–¿Dónde escuchaste eso?

–No sé muy bien quién me lo dijo. Tal vez papá. Ya sabés, siempre venía

gente al kiosco y ese hecho fue muy comentado. La que preguntaba siempre es esa mujer de acá a la vuelta, en la vereda donde vivía doña Ana, la polaca aquella de hace tiempo.

–Sí, a doña Ana la conocí. ¿Pero a qué mujer te referís? ¿Doña Ramona? – dije por decir.

–Me parece que sí. En verdad no recuerdo cómo se llamaba. Era una mujer casada. Venía y preguntaba casi obsesivamente. Pero después las cosas se fueron apagando y ya no se volvió a hablar del tema. ¡Como todo!

–Como todo –repetí pensativo. Luego me despedí, Estela me dio un beso y seguí mi rumbo a casa de la mencionada doña Ramona.

Me había quedado sorprendido con la posibilidad. Tal vez la pobre mujer estaba preocupada por alguien de su familia. Medité profundamente el tema. En su casa había entonces tres hombres: don Antonio, del que sabía muy poco, salvo que era un mediocre sastre, el pequeño Alberto de carácter tímido y algo lelo para los estudios, y el yerno Norberto, que olía a pito cuando estaba cerca de su novia Cristina, ahora su esposa. Aunque ninguno de los tres tenía la voz que yo había oído aquella vez. También tenía en mi recuerdo las palabras de Jorge Machado cuando me comentó “lo mataron en la casilla de madera; pudo haber sido más de uno dijo la policía cuando vino.”

La llegada a la casa de Doña Ramona fue como llegar a casa. Guardaba buenos recuerdos de esa mujer, a pesar de sus hijos y su yerno. La entrada

estaba cambiada. Antes había una pared baja lisa que cuando pasaba la mano me dejaba un polvo que yo llamaba talco y mamá cal. Ahora la pared había crecido, tal vez para prevenir los nuevos tiempos de inseguridad en la zona y era mucho más suave, como de baldosa acrílica. El timbre fue fácil encontrarlo. Lo toqué y esperé. La puerta se abrió casi de inmediato y salió por allí la voz chillona de Cristina.

–¡Oh, mamá, mirá quién está acá! –gritó, taladrándome los oídos y el cerebro. Por el aullido imaginé que doña Ramona estaría al menos en el fondo, pero no, enseguida salió con su dulzura y me dio un efusivo beso.

–¿Quién vino? –preguntó olor a pito.

También sentí unos pasos cortitos ligeritos de niños y finalmente otros más pausados, firmes, que supuse de Alberto, el lelo.

–¡Qué sorpresa, Daniel! ¿Qué te trae por aquí?

–Un poco de todo –dije. –Vine a visitarte, entre otras cosas, ¿puedo?

–¡Claro! ¿Cómo no vas a poder?

Entre todos me hicieron pasar tomándome de las manos, de mi camiseta, los niños de una pierna.

–Puedo solo –dije, pero ellos seguían en la suya hasta que me depositaron literalmente en una silla como si fuera un objeto inanimado.

–¿Querés tomar algo?

–Un vaso de agua.

–¡Un vaso de agua toman los maricones! –bromeó Norberto, Olor de Pito. –
¡Los machos tomamos whisky.

–Traele un vasito con agua –le pidió Cristina a uno de sus hijos y éste salió corriendo.

–¿Este es el cieguito del que me hablabas, abuela? –dijo una niña.

–¡Shhh, no seas irrespetuosa! –intervino Cristina.

–¿Por qué irrespetuosa, Cristina? –respondí. –Soy ciego y las cosas por su nombre. Sí, soy yo, nena.

–Me llamo Paola –me aclaró. –Las cosas por su nombre.

Me reí de buen grado por la ocurrencia, pero sentí el “plaf” de un cachetazo.

–¡No seas mal educada! –dijo Olor de Pito. ¡Si será bestia!

Me dieron el vaso de agua entre todos y lo único que lograron es mojarme la mano.

–¿Podés tomar solo? –preguntó Alberto.

–Creo que sí –bromeé. –Supongo que después de veintisiete años aprendí a encontrar mi boca.

Esperé alguna risotada para mi ocurrencia, pero sólo sentí aprobación de lo dicho, como si fuera un presidente en el congreso con los diputados de su partido.

–¿Qué llevás en la mochila? –me preguntó Paola, la niña y “¡plaf!” de Olor de Pito otra vez.

–¡No seas curiosa! –¡Por el amor de Dios, no abras la boca más, pequeña!, pensé y casi se lo digo. Por su propio bien.

Tengo billetes de lotería. Vendo billetes.

–¡Ah, qué bueno, mamá! –dijo Cristina. –¿Le compramos alguno?

–No tengo plata –respondió Doña Ramona.

–¡Dale, uno solo! –y luego comenzaron a discutir si me compraban o no. A esas alturas me había dado cuenta que la que tendría que pagar todo era la pobre doña Ramona, pensionada del sastre. Cuando la convencieron de producir la compra, Cristina pidió que sea uno para cada uno, inclusive para los niños. Fue entonces que tuve que intervenir por caridad de mi querida Má Damona anciana.

–Lamentablemente les puedo vender uno solo. Tengo toda la cantidad comprometida. Lo que puedo hacer por ustedes es permitirles que elijan el número que quiera.

Luego vino una discusión, la más dura, sobre cuál o tal número. Llegados al resultado, doña Ramona me pagó con un billete de veinte pesos.

–Tomá –dijo.

Busqué el vuelto y ella me detuvo.

–No, dejá.

–¡De ninguna manera! –dije ofendido y saqué los diez pesos.

–¡No, dejá, Daniel!

–¡No, no le voy a aceptar!

–¡Pero no, cabezota! –gritó la mujer ya enojada y me obligó a quedarme con el vuelto. Más tarde, en casa, comprendí que, en realidad, alguien me había quitado un billete de más, y doña Ramona avispada del asunto me lo pagó.

Una vez terminado el tema de la transacción comercial fui al asunto principal que me llevaba a la casa.

–La que me compraban muchos billetes era María la catalana –dije. –Pero ahora está muy mal.

–¿Qué tiene? –Preguntó doña Ramona.

–Con eso de la diabetes está ya casi enajenada.

–¡Ah, sí, pobrecita!

–¿Tú mamá le da inyecciones? –preguntó Cristina.

–Sí. Encima ahora que se reavivó todo lo del sobrino.

–¿Qué sobrino? –me preguntó con total inocencia esta vez la anciana mujer, como le solía decir.

–Josep, el chico que mataron hace años. Parece que la policía encontró una pista después de tantos años.

–No sé qué sobrino insistió la anciana. Yo no podía creer que no se acordara con lo que se habló en el barrio entonces.

–¡El chico ese que mataron, suegra! –intervino Norberto. –¡El hijo de la otra catalana, la Lidia!

–¡Ahhhh! –recordó Má Ramona. –Pero eso pasó hace muchos años. ¡Vos eras chiquito, Daniel!

–Sí. Bueno, parece que después de tanto tiempo descubrieron una pista.

–¡Ojalá que esta vez se sepa! ¡La madre se murió sin ver al culpable en la cárcel pagando lo que merecía! –sentenció doña Ramona.

–¡Yo no creo que lo encuentren! –consideró Alberto, que estaba expectante de la conversación, pero sin intervenir.

–¡Yo tampoco! –agregó Norberto. –¡Son muchos años!

–¡Bueno, no sean así! ¡Ojalá se descubra algo! –concluyó la anciana y yo me quedé tan sorprendido que no pude creer que en esa casa se supiera nada sobre el asesinato del pobre Josep o se hubiera estado preocupado alguna vez, como me dijo Estela.

Intercambiamos un poco más y finalmente me despedí, no sin antes soportar que todos me tomaran de la ropa para acompañarme a la calle y la frase perdida de Cristina y de Alberto:

–¡Mirá que eras travieso de chico, eh! –dijo la chica, ya madre de dos críos.

–¡Y cómo te gustaba que te tirara para arriba! –agregó Alberto.

Si viera, le hubiera echado una mirada de chuchillos por estúpidos, pero a cambio dije:

–Adiós, Paola.

–Adiós –dijo la niña y estaba vez no vino el “plaf”

–Adiós, caballero. ¿cómo es que se llama el niño?

–Matías –dijo Paola y ahora sí “¡plaf!”.

–¡Le preguntó a él, mal educada!

–Adiós, Matías.

–Adiós.

Capítulo 7: Cita a ciegas

Volví a casa desesperanzado. Se suponía que Doña Ramona y su familia se desesperarían cuando le hiciera mención del “catalán”. Sin embargo su único interés fue cuál número coger para el sorteo de lotería. Ya se me estaban acabando las últimas posibilidades de descubrir a la persona que tenía atracciones hacia los dos sexos, o mejor dicho, a la que tuvo relaciones con Josep por la noche. A veces por la tarde, como lo comprobé yo mismo.

Me metí en el cuarto de baño y me di una ducha. A pesar que no me fiaba en José decidí ir a la cita. Total, no perdía nada.

A medida que iban pasando el tiempo, me fue invadiendo los nervios. Hacía tiempo que no tenía una cita, desde que me encontré con Claudia, una ex compañera tan ciega como yo. Lo de Claudia estaba cantado que no podía ser, máxime en su obsesión de querer obligarme a vivir juntos, pero bueno, no la pasamos tan mal tampoco.

Me puse un jean y los zapatos nuevos. Una mezcla de estar bien vestido, pero no demasiado para que José no creyera que había confiado en él, en caso de que fuera una broma. ¡Una camisa blanca, mis gafas azules que me regaló Juan y hála, a la calle. ¡Ah, un pelín de perfume no venía mal tampoco!

Toqué mi reloj y eran recién las ocho menos veinte, pero en casa ya no podía

estar. Tenía unas pocas calles hasta el bar, por lo que decidí sentarme en la plaza un rato. Nada de vender, debía concentrarme en la cita, si es que ésta se producía. No era una persona corta pero también me costaba comenzar una relación. Era de suponer que José nos presentaría. Al menos contaba con que la chica ya sabía que era ciego, me había visto y, como si fuera poco, le había gustado.

Reloj: ocho menos cinco.

Tenía diez minutos andando hasta el bar, y no me gustaba ser puntual en esas cosas. Extendí el bastón y seguí camino al lugar a paso lento. El bullicio de gente entrando, riéndose, saliendo, mozos que hacen pedidos y gritos de chicos me invadió junto con el olor a frito.

–¡Viniste, Daniel! –dijo el dueño del bar feliz. –Pensé que no me ibas a creer.

–No te creo –dije con una sonrisa.

–¡Bueno, no me creas, pero la chica está ahí adentro esperándote hace quince minutos!

Me quedé más que sorprendido por sus palabras. No dije nada.

–Te viniste elegante, eh.

–Normal.

–Dale, vení, no la hagás esperar más tiempo a la chica. Se llama Natalia y es muy guapa.

–¿Sí?

–Sí, mucho. Lo único que te aviso, es extremadamente tímida; nunca tuvo novio. Vas a tener que iniciar la conversación vos.

José tenía la misma voz de sorna de siempre y me daba la pauta que se estaba mofando de mí, pero de verdad que no le conocía otra voz. Me rodeó con su brazo olorífico a ajos y especias de la cocina y me dijo al oído:

–La chica está en la habitación del fondo. Yo te llevo. Pensaba presentártela acá, pero es un lío de gente. Me imagino que quieren tener intimidad para la primera vez que charlan.

–¿Fondo?

–Acá nomás, detrás de la cocina. Yo te acompaño.

Pasamos el sector donde yo ubicaba el mostrador donde atendía y luego olí el aroma a pastas, carnes y basura todo junto.

–Este es mi amigo Daniel –dijo José, pero sentí que no le prestaban mucha atención. Un tipo largó una risotada y una mujer pidió más aceite.

Finalmente oí el abrir de una puerta y José me soltó del hombro, casi me empujó.

–Acá está. Natalia éste es Daniel; Daniel, ésta es Natalia. Ahora me voy que tengo que seguir atendiendo.

–¡Eh...!

–Nada, tranquilo –dijo José. En un rato vengo. De todas maneras ahí tenés

unos refrescos, no sé, una cama, todo lo que necesités –y largó otra de sus risas grotescas.

La puerta se cerró detrás de mí y me sentí fatal. José era un personaje casi siniestro por la brutalidad de sus bromas. Por un momento sentí que estaba sólo, pero el aroma penetrante, aunque dulce y agradable de perfume de mujer, me dio cuenta que allí, frente a mí, había alguien.

–José es un poco... bruto, ¿no? –dije con la cabeza hacia arriba buscando el sol.

La persona que estaba frente a mí no respondió. Sentí sus pasos moverse hacia un costado. Pasos pequeños, suaves, de tacos altos, lo que me dio la seguridad de que al menos se trataba de una mujer. Me giré hacia ella y esperé. La mujer parecía observarme, pero estaba quieta, de pie. Hasta podía percibir su leve respiración. Luego sentí cuando se sentaba en algo mullido que parecía la cama, pero que después comprobé que era un sillón de dos cuerpos. Comencé a sentirme incómodo. No podía pronunciar palabra y su silencio me hizo sentir más violento.

–¿Y? –dije por fin al cabo de un instante esperando algún acto de la otra persona.

Nada, pero sentí su respiración algo más agitada, respiración mujer, y me animaría a decir de mujer joven. Hasta hizo por hablar, pero su voz se ahogó en su boca, emitiendo un sonido gutural, como si se arrepintiera de pronunciar

palabra. Sólo me permitió confirmar que mi percepción de su sexo y su juventud no estaba equivocado.

–José me dijo que me querías conocer. ¿Es verdad?

La mujer no respondió.

Me di cuenta que estaba duro, de pie en la puerta tal como me dejó el desagradable dueño del bar. Afuera sentí su “¡shhh!”. El propio José estaba afuera con su tropilla de empleados de la cocina esperando oír nuestra conversación. ¡Enfermo!

–Parece que alguien se quiere divertir a nuestra cuenta –dije. Desplegué el bastón y caminé hacia la chica. –¿Hay un asiento por aquí?

Nada.

Ya estaba molesto y sentí unos enormes deseos de salir de ese bar del infierno y no volver nunca más.

–Al menos decime dónde puedo sentarme –dije con la cabeza hacia arriba.

La mujer no me hizo caso y permaneció sin pronunciar palabra, con su respirar cada vez más nervioso. “Es extremadamente tímida; nunca tuvo novio”, recordé las palabra de José.

Torpemente, desfalleciente, esquivando una silla, me acerqué hacia ella y logré dar con el sofá donde estaba. Por fin, con un esfuerzo que me pareció ridículo en esas circunstancias me senté a su lado. Con mi cuerpo la rocé, pero ella no pareció molestarse y se quedó a mi lado.

–Por lo menos no saliste corriendo –dije amargado, La mujer estuvo a punto de decirme algo de nuevo, pero otra vez decidió callarse.

Un rumor de cuchicheo y risas disimuladas afuera me dio cuenta de que éramos tremendamente observados desde el otro lado de la puerta.

–Ya me cansé de hacer de payaso –dije mirando hacia ella. –Cuando quieras decirme algo, aquí estoy. –Y entonces yo también guardé silencio.

Estuve un buen rato así, cada vez más violento a cada respirar de ella. Estuve a punto de ponerme de pie y no volver nunca más allí cuando por fin surgió algo inesperado. Ella acercó su mano a la mía y la apretó fuerte. Tenía la mano caliente, suave. Puse el bastón a un costado y con la mano liberada toqué su mano. Corroboré que se trataba de una mano joven, grácil, de dedos pequeños, pero uñas largas, cuidadas. La acaricié un rato y la mujer no la sacó. Entonces seguí el camino de la mano hasta su brazo, hasta su cara y comencé a tocarla para el primer reconocimiento. Tenía la cara redonda con orejas pequeñas. Su boca era carnosa y también suave; una nariz pequeña con un pequeño sobrehueso en el medio, sus ojos me parecieron más grandes de lo normal al tacto, con unas pestañas prominentes. También comprobé que tenía un extenso pelo rizado, suave, que olía a primavera.

–Sos suave –dije bajito.

No me respondió. Retiró su mano de la mía y se mantuvo así. Yo también volví mi otra mano y nos quedamos así un rato en silencio, frente a frente.

–¿Y ahora? –pregunté.

Un “jijiji” de afuera ya me puso harto de la situación.

–Por mí ya está bien –le dije.

Y jugándome la última carta (¡total ya no tenía más por hacer allí!) volví mi mano a su rostro y poniéndola detrás de su nuca la traje hacia mí para darle un beso. En un segundo, la mujer pareció dudar, pero luego no se resistió y acercó su boca y su cuerpo a mí y nos besamos como nunca lo había hecho con nadie. Sus labios me resultaron más carnosos y tiernos y su lengua un deleite. Por fin nos separamos. Afuera, silencio.

–Creo que no tenemos más que hacer aquí, ¿por qué no me llevas afuera y vamos a una plaza o algún sitio donde podamos conversar tranquilos?

Ella no me dijo nada, pero acarició mi rostro.

–¿Sí o no?

La chica largó otro inicio de conversación y se detuvo.

Fue entonces que comprendí, que la cruel burla de José había sido presentarme a una chica absolutamente sorda muda y sus sonidos guturales eran su enorme sacrificio, lleno de angustia para poderme hablar. La tomé de la mano, puse mi bastón por delante y salimos rumbo a la puerta. José y los otros se sorprendieron cuando la abrimos y sentí sus pasos rápidos moverse hacia todos los sitios de la cocina. José Fue el único que permaneció de pie junto a la puerta.

–¿Cómo lo hiciste? –me dijo sorprendido. No quise responderle.

En silencio salimos de la cocina, luego del bar y nos alejamos del lugar rumbo a una plaza prometida. Natalia, me siguió sin reparos. Cuando por fin llegamos a la plaza donde yo había estado un rato antes, nos sentamos y sin más trámites, comenzó a besarme. En la boca, en la cara, en las manos. Me sentí volar y sólo me dejé querer. Pero más allá de lo bien que me había ido en la cita, amén de la broma de José, teníamos un problema. ¿Cómo volver a encontrarme con esa chica? ¿Cómo comunicarnos? Sabía que los sordomudos eran en realidad, sordos y su mudez era consecuencia de no oír sonidos del exterior desde su nacimiento. Pero también sabía que tenían una capacidad para leer los labios, por lo que se me ocurrió una idea. Puse mi cara de frente a ella, con una mano descansando en el costado de su rostro.

–¿Te llamas Natalia? –le pregunté tratando de modular bien cada sílaba.

Ella emitió un sonido aprobatorio y su cabeza asintió.

–Na-a-ia –dijo con sonidos guturales.

–Muy bien, Natalia. Mucho gusto, yo me llamo Daniel –dije sin torcer mi cara al sol.

–A-niel –repitió.

–Eso es.

–Vamos a ver a mi hermano. Él nos va a ayudar a comunicarnos.

La mujer no hizo ningún gesto.

–Mi hermano nos ayudará a que podamos hablar vos y yo –insistí.

Ella asintió con la cabeza. Yo sonreí y entonces me dio otro beso.

Busqué el móvil en el bolsillo, toqué el botón de llamar y dije fuerte “Juan” y el aparato comenzó a llamar.

–Hola, decime Daniel –dijo la voz metálica de mi hermano.

–Necesito que me hagas un favor súper urgente.

–¿Ahora?

–Sí, tiene que ser ahora mismo –dije con suma ansiedad.

–Es que estoy con...

–Estoy con una chica –interrumpí. –Y si no venís, creo que no voy a poder estar más con ella.

–¿Quién es? –dijo una voz femenina detrás de Juan.

–¡Shhh! ¡Decime dónde nos vemos! –dijo mi hermano. Le di las coordenadas y sin preguntar más se despidió hasta dentro de un rato.

Sentados en el banco, acaricié hasta el cansancio a mi compañera. Ella besó mi mano. Nos quedamos así un buen rato, hasta que la frenada fugaz de un coche me avisó que Juan ya estaba ahí.

–¡Hola! –dijo agitado.

–¡Qué rápido, Juan!

–Estaba cerca. Y aunque hubiera estado en la China, una cosa así no me la pierdo –rió.

–Me imagino que interrumpí algo... Espero que no se haya enojado con vos.

–No pasa nada. Si se enojó que se le pase. ¿Esta es la chica?

–Sí, pero... Tenemos un problema de comunicación.

–¿Es extranjera?

–Es sordomuda.

Sentí a Juan ahogar una exclamación de sorpresa.

–Es una mala broma de José, el del bar. Nos presentó con la idea de que nos gustáramos. Él muy cretino nos encerró en una habitación para que habláramos. Imaginate la escena.

–¡Que mal bicho! – Luego: –Te advierto que es muy guapa –me dijo y yo sonreí satisfecho.

–Ya sé –dije.

–¿Y cómo me comunico? Nunca hablé con una chica así.

–Que te escriba en papel. De alguna manera tenemos que tener nuestra primera charla. Ella puede leerte los labios si le hablás pausado.

–A ver... –comenzó nervioso Juan.

–¿Podés escribir en un papel para que yo le diga a mi hermano?

–Mm –contestó la chica, que significaba “sí”.

–Preguntale por qué estaba ahí –dije.

–¿Por qué estabas en el bar de José?

Luego esperé un momento y la mujer, con escritura que se oía nerviosa

garabateó algo apoyada vaya a saber dónde.

–Dice que José la invitó. Que le dijo que quería presentarle a alguien.

–¿Qué más?

–¡Esperá que escriba, impaciente! A ver... Que le dijo que alguien gustaba de ella, que estaba perdido por ella

–¡Qué mala persona! A mí me dijo lo mismo.

–Dice que fue allí para ver quién era esa persona.

–Preguntale si ella no estaba enamorada de mí.

Juan lo hizo y la respuesta no se hizo esperar.

–Dice que no. Que no te conocía.

–¡Vaya! ¡Qué desilusión!

–Dice también que el dueño del bar le dijo que había alguien que estaba enamorado de ella. A ver... Ahora me pregunta si es mentira eso.

Yo sonreí, busqué el sol con mis ojos y dije con total seguridad.

–Decile que no, que no es mentira.

Cuando Juan se lo dijo se produjo el milagro.

–Dice que está muy feliz que sea así. Que ella también. Después de todo José les hizo un favor.

Intercambiamos un poco más. Se llamaba efectivamente Natalia, tenía veintidós años y aunque no era cierto que nunca había tenido novio, dijo que estaba tan feliz como yo del encuentro. De todas maneras la teníamos cruda

para comunicarnos. Contar con mi hermano Juan en forma permanente era lo que menos podríamos hacer en una relación normal. Quedamos en encontrarnos en la plaza al día siguiente una hora antes. Pero luego ella pidió que fuera el bar. Mucha gracia no me hizo pero acepté como un caballero. Juan nos llevó con su coche a la casa de ella primero, en el barrio de Monserrat, no muy lejos de donde yo vivía. En realidad se bajó en la esquina de Avenida Belgrano y Sáenz Peña, justo enfrente del Departamento Central de la Policía.

–¿Aquí está bien? –preguntó Juan modulando la voz.

–Mm –dijo ella. Me hubiera gustado mi último beso; lo esperé, pero Natalia se bajó veloz y se despidió de todos con un sonido gutural. Un segundo después Juan tomó rumbo hacia Remedios de Escalada. Mucho no me apetecía ir a la casa de mi madre, pero mi hermano insistió:

–Lo que menos podés hacer por mí, es venir a cenar a casa, luego que me hiciste dejar plantada a Débora –me dijo.

–¿Débora? ¿No se llamaba Silvia tu novia?

–Esa era la de antes. Mi novia se llama Débora y es muy guapa.

–Seguro que sí. Contame, ¿es linda Natalia?

–Muy linda. Es bajita, un poco más que vos, el pelo largo.

–Sí, ya sé. Y muy sedoso.

–Bueno, yo no se lo toqué, pero es pelirrojo. Tiene ojos castaños, pero una mirada de una chica muy dulce. Me parece que la pegaste con esa chica. Y

tiene... ¿cómo decirte?

–No sé, tal vez no te guste, pero ya sabés que soy sincero.

Comencé a preocuparme.

–Decime, dale.

–¡Tiene un par de tetas que ... buaaaaa! –se llenó la boca y yo largué una carcajada.

Bueno, mañana te digo –respondí. De repente Juan se quedó en silencio y yo noté un ambiente especial.

–¿Qué pasa? –pregunté.

–Nada; me pone muy feliz que estés con alguien –y me dio un golpecito en el mentón.

Luego cambió de historia.

–El otro día vi una peli muy buena. Trabajaba Al Pacino, ¿lo conocés?

–El de Scarface, sí. Pero no me gustan las pelis yanquis donde habla otro tío. Prefiero las pelis en castellano, con su voz real.

–Bueno, pero esta peli estaba buena. “Perfume de mujer” se llamaba. Era un general, o coronel, no sé bien, que se había quedado ciego. ¿Y sabés que es lo mejor de todo?

–¡Qué!

–Que en una parte conducía un auto.

–¿En serio?

–¡Sí!

–¡También era un tipo malhumorado y medio cabrón como vos!

Yo me reí en buen grado.

–Y bailaba tangos como nadie.

–Yo no sé bailar tangos.

–Bueno, le podés decir a papá que te enseñe.

–¿Al imbécil? ¡Ni loco! Prefiero morirme sin bailar.

–No seas injusto, Daniel. Papá pregunta todos los días por vos. Es más, me pidió que te llevara a cenar, que quiere verte.

–¡Para envenenarme!

–¡Sos malo con él, Daniel! Él te quiere de verdad. Es un poco hosco para llegarte. También admitamos que no hacés mucho por acercarte a él.

No respondí. El resto del trayecto lo hicimos en silencio. Él concentrado en su conducción; yo, en la suave piel de mi Natalia.

Cuando llegamos, mamá estaba en la puerta.

–¡Por fin, mi hijo se digna a visitarme! –dijo. Me dio un beso y me llevó adentro abrazado. Adentro estaba el imbécil que me recibió también como a un héroe de guerra.

–¡Daniel! ¡Qué alegría!

Y lo que nunca, se me acercó, me abrazó y me dio un beso.

–¡Daniel tiene novia! –anunció Juan sin poder evitar que su boca lo domine.

–¿En serio? –dijo mamá. –¿Es ciega?

–¡Por qué tiene que ser ciega! –se enfadó Juan. –¡No, no es ciega! Además es una chica muy guapa.

–¡Te felicito, Daniel! ¡Te lo merecés! –me dijo Eduardo y ¡hála!, otro abrazo, ¡qué asco!

Nos sentamos en la mesa y Juan comenzó a contar los detalles de Natalia, pero obviándose el principal.

–Natalia es sordomuda –anuncié yo.

Se produjo un silencio.

–¿Y cómo hacés para comunicarte con ella? –preguntó mamá.

–¡Mujer! ¡Daniel es inteligente! ¡Saber como entablar una relación con una mujer! –me defendió Eduardo. –Además es un chico buen mozo. Más de una chica le gustaría salir con él.

–¡Eso es verdad! –respondió mi madre. –¡Pero sordomuda! No es que tenga nada contra una chica sordomuda, pero todos sabemos que Daniel es...

–¡Ciego, mamá! –ayudé a terminar la frase mientras sonreía. –Las cosas por su nombre. ¿Pero vos no sabés que hay un idioma internacional que es el amor? –le dije bromeando.

–¡Sí, todo lo que vos quieras! Pero los sordomudos hablan con signos y vos no podés verlos.

–¡Mujer! –dijo Eduardo.

– Daniel puede hablar y la chica no lo va a poder oír. ¡Es terrible!

Mamá no supo cuanto mal me hicieron sus palabras, pero decía una verdad absoluta. Aunque, como dijo Eduardo, yo soy una persona inteligente.

–¡No quiero que sufras, Daniel! Eso es todo –concluyó mamá.

–¡Mujer! ¡Dejalo tranquilo! Daniel ya es grande y sabe defenderse en la vida.

Esas mismas palabras las hubiera dicho yo, pero me supieron raras en boca de Eduardo.

–Bueno, no se hable más del tema –dijo mamá.

–Es que yo pensaba traerla a casa. Bueno, no enseguida. Recién nos conocemos, pero...

–¡No hay problemas, Daniel! –interrumpió Eduardo. –¡Traela cuando quieras y la vamos a recibir como una reina!

Luego nos quedamos en silencio todos. Un silencio que era como una explosión. Mamá se levantó a preparar el café y Juan llamó a su novia para ver como estaban las cosas.

–No le hagas caso a tu madre –dijo Eduardo. –Ella siempre tiene miedo de que te pase algo, pero no se da cuenta que ya sos una persona independiente.

No dije nada.

–Como cuando eras chico y te seguía paso a paso cuando dabas vuelta la manzana.

Silencio.

–Pero yo te apoyo, Daniel. Contá conmigo para lo que sea.

Estuve a punto de decirle “gracias”, pero Juan volvió a salvarme.

–Esta cabreada.

–¡Uy, por mi culpa!

–¡Que se joda! –dijo. –¡Mamá, ese café para cuándo! –y la molestia del enojo de su novia desapareció en un segundo. Eduardo seguía cerca de mí esperando algún comentario mío a sus palabras o... no sé, observándome.

La entrada al bar de José a las siete y media fue apoteótica. De ser posible el grotesco dueño del bar-restaurant me hubiera puesto una orquesta bombos y platillos.

–¡Sos un fenómeno, Daniel! –Me dijo mientras me acomodaba en una de las mesas de entrada por primera vez. ¿Cómo hiciste para convencerla? ¡Te juro que nos sorprendiste a todos!

–¡Y vos sos un hijo de puta! –le dije con voz firme, pero lejos de ofenderse, largó una de su exageradas carcajadas.

–¡No te enojés, Danielín! Era una oportunidad que no podía dejar pasar. Ver la relación entre un ciego y una sordomuda. No te podés quejar, ¿no? Salió todo muy bien. ¿Fueron a la amueblada? ¿Cuántos polvos te echaste? ¿Cómo hiciste para verle el agujero? –Y otra vez su desagradable risa de trueno.

–Una cosa, José.

–¿Qué?

–Yo soy una persona muy mala cuando quiero. Y la venganza es el placer de los dioses –dije, pero otra vez su risa patética me puso los nervios de punta.

–Una vez leí a Sábato sobre la perversidad de los ciegos. ¿Vos no lo leíste en esos libros con agujeros que tienen los ciegos?

–¡Qué sorprendente!

–¿Lo qué dijo Sábato?

–No, que sepas leer.

Y otra vez la risa salvaje, cruel.

–Te traigo un té, Danielín. La casa invita.

Toqué de nuevo el reloj y eran ya las 19:40. ¡Veinte minutos para volver a sentir sus besos, sus caricias! En la noche no pude dormir casi nada, no podía sacarme de mi mente su perfume, su piel, su pelo, y sobre todo sus besos.

El movimiento del bar fue desapareciendo por el recuerdo de su perfume, pero Natalia no venía.

19:55. Estaba demasiado ansioso y tenía miedo a que la mujer lo notara. Es verdad lo que dijo mamá, no era una pareja común y debía manejarme con prudencia. Tampoco podía contar con Juan cada vez que necesitaba comunicarme con ella. Al menos sabía que poniendo mi boca hacia ella y modulando mis palabras, ella me entendería. Pero... ¿cómo la entendería yo,

Dios! “Eduardo es un chico inteligente”, dijo la noche anterior el imbécil. Pero la verdad que veía bloqueada mi mente para cualquier salida decorosa.

La aguja pasó por poco las ocho en punto y el aroma de Natalia que no venía. Recordé que José me dijo que la noche anterior había estado quince minutos antes que yo. Bueno, tampoco tenía que ser puntual siempre.

–Acá tenés el tesito, cuidado, no te quemés –me dijo José.

–¿José? Si ves a Natalia avisame. –Me odié por decirle eso, pero quería asegurarme que me viera.

–¡Ah, otra cita! ¡Y encima me decís hijo de puta! –y la risa se alejó detrás del mostrador.

20:10. Con la ansiedad del momento me tomé todo el té, casi quemándome. Alguna persona furtiva que entró con paso pesado y se detuvo en la puerta, pensé que podría ser alguien que venía con ella. En realidad buscaba algún vestigio, por más pequeño que fuera para asegurarme su presencia. Pero luego esa persona entró y sentí cuando arrastró una silla y se sentó en otra parte del bar.

20:15, 20:20, 20:30, 20:45: 21:00. Natalia no apareció.

El movimiento del bar se había incrementado y yo sentí que ocupaba una mesa que no le daba utilidad al negocio, por lo que decidí extender mi bastón e irme despacito al exterior. A un costado de la puerta esperé hasta las 21:15, pero luego me di cuenta que ya no tenía sentido la espera.

Fui caminando hacia casa con el dolor en el alma. Tal vez me había ilusionado demasiado y la culpa la tenía el cretino de José que puso a Natalia en mi vida. Esa noche no dormí. Me levanté con dolor de cabeza y cuando abrí la ventana para respirar aire puro, la voz de doña Carmen, mi vecina, me sentó fatal.

–¿Tan temprano despierto, Daniel? –dijo la mujer.

–¿Y usted tan temprano metiéndose en lo que no le importa?

La mujer no respondió y yo cerré la ventana. Enseguida me dije que había estado mal con la pobre mujer. Luego recapacité que ya llevaba unos días de pérdida de la venta de los billetes y la lotería estaba a punto de expirar. Tomé un zumo de naranja y me fui hasta la parada del metro en Avenida de Mayo. ¿Por qué fui allí? Nunca iba hacia esa zona, tal vez porque eso pertenecía al barrio de Montserrat. Quedé en una de las salidas cerca del Congreso y cuando me aburrí de esperar, vendiendo unos pocos billetes, fui en dirección del departamento de policía. Como el tránsito era demasiado caótico, me ayudaron a cruzar y finalmente me acerqué a uno de los guardias que había en el centro policial.

–¿Señor? –me dijo la voz de un guardia joven.

–¿Solés estar seguido en la guardia de esta puerta?

–Sí, bastante, ¿por qué?

–Tal vez puedas ayudarme entonces. Estoy buscando a una chica que vive

por aquí cerca.

–Por aquí pasa mucha gente, señor. Si me dijera como es tal vez...

–Sordomuda –respondí.

El chico se quedó en silencio un momento.

–Bueno. La gente que pasa no suele hablar. ¿Si me dijera cómo es? ¿Alguna seña particular especial?

Suspiré.

–No sé, gracias de todos modos.

–Para servirle, señor.

Luego decidí volver a casa de mi madre y mi hermano. Me sentí profundamente agobiado y necesitaba el calor de las personas de mis afectos.

La llegada no fue tan apoteótica. Mamá no estaba y Juan estaba en la facultad. ¿Alguna vez terminaría su carrera de contador?

–Hola, Daniel –me recibió la voz grave del imbécil.

–Hola.

–Espero que te quedes a comer.

–Sí. ¿Mamá?

–Salió a comprar y pagar unas cosas en el banco. Ya sabés, en este país hay que hacer cola para todo.

–¿No trabajaste hoy?

–No, hay poco trabajo; la verdad que no van bien las cosas, Daniel.

–¿Y por qué no fuiste vos al banco entonces?

Eduardo hizo un silencio. Yo me di cuenta que me estaba desquitando con el imbécil todas mis frustraciones.

–¿Tu novia? –dijo sin embargo.

–No hay novia. Se acabó.

–¡Cómo que se acabó!

Y no sé por qué, tal vez porque tenía deseos de descargarle con alguien, le conté lo sucedido. La cita propuesta por el dueño del bar, los besos, la llegada de Juan para ayudarme, la nueva cita, la deserción de Natalia.

–Tal vez no pudo ir, Daniel. No te olvides que es una chica con dificultades. A lo mejor es muy dependiente de los padres. Nunca se sabe.

–No creo que ya vuelva por el bar.

–No te des por vencido, Daniel. ¿Sabés dónde vive?

–No... ¡Bah! Sé por donde es la zona, pero no sé la casa exacta.

–Podríamos ir a ver. No creo que haya muchas chicas sordomudas en la zona. Vamos y preguntamos.

De repente hubo una luz de esperanza en mi vida, y esa luz me la daba precisamente la persona que más detestaba en este mundo. En conjunto con José, claro.

–Yo podría acompañarte ahora que estoy con poco trabajo.

–¿Cuándo?

–Mañana mismo si querés. ¿Tenés idea cómo era físicamente?

–Muy linda. Bajita, de cintura angosta, pelo muy largo rizado, pelirroja, ojos castaños, piel suavecita, veintidós años y una mirada dulce.

Yo creo que Eduardo se sorprendió con alguna de mis descripciones, pero no hizo preguntas.

–Mañana mismo vamos con la camioneta si querés.

–Bueno.

Aunque no lo admití, esa noche me sentí feliz. Y por Eduardo. Con mamá no comentamos nada y sólo le dije a Juan a solas lo que había sucedido. Mi hermano me alentó a que hiciera la búsqueda con Eduardo, pero me dijo también algo desagradable:

–Si no fue lo más probable es que no tenga interés, Daniel Lo debés tomar como una posibilidad. Yo lo que haría es ir a la noche otra vez y ver si aparece, pero si no viene, olvidate.

–Voy a hacer las dos cosas –le dije. Ir con Eduardo y si no la encuentro, esperarla por la noche.

A las ocho cuando se levantó Eduardo, yo ya estaba desayunado. Esperé que él lo hiciera y salimos rumbo a Capital, mientras mamá preguntaba sorprendida:

–¿Qué negocio se traen ustedes dos juntos? –Una cosa que tenía Eduardo, aun imbécil, era que sabía guardar un secreto.

–Nos vamos de putas –le dijo.

–Que se vaya Daniel lo creo, pero a vos, ¿quién te va hacer caso?

–¡Eso es lo que vos te creés! –respondió riendo. –Contale, Daniel, las minas que tengo.

Yo no seguí su broma y salimos rumbo a nuestro destino.

En la puerta estaba su camioneta y me ayudó a subir. Cuando ascendió él la puerta al cerrarse sonó como una chapa que cae desde un quinto piso, señal de la desaparición de las gomas laterales. El encendido fue un parto. La pobre camioneta se negaba a arrancar, pidiendo socorro para que le otorgaran por fin el descanso eterno. Pero ante el insistir de Eduardo, la batería hacía enormes esfuerzo para despertar al gigante de hierros y primero fueron una explosiones atrás, como estertores resignados, luego el “plop-plop-plop” de un motor cansino regulando y por fin el ponerse en marcha.

La camioneta sonaba a vieja. El motor abatido hacía un esfuerzo demencial para llevar el armatoste, olía a grasa y trapos sucios y un “clen-clen” me dio la pauta que también había algún sector en el suelo del vehículo que tenía un trozo de chapa suelto.

–Parece que está vieja la cosa esta –dije para comenzar la charla en el momento de partir y marcar mi posición de guerra, aun que el imbécil me hiciera un favor. No había nada peor para él que llamara “cosa” a su fiel camioneta.

–La verdad que sí –dijo él sin embargo con la voz tranquila. –La compré cuando tenía cinco años. Así que estamos hablando de un vehículo de más de veinte. Antes le hacía de todo, me fijaba si no le faltaba un farolito, le limpiaba una manchita y hasta la hice pintar completa una vez que un imbécil me tocó la puerta con la moto. Pero ahora las cosas son distintas, no hay tanto trabajo. De vez en cuando hago alguna carga y descarga y eso nos ayuda.

–No sabía que la estaban pasando mal –dije, mientras con la mano buscaba el cinturón de seguridad.

–¡Menos mal que tu hermano nos da una mano! –dijo. –¿Qué buscás? ¿El cinturón?

–Sí.

Entonces dio una frenada que casi me golpeo contra el cristal de la luneta. Estiró su cuerpo sobre el mío y tuve que soportar su contacto por unos segundos, para sacar no sé de dónde el dichoso cinturón.

–Lo tengo medio salido, pero funciona bien. Ahí tenés.

Me lo colocó y así estuve más cómodo.

–Lo que sucede que en este país nadie usa el cinturón. ¡Es una mierda eso! Pero es así. En Capital es diferente. Salió una ley que si no usás el cinturón te hacen una fuerte multa. Pero el otro día fui con un amigo en su coche y hablando nos olvidamos y nos paró un policía. ¿Cómo terminó la historia? Pedro, mi amigo, le dio veinte pesos de soborno y se olvidó de la multa. ¡Sólo

veinte pesos! ¡Así funciona este país, Daniel! Mucha corrupción. ¡Es una mierda! Lo más cómico de todo es que luego nos olvidamos de poner el cinturón de nuevo y anduvimos todo el tiempo así!

Se puso a reír como si hubiera dicho algo gracioso. Pero yo ya conocía a Eduardo. Él era así. Hay lo que hay.

–Bueno, contame, ¿dónde buscamos a la chica?

–La dejamos con el coche de Juan en Sáenz Peña y Avenida Belgrano.

–Eso es donde está el departamento de policía.

–Sí, enfrente.

–Bueno, allí hay muchos negocios, eso descarta muchas cosas. Hay un bar en la esquina, justo enfrente del departamento, sobre la Avenida Belgrano hay un colegio de monjas. Allí podríamos preguntar. También hay algunos departamentos. Muchos departamentos diría, pero podemos hablar con los encargados de cada edificio; ellos tienen que saber si en su edificio hay una chica sordomuda, ¿no?

No respondí, pero por primera vez vi verdadero interés en Eduardo en querer solucionar un problema mío. Cuando llegamos frenó la camioneta en Avenida Belgrano, justo enfrente de un colegio de monjas. Se bajó con decisión y tocó el timbre. Sentí cuando le preguntaba a una de las hermanas del convento:

–Estoy buscando a una chica jovencita, pelirroja, que es sordomuda.

–¿Es interna aquí? –preguntó la mujer con voz asustada.

–¡No, no! Es vecina. Pensé que tal vez la conocen.

–No, lo siento.

–Bueno, usted no la conozca, pero por qué no pregunta adentro –insistió pesado Eduardo. –Tal vez alguna hermana la conozca.

Eduardo lo expresó con tanta fuerza que a la monja no le quedó otra que entrar a preguntar. Cuando salió la respuesta de otra mujer, que sonó de más poder fue tajante:

–Señor, no conocemos a ninguna sordomuda interna, adiós.

–Yo no dije interna... –comenzó a protestar, pero oí la puerta como se cerraba de un golpe. Pensé que a lo mejor la figura de Eduardo, o bien de su carromato medio desarmado, más en los tiempos de inseguridad en que vivimos, dio desconfianza a las religiosas y no le dio la oportunidad de una respuesta más civilizada.

Sentí los pasos pesados de Eduardo acercármese a la camioneta y cuando estuvo al lado me dijo:

–Esperame aquí. Voy a preguntar en la esquina. Si viene la cana decile que sos ciego y que estás esperando a alguien que está laburando.

“Cana, laburando”, por policía, trabajando. Evidentemente mamá no se había casado con el presidente de la Real Academia Española. Mamá debió sentirse muy sola para quedarse con esto. Me preguntaba si la hacía feliz.

Después de tanto tiempo, me daba la pautita que sí. Además ya no venía a casa tan seguido tía Clotilde para criticarlo y eso le daba mayor tranquilidad a la pareja. Porque una cosa es verdad: tía Clotilde era muy buena, pero su peor defecto en este asunto radicaba en que era la hermana de mi padre biológico, y estaba claro que no se metería contra él, aunque fuera la peor persona del mundo.

Lo mismo si yo me casaba con Natalia y luego me separaba. Su hermana no hablaría en contra de ella aunque se lo mereciera. ¡Casarse! ¡Qué lejos me parecía aquello! ¡Y qué estúpido me parecía también el hecho de una mañana estar con el marido de mi madre, al que yo llamaba “el imbécil”, buscando a un amor furtivo, que sentía como el amor de mi vida, sólo por unos besos y unas caricias.

Quince minutos después, sin que me visitaran los “canas” uniformados, apareció otra vez el esposo de mi madre.

—¡Nada, che! ¡Nadie sabe nada!

—Bueno, vámonos —dije desalentado.

—No, lo que podríamos hacer es tomarnos un café con leche tranquilo en el bar de la esquina y ver por el ventanal. ¡Eso es! Por aquí pasa mucha gente — dijo de repente como si tuviera una idea magnífica. —¡Le podemos preguntar a los mozos también!

Casi con desgano, baje de la camioneta y nos cruzamos la Avenida Belgrano.

Antes Eduardo tuvo que poner en un estacionamiento la camioneta a pedido de un guardia policial. Cuando estuvimos en el café, justo enfrente de la esquina, Eduardo eligió una mesa junto a la ventana para abarcar más el panorama.

–¡Acá no se nos puede escapar! Ahí viene el mozo. ¿Qué te pedís?

–Un té –dije.

–Traeme un café doble y un coñac y para mi hijo un té. ¿Querés comer algo, Daniel?

–No.

–Muy bien, dijo el camarero.

–¡Ah, una pregunta! ¿No viste entrar aquí alguna vez o pasar aunque sea una chica pelirroja, de pelo largo ondulado, ojos marrones. Es sordomuda, pero muy guapa ella.

–La verdad que no, señor. Preguntale a tus compañeros. Es muy importante para nosotros encontrarla.

–Le voy a decir a uno que vive en este barrio.

–¡Dale!

Cuando el mozo se fue, Eduardo mostró su entusiasmo.

–¡Seguro que ese la conoce!

–Sordomuda, pero muy guapa –repetí.

–Sí, ¿está mal?

–Hubieras dicho es guapa, aunque sea una sordomuda de mierda.

–¡No quise decir eso, Daniel! ¡Ahí viene el otro mozo!

–¿Qué pasa? –preguntó el otro hombre que traía una voz de persona mayor.

–¿Vivís en la zona?

–Sí, en Venezuela y Salta.

–¡Ah, acá a la vuelta! Entonces seguro nos podés ayudar. Estamos buscando a una chica que es sordomuda, una chica muy hermosa, de pelo rojo, largo. Delgadita, bajita.

–Con esas características veo mujeres todos los días, pero sordomudas...

–Es importante para nosotros encontrarla. Se dejó los documentos que queremos devolverle –mintió Eduardo para ver si con eso lograba alguna otra verdad en el camarero vecino. –La última vez la trajimos aquí a San José y Belgrano, allí enfrente mismo, ¿ve? Y ahora no sabemos donde vive.

–Pero si tiene los documentos, fíjense ahí, siempre está la dirección.

–¡No, se mudó hace poco y la dirección que pone es vieja! –dijo con la rapidez de un halcón.

–No, yo no conozco a ninguna chica que se haya mudado hace poco y que sea pelirroja así como usted dice. Y hace más de veinte años que vivo en el barrio. Ni tampoco conozco a ninguna sordomuda.

–¡Caramba! Bueno, muchas gracias, hermano.

Eduardo suspiró malhumorado.

–Se está complicando.

–Bueno, vamos –dije agobiado. Tampoco quería que me viera así.

–¡Esperá un poco! Tal vez la veamos por la ventana.

Nos quedamos una hora y media y si fuera por Eduardo hubiéramos almorzado allí mismo, pero ya no soportaba más esperar a la chica, y tener cerca al imbécil.

–Necesito irme, Eduardo. Tengo que vender los billetes de lotería. Hoy es el último día antes del sorteo.

–Bueno. ¿Cuántos te quedan?

–Más de veinte.

–¡Ufff! Si fuera menos te compraría, pero ya sabés, no ando bien de plata.

–¡No, los que no venda hoy, los devuelvo antes de las tres de la tarde para no quedarme con ninguno. Pero esta semana estuve muy ocupado tonteando.

–Bueno, Daniel. También te merecés unas vacaciones. Pero ya sabés como son las mujeres, un poco hijas de puta.

–¿Lo decís por mamá?

Eduardo se atragantó con el coñac.

–¡No, que decís! ¡Mamá es lo mejor que me pasó en la vida! Lo digo porque uno

ha vivido. ¡No tengo cincuenta y siete años al pedo!

Luego se quedó en silencio un rato, como metido en sus propios recuerdos. Finalmente nos fuimos.

Eduardo me depositó en casa y antes de irse me dijo:

–Esta noche andá al bar, por ahí va la piba. Nunca se sabe con las mujeres.

La explosión y traqueteo de la camioneta alejándose me dio paz otra vez al espíritu. Al entrar al departamento de casa sentí el barrer de doña Carmen, pero esta vez no se animó a decirme nada. Tiré la mochila sobre la mesa y me desparramé en la cama, después de todo lo de los billetes había sido una excusa para sacarme de encima a Eduardo, que sin embargo no dejó de reconocer que tuvo mucho interés en ayudarme con Natalia.

Las divagaciones sobre la chica se sucedieron una tras otra. Me imaginé reprochándole a la noche en el bar de José su ausencia el día anterior. Me pondría firme con la cara delante de ella y le modularía cada palabra. Pero también pensé que si ella aparecía, no tendría ninguna voluntad para reprocharle nada, con tal de que me diera uno de esos besos que me dio en la plaza. La imaginé también caminando a mi lado de la mano, entrando a Remedios de Escalada donde todos conocían al cieguito. Más de uno se quedaría con la boca abierta a ver a Natalia, con su pelo largo, hasta casi la cintura, su mirada dulce. ¡Y qué hablar de oírla una y otra vez ingresar tímidamente a casa, mamá expectante, nerviosa, refregándose las manos, mientras Eduardo, el imbécil, le decía “esta es tu casa” sin darse cuenta de modular o ponerse frente a ella. Sólo Juan me diría a espaldas de ellas cada

reacción y yo disfrutaría como un condenado que queda en libertad. También la imaginé decenas de veces en mi cama. Tocarla suavemente, cada centímetro de su cuerpo suave, extasiado, tratando de descubrir la menor aspereza en su piel, cada secreto. Luego la olería, pasaría mi nariz por cada sector de su cuerpo, emborrachándome en su néctar, mientras le comenzaba a hacer el amor, despacio, en silencio, hasta caer desfallecido sobre ella. Y no sé por qué, también me la imaginé presentándosela a Josep. No puedo darle un valor razonable a esos pensamientos, pero Josep estuvo siempre presente ante mí desde que conocí a Natalia. Tal vez porque me lo imaginé como un ser que sufría, que esperaba el exacto instante de que su amado llegara para regalarle algunas caricias furtivas y cuando menos lo esperó le clavó un puñal por la espalda. Bueno, aunque en realidad haya sido un martillo o no sé qué, Josep, como yo, también sufrió y fue traicionado. Odié al asesino, no sólo por haber cometido el delito vil de asesinato, sino por haber matado a un ser enamorado. Odié incluso a Natalia, pero también odié a José, el culpable de que me haya permitido conocerla. Odié a toda Remedios de Escalada, que con su apatía, jamás intentó descubrir la verdad en la injusta muerte del chico catalán.

Sin darme cuenta, hundidos en estos pensamientos funestos, me quedé dormido. Cuando desperté era muy tarde para salir a vender los billetes. Decidí comer algo liviano, pegarme un baño y dirigirme al bar de José por última vez. Mi ánimo de destrucción y venganza había sido reemplazado por el

de la esperanza. Después de todo, me dije, que no haya ido una noche no significaba que la cosa se terminaría para siempre. Tal vez estaba exagerando en eso de creer no volver a tocarla, a sentirla.

Salí rumbo al bar, tratando de captar algún perfume que me recordara a Natalia. Pero lo más próximo a su recuerdo fue el frito del bar de José. El bullicio ya comenzó a oírse y cuando me paré en la puerta vino directamente José a recibirme con una de sus risas bizarras.

–¡Daniel, viniste! –dijo y me cogió del brazo. –Me dijeron que te mudaste.

–¿Yo? No es verdad.

–Ah, me dijeron que te mudaste al piso noveno ve –y largó una de sus risas satánicas. –¿Entendés? No-ve no-ve –Y cuando comenzó con otra de su carcajadas impúdicas oigo una voz de hombre conocida.

–¿Usted es imbécil o qué?

–¿Qué? –sentí a José trastabillar y caérsele la bandeja de lata, lo que fue mayor escándalo. ¡Y con lo que le molestan los escándalos a José y el que dirán!

–¡Cómo se burla así de mi hijo! –siguió Eduardo.

–Lo siento, no sabía que era su hijo... –se excusó el dueño del bar, amilanado.

–¿Qué quiere decir? ¿Qué si no sabía que era mi hijo se burlaba igual?
¡Usted es un granuja!

–De verdad, lo siento, señor. Daniel y yo somos amigos...

–¡Qué no vuelva a ocurrir! –dijo Eduardo y cuando José se disculpó por enésima vez, el esposo de mi madre vino hacia mí. –¿Cómo estás, Daniel?

–Bien –dije.

–¡Qué imbécil el tipo ese!

–No pasa nada –dije. –¿Vos que hacés acá?

–Pensé que no vendrías y vine a ver si veía a esa chica.

Nos sentamos en la mesa que estaba él y se pidió otro café y un coñac; yo pedí un té.

–Todavía es temprano, Daniel. Faltan quince minutos para las ocho, aunque por ahí viene a cualquier hora.

–Sí.

–¿Entregaste los billetes?

–No.

–¿Y ahora?

–Nada.

–¡Qué nada! A ver, traé para acá.

Y sin que yo pudiera hacer nada cogió mi mochila y sacó los billetes de lotería; luego oí que iba al mostrador.

–Che, vos, que sos tan listo. ¿Al menos podés venderle los billetes que le quedaron de clavo al pibe?

–Si, por supuesto –dijo José con voz temblorosa. Luego Eduardo vino otra vez a la mesa.

–Ya está –me dijo. –Los que no vendan van a poner la plata él; no le acepto menos para no romperle la cara.

Estuvimos un rato esperando; Eduardo me hablaba sobre un proyecto de sacar un crédito, arreglar la camioneta y dedicarse al flete. “En la fábrica ya no hay trabajo para los que transportamos bultos”, dijo. Además el problema estaba dado también en que muchos tenían camiones modernos, que podían transportar maquinarias más pesadas.

–A mí me aceptan de lástima –dijo. Luego se quedó en silencio pero yo sentí su mirada. –¿Te puedo hacer una pregunta personal?

–Depende –dije.

–Vos sabés que nosotros nunca hemos tenido un gran feeling.

–Ninguno –admití.

–No es que yo no me haya querido acercar a vos...

–Bueno, las cosas están donde están –respondí, mientras tocaba una vez más el reloj: 19:55.

–Mi pregunta es... ¡Ojo, si no querés respondérmela no lo hagas!

–¡Dale, al grano! –pedí frenético.

–¿Vos debutaste? Es decir, ¿estuviste alguna vez con una chica?

Yo sonreí. Me daba gusto ver como Eduardo asociaba la ceguera con la

imbecilidad.

–Si vos querés –agregó. –Puedo llevarte a uno de estos lugares donde...
¡Entrarías sólo vos, eh! Yo te esperaría en la sala de espera.

–¿Tienen sala de espera? ¿Cómo lo sabés? –sonreí sarcástico.

–Bueno... Me imagino...

–¡No, Eduardo! No necesito; además, he tenido alguna que otra novia, no te preocupes.

–Bueno, sabés que podés contar conmigo para lo que sea, Daniel. Tal vez no sea el padre que te hubiera gustado tener, pero no soy un mal tipo.

–Cuando necesite ayuda, cosa que no creo, y ni Juan ni mamá estén para darme una mano, y tampoco tenga a nadie, me lo pensaré.

–Gracias –dijo, lo que me demostró que no entendió mi ironía. Luego: –Ya son las ocho pasadas, Daniel.

–Sí.

–Las minas son así; ya te dije. Una vez esperé a una piba en un bar, mucho antes de conocer a tu madre, tres horas. ¡Podés creerlo! Cuando me levantaba, la tía que viene con otro. Claro, lo que sucedió es que calculó que yo no estaría. ¿Y Norma, otra que tuve? Me cita en la costanera a las seis de la tarde un día de primavera. Pero que de primavera nada, porque estaba lluvioso y me mojé hasta los huesos. La mina que no viene. Luego la volví a citar, como me gustaba tanto... La mina me hizo la pera de nuevo. Así tres o cuatro veces. ¿Al

final sabés que pasó?

Esperaba que yo le preguntara, pero estaba más preocupado en saber si venía Natalia que en ser amable con el imbécil.

–Al final me casé con ella –y otra vez esa risa espantosa. –Con mi primer mujer, eh; no con tu mamá. Debí darme cuenta que si me había hecho eso de entrada era una hija de puta.

–¿Por qué te separaste? –fue mi único interés en aquella conversación.

–Me abandonó; se fue; se piró; tomó vuelo la muy turra. –Hablabla con un rencor que me daba la impresión de que todavía la quería y no le perdonaba haberle abandonado.

Largué una carcajada de una sílaba con mi respiración y me dediqué a seguir pensando en Natalia. Ya bastante tenía con lo mío como para hacerme problemas con la primera mujer del esposo de mi madre.

–Por eso, Daniel. Si la piba te plantó en la primera cita, no te conviene. Lo digo por experiencia.

–Yo creo que ya es hora de irnos –dije resignado.

–Sí. A ver, esperá.

Eduardo se levantó y fue a pagar lo que pedimos; también trajo el dinero de los billetes.

–Acá tenés la plata –me dijo. Yo conté y había exactamente el valor de los veintitrés billetes de lotería que me faltaban vender.

–¿Los vendió todos?

–Los repartió por las mesas y los ofreció en la barra; le quedaron cinco pero estaba tan asustado que me dio la plata del total –Eduardo se rió otra vez con aquella risa extraña, feroz, que me volvió a la realidad.

–¿Eduardo? –dije repente.

–Decime, hijo.

–¿Vos conocés el barrio bien? Escalada digo.

–¡Ufff, si lo conoceré. Yo vivía de pibe en Escalada. Nací en Bánfield, cerca de la casa de Cortázar, ¿la conocés?

–Bueno, no, pero sé donde queda.

–Cuando nací todavía el tío ese vivía ahí; sólo una vez lo vi y los chicos del barrio decían “ese tipo es un escritor famoso”. Yo veía a un tipo flaco, alto, de barba y bigotes castaña, con mirada hosca, más bien tristonera. ¡Vamos, un tipo común y corriente! Yo dije: “¡Qué tendrá de especial ese tío!” Después se fue no sé a dónde, a Barcelona, a París. Fue cuando la dictadura, creo. Yo me fui a la casa de una tía en Villa Caraza, ya se murió la pobre; luego vine para Escalada, cerca de la cancha del Talleres, club de mis amores en fútbol. Allí conocí a mi primera novia, en el bailongo de carnavales digo. También conocí a Norma, mi primera mujer. Después vinieron las citas. –y ahí la voz se le tornó más áspera y amarga. –Luego el viejo nos llevó a Capital. Yo quedé deslumbrado con tantas luces y tanto ruido. Vivir en Capital para mí era el

sueño de mi vida. Cuando me casé me fui otra vez para Escalada. Al barrio, ahí conocí a tu madre, en la panadería. Pero no me hacía caso; yo estaba todavía casado. Luego, una amiga que tengo me invitó a una fiesta y fue tu madre con vos y Juancito. Vos eras todavía un bebé y yo te tuve en brazos – dijo con orgullo; yo sentí un encrespamiento en la piel.

–Conociste a papá entonces.

–No, tu padre no fue ese día. Yo lo vi un par de veces de lejos, con tu madre, pero nunca tuve una conversación con él. Después al poco tiempo me separé. Me fui a vivir a Constitución, pero venía para el barrio. Coincidí un par de veces con tu madre, que en esos días también se había separado. Bueno, lo demás lo conocés.

–Decime una cosa, Eduardo.

–¿Qué?

–En nuestro barrio, aparte de Josep había un homosexual en el barrio. Exactamente en nuestra manzana... ¿Quién es? Si conoces el barrio deberías saberlo.

–¿Homosexual? Ninguno. No que yo conozca.

–Al menos alguien que tenga ambas inclinaciones.

–Mirá, yo no me meto en la vida de los demás,, –Luego pareció recapacitar en algo. Ah, dejame pensar... Había un tano a la vuelta que se decía.

–¿Tano?

–Sí. Un tano, un italiano. Giuseppe se llamaba. Era el vidriero del barrio.

No sé si sabés de quién te hablo.

–Claro, el que vivía al lado del campo de Los Eucaliptos.

–¡Ese mismo!

–¿Le gustaban las relaciones con hombres?

–Yo no sé; no puedo asegurarlo. Pero se dice que no gustaban mucho las mujeres. Al menos nunca se le vio alguna. Además, cosa extraña, se fue al poco tiempo que mataron al chico, ahora que lo pienso.

Se quedó en silencio un momento.

–No, no puede ser –dijo para sí. –No creo que Giuseppe... No, no. ¡Imposible!

–¿Qué haya matado a Josep?

–No, me niego a creerlo. Sé que iba mucho para los catalanes en esa época. Al poco tiempo tuvo un ataque al corazón y luego se fue para Roma.

–¡A Milán! –aclaré.

–¡Eso es! Pero no creo que el tano tenga la culpa de nada... Sé que él puso todos los cristales de la mansión de los catalanes y que visitaba con asiduidad a la familia, pero no creo...

–¿Los visitaba? –pregunté impresionado.

–Sí, Daniel, muchas veces. Un día vine tarde de trabajar, cerca de las doce de la noche y lo vi salir. No creo que a esa hora trabajara, ¿no? Yo pensaba

entonces que el tano tenía algo con María, pero vaya a saber si es verdad.

Otra vez silencio.

–Mirá, Daniel. Olvidate de lo que te dije. Por ahí el pobre tano ya se murió, porque se fue bastante enfermo, y le estamos achacando un crimen.

No respondí nada. Toqué las agujas del reloj por última vez.

–Vámonos –dije.

Cuando estaba a punto de subir a la camioneta se me ocurrió que era buena idea ir a casa de mamá y sentirme rodeado de afectos.

–¿Vas para casa? –le pregunté.

–No, voy a ver a un amigo a ver si sabe algo de un lugar para poner la camioneta como flete. Pero te dejo en tu casa.

Capítulo 8: Una voz en las tinieblas.

Cuando Eduardo me depositó en casa, me dediqué enterrar a Natalia. El duelo fue más doloroso de lo querido, pero después de todo había mucho de verdad en la preocupación de mamá tan sólo días atrás. ¡Qué manera era esa de comunicarse entre un ciego y una sordomuda!

El proceso que empleé para que desapareciera la esperanza de volver a ver a Natalia, como así todas las cosas buenas que pudo haberme dejado fue seguir el camino contrario a todas sus virtudes, es decir simétrico de todo lo bueno, pero por su oposición. Me dije: Si Natalia fuera tan buena persona, al menos hubiera venido a disculparse, por lo que no me interesó estar con una persona así. Después de todo, qué diferencia había entre la primer mujer del imbécil, que lo plantó cuatro veces antes de casarse e irse finalmente con otro tipo, “pequeño detalle” que Eduardo omitió en el café. Bueno, tampoco sabía por qué había tomado esa decisión la pobre mujer. Igual Eduardo no era imbécil sólo desde que lo conocí yo, sino de mucho antes. Pero más allá de las imbecilidades y miserias de Eduardo, había una verdad: mi relación con Natalia no había comenzado bien. Y tal vez la chica no era tan cara de santa como me hizo saber Juan, engañado quizá en su deseo de ver a su hermano ciego con alguien. También pensé que en realidad la pobre chica se había visto

obligada por la situación: encerrada en una habitación extraña detrás de una grasienta cocina de un bar mediocre, lo que hablaba de su proceder de entrar a ciertos sitios. Se vio, decía, frente a un tío que decía estar enamorado de ella y como burla dantesca del dueño del mugroso bar era víctima también de una cruel broma: hallarse frente a un ciego, asustada, no saber cómo comunicarse, intentar pasar desapercibida hasta que el ciego se le fue acercando. No saber qué hacer y finalmente, por compasión o vaya a saber qué, le acarició la mano. Entonces el ciego comenzó a tocarla como un enfermo. Ella no supo qué hacer y finalmente el ciego la besó. Es verdad, no se resistió, pero ¿qué otra cosa podría hacer? Lo único en qué pensaba la pobre muchacha era, seguramente, en escapar de ese mugriento sitio con olor a grasa en el aire y cuando el ciego (yo) la sacó de allí, prometería cualquier cosa con tal de deshacerse de la situación. En un momento de lucidez, nos llevó a mi hermano y a mí a una esquina cualquier de Buenos Aires. Tal vez cerca de su casa, pero no “muy cerca”. Eso es todo. Y tal vez, simplemente no le gusté. Tanto mamá, como Juan y hasta el imbécil decían que yo era bien parecido, pero esas eran palabras amigas. Tal vez ni siquiera lo pensarán, pero estaban comprometidos por una u otra causa a decir lo que yo quería escuchar.

Como advertí, el entierro fue doloroso, como todo entierro. Pero luego de una noche de tortura, un par de horas de sueño, una ducha tibia y un buen desayuno, quedé como nuevo para enfrentar el nuevo día.

La única idea sobreviviente en todo ese breve pero gran abismo de mi vida, fue Josep, casi también sepultado por la huída de Giuseppe a Italia, el principal sospechoso, al que yo pensaba perseguir aunque estuviera muerto. Pero el chico catalán quedó inmune a todos los males, aun con Natalia y Giuseppe, sentía que estaba en deuda con él, que podría haber hablado entonces y haber evitado su muerte, o al menos que descubrieran al amante asesino (¿el vidriero italiano?), que como Natalia, había mancillado ese sentimiento noble que supo tener un alma pura, clavándole un puñal traidor. Pero como dijo el querido amigo catalán: “Eres un buen chico. Me gustaría que seamos amigos. Yo soy amigo sólo de las buenas personas, de las que se puede confiar” y sentía que yo había defraudado su confianza. Natalia fue pues, la que vino también con su maza y me golpeó varias veces en mi cabeza hasta hacerme comprender el asesinato a mi ilusión. El desalmado dueño del bar José fue sólo su instrumento para que llegara a la triste conclusión.

Como dije, el duelo fue muy doloroso, pero luego de dos horas de sueño, cuatro de morder la almohada, un barro reparador y un opulento desayuno para premiar a mi descuidado estómago, podría decir que me sentí un poco mejor. Al menos con ánimo de seguir buscando al asesino de Josep y así vengar su honor (¡y el mío!).

Pero si fue duro el desencuentro con Natalia, mucho más fue insertarme otra vez en la cotidianeidad.

Salí a la calle con mediano buen humor. Oí el barrer de la calle de doña Carmen, pero la mujer no me saludó, tal vez ofendida aún por mi “frasecita” del día anterior.

–Buenos días, doña Carmen –dije como si nada hubiera ocurrido.

–Buenos días, Daniel –dijo desde lejos. –¿Ya no te importa que me meta donde no me llaman? –respondió rencorosa. Al fin de cuentas doña Carmen y yo nos parecíamos en algo: en eso del rencor acumulado.

–Venga, no se enoje, todos tenemos nuestros días, hasta los ciegos –le dije.

–Sí, eso es verdad –dijo de más cerca. –Lo que pasa que hay que ver como me trataste. Me sentí muy mal porque vos sabés que no me meto con nadie.

–Ya sé, doña Carmen –mentí. –Bueno, pero cuando me vea así, que venga caminando rápido no me haga caso. Mi madre dice que tengo mi carácter; no en vano me mudé para vivir solo. En casa no me soportaban. –Largué una sonrisa mientras me alejaba. –Bueno, la dejo que pronto se va a largar a llover, doña Carmen, y tengo un largo viaje.

–Oíme –me cogió de un brazo para detenerme un ratito más. –¿Cómo sabés eso de que va a llover? Es verdad, está el cielo nublado. Y eso que no te caigas en la calle, que sepas ir por donde va todo el mundo...

–Ya le dije, doña Carmen, los ciegos somos muy listos, aunque no lo parezcamos.

–Entiendo, entiendo –dijo seria mientras me soltaba sin darse cuenta de mi

broma.

Tampoco tenía deseos de explicarle las nociones de los movimientos que poseemos los invidentes. Es decir, a lo que se refiera a esa sensación inequívoca que tenemos de la inclinación del cuerpo, que involucre a los exteroceptores, los propioceptores y los intraceptores, que incluyen nuestra masa muscular, las articulaciones y toda la bendita piel a la hora de movernos. No, doña Carmen no estaba preparada para ello. Y por tal, sólo atiné a cambiarle la idea:

–Un día de estos espero que venga a tomar el té, doña Carmen.

–¡Encantada! –dijo, pero yo ya estaba rumbo a la parada del autobús que me llevaba a la estación de trenes de Constitución.

A pesar que traté de no pensar en Natalia, llegué de muy mal talante a casa de mi madre. ¡Y no era para menos! Luego del viaje en colectivo, tuve que lidiar para que un tío me diera el asiento que me corresponde para minusválido en el tren.

–¿No ve ahí lo que dice? –golpeé con mi bastón la chapa donde ponía “Asiento reservado para discapacitados” mientras gritaba airadamente.

El hombre se levantó entre las protestas generales; luego la mujer que estaba a mi lado me dijo al oído.

–Esa chapa pone “Beba cerveza Quilmes”, pero es verdad este asiento es

para discapacitados.

Me sentí un poco humillado, pero bueno, son cosas que pasan. Luego en la Estación de Remedios de Escalada tomar un remis, ese servicio muy usado en Argentina. Son coches que reemplaza en alguna medida a los taxis en el conurbano y el interior del país. Mientras en Buenos Aires y las grandes ciudades hay cientos, miles de taxis que pululan por todas partes, en la provincia son los remises, coches no siempre nuevos ni limpios, ni con el propietario en las mejores condiciones de caballerosidad. En realidad, la mayoría de los remiseros, son desocupados que tuvieron que reciclarse bien comprando un coche usado con la magra indemnización del despido y seguir currando, bien siendo chóferes de otros desocupados en los casos que ni siquiera tuvieron el merecido resarcimiento.

–¿Adónde vas?

–Me preguntó la voz joven de un muchacho que no me pareció mucho más de veinte o veintidós años.

–Calles León Suárez y Vedoya –dije y no había terminado de cerrar la puerta sentí como una fuerza tele transportadora me apretaba con el asiento de atrás llevándome a galaxias lejanas, pero una estruendosa explosión del caño de escape y un fuerte olor a gasolina, señal que los motores de la astronave-remis quemaba muy mal, me trajeron otra vez a tierra.

Un claxon fulminante nos atacó y el chico hizo amague de frenar, pero se

contuvo. Mi cabeza dio con el asiento de adelante y volvió a su sitio.

–¡Ese animal casi nos choca! –protestó.

Luego su nave interplanetaria recorrió diez calles a no menos de un millón de año luz la hora, haciéndome sentir en toda la columna las ruedas sobre los adoquines con elásticos vencidos en el asiento.

Cuando creí que ya habíamos llegado a la Luna, el chico dobla a la izquierda, en vez de la derecha como debió hacer.

–¿Por qué vas por ahí? –le pregunté tratando de mantener la calma donde nadie podría tenerla.

–¿Por dónde?

–Te dije León Suárez y Vedoya. Estás doblando hacia la Avenida. Te pasaste.

El chico durante un momento no dijo nada, pero pillado en su intención de pasearme para cobrarme un poco más, dobló nuevamente a mitad de calle y poniendo el coche sobre la vereda, retomó por la calle donde venía a mano prohibida. Al llegar a la esquina deseada clavó los frenos y por primera vez creí sentir la misma sensación que tuvieron los astronautas Gagarín y Shepard al lanzar sus misiones al cosmos.

–Seis pesos –dijo por fin.

Un viaje de la Estación de Remedios a casa de mi madre correspondía exactamente la mitad. Podría admitir que me dijera cuatro pesos, tarifa que pagaría de mal humor, pero nunca ¡seis!

–No puede ser, ni siquiera hemos salido de Remedios de Escalada.

–Te cobro lo que marca el reloj –dijo exasperado.

–¿Pero esta cosa tiene reloj? ¿Adónde que no lo veo? –me reí sarcásticamente.

–¿Me vas a pagar o no me vas a pagar? –dijo ya subiendo la apuesta a su agresividad.

–¿Puedo elegir? –seguí con mi ironía.

–Porque vos seas ciego no te creas que no puedo romperte la cara –dijo ya buscándome provocar miedo.

–¡Y porque yo sea ciego no creas que no me puedo defenderme, imbécil!

Y fue entonces que sentí como mi mochila se escapaba de mis manos; tiré de la correa hacia mí para que el chico no se quedara con todo el dinero de los billetes que traía precisamente allí, pero sentí con desesperación como habría la cremallera y entonces comencé a gritar con desesperación.

–¡No, no! –quería decir algo más, pero mis cuerdas vocales estaban clavadas en esa palabras y cuando creí que todo estaba perdido, siento un ruido de chapa, como una explosión, como que alguien golpea con todas sus fuerzas sobre el techo del coche. No alcancé a oír más, de repente alguien arrancó al chico de su asiento y lo sentí como lo arrastraba hacia la calle, mientras balbuceaba y también gritaba. Yo metí la mano en la mochila y comprobé que no llegó a tocar nada.

Afuera, el chico y Eduardo se peleaban a golpes y se tiraban uno al otro contra el coche.

—¡Hijo de puta! ¡Le querés robar a un ciego!

—¡Él me quiere robar a mí, idiota! —gritó el chico y más golpes. Luego la voz de Jorge Silva, la de Gastón y la de Ricardo separando y obligando malamente al muchacho del coche a que se fuera si no quería que le rompieran la cabeza entre todos.

No había terminado de bajar cuando sentí el auto remontar vuelo otra vez haciendo chillar sus ruedas.

Luego la voz de mamá, de vecinos juntándose en la puerta y el recuerdo de los cuerpos cayendo como bolsas de patatas cuando la pelea con doña Angélica. Me sentí tan humillado como entonces, pero esa vez la culpa la tuve sólo yo. ¡Y el remisero ese en su afán de estafarme, claro está! Porque yo sea ciego no significaba que debía dejarme robar. Después de todo, tan mal parado no había salido en mi pequeña pero intensa escaramuza. Luego de darlas explicaciones del caso a los vecinos y contar de nuevo la plata (incluyendo los seis pesos, ¡o tres!, que no pagué) me metí en la casa de mi madre.

—¡Ay, hijo, hijo, cómo qué te ponés a pelearte con la gente! ¿Qué hubiera pasado si no estaba tu padre para defenderte?

Me hubiera gustado decirle que mi padre no era el imbécil, que mi padre fue

héroe de... ¡Da igual! Simplemente me quedé callado.

–Y vos, mirá como te sangra la boca, Eduardo.

–Bueno, mujer, ya está. Lo importante es que Daniel está bien. Me voy al baño a asearme un poco. El pelotudo ese me rompió la camisa. ¡Por Dios, lo que me faltaba!

Cuando se alejó mi madre se me acercó y en tono confidencial me dijo:

–No le diste ni las gracias.

Es verdad, pensé, pero no le dije nada. En cambio busqué una conversación conciliatoria.

–¿Cómo le fue anoche?

–¿Anoche?

–Sí, cómo le fue con ese tipo del flete?

–¿Qué tipo del flete?

Entonces pesé que Eduardo no le contaba las cosas a mamá o bien no le daba tanta importancia al asunto. Ya estaba metido en el berenjenal y no podía volverme atrás. Juan, que había regresado a casa muy tarde, dormía mientras plácidamente, ajeno al mundo.

–Eduardo me dijo que anoche tenía que ver a un tipo.

–No me dijo nada. Es más, después que te dejó a vos en tu casa se vino a todo correr que se perdía el programa de Tinelli. Ya sabés como le gustan esas cosas en la tele a tu padre; no se pierde un programa ni loco.

—Ah, igual estoy equivocado.

Luego pensé mucho en ese tema. Recordé bien cuando Eduardo me dijo que no me podía llevar porque tenía que ver al tipo ese. Pudo ser porque se olvidó del programa ese o bien hubo un cambio de planes. Lo cierto es que me dejó en casa y él se fue a la suya. ¡También mía, después de todo! Medité también sobre la intención de querer sacarme de encima cuando le pedí que me trajera. Tal vez todo un día de estar juntos: desayuno, café a la tarde, habían hecho mella en su paciencia conmigo. Calculé. El programa chorro ese, lleno de cámaras ocultas y tonterías comenzó a las diez. Muy improbable que haya llegado a tiempo, pues nueve menos cuarto estaba dejándome. Y aunque hubiera venido a cien kilómetros por hora con el cascajo, no llegaba ni a los últimos títulos si se desviaba a algún sitio. No cabía la posibilidad de que haya ido a otro sitio. La idea más verosímil era que no quiso traerme y punto. Por mi espíritu aventurero y detectivesco, era lógico que no me quedara con el pensamiento primario. Apenas salió del baño, con olor a colonia barata y el jabón de tocador ese en las manos, lo asalté con la pregunta delante de mamá:

—¿Y? ¿Cómo te fue con el tipo del flete?

—¡No fui al final! —me dijo de mal humor. —¡A vos te parece! Yo no te traigo a casa para verlo y el tipo que me llama en el camino de que no iba a estar. Ya casi estaba en casa, porque si me llamaba antes iba a buscarte, Daniel.

Eso explicaba todo.

–¿A qué tipo? –intervino mamá.

–¡A Pedro! Él dice que en la fábrica donde trabajaba necesitan camionetas.
¡Pero ese tipo es un chanta profesional! ¡Ya no le creo nada.

–No me dijiste nada que tenías que ir.

–Bueno, mujer, tampoco tuve que ir; en definitiva no es un gran tema para comentar.

–¿Y por esa tontería no trajiste a Daniel?

–En realidad no me apetecía venir, mamá –interrumpí la conversación y con ella le di una mano a Eduardo. Tal vez la primera vez en mi vida.

El incidente con el remisero quedó atrás. Tampoco debía quedarme todo el día lamentándome de mi suerte y decidí salir. Que el italiano vidriero ese fuera de escena el culpable o sospechado de serlo, no podía detenerme justo en ese momento que ya casi no quedaba personas por ver. Pero el dato de Eduardo sobre Giuseppe podía ser importante en mi investigación.

–¿Adónde vas, Daniel? –me preguntó Eduardo.

–A la calle.

–Te llevo.

–¡No, Eduardo! Estoy por el barrio.

–¡No podés salir solo después de lo que pasó!

–¡Cortala! –y con esa frase di por terminada la charla y el clima de camaradería que podría haberse creado y salí sin más.

Quedaba poco por investigar en el barrio. Hablar con Ricardo, Hernán y un par más. Luego no sabía cómo podría continuar. Giuseppe no tenía amiliares en Argentina e ir a Milán no sólo era improbable, sino imposible.

Salí hacia los Machado y los encontré la puerta hablando de fútbol.

—¡Ahí viene Monzón! —dijo Hernán y largó su risa cómica. Monzón fue el más grande boxeador argentino, campeón del mundo, que terminó sus días en la cárcel luego de matar a golpes a su pareja y arrojarla por un balcón. Al poco de salir con permisos especiales, murió entre los hierros retorcidos de un coche en un accidente. ¡Vaya comparación!

—¿Qué pasó, Daniel? —oí la voz de Abel, el primo del Mota, hija de Jorge Silva.

—Un remisero que me quería cobrar seis pesos desde la estación de Escalada.

—¿Y vos no querías pagarle? —ahora preguntó Ricardo.

—¡Más vale! Ese viaje está tres pesos.

—¡Sí, más de eso no está —aclaró Ricardo. Luego hizo referencias a cada chofer de remis que eran de terror, como así sus vehículos sin registrar ni seguro. Pero había los otros, los que eran capaz de mojarse en una intensa lluvia para abrirle la puerta a una anciana al bajar.

—¿Y? ¿Le ganamos al Boca mañana? —preguntó de repente el mismo filósofo de los remises. A la hora de fútbol en Argentina, Sócrates, Borges, la política

internacional y la economía agroexportadora eran temas triviales. No se podía comparar “La alegoría de la caverna” de Platón con una atajada del “Loco” Gatti, ni un cuadro de Picasso por más Guernica que fuera con una pared de Bochini.

Yo hice la cabeza para atrás y mire el sol.

–No sé. ¿Quién juega?

–¡Cómo quién juega! Independiente-Boca juegan. ¿Vos de que cuadro sos?

–Del Boca –dije, recordando la promesa que le hice a Gastón

–¡Cómo del Boca! –gritó Hernán. –En este barrio somos todos de los Diablos Rojos de Avellaneda, el Club Atlético Independiente.

–Yo soy del Boca –insistí. –¡Y Gastón también es del Boca!

–¡Gastón sabe una mierda de fútbol! –dijo Ricardo riéndose.

–No le hagás caso, Daniel –dijo esta vez Abel. –En este país o hablás de fútbol o no servís. El fútbol es todo –dijo con sarcasmo.

–¡Vos decís eso porque sos del Huracán! ¡En cien años ganaron un título solo! –y la risa cruel y ahuecada de Hernán nuevamente.

–¡Qué tiene qué ver eso! –respondió enojado Abel. –Mientras vos hablás de fútbol, te aumentan la cuota de los créditos hipotecarios, hay inflación y hasta los diputados aprobaron aquella ley jodida que no podían aprobar un miércoles que no hay partidos. Total, el fútbol todo lo tapa! Un viernes Estados Unidos invade un pueblo asiático, pero el lunes los diarios sacan en

primera plana si ganó el Boca o el River. ¡Todo gracias al fútbol! ¡Viva el fútbol!

–¡Vos porque sos del Huracán! –se rió nuevamente Hernán sin tomar en consideración una sola de sus palabras. Yo me sentí humillado por toda la verdad que llevaban.

–Yo soy del Boca porque le prometí a Gastón hace unos días, pero entiendo muy poco de fútbol –aclaré.

–Y sí... si sos del Boca entendés poco –agregó Hernán y otra vez su risa grotesca, más parecida a un ladrido de perro con gripe que a la de un ser humano.

–Les quería hacer una pregunta –dije de repente dando por terminada la trivial charla.

–¿Alguno de ustedes sabe, sospecha, o al menos tiene una idea remota de quién mató a Josep, el catalán de acá enfrente?

¡Vale, vale, no fue la mejor manera de comenzar la conversación! Pero era sábado y no tenía la oportunidad de encontrarme con todos de una vez.

–¿Todavía seguís con eso? –me preguntó Ricardo. –¡Dejalo descansar en paz al catalán! ¡Eso no se va a saber nunca!

–¡Para mí fue el primo de este! –dijo sin reparos Hernán y quedé sorprendido. Pero Abel no se inmutó.

–Eso se dijo siempre –respondió con simpleza. –Pero Raúl era muy chico

entonces. Todo lo relacionan con lo que le pasó con eso de la primera mujer y el amante. Pero eso es otra cosa. Yo mismo no sé que hubiera hecho entonces. Una persona a veces hace cosas con total seguridad y al rato se arrepiente y se vuelve loco por lo que hizo. Eso se llama estado emocional. Yo mismo hablé con él sobre el tema y me dijo que si hubieran pasado una hora, no lo hubiera hecho, pero bueno, se comió sus más de ocho años en la cárcel.

–El Mota siempre fue medio aventurero y fantasioso –dijo nuevamente Hernán. –El que inventa historias puede matar una persona.

–¡Qué decís, estúpido! –le respondió su hermano Ricardo. –¿Los escritores son todos asesinos acaso?

–Tal vez...

–¡Andá a cagar! Hablar con vos es como hablar con una pared. Imaginate a Borges, a Sábato matando a una mina porque le pone los cuernos.

Ricardo dijo Sábato y recordé su “Informe sobre ciegos” en el libro “Héroes y tumbas”. Según el autor, o mejor dicho Fernando Vidal Olmos, el personaje del libro, los ciegos eran chantajistas morales, usurpadores, moradores de subterráneos, de sangre fría y piel resbaladiza, emparentados con animales que viven en cuevas, pantanos y pozo ciegos. Reconozco que más de una vez quise matar a Sábato y hasta ideé un encuentro donde le clavaba un largo y filoso cuchillo, pero de frente, que viera mis ojos muertos y mi risa satánica. Le pedí ayuda a Juan. Pero no me ayudó porque tenía que estudiar para el examen de

Biología en el cuarto año de la escuela secundaria. Luego, a la hora, se me pasó el enfado. Tenía razón el Mota.

–¡Nadie está librado de nada, Ricardo! –consideré.

–Yo la verdad que no sé de nada sobre el chico –dijo Abel. –Está muy bien que alguien se preocupe y quiera dilucidar la verdad. Pero nosotros, lo digo por mi familia, no sabemos nada, a no ser por lo que se comentó en el barrio entonces.

–Se dice que hay una nueva pista –tiré para ver si alguien cogía el anzuelo.

–¿Quién dice? –pregunto Abel con desconfianza.

–Por ahí –respondí.

–¡Se dice; se dice! No le hagás caso, Daniel –insistió el primo del Mota. –si realmente hubiera algo, la policía ya estaría dando vueltas. Josep ya consumido por los gusanos, su madre y su abuelo muertos, su tía, única persona interesada, desvaría, ¿quién puede tener interés en seguir con el tema? ¿La policía? No creo. Además tienen otras investigaciones más nuevas y lógicas para descubrir. ¿La Justicia? Hay miles de carpetas sin resolver y no se va a poner a mirar justo en una que nadie recuerda. No, no creo, Daniel.

Suspiré.

–Si me perdonan, debo irme a casa; me están esperando –dijo. Se despidió con un beso a cada uno y se marchó. Pero antes de irse me dijo risueño: –¡No le hagás caso a estos sátrapas! No le des bola al fútbol.

–Yo me voy para adentro –anunció Hernán. –A ver si la vieja ya está haciendo la comida.

Ricardo se rió y luego me dijo:

–Éste es como los bebés. Necesita comer cada dos horas.

Nos quedamos un rato en silencio y luego tiré mi arsenal de dudas.

–Ricardo. Estoy seguro que alguien en el barrio sabe sobre la muerte de ese chico. Por eso te pregunté la otra vez sobre quién podría ser el que tenía doble inclinación sexual. El pobre Josep era homosexual y había alguien que lo frecuentaba. El propio Mota los vio una vez.

–Daniel, en el mundo hay muchos homosexuales. No por eso todos van a ir matando gente por ahí.

–¡Eso ya lo sé, Ricardo! Pero al cadáver del chico ese le encontraron semen en el culo. El homosexual pudo ser partícipe o directamente el asesino.

–Ese dato se comentó. Se decía que lo habían violado. ¡Lástima que no existía el ADN entonces! Y ahora... ¡imposible!

–Vos Ricardo comentaste una vez algo. Yo lo recuerdo perfectamente. Dijiste que en la manzana había alguien que tiraba para los dos lados. ¿Por qué luego me dijiste que no recordabas nada? Eso no se dice por decir. Si lo hubiera dicho tu hermano o el Mota, tal vez le hubiera dado poca importancia, pero ¡lo dijiste vos!

–Mirá, Daniel –su voz cambió y se hizo áspera. –Hay cosas que un hombre

no puede decir. Menos si en el tema hay un asesinato de por medio. Se podría hacer sospechar de gente que por ahí no tiene nada que ver.

–O por ahí sí. Si fuera así entonces te convertirías en cómplice.

Ricardo largó una risa irónica.

–¡Cómplice! Me han dicho cosas más terribles en la vida! Vos decís que soy cómplice, lo seré. Que venga la policía y me arreste. Yo tengo la conciencia tranquila, Daniel.

Me quedé en silencio y de repente tiré la última pregunta. La sola palabra “mágica” podía turbar a Ricardo y puse mis oídos atentos.

–¿Es Giuseppe, verdad? –dije evidenciando seguridad.

–¿Quién? –preguntó el mayor de los hijos Machado y eso tiró mis planes.

–El vidriero, el tano que vivía acá a la vuelta.

–¡Qué decís, Daniel! ¡Ese era un degenerado! ¡Le gustaban todas las minas! Incluso una vez se quiso enrollar con mi hermana, que no tenía más de dieciséis años. Mi viejo casi le rompe la cabeza a golpes.

Evidentemente estábamos hablando de dos personas diferentes. O al menos que le gustaran todas las alternativas posibles de placer.

Luego, para bajar el tono de la conversación Ricardo me preguntó como andaba la venta de los billetes; yo acepté también bajarla temperatura al tema porque Ricardo era una buena persona y no tenía ganas de enemistarme con él. Antes de irme le dije:

–Te prometo que si gana el Boca no me voy a burlar de vos.

Ricardo se rió con ganas y me fui hacia la esquina. No quedaba mucho por ver. Di la vuelta manzana, como de chico y llegué a la casa de la finada doña Ana.

–¿Daniel?

La voz había venido de un hombre, una voz suave, pero desconocida.

–Sí –dije con la cara al sol.

–¿A que no sabés quién soy?

La voz venía de cierta altura, lo que me dio la pautita que aquel tipo me llevaba una cabeza.

–No sé –dije.

–¡Tomás! –respondió la persona con entusiasmo. Parecía joven.

Me costó encontrar esa voz en la del pequeño y maldito Tomasito.

–¿Tomasito? –dije sonriendo.

–¡Claro! –y sentí sus brazos de oso apretarme en un abrazo furtivo. –¡Cómo estás, Daniel!

–Bien, no esperaba encontrarte después de tanto tiempo.

–¡Yo tampoco! ¡Mirá que eras jodido de chico, eh!

Me hicieron gracia sus palabras, más por lo incongruentes.

–¿Yo?

–¡Sí, vos! ¿Te acordás aquella vez que me pegaste la piña?

–Sí –largué una carcajada.

–¡Qué hijo de puta! ¿Podés creer que siempre creí que era mentira lo de tu ceguera? Le decía a la abuela Ana. ¿Te acordás de ella?

–Claro.

–Le decía: abuela, el Daniel no es ciego; me pegó. Yo te tenía terror. Desde ese día hasta soñaba con vos.

–Bueno, pero vos no eras lo que se dice un santo, Tomasito.

–No era malo. Pero bueno, ese día me puse tonto con vos.

Luego hablamos un poco de su abuela y otro abrazo estrujante me dio la noticia que nos estábamos despidiendo. De haber sabido su miedo a mi persona, no hubiera andado con tanto resquemor por la vereda de doña Ana en aquellos tiempos.

¿Quiénes me quedaba por interrogar? De todos los viejos vecinos en esa cuadra sólo quedaba la señora Dora, su marido “Hmmm” y una nueva visita a Doña Ramona no vendría nada mal. Decidí ir primero a “Má Damona”. Después de todo no había quedado muy conforme con la manera de comportarse de la familia. No condecía con lo que me había dicho Estela, la mujer del ex kiosco. Me había descrito a una mujer obsesionada por el crimen y cuando le dije que la policía andaba detrás del asesino, casi se alegró del asunto.

Llamé y enseguida me atendió Norberto.

–¡Daniel! ¿Venís a traernos la plata del premio? –dijo largando una carcajada.

–No, vine a cobrar el billete que me sacásteis –respondí con simpleza.

–¡Pero si mi suegra te pagó los dos billetes! –se quejó airadamente el esposo de Cristina, señal que sabía del “hurto”.

–¡Ah!, ¿entonces era cierto que me sacasteis un billete? –sonreí con malicia.

–¡Daniel, Daniel! –otra risa absurda de Norberto. –Si es verdad lo que yo digo: vos ves mejor que todos nosotros.

–En realidad vine a pedirle un favor a Doña Ramona.

–¡Suegra, suegra! –comenzó a gritar el hombre mientras se metía a la casa. –
¡La buscan!

Doña Ramona me dio un beso cariñoso como siempre. Para ella no habían pasado los años en relación al cariño que me tenía (para mí tampoco).

–Danielito, ¿qué necesitás?

–Tengo que pedirle un favor grande, Mamá Ramona.

–Decime.

–Necesito hablar con una persona acá a la vuelta, pero no encuentro el timbre y golpeo y no sale nadie.

–¿De quién?

–De Estela.

Esperé alguna reacción en la mujer, pero al contrario dijo:

–Vamos, te acompaño, no hay problemas.

Me llevó del brazo, o mejor dicho yo a ella hasta la casa del desaparecido don Anselmo.

–Mirá –me dijo y tomó mi mano. –Acá a la derecha arriba hay un timbre. ¿Lo sentís?

–Sí –sonreí. Tocamos y al momento salió Estela.

–Acá te traigo a este muchacho que quiere hablar con vos. No encontraba el timbre –dijo.

–Hubieses golpeado la puerta; estaba aquí nomás, en la sala –dijo la dueña de casa y me puso en evidencia.

–Golpeé. Igual lo hice en otro lado; ya se sabe como somos los ciegos –alegué y luego recordé a Sábato cuando escribió sobre los ciegos: “chantajistas morales, usurpadores, moradores de subterráneos”. Ya no odiaba al escritor; al contrario, le tenía gran admiración.

–Decime, Daniel, ¿qué necesitás?

No sabía como encarar el tema, menos con Doña Ramona adelante. Entonces lo hice de la peor manera posible.

–Acá te traje a la mujer obsesiva en el tema de la muerte del chico catalán.

–¡Qué decís! –dijo Doña Ramona sorprendida.

–¡Qué decís! –repitió Estela. También la había puesto en evidencia a ella sobre su cotilleo. En realidad sobre mi cotilleo cuando le pregunté.

–Nada de importancia –alegué. –Digo que esta es Doña Ramona, que como el otro día dijimos...

–Esta no es la mujer que me preguntaba sobre el catalán –dijo cortante Estela.

–Pero como vos dijiste...

–Dije que era una mujer que vivía acá a la vuelta, y cómo me preguntaste si se llamaba tal o cual, te dije, que tal vez sí, pero la verdad que no le preguntaba el nombre a todos los clientes cuando los atendía; por otra parte, no te olvides que yo estaba todo el día trabajando afuera; el que atendía y conocía mejor a los vecinos era papá.

–Bueno, no pasa nada. Sólo fue una broma –dije, pero me sentí súper incómodo.

–La que estaba preguntando todo el tiempo era doña Dora, la de al lado de casa –dijo de repente Má Ramona, algo ofendida. –Tampoco lo hacía por maldad; todos estábamos un poco consternados en esos días. ¡Un muchacho tan joven y terminar así! ¡Si hasta vinieron los periodistas de algunos diarios! ¡Imagínense, una ciudad no muy grande como Escalada y con un crimen!

–¡Dos! –aclaró la hija de don Anselmo.

–Eso cierto, querida, dos.

–¡Y nunca se supo más de Josep! –insistí.

–¿Era eso lo que querías hablar conmigo? –preguntó Estela.

–¡No, claro que no! –me hice el ofendido. –Estoy haciendo una lista de mis clientes en el barrio.

–¿De los billetes de lotería?

–Sí.

–Pero ya te dije cuando viniste que no, que yo vendía también.

–Bueno, yo me voy si no me necesitás más, Daniel –dijo Má Ramona. Le di un beso; le recordé que pasaría todas las semanas a visitarla y siguió su camino. Yo quedé agobiado por el mal momento que le hice pasar. Pero entre ella y yo había una relación firme, por lo que no habría mayores problemas. ¡Vamos, eso creo! Tampoco se puede ir por el mundo acusando a las personas de estar implicados en un asesinato.

–Decime en qué andás, Daniel –me dijo Estela cuando nos quedamos solos en tono cómplice.

–¿En qué ando? Ni siquiera yo mismo lo sé –dije y me despedí sin más. Volver a los de Doña Ramona o su vecina aquella mañana me pareció sencillamente levantar polvareda. Preferí regresar a casa de mamá, pero dando la vuelta manzana hacia el otro lado para no pasar por la puerta de mi querida y ofendida Má Damona.

Cuando llegué a casa, Eduardo estaba en la puerta.

–¡Viniste! –me dijo.

–Sí, ¿por?

–Nada, que estaba preocupado.

–Tampoco me voy a pelear con todo el mundo, ¿no?

–No te enojés, sólo estaba preocupado.

–¡Tampoco exagerés! –grité de mal humor y me metí para dentro.

Haciendo un balance de lo hallado, encontré algunos elementos incongruentes en esta historia, pero nada que sirviera de prueba ante un juez.

A saber: La actitud de Ricardo no parecía del todo clara en lo que respecta al posible sospechoso de la manzana. ¿Por qué lo protegía? Siempre fue una persona sensata y sus palabras muy creíbles por todos. Vamos, que nunca lo agarré en una mentira o difamación gratuita, A diferencia de los demás chicos, Ricardo medía sus palabras y nunca caía en la tentación de la exageración. No obstante, sus dichos me resultaron, no sé si sospechosos, pero sí altamente inquietantes.

De la familia de Doña Ramona, nada. No había ahora un solo elemento que los culpara, salvo el de sustracción de billetes de lotería, pero ese era Norberto, que siempre tuvo malas costumbres. De ahí a asesinar a Josep, sabía una distancia enorme. Aunque nunca se sabe dónde se esconde el instinto asesino que tiene cada persona.

¿Gustavo? No lo descartaría. Era más por lo que aparentaba que por lo que mostraba. Un tipo callado, serio, que sólo iba de su trabajo a casa y de casa al

trabajo. No se le conocía ni amigos ni novias y raramente salía a la puerta de calle, salvo para ir a comprar el pan y el vino. Y un pequeño detalle a favor de él: más allá de la coartada del médico que comentaron sus padres, Gustavo entonces era un niño de no más de catorce o quince años.

¿La señora Dora? Bueno, ella mostró un sumo interés en el tema del chico, según Estela. ¿Pero quién no? Mi madre estuvo también preocupada por aquellos días. Y entonces allí caí en la cuenta que la principal testigo la tenía en casa: mi madre.

Ella fue la persona que más estuvo visitando la casa de los catalanes entonces, junto conmigo. Deduje que ella tenía que haber visto algo más que el resto. Y hacia ella fui.

Estaba en la cocina preparando la comida.

—¿Mamá? —la encaré.

—Decime, querido.

—¿Puedo hablar con vos?

—Claro, siempre podés hacerlo.

—¿Te acordás cuando mataron a Josep?

—¿Otra vez con eso, Daniel? Sí, ¿y qué tiene?

—Supongo que habrás visto algo sospechoso en esos días.

—¿Qué sospechoso! Yo iba, tomaba el té, le ponía la inyección de insulina a la pobre María y ya. ¿Te conté que ya no se la pongo más? Ahora una de las

primas que tiene en el centro de Escalada contrató a una enfermera. Y a mí ni gracias.

–No, pero algo tendrás que haber visto, mamá. No sé, gente entrar y salir. El vidriero.

–¿Qué vidriero?

–Don Giuseppe, el italiano de acá a la vuelta.

–¿Qué tiene que ver el vidriero?

–Iba seguido. Era el que le ponía todos los cristales a la casa, ¿no?

–La verdad que desconozco ese detalle. No lo sabía. Bueno, el italiano ese le puso los cristales a casi todo el barrio. Nosotros todavía tenemos algunos de aquella época.

De repente dos manos se ponen sobre mis ojos. Ya sabía que era Juan, el único tonto que me hacía esa broma.

–¿Adiviná quién soy?

Su voz sonaba cansada y pastosa, muestra de una noche intensa.

–Si no me pusieras las manos en los ojos, por ahí me equivocaba con esa voz de muerto –dije.

–Para que no me veas –dijo Juan bromeando.

–Bueno, vayan que le llevo café con leche, aunque tal vez prefieras almorzar; ya es la hora, Juan.

–No, primero café solo para terminar de despertarme.

–¡Mamá, no me estás ayudando! –me quejé.

–No se qué más querés saber, Daniel. No sé más que cualquiera en el barrio. Josep era un chico raro, reservado. Pero jamás sospeché que fuera gay. Tampoco vi a nadie entrar o salir. Y ese Giuseppe, sólo lo veía cuando ponía algún cristal.

–¿Cómo era el italiano?

–¡Un tipo muy trabajador, pero peligroso!

–¿Peligroso?

–¡Sí! –interrumpió Juan. –Cuando mamá se descuidaba le miraba las tetas.

–¡Sí! ¡Un baboso repugnante! –agregó mamá. –Y cuando se enteró que me quedé sola, ¡uff, me volvió loca! Quería que me case con él. Que él me iba a tener como una reina, que tenía plata, que me iba a hacer conocer Italia.

–Hubieses aceptado –bromeó Juan. –Era un tipo de pasta el chiquito.

–¿Chiquito? –pregunté sorprendido.

–Sí, don Giuseppe era un tipo bajito, enclenque. Si lo mirabas de atrás, daba la sensación que era un chico de once o doce años. Si no fuera por la calva, claro. Un tipo perfecto para mamá –se rió Juan.

–¡Vaya! –dije desilusionado. La persona que buscaba tenía que ser alta, “un tipo grandote”, recordé las palabras de antaño de un Mota adolescente. –¿Y don Giuseppe no tenía un aire, digamos, a... gay?

Y entonces mi madre y Juan comenzaron a reírse a carcajada suelta por lo

absurda de a idea. Allí, taché de mi mente a otro sospechoso más. Si el pobre *tano* estaba no-vivo, su alma quedaba en paz.

Para no pasarme por la puerta de Doña Ramona di la vuelta manzana y luego de pasarme por la que fue la casa de doña Ana (hoy reformada), me detuve en la casa de Dora, nueva (¡y única!) sospechosa de todo este caso.

Busqué el timbre a un costado y como no lo hallé golpeé las manos. ¡Ah, gente insensata que no usa timbres!

–¿Sí? –Oí la voz de la mujer de la casa, perfectamente reconocible a pesar de que hacía años no hablaba con ella.

–¿Cómo le va señora Dora?

–¿Daniel?

La mujer salió a la calle y no me dio la sensación de que se alegrara en verme, según su tono de voz. Bueno, tampoco es que fuera una gran amiga de la familia. Casi ni sabía nada de ella.

–¿Qué pasa, Daniel? –me preguntó mientras me daba un beso.

–Nada importante, señora Dora. Vine a ofrecerle... –y de repente recordé que ya no tenía más billetes por esa semana. –Vine a preguntarle si quiere que le traía algún billetito de lotería cada semana. Yo me dedico a eso.

–Bueno, no somos muy compradores de billetes ni jugar a la quiniela. Esperá que le pregunto a mi marido.

Dio unos pasos atrás; podía oírse la televisión, y desde allí mismo le gritó al hombre:

–¿Vos querés que compremos algún billete de lotería por semana, Pedro?

–Hmmm –dijo su esposo.

–Bueno, Daniel. Traenos uno. En una de esas tenemos suerte, ¿no?

Yo sonreí satisfecho y comencé con mi verdadero tema.

–¡Qué sorpresa que después de tanto tiempo se haya encontrado una pista en el caso del chico ese que mataron, no! –dije inadvertidamente.

–¡Qué decís! –me dijo doña Dora; parecía casi molesta por mis dichos.

–Digo el chico...

–¡Sí, el catalán!

–Sí. Bueno, oí hace un rato en la verdulería que...

–¿De don Eusebio?

–Sí, ahí mismo.

–¿Y qué oíste? Decime exactamente.

Noté una exagerada ansiedad en sus palabras.

–Bueno, no sé. Que la policía había encontrado pistas. Ya sabe cómo es la gente. Tal vez ni siquiera sea cierto.

–¿Pero vos oíste perfectamente cuando decían el catalán?

–Sí –respondí y me quedé en silencio captando sus sonidos. La mujer parecía nerviosa. Oía como refregaba sus manos. Metió sus manos

probablemente en su delantal de hule, al menos por el ruido me lo pareció.

–¡Qué barbaridad! –dijo para sí.

–¿Le pasa algo? –pregunté.

–¡No, no! –dijo nerviosa. –Tengo que entrar; estoy preparando la comida.

–Muy bien, señora Dora. El lunes le traigo los billetes para que elija.

–No, mejor no –dijo y sin más se metió a su casa. Me quedé sorprendido.

Intenté escuchar desde donde estaba pero sólo me llegaba la voz de la tele. Cuando ya no tuve más que hacer ahí comencé a caminar rumbo a casa de mi madre.

Había desplegado mi bastón y dado un paso cuando oí un grito de un hombre:

–¡Que no, mujer! –la voz salía de adentro de la casa de la señora Dora y no se distinguía con fuerza, aunque sí sus palabras. –¡Es imposible!

–¡Te dijo que sí, Pedro! Me lo dijo ese chico ciego, el hijo de Esther –dijo la mujer ya más cerca de la puerta de la calle.

–¡Es imposible! –me pareció oír la voz más lejana.

–¿Y si es cierto? –dijo la mujer con desesperación.

Me quedé esperando algún indicio más, pero el matrimonio quedó en silencio en ese momento. Unos pasos de mujer, livianos y gráciles se acercaron a la puerta; yo me moví unos pasos para que no sospecharan, hacia el lado de Doña Ramona. Luego un “clic” metálico de la mirilla me dio la

pauta que buscaban asegurarse de que yo no estuviera ya metiendo las narices por ahí, que un poco más alejado, calculé no formar parte de su radio de visión.

–¿Viene alguien? –dijo el hombre y fue en ese momento, precisamente en ese instante que reconocí aquella voz del marido de la señora Dora, la que llamaba en mi mente el “Señor Hmmm”, como la persona que estuvo aquella tarde con el desgraciado Josep. Un escalofrío recorrió mi cuerpo, a la vez que me embargó una emoción. Había descubierto a la persona que buscaba. Y el dicho de Ricardo Machado de adolescente, dicho al pasar fue verdadero.

–No, sólo miré si el chico ese se fue –dijo descuidadamente la mujer y volvió a cerrar la mirilla; yo apuré el paso hacia la casa de mi madre.

–Hmmm.

PARTE TRES: LA CAZA

Capítulo 9: Sombra dentro de la sombras

Pedro. El Señor “Hummm” se llamaba Pedro. ¡Cómo tantos Pedros de Escalada! No sé por qué pero en esa parte de la geografía, los nombres se repetían hasta el cansancio. Pedro era el amigo de Eduardo y Pedro también se llamaba el Señor “Hmmm”. Así como había tres Antonios, dos Doras, etcétera.

El plan debería ser milimétrico. Haber preguntado por Josep en su casa, había revolucionado al matrimonio. Ahora debía andar con cuidado. Tenía que buscar una excusa para volver a su casa. La que se me ocurrió no fue muy buena, pero al menos, me acercó otra vez a la casa. El lunes siguiente fui a por los nuevos billetes de la semana y luego de una venta en la calle fui a comer a casa de mi madre. Juan estaba en su trabajo y Eduardo salió a hacer un flete, por lo que no tuve problemas en salir a recorrer la cuadra de nuevo. Luego de comer y ayudar a mamá con los platos, lo primero que hice fue salir hacia la señora Dora y el señor “Hmmm”.

Al tocar el timbre me recibió la frialdad de la mujer.

–¿Vos?

Puse mi mejor sonrisa y un puñado de billetes de lotería en la mano.

–Como quedamos le traje un billete para que elija, señora Dora.

–Te dije que no.

–¿Quién es, Dora? –dijo su marido desde adentro.

–Daniel.

–Decile que pase.

Me sentí victorioso, pero a la vez, sentí un cosquilleo por la situación.

–Pasá, Daniel –dijo entonces la mujer, no muy convencida de mi presencia.

Me ayudó a entrar y la entrada a su casa tenía un pequeño escalón que tuve que saltar. Me sentaron en una silla y sentí como dos pares de ojos me observaban.

–¿Cómo te va, pibe? –me dijo la voz gruesa de la casilla de hace dieciocho años. No había ningún lugar a dudas.

–¡Muy bien, señor! Le traigo unos billetes para ver si le interesa alguno.

–Hmmm.

Estiré mis manos con los billetes y el hombre los cogió.

–¿Creés que estos tienen premio? –dijo áspero, pero yo supe que fue una broma.

–Bueno, no sería la primera vez que alguien me compre un premio. Todavía no vendí ningún primer premio, pero bueno, algunos premios menores vendí.

–Dame éste. Termina en 21.

–¡La mujer! –dije.

–¿Qué?

–En la jerga quinielística argentina todos los números tienen un significado. La interpretación de los sueños que le dicen. Si uno sueña con una mujer, debe jugar al 21.

–Hmmm, no sabía.

–Sí, el 14 es el borracho, el 25 la gallina, el 87 los piojos –y conscientemente agregué: –el 41 el cuchillo, el 34 las cabeza.

Se produjo un silencio, pero luego el hombre me dijo:

–Sabés mucho, pibe. ¿cuánto es?

–Diez pesos.

–Traele, Dora.

–¿Querés tomar algo? –dijo la mujer más relajada.

–Un vaso con agua si no es molestia.

–¿Así que encontraron una pista de ese muchacho que mataron acá a la vuelta, cómo se llamaba? –dijo de repente el hombre. Yo ansiaba que viniera la mujer; no me gustaba quedarme a solas con ese tipo.

–Josep –respondí. –Pero ya se sabe quién fue.

–¿Sí? ¿Quién?

–Un italiano que vivía en esta manzana; era vidriero –dije.

La mujer apareció y me puso el vaso en la mano. Sentí que temblaba cuando me lo dio; estaba en silencio.

—¿Y cómo se supo?

—Bueno, yo me enteré de casualidad; fui a la verdulería y comentaron que la policía vino y habló con María, pero como la pobre ya está ida, le dijeron también a una vecina; no sé a quién. Parece ser que ese hombre visitaba mucho al chico y bueno...

Tomé un trago y sentí la ansiedad de aquel hombre.

—¿Será cierto? —preguntó la mujer.

—Yo creo que sí —respondí. —Pero igual no podrán hacer mucho.

—¿Por qué?

—Porque pidieron captura del señor Giuseppe, el italiano, y resulta que murió hace quince años en Milán. Así que caso cerrado. Pero al menos se supo quién fue el asesino.

Oí el ruido sutil de dos manos de mujer refregarse nerviosa.

—¡Menos mal! —dijo el señor Hmmm. —¡Lástima que no lo hayan pillado antes de irse!

—Pues sí —dije. ¡Es una lástima! De todas maneras a mí este tema ya no me interesa mucho. A los muertos hay que dejarlos descansar en paz.

Cobré los diez pesos, me levanté y me fui con sobriedad. El trato de la mujer mejoró mucho entonces y aproveché para decirle:

–La semana que viene le traigo otro.

–Bien, Daniel. Saludos a tu mamá.

Salí de allí victorioso. Era evidente que la noticia de otro culpable los había tranquilizado. Ya no me quedaban dudas no sólo de que ese Pedro fue el que estuvo con Josep aquel día, sino que tenía que ver directamente con su asesinato. Tendría tiempo para planear reposadamente una estrategia que pudiera gestar una prueba tangible para la justicia.

–¿Juan?

–¿Qué?

–¿Vos me averiguaste lo de la causa?

–Ah, no te conté. Fui a los Tribunales. Medio que no querían mostrarme nada porque yo no soy abogado, pero al final la chica, muy guapa por cierto, me la trajo.

–¿Y?

–Pues quedamos para tomar un café...

–¡Yo te hablo de la causa! –protesté. ¡Este Juan!

–Pues, ¿qué quieres que te diga? Papeles aquí, allá, algún que otro testimonio de vecinos, pero lo único que había era desconcierto, Daniel. Finalmente se cerró la causa por falta de méritos y de pruebas congruentes.

–¿Juan?

–¿Qué?

–¿Conocés al marido de la señora Dora, el que vive al lado de doña Ramona?

–Sí.

–¿Cómo es físicamente?

–Es alto, gordo, unos bigotes chiquitos para su boca chiquita, un poco calvo, canoso, aspecto de oso.

–Ah.

–¿Por qué?

–Por nada

–¿Quién es? –dije yo al teléfono de casa.

–Soy Natalia.

Me quedé de piedra.

–¿Natalia? ¿La sordomuda?

–Sí.

Natalia apareció ante mis ojos; estaba tan bella como siempre, con su vestido azul celeste, sus ojos rojos. Me le acerqué, pero una sombra de un costado me advirtió que no estábamos solos.

–¿José? –pregunté. La sombra salió a la luz y pude ver el rostro monstruoso del Señor Hmmm. Grandote, con pelos en el rostro, como un oso.

–Es mi padre –dijo Natalia.

Pero lejos de intimidar esas palabras, el Señor Hmmm se me acercó más y más. Quise retroceder pero la pared de la cocina del bar me lo impidió. Puso sus manos en mi cuello y...

¡Ufff! Abrí los ojos y la oscuridad seguía allí.

Un gusto amargo de la visión de Natalia, la cual pude recordar sólo en su tacto. El rostro del esposo de la señora Dora se transformó en olores y sensaciones, pero aún la angustia del momento me perduraba. El recuerdo de las palabras de Natalia, (¡vaya a saber a quién le robé la voz para componer mi imagen!) me produjo una profunda tristeza. Me senté en la cama, suspiré y salí rumbo al nuevo día.

Luego de bañarme y tomar mi jugo de naranjas con cereales, salí a la calle.

–Hola, Daniel. –La voz de doña Carmen no me resultó tan pesada como otras veces. Sonreí.

–¿Cómo le va, amiga mía –dije. –¿Me va a comprar un billete de loterías?

–Yo no compro esas cosas, Daniel. Soy una pobre jubilada.

–No pasa nada, doña Carmen. Le digo en broma,

–¡Para bromas estoy yo!

–¿Qué le pasa?

–No sé qué me pasa. Pero me parece que me están vigilando.

–¿Vigilando?

–¡Y decime, Daniel, yo con quién me meto!

–¿Y por qué la irían a vigilar a usted?

–No sé. Hay un tipo que se para hace dos noches y mira para mi casa. Yo lo vi dos noches seguidas.

–¿Cómo es el hombre?

–Tiene un aspecto normal, no sé, está dentro del coche. Parece que tuviera más de cincuenta años, unos bigotitos. Está en un Ford Falcon rojo, un poco viejo, pero muy bien cuidado. No sé... parece policía.

–¿Policía? ¿Y por qué la va a vigilar a usted la policía?

–Daniel, hay cosas que no te conté. Yo años atrás pasaba juego clandestino de casa en casa.

Me reí de buen grado, aunque en el fondo no había de qué reírse.

–Mucha gente hizo eso, doña Carmen. No digo que esté bien, pero antes era normal para ganarse unos pesitos extras. ¡Hasta mi tía Clotilde creo que lo hacía! Además, ¿cómo sabe qué es a usted y no a otra persona que vigila el hombre?

–No sé.

–Hagamos una cosa, doña Carmen. Si esta noche el hombre ese se pone a vigilarla, me llama, voy para su casa y vemos lo que hacemos. Tome mi número...

Luego de entregarle mi número del móvil salí rumbo a las zonas de venta.

Estaba claro que aquel hombre al que vigilaba era a mí para saber en qué andaba y eso me inquietó bastante. No debía descuidarme demasiado, por lo que no debería estar donde hubiera poca gente, y para eso que mejor que caminar por la calle Lavalle, en pleno centro porteño.

El bullicio de la tradicional calle de los cines era importante a esa hora de la mañana, ensordecedor para un ciego. Los olores de Buenos Aires no son como los de la provincia, pasando los límites de la bendita General Paz, tan llenos de rosales, de álamos, de pinos, de higueras, de hierbas recién cortadas. Buenos Aires huele a aceite, a humo, a humedad. Como se había supuesto, un mundo de gente transitaba alocadamente por Lavalle. Con mi bastón, iba abriéndome camino entre la muchedumbre, esquivando cuerpos. Mejor dicho cuerpos esquivando a un ciego que caminaba en línea recta por el medio de aquel gentío, a veces llevándose por delante mi bastón flexible. Poco antes de llegar a Suipacha, de donde venían los que iban a las funciones tempranas de las proyecciones de películas argentinas en el Centro Cultural Tita Merelo (porque hay que decir que los cientos de turistas no compran billetes, sino que prefieren adornos, postales del obelisco, pines, boludeces), y se mezclaban con los que entraban a las oficinas. Éstos eran los únicos “turistas” que me interesaban, los nativos, los que aún creían en el destino extraordinario de un número de lotería. ¡Esos sí que se daban una licencia para soñar con una vida mejor! Y el billete de lotería era el pasaporte a ese sueño. Y no sea que este

ciego les trajera algo de suerte a esos pobres desgraciados.

Me detuve pues en la esquina de Lavalle y Suipacha, sobre la primera, la calle de los cines y marquesinas, de tiendas de todo tipo, de iglesias evangelistas, y saqué mi mercadería perecedera. Lo que solía hacer generalmente era ponerme un cartelito colgado al cuello que me había hecho Juan, muy bonito y llamativo (me dijo), que ponía “*billetes de lotería a \$10*”. ¡Tampoco es que se rompió la cabeza pensando, vamos! Pero yo lo usaba meramente porque me lo hizo mi hermano, no porque me gustara ser una marquesina con patas. Otras veces, meramente usaba mi voz: “un billetito, diez pesos”. Y muchas otras, como esa vez que me había olvidado el cartel en casa, me quedaba callado, con un par de cupones en la mano.

Da resultado. Un bastón blanco y unos anteojos oscuros pueden hacer milagros. Tanto que alguna vez se me acercó otro “ciego” y me dijo por lo bajo:

–Oime, flaco, esta esquina es mía. No hay lugar parados dos ciegos.

Yo le sonreí, me saqué las gafas azules y con los ojos muertos al cielo le dije irónico:

–¿Y vos cómo sabés que yo soy ciego?

No hubo respuesta; el hombre bufó y se alejó a pasos apurados sin siquiera el sutil golpeteo del bastón contra el suelo, sin chocar con nadie en el medio de la calle peatonal tan transitada, lo que delató al impostor. Pues un oído

hiperdesarrollado como el mío era capaz de “ver” a un verdadero ciego de un buscavidas pesetero. Juan se enfadó conmigo cuando le conté la anécdota.

–¿Y si te golpeaba o te sacaba las cosas? –protestó. –Esa gente no tiene escrúpulos.

–Los ciegos también sabemos gritar, Juan. Imaginate armar un escándalo en plena Lavalle.

Pero es cierto que a veces me paso un poco en eso de demostrarme de igual a igual.

La venta de la mañana no se presentó nada mal. Vendí un número interesante de billetes para ser lunes y hasta oí un buen rato a Fito Páez en la disquería que estaba delante. Fue una mañana estupenda. Hasta que alguien se paró cerca de mí. Aunque podría estar mirando hacia cualquier sitio, sentí su respiración no muy lejos de mi cara.

–¿A cuánto vendés el billete? –me dijo una voz hueca, arrastrada, conocida.

¡Todo el mundo sabe a cuánto está cada billete de lotería! Máxime si lo compró hace pocas horas. También se podría interpretar que la pregunta obedecía a la forma de entablar el comienzo de una conversación si fuera la primera vez que oía esa voz en mi vida, y no una la voz que oí con nitidez aquella tarde en el galpón del caserón de los Catalanes y que nunca pude olvidar, la misma que dijo a su mujer “decile que pase” días atrás, la voz de Pedro, el Señor “Hmmm”.

–Diez pesos cada uno, señor –dije sonriendo para evitar que me reconociera, pero yo mismo percibí un temblor en mi voz.

Está claro que las personas que poseen el don de la vista tienen una memoria visual; su percepción de mundo no es exclusiva a través de sus ojos, pero sí en lo que hace a la relacionarse con otras personas. La información del mundo llega al vidente en un 85% a través de su canal visual, según está estimado científicamente. Para un ciego, el estímulo de imágenes no existe, por lo que es reemplazado por otro tipo de estímulos. Para un ciego el mundo se divide en olores muy bien definidos, en superficies rugosas y suaves, cálidas o frías, en sabores, en espacios cinestésicos, en sonidos. Y esa ventaja sobre el señor Pedro hizo que pudiera reconocerlo como algo natural, pero a la vez hablarle como si fuera la primera vez que estuviera frente a su persona sin que sospechara del hecho.

–Dame dos billetes, pibe –me dijo con su voz pastosa. –¿Qué número tenés?

–No sé, fijese usted mismo –respondí y estiré un manojito de billetes hacia el señor “Humm”. Éste los cogió y en seguida me devolvió el fajito.

–Terminan en 33 y 16 –me dijo con su cara dirigida hacia mí, no muy lejos de mi propio rostro; casi podía sentir la acaricia tibia de su aliento. Me pareció que me observaba fijamente, como buscando alguna expresión en mí que me delatara haberlo reconocido.

–¡33, la edad de Cristo! –dije sonriendo.

–¿Qué?

–En jerga de la interpretación de los sueños se dice que el 33 es la edad de Cristo. Ya sabe, para los que gustan de estas cosas para jugar a la quiniela. Es por eso de la Edad que tenía.

–Cuando murió –agregó mi comprador y me pareció que remarcó esas palabras, como amenaza. Igual me pareció a mí por la tensión del momento. Luego como si no hubiera dicho nada importante me pregunto estúpidamente: –
¿Cuánto es?

¡Tío, si un billete sale diez pesos, cuánto crees que saldrá dos? ¡Hasta un niño de tres años lo sabe!

–Veinte pesos, señor –dije.

–A ver si ese Jesús me trae suerte –dijo y me tocó con su mano áspera para que cogiera el billete que me daba. Lo toqué y era de veinte, pero deliberadamente busqué vuelto de cincuenta.

¿Son cincuenta, verdad? –pregunté.

No, pibe. Te di justo.

–¡Ah! Usted disculpe, a veces los billetes que están viejos me cuestan identificarlos. Menos mal que existen personas honestas como usted.

Dentro de todo, no podía decir contrario. ¡Dentro de todo!

–Tené cuidado. Podés perderla ganancia del día así.

–Pues sí. Pero no soy así habitualmente. Hoy es un día un poco especial para

mí –intentando iniciar una conversación y enterarme de qué iba su presencia allí.

–¿Sí, por qué? –preguntó, mientras yo intentaba captar algún aroma que me permitiera reconocerlo más adelante. Nada. Era una persona totalmente aséptica.

–Hoy terminé con mi chico –respondí sabiendo que eso provocaría un impacto en su pensamiento. Sentí que se le cortó la respiración por unos segundos. Aproveché para remarcar mi idea: –¡Sí, ya sé! Usted dirá “encima de ciego, gay”, pero es lo que hay. Ni siquiera mi familia lo sabe.

–Yo no digo nada, ni dejo de decir. –dijo con voz enojosa. –¡Suerte, pibe! – Y se marchó.

Tal vez no debí pasarme en eso de que no reconocía los billetes. Si lo dijera en casa, eso no me lo creería nadie. ¡Ni en el bar de José!

¡Y eso de gay...!

Estaba enfadado conmigo mismo; no debí decir tanto, sino esperar su actitud. Tal vez desde ese momento descubrió que yo sabía muchas cosas. Fue para estudiarme.

Por si todavía el tipo ese seguía vigilando, me quedé hasta el mediodía con la venta. Luego regresé a casa, pero buscando lugares que hubiera gente. Temía que el señor Pedro, el viejo sereno de la fábrica de la otra calle de casa de mi madre. De hecho lo hizo desde casa hasta la calle Lavalle.

Cuando llegué a un punto que tenía que meterme por calles no muy pobladas, decidí parar un taxi., que me llevara directamente a casa. No me hacía ninguna gracia tener que gastarme lo que no tenía en un taxi, pero el tema se había tornado peligroso.

En casa recapacité mucho sobre lo sucedido. Aquel tipo me había estado siguiendo. Indudablemente le había preocupado todo este tema. Y si fue capaz de matar al pobre Josep y mantenerlo oculto entonces, qué no sería capaz de hacer por no ir a la cárcel después de dieciocho años. Llegué a la conclusión que la única manera de protegerme es darle parte directamente a la policía, pero como ya estaba curado de espanto, no podría decirle al comisario Ojeda “quiero denunciar a alguien que me sigue y reconocí por la voz; no, no me hizo nada, señor Comisario, me compró dos billetes de lotería, y me dijo que tenga cuidado con los vuellos, que mirado bien podría haberme robado, pero no. Aunque es el mismo que asesinó al catalán hace dieciocho años, ¿recuerda?”. ¡No, así no! Tendría que ir con alguien que quisiera acompañarme y entre todas las personas que conozco el único que podría intentar convencer era Juan. Mi hermano.

La Polonesa de Chopin de mi móvil me sacó de mis pensamientos. Pensé que era Juan.

–¿Hola?

–Hola, Danielito –me dijo la voz de una Carmen agitada. –Me están

vigilando otra vez. Ese hombre del Falcon rojo acaba de aparcar enfrente de casa.

–No se preocupe, señora, voy para allí, pero aléjese de la ventana. Que no se dé cuenta que usted lo observa.

–Bien, bien, Danielito. Vení pronto.

El asunto del señor Pedro, de Josep y todo había comenzado a preocuparme. Y mucho. El tipo ese estaba por mí y era más que evidente que esperaba el momento e hincarme el diente. Debía andar con suma precaución.

Cuando llegué, con los ojos clavados del Señor Hmmm en mi mente, observándome, babeándose ante su nueva presa, me encontré con una doña Carmen nerviosa, al borde de la histeria.

–Te juro, Daniel, que no pasé juego más de dos meses con eso del juego clandestino. ¿Te parece justo que me persigan así? ¡Si es como jugarl al bingo en las casas! ¡Y hace años que no lo hago!

–Señora Carmen, no debe preocuparse. No creo que sea a usted a quien vigilan, debe ser a otro vecino más peligroso que usted.

–¡No, no, es a mí! ¡Estoy segura!

–La policía no persigue al juego clandestino, doña Carmen; lo supervisa – me reí, pero a la mujer no le causó ninguna gracia. Al contrario caminó hacia la ventana y dijo:

–Ahí está, observando esta casa, Daniel.

–No lo mire, Señora Carmen, se va a dar cuenta.

–No, tengo las persianas bajas, lo miro por la ranura.

–Bueno, tranquilícese. Si usted no hace nada, no le dirán nada. Ya se cansará, va a ver.

–¿Daniel?

–¿Qué?

–¿Te molestaría quedarte a dormir acá hoy?

Esas palabras me cayeron como bálsamo. Ya no quería volver a casa esa noche.

–No, Doña Carmen, quédese tranquila. Pero... describame al hombre ese.

–¡El mismo de siempre, Daniel, ya te dije! Es un tipo grande, de edad y de tamaño, tiene un bigotito canoso, en la cabeza entradas pronunciadas en ambos costados, casi con una calva, tiene los ojos chiquitos, pero miran mal, es regordete y da la sensación que le cuesta respirar y moverse.

–¡Doña Carmen! ¡Ese no es un policía!

–¿Te parece?

–¿Cuántos años calculo que tiene?

–Y... No creo que baje de sesenta años.

–Estoy seguro que esa persona no pertenece al departamento de investigaciones policial. Mandarían a alguien más ágil. Imagínese que tenga que correr a un delincuente.

Los pasos de la mujer se acercaron otra vez a la ventana.

–No sé... No sé... No me fío.

Despertarme en cama ajena me dio una extraña sensación. Había dormido en el sofá de la sala que daba a la calle y no pocas veces sentí el ruido del viento en la persiana que me intranquilizó.

–Por fin te despertás, Daniel Yo no pude dormir en toda la noche.

–¿Sigue ahí el coche?

–¡No, no! Se fue a las dos y diez de la mañana.

–Entonces no es un policía, doña Carmen. Para mí es un marido celoso que sigue a su mujer. ¡O un detective! La policía actúa de otra manera. Si usted fuera la búsqueda de la policía de la policía, la vigilarían sin que usted dé cuenta. Además, ¿qué eso de que se vayan de su objetivo, Doña Carmen?

–¿Te parece?

–Seguro, doña Carmen.

Sentí cuando la mujer abrió la persiana, seguramente para observar una vez más por la ventana. Decidí irme a casa de mi madre. Tomé un té de pie para no contrariar a la pobre mujer y me fui con la promesa de llamarla durante el día a ver si ese personaje la visitaba.

Estar en la calle fue diferente. Sentía los ojos del señor Pedro a todo instante. Sabía que podría ser una paranoia mía, pero aún así, no me sentí

tranquilo. Me mezclé con la gente del autobús e intenté oír cada detalle, sobre todo en las primeras paradas, a ver si el hombre ese se subía, pero lo más probable, si es que me seguía aún, lo hiciera con su propio vehículo.

Cuando bajé a una calle de la casa de mi madre inicié el habitual camino y unos pasos de frente seguido de una mano que me cogió del brazo me hizo sobresaltar y pegar un gritito.

–Soy yo, Daniel –dijo la voz de Juan.

–¡Ay, Juan! ¡No me hagas eso!

–Perdoname, te vi caminar tan rápido que quise detenerte.

–No pasa nada. ¿Adónde vas?

–Al trabajo.

–¿Podemos hablar luego?

–¡Por supuesto! ¿Pasa algo?

–Sí, pero no es grave. Después hablamos, hermano.

Juan me dio un beso y siguió su camino; yo fui directamente a casa de mamá. El olor a aceite y gasolina no se olía por lo que calculé que no se encontraba tampoco la carcasa mal trecha de la camioneta de Eduardo ni su dueño. Efectivamente, mamá me recibió con alegría, en soledad. Luego de acariciarme varias veces, decirme que estaba desalineado y mal afeitado, echarme la bronca por mi falta de interés en la familia, me ofreció un té de fresas.

–Vine a quedarme unos días, mamá –le dije y sentí que se me quedó mirando.

–¿Sucede algo malo? ¡Tenés una cara...!

–No, estoy un poco cansado de cocinarme y esas cosas. Un poco de mimos no me van a venir mal, ¿no? –y no terminé de decir esto y ya me estaba besando y sobando como tanto me molestaba.

–Vos sabés bien que ésta no es la casa de tu familia solamente; ésta es tu casa también.

–¿Puedo decidir quién se queda y quién no? –me reí irónicamente.

–¡Ay, Daniel! No sé por qué no querés a tu padre. Él te quiere tanto.

–No lo dije por él, mamá; fue sólo una broma. Además, debo reconocer que se estuvo portando muy bien conmigo últimamente.

–¿Entonces por qué no lo aceptás?

–No sé, mamá. Supongo que no me gusta ese olor a perfume barato que lleva. Pero no me hagás caso, es cosa mía. Al menos ya no lo peleo como antes.

–Yo no digo que lo pelees, digo que lo quieras un poco más. Él se desvive por vos. Estuvo preguntando toda la semana. ¡Hasta te fue a ver!

–¿A mí?

–Sí, ayer, pero no te encontró.

–¡Ah!

Me vino a la cabeza la pobre de doña Carmen, asustada tal vez por mi causa.

–¿Querés que te haga un poco de té? –dijo mi madre y recordé de repente las tertulias en los catalanes. Entonces una luz iluminó mi mente.

–¿Vos mamá estuviste con la madre de Josep todo el tiempo cuando lo mataron, no?

–¡Claro! ¡Pobre mujer! La pasó bastante mal.

–Contame todo mientras tomamos el té juntos.

–¿Qué querés que te cuente?

–¡Todo! ¡Cómo te enteraste, qué se digo entonces, qué oíste! En fin, todo lo que sepas.

Mamá suspiró y oí cuando se dirigía a la pileta de la cocina a llenar la pava con agua para el té.

–Fue muy duro, me acuerdo bien. Vos tenías siete u ocho años.

–¡Ocho!

–Sí, ocho. Bueno, la mujer vino corriendo a decirme. Habían encontrado al chico cuando volvían de no sé dónde.

–Del cementerio.

–Sí, es verdad.

Mamá puso el té en las dos tazas y enseguida las trajo a la mesa. Sentí el repicar de la cuchara cuando revolvía su taza; luego la mía y me la puso frente a mí.

–Tené cuidado, ahí la tenés.

Arrastré mi mano suavemente hasta dar con el platito de la taza que cogí.

–Vino Lidia y me dijo “¡Esther, me mataron a mi hijo!” ¡Fue terrible! Se me pone la piel de gallina sólo recordarlo. Me imagino que me pase a mí, no sé...

–Bueno, seguí contando.

–Ella había llegado con su hermana y el pobre de su padre, don Jaime, que todavía vivía. Se encontró la pobrecita con ese espectáculo. Al entrar a su casa no sospechó nada al principio hasta que fue a buscar a Josep a su cuarto. Allí encontró todo revuelto.

–¿Sólo el cuarto del chico?

–Bueno, no me acuerdo, creo que sí. Le habían abierto el armario y tirado toda la ropa. También encontró todas esas ranas que te trajo por el suelo. ¡Un desastre!

–¿Pero le robaron algo?

–¡Sí, sí! Le robaron joyas, dinero que tenía Lidia en una caja de su habitación y todos los ahorros que el chico tenía en una cartera. A don Jaime un montón de herramientas. Entonces la pobre mujer empezó a buscar a su hijo. Pensó que no estaba, que había dejado la casa sola y entonces entraron los ladrones. Las puertas no estaban rotas ni violentadas. Entonces a don Jaime se le ocurrió ir al galpón ese que tenía en el fondo... ¡Te acordás?

–Sí.

–Bueno, fue el pobre de don Jaime que fue a donde guardaba las herramientas y se encontró con el impresionante espectáculo.

–¿El chico estaba desnudo, no?

–Sí, eso dijeron. Desnudo de la cintura para abajo. Parece que no conforme con robarle también lo violaron. ¡Pobre chico!

–¿Mamá, no pensás vos que el chico era homosexual?

–¡Qué va! El chico ese era raro, sí, tal vez un poco antisocial, pero homosexual no creo. Bueno, quizá un poco amanerado. Yo tampoco soy una persona muy detallista en esas cosas, Daniel. Lo cierto que ese chico era muy correcto, muy educado. ¡Fue todo muy fuerte para la familia!

–Me imagino –dije mientras tomé un sorbo de té. –¿Alguna vez viste entrar o salir algún vecino?

–Bueno, hijo, las catalanas eran personas muy dadas, a pesar de su condición económicas. Vos sabés que eran la familia más rica del barrio. Pero jamás se fijaron en quiénes recibían. Era gente muy sencilla a pesar de su condición.

–Sí, lo sé.

–Algunos vecinos iban a cortarle las ramas a algunos de los árboles que el viejo don Jaime ya no podía subirse. Por ejemplo, Jorge Machado le ayudaba con sus herramientas cuando se le rompía alguna. Jorge siempre fue muy apañado para esas cosas.

–¿Iba con Hernán?

–O Ricardo. No sé, Daniel, el movimiento normal de cualquier casa. Acá mismo muchas veces vienen personas, ¿no?

–Una pregunta, mamá. ¿Conocés al señor ese que vive acá a la vuelta, al marido de doña Dora?

–¿Pedro? ¡Cómo no lo voy a conocer! ¡Claro, Daniel! Si vive en el barrio de toda la vida. Un hombre muy correcto, muy trabajador.

–¿Ese Pedro... no entró nunca a la casa de los catalanes?

Mi madre se quedó un momento callada pensando.

–Ahora que lo mencionás, sí –dijo al cabo de un instante. –En esa época era sereno de una fábrica que había en la otra cuadra. Bueno, está todavía, pero ahora es una petroquímica pequeña, de esas que hacen detergentes y cosas para lavar los suelos. Pedro a veces cortaba el pasto de las veredas que solía haber antes, cuando todavía la gente tenía jardines afuera. Podaba los árboles y se apañaba para esas cosas. A los catalanes les hizo algunos trabajos cuando don Jaime estaba mayor.

–¿Vos lo viste salir de ahí?

–Sí, algunas veces, Daniel. Más de una vez fuimos a tomar el té y el hombre se iba de allí, después de algún trabajo que terminaba.

Todo se me iluminó. Ya no me quedaban dudas de que Pedro, el “señor Humm”, como lo llamaba, era el asesino del pobre Josep. Llegué a la única

conclusión posible, pero decir sobre el descubrimiento a mi madre o mi hermano sería contraproducente para la investigación. Debía ir con cuidado para tener elementos de peso para mostrarle al Comisario Ojeda o al juez de turno, que incriminaran definitivamente al tipo aquel.

–¿Qué más querés saber, hijito? –preguntó mamá.

–Si estoy guapo –dije muy serio y mi madre me llenó de besos y baba cada vez que decía eso. ¡Vaya, que bocazas fui!

Capítulo 10: La trampera

En los lugares húmedos y oscuros de las casas suele haber ratas, y entonces las personas ponen tramperas para cazarlas. Tramperas, trampas, armazón de madera y alambres resistentes con una pequeña puerta provista de un resorte a presión que se utiliza a modo de trampa para cazar pájaros, pequeños animales, ratas. Todos seres capaces de ver y moverse en la oscuridad con espeluznante precisión. De niño recuerdo por las noches el “track” que venía del pequeño sótano. En realidad era un trastero cavado en un rincón del comedor sin terminar que mi padre (el biológico), ideó para poner su incipiente colección de vinos, pero esto nunca fue cumplido y mi padre sustituto (el imbécil), utilizó para guardar herramientas o cosas inservibles. En él, ni siquiera entraban dos personas juntas y más de una vez mi madre le pidió que tapara ese agujero para que pudiéramos vivir decentemente, infectado de humedad, de cucarachas y otros insectos inmundos, como así de las despreciables ratas. Eduardo prometió que lo haría algún día, pero de lo único que fue capaz es de tirar una pastilla de veneno, de esas que se prenden fuego para que largue su vapor contaminante, sellar con líquido gomoso las ranuras y no se hable más del tema. Más de una vez nos metimos con Juan para escondernos de mamá ante alguna de sus picardías, pero mis risitas,

terminaban siempre por descubrirnos. En otra ocasión, la mordida de una voraz rata en la pierna de mi hermano hizo que éste saliera disparado hacia la superficie, mientras yo quedé aterrorizado, esperando que Eduardo me sacara de ese lugar repugnante. Me acuerdo que eso me impresionó mucho y aún hoy me da cierto escalofrío recordarlo. Por eso se tomó la resolución de sellar el agujero hasta que una idea más brillante diera cuenta de lo que debería hacerse con el incómodo lugar. Mi hermano no dejó pasar la oportunidad de pasarme un trozo de lana de mi madre y decirme que era la cola de una rata, y yo, aunque sabía perfectamente que no era así, saltaba como un resorte. Por las noches, terribles pesadillas acudieron a mis sentidos. Me quedaba largas horas oyendo si algún movimiento sucedía debajo de la cama y por la mañana, al ir a la escuela, tenía serios inconvenientes para que mamá me despertara. Con los años, los ruidos de movimiento en ese mini sótano, continuaron y se me hicieron más afines, pero dejar de tener asco, nunca. Era obvio que las ratas tenían una comunicación con el exterior por la misma tierra y el piso carcomido por la humedad reinante. A juzgar por el suelo de madera de ese trastero y los años que pasaron desde su precaria construcción, no fue difícil suponer que se pudrió y que las ratas hicieron su propia morada del lugar. Por las noches, cuando me quedaba a dormir en casa de mi madre, y con el oído agudísimo que tenemos los ciegos, se oían las voces de las ratas. Pequeños grititos de roedores que intentaban sobrevivir, salvajes peleas, y las patitas

golpetear inquietas, correr por la madera carcomida en su afán de buscar la presa, quizá, otra misma rata. Al menos no podían comunicarse con el comedor.

Hacía mucho que no oía aquel ruido. De adolescente, alguna vez, imaginé en qué sucedería si las ratas escapaban y recorrían la casa. Hoy mi respuesta sería que seguramente mi madre se subiría sobre alguna silla, de esas que me describía Juan cuando me relataba las revistas de teveo, Eduardo las correría a escobazos y yo me moriría de de risa de la situación. Aunque, la idea del contacto con esos roedores nauseabundos por mi piel me daban cierto escozor. Las tramperas ya no se oían más y, ¡claro!, las que aún podrían estar activadas quedaron vencidas ante el moho húmedo del tiempo. Las ratas habían triunfado en su batalla. Con los años mamá le puso una pequeña alfombra para taparla y el trastero desapareció de nuestras vidas.

Pero ahora me encontraba en otra lucha más importante. La de cazar una rata mayor, mucha más sanguinaria, que como los repugnante roedores, eran capaces de moverse a las sombras de los ojos cotidianos de las personas. Y para ello debería crear una trampa, la más colosal y precisa trampa que no le dé la oportunidad al sanguinario animal a escapar de su prisión. Por supuesto era consciente que para que un roedor de semejante tamaño, llámese el asesino de Josep, debería tener también su queso para ser atraído a la dicha trampa.

Cuando Eduardo regresó de no sé dónde, pareció sorprendido de mi visita.

–¿Qué hacés acá? –dijo

–¡Qué! ¿Te molesta acaso que haya venido? –inquirí con sorna.

–No, al contrario, Daniel –respondió, pero su voz me sonó extraña. –Sólo que no te esperaba.

–¿Fuiste a verme? –le pregunté.

–¡Quién! ¿Yo?

–Sí, vos, Eduardo. Mamá me dijo...

–¡Ah, sí! El otro día, pero no estabas.

–¿Para qué?

–¡Cómo para qué! ¡Para verte! ¡Sin más! ¿Necesita un padre una excusa para ver a su hijo?

No le respondí sobre el tema de las paternidades; él lo sabía muy bien.

–Pensé que era por algo especial –respondí.

–¿Te quedás unos días acá o volvés a tu casa hoy?

–Tal vez me quede unos días, Eduardo.

–Ah, muy bien –dijo. Pero luego mis oídos captaron que se quedó de pie tal como dijo su última frase, tal vez observándome.

–¿Pasa algo? –pregunté.

–No, nada. Bueno... Un poco preocupado con eso del trabajo. No me están saliendo muy bien las cosas, Daniel.

Luego Eduardo se movió hacia la derecha y siguió firme allí. Yo de pie al lado de la puerta que daba a mi cuarto, continué impasible tratando de captar sus movimientos.

–Sobre aquel asunto que andabas investigando... –dijo al cabo de unos segundos, pareciendo medir sus palabras para que no lo tomara a mal.

–¿Sí?

–¿Qué tenés pensado hacer, Daniel?

–No sé... ¿Qué puede hacer un ciego después de dieciocho años del crimen?

–No mucho creo yo.

–Pues eso, no mucho –respondí.

–¿Al menos tenés una pista de algo? Ya sabés que podés contar conmigo.

Estuve tentado de decirle algo, pero preferí ocultar un poco más mis evidencias.

–Tal vez. Cuando esté seguro te digo.

Eduardo se quedó un rato más, estimo yo observándome y finalmente salió otra vez.

Durante el día estuvimos tranquilos, hablando de viejos tiempos, yo tratando de sonsacarle algo más a mi madre sobre los días del crimen, pero no logré mucho más. A la tarde, poco antes de salir, llamé a doña Carmen para que me contara sobre la persona que la vigilaba.

–No, querido; hoy no vino. Debió ser como vos dijiste: un marido celoso.

–¿Está segura, doña Carmen? En ninguna parte de la calle.

–¡Segurísima, Daniel! Es más, salí a comprar el pan y no lo vi por ninguna parte. Espero no verle más.

Cuando corté pensé que el Sr. “Hummm” podría haberme visto llegar. O su mujer. Por lo que me dispuse a no tener más dudas y visitar personalmente a la familia.

Sin decirle nada a nadie salí directamente a verle. No necesité llamar.

–No toques timbre, Daniel. Estoy aquí –dijo esa misma voz áspera que me atacó en la calle Lavalle y que ya conocía tanto.

–¿Cómo le va, señor Pedro! –dije. –Vine a ver si tuvo suerte con los billetes.

–No, parece que no –me dijo.

–Entonces aquí le traigo más, a ver si el azar le sonrío.

El hombre pareció meditar la respuesta.

–Pasá –me dijo y me cogió del brazo con fuerza, casi podría decirse que llegó a dolerme.

–¿Doña Carmen? –pregunté.

–No está –respondió y un escalofrío sacudió mi cuerpo.

–¿Viene enseguida?

–No sé; tiene a su hermana enferma ingresada en el hospital. No sé a qué hora va a venir.

El hombre acomodó una silla y me alcanzó mi mano a ella para que me

sentara.

–¿Quieres tomar algo? –me preguntó, pero mi sentido de la lógica evitó lo que podría ser un envenenamiento, o no, ¡nunca se sabe!

–No, señor Pedro. Ando con algunos problemas de estómago. Bueno, problemas de todo tipo.

Puse la trampera en el agujero.

–¿Qué te anda pasando?

La rata olió el queso.

–Problemas de amores, señor Pedro. Cosas de todos los días; no se haga problemas.

El hombre se quedó en silencio.

La rata no se decide a coger la comida.

–Seguro que usted cuando fue joven tuvo algunos asuntos mal resueltos.

–¿A qué te referís? –dijo a la defensiva. La rata desconfía y se aleja, pero observa.

–No sé, cuando tenía mi edad, o más joven. Alguna chica que se le escapó.

–No, siempre estuve enamorado de mi mujer –dijo ásperamente.

–Bueno, entonces no me podrá comprender nunca, señor Pedro.

–¿Por qué?

–Porque yo no estoy enamorado de una mujer.

Doble ración de queso.

El hombre pareció recibir el golpe, sin embargo sus palabras apuntaron a otros lados. La rata se quedó en el mismo lugar, mirando. Más bien desinteresada.

–¿Qué número trajiste?

La rata, hábil en el tema de sobrevivir, huyó sin dar la mordida esperada.

–Aquí tiene, fijese en mi mochila. Hay treinta billetes, elija el que quiera. Y perdone...

–¿Qué cosa?

–Por escandalizarle. No quise molestarlo. –A veces es conveniente mover un poco la trampa para que el aroma del queso invada toda la cueva.

–¿Qué decís, pibe! ¡Cada uno es como es!

–¡Pues sí! A mi me tocó ser ciego y gay.

–No parecés ser gay –dijo de repente y me sonó a “¡estás mintiendo!”

Entonces el hombre, cansado de que la rata no tome su comida y el resorte de alambre caiga y aprisione definitivamente sobre el cuello débil de la astuta rata, sale a atacarla con un palo y dije:

–¡Usted tampoco!

–¿Yo? ¡Claro que no! –respondió escandalizado.

–Sin embargo hay alguien en el barrio que opina lo contrario, Pedro. –El sacarle el “don” o el “señor” me acercaba más a su persona, peligrosamente más cerca. La rata podría morderme la mano.

El hombre se puso de pie y se acercó a la puerta. Sentí el “clic” del pasador y luego cerrarla con llave; me intranquilité, pero no dije nada. Pedro volvió a su sitio.

–¡Decime quién dijo esa estupidez!

–¡No me pida eso, Pedro! Usted sabrá mejor que nadie.

Entonces mis palabras provocaron la huída definitiva de la rata. El palo no dio en su sitio y ya el torpe cazador no volvió a ver al roedor. El Señor Hmmm se puso de pie y volvió a la puerta, que destrabó nuevamente.

–Te voy a pedir que te vayas, Daniel.

–No quise molestarle, Pedro. Pero las cosas se saben.

–¡No seas impertinente! ¡Nunca le pegué a nadie, menos a un ciego, pero puedo hacer una excepción. Ahí tenés tu mochila y tus billetes.

Entonces el cazador estiró su mano y tocó la rata con sus propios dedos, sintiendo la repugnancia de su cuero áspero y sucio.

Estiré mi mano donde estaba la mesa y golpeé sin querer un objeto suave, de cristal.

–¡Cuidado! ¡Casi tirás la rana de cristal de murano!

Me quedé con la mano estirada. ¡Di con la rana faltante de Josep! ¡La gran prueba necesaria!

–No quise ofenderlo. ¡De verdad! –dije, pero luego sentí como Pedro me ponía la mochila en el brazo, como el hombre abrió la puerta y ante su

insistencia, salí de su casa sin pena ni gloria.

Fue tiempo de revisar mi trampera. Pero honestamente no tenía ni idea cómo. Volver a la casa del criminal sería contraproducente, como decirle “yo sospecho que usted es el asesino de el pobre Josep y voy a por usted para que la justicia lo meta preso”; seguirlo como él lo hacía conmigo, imposible ante mis limitadas condiciones visuales. Debía pensar, debía pensar.

Estaba al día siguiente del fracaso en estos pensamientos, mientras bebía un té de mamá cuando alguien vino a casa. No me fue difícil distinguir la voz del Señor “Hmmm” hablando con mi madre.

–Venga pase y pregúnteselo usted –le propuso mi madre.

–No, lo espero aquí –respondió Pedro.

–¡Venga, hombre! ¡Está en la cocina!

Entonces al criminal de Josep no le quedó otra cosa que entrar. Mamá lo acompañó alegre sin saber a quién tenía a su lado.

–Vino el Señor Pedro a verte, Daniel. Quiere saber si ganó algo de lo que te compró.

–Bueno, mamá. ¿Podés dejarnos solos?

En ese caso a mi madre, no le quedó otra que mi petición y se fue hacia el patio.

–La próxima vez tendrá que buscarse una excusa que cuadre mejor –me reí.

–La tengo chungu eso de mirarle los premios.

–Tu madre que insistió en que entrara –se excusó.

–¿A qué vino?

–Necesito hablar con voz.

–¿Lo estamos haciendo, no?

–En privado, Daniel. En otro sitio.

Me quedé en silencio un momento. No supe qué responderle, pero consideré que era evidente que el criminal quería confesarse, o al menos acercarse al tema.

–¿En su casa? –pregunté.

–Sí.

–¿Ahora?

–¡No, ahora no! Preferiría que fuera mañana o pasado. Cuando vos digas.

–Mañana por la mañana está bien –dije impulsivo.

El hombre se marchó con la novedad de que no había sacado ningún premio, pero con un par de billetes nuevos en la mano para que mi madre no sospechara. Yo me quedé pensando en cómo debía ir a su casa. Decirle a mamá o a Juan sería complicado porque no me dejarían ir y también corría el riesgo de terminar con la investigación abruptamente. Entonces apareció Eduardo. El tipo recién entraba luego que se marchó el vecino y preguntó casi escandalizado:

–¿Qué buscaba éste?

–Me compró unos billetes y vino a ver si tenía premios.

–¡Daniel; eso no me lo creo! –dijo de repente muy molesto.

Yo me sorprendí

–¿Qué podría estar buscando?

–Saber si vos está investigando la muerte de Josep.

Me quedé helado ante las palabras de Eduardo, que después de todo no parecía tan imbécil.

–No subestimés a los que podemos ver, Daniel. Hace tiempo que sé que andás detrás de sus pasos, y si no dije nada es porque vos no quisiste confiar en mí.

–¿Vos creés que el tipo ese pudo ser el que mató a Josep? –le pregunté.

–No, definitivamente no. Pero la gente se puede enojar mucho si la mezclás en esas cosas.

–Debo decirte algo, Eduardo, pero tiene que quedar entre nosotros –dije ya resignado de que el imbécil (no tanto) supiera todo sobre mis movimientos.

–Quedate tranquilo; vos ya sabés que podés confiar en mí, Daniel. Seré una tumba.

–¿Te acordás que una vez te conté que oí a un tipo que estaba con el pobre Josep?

–Sí.

–Pues... Era este Pedro.

Eduardo quedó en silencio un momento.

–¿Estás seguro?

–Sí. Lo sé. Nunca olvidé esa voz.

–Bueno, eso no significa nada, Daniel. El pibe aquel podía acostarse con cien tipos diferentes.

–Puede ser, pero es una punta de aquello, ¿no?

–No sé... El tipo éste es muy raro, yo sospechaba que podía ser maricón, pero eso no significa nada. No le veo el perfil, Daniel. Yo te diría que dejes las cosas como están. Podés salpicarte o encontrar algo peor. Vos pensá que la ley no te avala, es duro aceptarlo, pero ni siquiera te acepta como testigo presencial. Una voz no significa nada.

–Ya sé.

Eduardo camino de un lado para el otro, luego volvió al sitio donde estaba.

–Yo creo que debemos ir a la policía –dijo nervioso.

–¿A qué?

–A decirle todo esto.

–¡Eduardo! ¡Vos mismo me decís que una voz no es nada... ¿Qué le podemos decir a la policía?

–No sé, Daniel, pero ya se te escapó de las manos una vez. Y esto ya es mucho más de lo que vos, ¡y yo mismo!, podemos manejar. Que se hagan cargo

ellos.

¡Y qué dirías entonces si le dijera que tenía una cita precisamente con ese personaje extraño del barrio!

–Yo creo que deberías dejar todo esto o bien dejarlo en manos de la policía, Daniel. Esto se tornó peligroso y ni vos, ni yo ni nadie somos capaces de resolver.

–Tal vez tengas razón –le dije para conformarlo, pero lejos estaba de detenerme.

Eduardo se quedó un rato observándome y luego de bufar salió a la calle de nuevo. Yo me metí en mi cuarto y me sumergí en otro tomo de “Los Miserables”.

No me sorprendió que Pedro estuviera en la puerta a las diez de la mañana cuando llegué al día siguiente a su casa. Lo sentí ansioso, nervioso. Y no me extrañaría que me estuviera esperando.

–Aquí estoy, Daniel –dijo con su voz áspera, pero despacio para que nadie lo oyera.

–Aquí estoy yo también, Pedro –le dije.

–Sí, pero acá no podemos hablar –me dijo. –Vamos a otro sitio.

–¿A dónde?

–¿A otro sitio! Andá caminando hasta la calle Gaboto en intersección con

esta calle que te recojo.

De verdad creo que el nivel de mi inconsciencia fue superior a la que yo mismo podía sospechar. Caminé como un autómata al lugar indicado por aquel hombre, pero sin saber si seguirle o no. Estaba ante la posibilidad de descubrir lo que deseaba, pero por el otro lado, ante un eventual peligro, que sería imposible evitar. La dirección quedaba a dos calles de ahí y era evidente que Pedro pretendía que no me vieran subir a su coche; también quería alejarme del lugar. Esto me inquietó y me hizo pensar más sobre mi decisión. Con todo, llegué a paso al lugar, pensando también si era conveniente darle un llamado a Juan. Sin embargo, no lo hice y no pasó mucho de que llegara a la esquina propuesta cuando un coche se detuvo a metros de mí. Oí la puerta que se abría y se cerraba y luego pasos rápidos hacia mí. Durante un segundo dudé, pero el impulso de aquel hombre me anuló.

—Vení, subí rápido —dijo Pedro. Me cogió fuerte del brazo y metió un poco a empujones dentro del coche. Luego dio la vuelta y se subió rápido y el coche salió a toda velocidad en línea recta.

—¿Todavía con el coche rojo? —le dije haciendo alarde de mis sagacidad. Pero Pedro no dijo mucho al respecto.

—Sí. Vamos a un sitio para hablar tranquilos —dijo. Sus palabras me inquietaron. Instintivamente llevé mi mano al pecho donde tenía el bolsillo con el móvil. Sólo pulsar una tecla y estaría en comunicación con Juan.

El coche siguió de frente durante un par de kilómetros, luego dobló a la derecha, más tarde a la izquierda y comprendí que Pedro buscaba desorientarme. Por más que quise memorizar todas sus vueltas, hasta un ciego como yo pierde el sentido cuando se viaja por más de una hora en esas condiciones y finalmente no supe dónde estábamos. Iba en silencio y yo no tenía nada que decir. Por fin clavó los frenos y oí el cantar de pájaros, por lo que deduje que estábamos en un barrio de calle bajas con muchos árboles.

–Llegamos –dijo. Bajó con más pausa y me abrió la puerta para que descendiera. –Cuidado, donde vamos hay una pequeña escalera de cemento, pero sin baranda. Agarrate de mí.

El principal sospechoso del asesinato de Josep cerró su coche y salió adelante, yo tomándome de su hombro. Subimos seis escalones y luego pasamos por una puerta angosta que al tacto supe que era de madera, muy rancia, y descuidada por cierto. Oí el clic del encendido de una bombilla y luego Pedro cerró la puerta con llave.

–¿Dónde estamos? –pregunté.

–Lejos de casa –me dijo. En ese momento me arrepentí de tanta valentía. Metí mi mano en el bolsillo del pantalón junto al móvil y esperé algún movimiento dudoso para pedir auxilio a mi hermano Juan. Estaba en un lugar extraño, que todo olía a humedad, a viejo, pero que sin embargo aquel hombre conocía perfectamente y lo utilizaba vaya a saber para qué.

–¿Era necesario venir tan lejos? –inquirí.

Pedro suspiró profundamente, luego me tomó del brazo y me acercó a un asiento mullido; no tardé en comprender que era una cama.

–Era necesario –dijo al cabo de un momento. –Bueno, supongo que era necesario.

–No entiendo, Pedro.

–Debo confesarte algo, Daniel.

–¿Qué?

Pedro hizo un silencio incómodo. Se acercó a un sitio con estantes y cristalería. Oí como se chocaban dos vasos y luego servía algo.

–Lo único que tengo para ofrecerte es un poco de refresco. Ni siquiera está frío, lo siento.

–No quiero nada, gracias.

–¿Tenés miedo a que te envenene?

No respondí, pero sí, tuve temor a que me metiera algo en la bebida.

–Si quisiera matarte, ¿creés que necesito traerte tan lejos y meterte algo en la bebida? No, con sólo esperar en una esquina que cruces la calle, acelero y listo: ¡un accidente! La sociedad entera diría: “el ciego cruzó sin percibir que venía un coche”. Estaría dos o tres días en la cárcel y luego a la calle.

–Sí, es cierto. Parece que se lo ha pensado todo al detalle.

–No, Daniel. Dije si quisiera matarte, pero no está en mis planes...

Pensé que diría “por ahora”, pero a cambio oí como tragaba su bebida.

–¿Entonces no querés un poco de refresco?

–No. Me dijo que tenía que confesarme algo.

–Sí, es cierto, Daniel. Bueno, la verdad es que te estuve siguiendo.

Iba a hacer uso otra vez de mi sagacidad, pero preferí quedarme en silencio y oír todo lo que tenía que decirme.

–¿Por qué?

–Pues... El otro día que viniste por primera vez a casa con la excusa de venderme los billetes me di cuenta que era cierto lo que me dijeron.

–¿Qué?

–Que sospechás que yo maté al chico catalán.

Me quedé duro sin poder articular palabra.

–La verdad que me asusté un poco, pero... Luego creí que no, que no podía ser. Pero cuando me dijiste esa ridiculez de que eras homosexual, ahí comprendí que sí, que buscabas ponerme la zanahoria para que la siguiera como una mula derecho a la trampa. ¿No es así?

Pedro se acercó y se sentó junto a mí.

–¿Sos homosexual?

Comencé a sentir escalofríos. Sentía la respiración de ese tipo muy cerca de mi cara. Instintivamente me moví al lado contrario donde se encontraba aquel hombre.

–Pedro... –dije. –Sé que tenía relaciones con Josep.

La cama experimentó un pequeño sacudón, lo que deduje que Pedro hizo un movimiento brusco ante mis palabras, tal vez golpear el colchón con su puño.

–¿Por qué estás tan seguro? ¿Quién te lo dijo?

–Yo mismo lo oí, Pedro. ¿No recuerda cuando salió a ver quién era el que estaba en la puerta?

El hombre se puso de pie y suspiró largamente.

–Entonces nos descubriste nomás...

–Sí.

–De verdad pensé que un chico tan pequeño y ciego... ¡Cómo iba a imaginarme!

Tragué saliva. Me estaba metiendo en la boca del lobo.

–En realidad Pedro, no lo identifiqué entonces. Pero aquella voz, la forma de decirle cosas a Josep no se me olvidó nunca. Luego comprobé que se trataba de usted cuando le oí hablar con su señora y terminé de confirmarlo cuando toqué la rana en la mesa de su casa. Aquella rana que Josep no me dejó tocar. Esa era de él. La que desapareció cuando le robaron a los catalanes.

Pedro se acercó a un mueble y sentí el arrastre de un cajón abriéndose y lugar con su mano algo.

–Sos más inteligente de lo que suponía, Daniel. Es verdad, yo estuve aquel día con Josep, y también es cierto que la rana de cristal italiano era de él.

Entonces comprendí que estaba totalmente inofensivo ante lo que aquel hombre quisiera hacerme.

—¿Entonces? —me preguntó y su voz sonó más áspera y apagada que de costumbre. Me pareció amenazante.

—¿Entonces qué? —interrogué a su vez y me aseguró que mi dedo pulgar rozara la tecla de auxilio del móvil aún sin pulsarla.

—No me das más alternativa, Daniel —dijo y oí el martillo de un revólver echarse para atrás, luego se me acercó mientras comencé a temblar y disparó.

Mi corazón dio un vuelco, pero la bala no salió. Yo no atiné a nada, mi mano temblaba junto al móvil sin poder atinar a ningún movimiento.

—Tomá; está descargado —dijo Pedro y puso el revólver en mi regazo. Recién allí saqué la mano de mi bolsillo. —¿De verdad te pensás que yo asesiné a aquel chico?

—Todo lo lleva a usted, Pedro. Le soy sincero.

—Si yo fuera un asesino ya te hubiera matado para que no me culparan, Daniel. Esta es mi prueba de que soy inocente. Te tenía solito, lejos de todo lo conocido en una casa alejada de todo en Villa Calzada. ¿Sabés dónde queda eso?

—Sí.

—Y sin embargo no lo hice porque jamás maté ni una mosca, Daniel.

—Pero usted estuvo aquella tarde...

–Aquella tarde y muchas, Daniel. Yo quería Josep. Y esa rana que vos decís pertenecía a él, fue lo único que me quedé, pero no para robarla, sino como recuerdo de esa relación. ¡Estábamos juntos! De repente sentimos ruidos y cuando me volví, ahí estaba él, el asesino, apuntándonos, a punto de robarnos. Bueno, de robar a mi querido Josep.

–¿Y por qué no lo mató a usted también?

–Porque yo sabía que estaban robando la casa, Daniel. Yo lo entretenía, mientras él robaba: ese era el trato. Pero no quería nada, Daniel.

–No comprendo –dije con la mirada al cielo.

–Y sin embargo es tan fácil –suspiró una vez más. –El tipo aquel se enteró de golpes y porrazos que yo tenía cosas con Josep, y vino a extorsionarme. Ya sabés como es esta sociedad, no acepta a uno que es distinto. Hay muchos prejuicios, Daniel. Y yo tenía miedo que se enteraran todos de... mis inclinaciones. En el barro, en el trabajo. No fui muy valiente para enfrentar la situación.

–¿Y para cuidar apariencias se casó?

–No, a Dora siempre la quise.

–¿Y Dora supo de Josep?

–Sí, esa misma noche se lo dije. Fue un golpe muy duro para ella. Todavía no lo superó. ¡Qué se le va hacer, Daniel! Las debilidades de un hombre –dijo vencido.

La cabeza comenzó a darme vueltas; miles de ideas acudieron a mis sentidos. Sus palabras me sonaron convincentes, pero aún me faltaba atar algunos cabos.

—¿Por qué mataron al chico, Pedro?

—¡No digas mataron! Debés decir por qué lo mató. Porque fue él solito, Daniel. Un ser cruel, despótico, despreciable, que no tiene ningún tipo de escrúpulos ni miramientos a la hora de matar. Pero ese no era el trato. Yo sabía por boca de Josep que su familia iba a llevar flores a la tumba de su familia; inclusive iba don Jaime a reparar algunas cosas y era de presumir que tardarían. Entonces le avisé a este tipo que me extorsionaba y organizamos el robo. Pensé que con eso ya se acabaría toda la extorsión. Bueno, el trato era que él robara. Pero de repente vino, nos vio juntos y comenzó a reírse y sin más sacó su revólver, éste mismo que tenés en tus piernas, y le disparó dos tiros en el pecho. El revólver se trabó y no salieron más. Josep cayó herido, pero no estaba muerto y me miró desconsolado, con sus piernas desnudas; entonces la hiena salvaje esa cogió un martillo y le pegó en la cabeza, por delante, por detrás. Yo quise evitarlo, pero mientras me subía los pantalones vergonzosamente, el monstruo acabó con su cometido. Yo creía que yo también caería bajo sus golpes, de hecho creí en ese momento que hubiera sido lo mejor, pero no, él tenía algo mejor para mí. Extorsionarme toda la vida.

Me quedé callado un momento sin saber qué decir. El hierro del arma me

devoraba las piernas, me pesó más de una tonelada en ese instante.

–Sí, Daniel, yo fui cómplice del ladrón, y del asesino, aunque nunca estuvo en los planes matar al chico. No, en mis planes. Pero él lo tenía todo milimétricamente calculado.

Nos quedamos los dos en silencio. El hombre se sentó a mi lado de nuevo, sacó el revólver y sentí que lo arrojó sobre una mesa.

–Ya está, ya sabés la verdad.

–Señor Pedro –dije.

–Decime.

–¿Quién mató a Josep? ¿Fue el italiano Giusseppe, el vidriero?

–¡No, pobre Giusseppe! ¡Él no! –rió tristemente. Luego se puso de pie de repente, acomodó algunas cosas y dijo: –¡Vamos! ¡No quiero que estemos mucho tiempo aquí!

Comprendí que nunca me diría el nombre del criminal, aunque yo no me resigné. Me ayudó a bajar la escalera y me ayudó a entrar al coche.

–Comprende que yo no me voy a quedar quieto con esta información, señor Pedro.

–Me imagino, pero te voy a decir una cosa, Daniel. Si tenés la mala idea de denunciarme a la policía, cosa que no creo que te hagan caso, voy a negar todo, Daniel. Soy un viejo y ¡qué voy a hacer yo en prisión! Ahora, cuando vuelva a casa, ya no existirá ni la rana ni nada que pueda incriminarme y con

respecto a la casa de Caraza, está demás decir que no podrás hacer ninguna descripción.

Se quedó un momento en silencio y luego suspiró.

—Mirá, Daniel, te aprecio mucho, y a tu madre y tu hermano también, pero nunca voy a decirle a la policía ni a nadie lo que sucedió aquella tarde. Tenés que comprenderme. Sé que no es lo más decente, pero... ya soy un viejo acabado. También te pido que nunca le digas a nadie que mantuvimos esta conversación. Ni a tu familia. Es por tu propio bien, y te juro que no te estoy amenazando. Como te dije, no soy capaz de matar una mosca.

—¿A qué teme, Pedro?

Finalmente la rata cayó en el alambre tenso del resorte, le aplastó la cola pero mi mano misericordiosa levantó la palanca y la dejó escapar. Entonces esperé que me dijera la prisión, ser el hazme reír de la gente, la humillación, la muerte, cualquier cosa, pero no lo que finalmente dijo:

—A la soledad, Daniel; a la soledad.

Capítulo 11: El acertijo de Villa Caraza

Volvimos a casa en silencio. El Señor Pedro me dejó en la calle Gaboto, a dos calles y media de casa y volví con mi bastón a paso rápido, pero seguro. Toda la historia aquella que me contó, sin duda me impresionó y me hizo dudar sobre la veracidad de mi teoría. Como dijo el Señor Pedro, si fuera un asesino me hubiera aniquilado allí mismo o en circunstancias menos sospechosas, sin embargo, lo noté débil, apagado, vencido. Para nada me pareció el perfil de un asesino; ni siquiera de un criminal pasional. Aunque estaba implicado, admitido por sus propias palabras.

La gran cadena de interrogantes que aquel hombre me dejó fue mayor que las respuestas obtenidas. Sentí que me había metido en un túnel y que me dirigía hacia la luz final, hacia la verdad, pero el camino era oscuro, sinuoso y lleno de obstáculos, entre los que se encontraban dos ojos observantes, llenos de odio y maldad dispuestos a acabar conmigo en al menor indicio. Entonces tuve miedo. Del más puro e intenso miedo. No me da vergüenza admitirlo. Ya no.

Al llegar a casa me encontré con Eduardo en la puerta.

—¿Dónde estabas, Daniel?

—Por ahí —dije y comencé a entrar por el pasillo de casa, pero Eduardo me agarró fuerte del brazo en una acción que me pareció violenta.

–¡Por ahí no es una respuesta! ¡Tu madre y yo estamos preocupados! ¡Te vas por ahí, no avisás! ¿En qué andás, Daniel?

Entonces le saqué el brazo con violencia y seguí mi camino hacia el interior de la casa en silencio. Eduardo vino detrás de mí, pero sin pronunciar palabra. Él sabía perfectamente como me ponía cuando me presionaba.

–¡Por fin! –aulló Juan en el interior.

–¡Vaya! Parece que todo el mundo está pendiente de mis pasos –dije de mal humor.

–¿Te parece mal? –preguntó mi hermano de mal talante.

–Sí, muy mal. Soy ciego; no inútil.

–Nadie dice eso –intervino Eduardo.

–¡Shhh! Estoy hablando con alguien de mi familia –le respondí lo más desagradable que pude.

–¡Daniel! –gritó Juan. –¡No le hables así a papá!

A eso no dije nada y me sumergí en mi cuarto. Luego tuve que recibir también la perorata de mamá y todo eso sobre los cuidados y las preocupaciones. Pero finalmente cuando todo se apaciguó salí para cenar y ya nadie tocó el tema de mi salida, salvo Eduardo que lo tocó de refilón cuando estábamos por los cafés y tés.

–¿Y, cómo te fue la venta de los números, Daniel?

–Bien –dije.

–El tipo ese que vino hoy, Pedro, ¿te compró alguno?

–No.

–¿Qué quería?

–Eso, revisar sus números a ver había ganado algo.

–¿Y?

–¡Yo qué sé! –dijo otra vez de mal humor, entonces intervino mamá con una noticia.

–El sábado estamos invitados a un picnic en Villa Elisa –dijo entusiasmada.

–¡Qué bueno! –dijo Juan. –¿Se puede ir acompañado?

–¿Se puede ir acompañado, Eduardo? –le preguntó a su vez mamá a su esposo.

–¡Claro! Lo organiza el centro de jubilados de la calle Hernandarias. ¿Querés traer a una chica?

–Sí –respondió Juan.

–Yo les aviso que los llevo en la camioneta y los dejo; tengo que ir a ver un trabajo –anunció Eduardo.

–¡Ay, Eduardo! ¿Justo el sábado?

–Y... sí. En estos momentos no estamos para desperdiciar nada. ¿Vos vas también, Daniel?

–No –respondí. –¿Qué voy hacer yo en un picnic! ¿Cazar mariposas?

–Me podés acompañar a mí, Daniel –dijo mamá. –A las cinco de la tarde ya

estaríamos de regreso.

–No, prefiero quedarme en casa. Además de aquí al sábado tengo que vender los billetes y el sábado ir a por los nuevos.

Así quedaron las cosas, Eduardo llevaría a todos, pero Juan propuso ir en su coche, por lo que Eduardo y yo nos quedaríamos juntos a compartir un hermoso día de encuentros entre imbécil e hijo. Él, en la calle, y yo en mi cuarto leyendo braille o vendiendo los últimos cupones en la calle Lavalle.

Pero antes del sábado seguí con mi búsqueda. Cuando salí al día siguiente a la calle, oí movimiento hacia la esquina. Me pareció oír la voz del Mota y hacia allí fui, metido como era, con mi mochila al hombro, mi bastón hacia delante y mis ojos al sol. En la casa de Jorge Machado estaban los dos hermanos, Ricardo y Hernán, hablando animadamente con una mujer, una niña y el propio Mota, por lo que deduje que se trataba de su esposa y su hija.

–¡Qué tal, Daniel! –me dijo efusivo Ricardo.

–¡Acá ando, buscando clientes!

–¿Clientes de qué? –preguntó la niña con curiosidad.

–Vende talones de lotería –respondió Hernán.

–¿Me comprás uno, linda? –le pregunté entonces a la criatura, por su voz no creí que superara los ocho años.

–¿Y cómo sabés si soy linda si sos ciego? –me respondió.

–¡Yésica! –gritó su madre ante la ocurrencia.

–¿Qué tiene de malo? –defendí. –No diga nada que fuera mentira. Pero te voy a responder, Yésica. Me doy cuenta que sos linda porque tenés perfume a chica linda, además tu voz me lo dice. Una voz así no puede salir de una nena fea.

–¿Ves? –dijo Ricardo riéndose. –Ahora tenés que comprarle un billete, Raúl. Sin embargo, el Mota estaba en silencio y lo noté tenso. –¿A cuánto los vendés, Daniel?

–Diez pesos.

–¡Diez pesos! –aulló exageradamente Ricardo. Con eso como una semana.

–Dame uno –dijo la mujer que acompañaba a Mota.

–¡Para qué le vas a comprar!

Yo bajé mi mochila, pero evidentemente hubo algún cruce de miradas que no capté y la venta se anuló.

–Nos vamos, adiós –dijo el hombre y se alejó con su familia que también se despidieron amablemente.

Yo suspiré resignado.

–¡Tenés que comprenderlo, Daniel! –dijo Ricardo. –Lo que le pasó fue muy duro, encima se lo vinculó a esa muerte de ese chico de acá enfrente. ¡Y él era un chico entonces!

–Así es –dije y me alejé hacia la esquina, luego doblé y di vuelta la manzana como cuando era niño.

El barrio ya no era lo que fue; las aceras tampoco y alguna vez mi bastón golpeó con un escalón donde hubo vereda rasa.

Cuando di vuelta por la otra calle y pasé por el Señor Pedro, seguí de largo, aunque oí el agua de una manguera regando las flores del jardín del costado. No me preocupé por saber si era Pedro o Dora los que estaban allí; mis días en esa casa se habían terminado y seguí de largo como si nunca hubiera tenido relación alguna con aquellas personas. Mi ceguera fue una excusa perfecta.

Cuando doblé para el lado de casa me encontré con Teresa, mi vieja amiga Teresa.

—¿Qué tal, Danielito?

Su voz ya me hizo sonreír.

—Hola, Teresa. ¡Hace cuanto no me das una rosa!

—Ya sé, pero te dije que se me secaron. ¡Qué lástima, no!

—La verdad que sí.

—Ahí está tu padre que te estaba buscando.

—Pero si recién salí de casa.

—No sé... ahí lo tenés en la puerta esperándote. Ya viste como nos ponemos cuando nos venimos viejos, Daniel.

—Por eso yo nunca voy a ser viejo, Teresa.

Se rió por la ocurrencia. Me dio un beso y siguió su camino, mientras yo llegué a la puerta de casa. Eduardo no me dijo nada; hizo como que no estaba,

pero yo no dejé pasar la ocasión de mostrar mi destreza para descubrir a las personas.

–¿Qué pasa, Eduardo? ¿Enfadado porque salí sin permiso?

–¿Dónde fuiste? –me preguntó.

–A ver a mi novia. ¿No la viste en la esquina?

–¿La vieja Teresa?

–¿Vieja? ¡Me dijo que tenía veintidós! Ya ves como nos engañan a los ciegos.

Eduardo gruñó.

–¿Fuiste otra vez a ver a ese tipo?

–¿A quién?

–¡No te hagás el tonto! ¡Al Pedro ese!

–No, no lo vi. Los ciegos no ven, ¿no sabías? –seguí mi camino risueño, pero Eduardo me detuvo de un tirón en el hombro.

–¡Sos idiota o qué!

Me quedé sorprendido por su agresividad. No le dije nada; no supe qué decir, pero luego de zafarme de su garra me metí en casa en silencio.

Juan ya se había marchado y Mamá miraba una novela, por lo que me senté con ella y escuché las tonterías que decía la tele. Mientras mamá me comentaba cómo estaban vestidos los actores, me quedé pensando en la actitud de Eduardo.

Fue imposible dormir hasta tarde con el bullicio que hicieron Juan y mamá para irse al picnic. También esa chica de voz chillona que nunca había oído, otra de las conquistas de Juan. Cuando ya volvió todo a la calma, otro ruido estridente. Como algo de metal golpear contra una piedra o algo así, me hizo despertar definitivamente.

—¡Qué mierda...! —dije impulsivo llegando al comedor. No tardé en darme cuenta que lo que sucedía era que el viejo sotanillo, el que tantas veces escondió a Juan y a mí, había sido destapado.

—¡Esto inmundicia está plagado de ratas y bichos! —dijo Eduardo de malhumor, Entonces puso la tabla de nuevo y la pisó con furia varias veces para sellarla.

—¿Qué ibas a hacer?

—Pensaba tapiarla, pero lo que es mejor es rellenarla de tierra y después tapiarla. A ver si cuando venga tu madre se lleva una buena sorpresa. Le voy a pedir una carretilla a Gastón.

Bufé mal humorado, pero preferí meterme en el lavado para que un baño de inmersión diera cuenta de todos mis pesares.

Los últimos acontecimientos me habían puesto muy nervioso, y aunque tenía poca lógica, pensé mucho en Ricardo y en el Mota como los autores extorsivos del crimen del chico catalán. En realidad la coartada del Mota era su propia

tristeza y rencor hacia la sociedad que no le había perdonado asesinar a la persona que amaba. El caso de Ricardo era diferente. Era aún un adolescente entonces y siempre se mostró parco para darme una respuesta acerca de quién era el homosexual de la manzana, a pesar que lo conocía bien.

Es increíble lo que hace el agua. Uno se sumerge y deja de respirar durante tres, cuatro, cinco segundos y cuando saca la cabeza a la superficie, el aire vuelve a llenar a los pulmones y los males desaparecen. Los curas debieran usar ese método en la purificación de las almas. Lo mejor que tiene es que cuando uno hunde la cabeza no oye un mundo subterráneo que se pelea con un agujero infectado de ratas y cucarachas. Como me sucedió unos segundos después.

–¡Ahí! –la voz llegó de afuera y era otra vez el imbécil. Que pensándolo bien, no se había portado tan mal en los últimos tiempos, aunque sí, andaba un poco nervioso con el tema de no tener trabajo.

–¿Qué pensás hacer, Eduardo? –la otra voz era de Gastón que se había metido en la casa para cotillear un poco.

–Quiero tapar ese agujero que está debajo de la madera. Está lleno de bichos.

–Sí, mirá, sale una cucaracha.

Y oí el desagradable “clac” de un pie pisando el cascarudo insecto a punto de escaparse.

–Te conviene primero tapiar la parte de abajo –sugirió Gastón. –Llenarla de cemento y cerecita para que no te vuelvan a entrar, porque sino hacés medio trabajo.

Bueno, Eduardo nunca fue muy lúcido para la tarea manual.

–Yo no tengo cerecita, sino te daba. ¿Quién puede tener? –dijo Gastón.

–¡Dejá! –dijo –Yo tengo un poco en la casilla que tengo en Villa Caraza.

Villa Caraza.

Villa Caraza.

Las últimas palabras de Eduardo repercutieron en mi mente e hicieron mella en mí. De repente una serie de recuerdos acudieron a mi mente. La vez que el imbécil aparcó la camioneta en lo que yo creía la primera parte de la casa de Doña Ana, luego de darme algunas vueltas para despistarme; en realidad lo hizo en la casa de Pedro. ¡Y por eso sus nervios! Comencé a recordar el día que apareció con la camioneta nueva y di cuenta que fue poco después de la muerte de aquel desdichado. Todo me conducía a una única y espantosa idea. Por eso luchó siempre para que no investigara. ¡Y por eso también fue tan amable de guardar mi secreto de que Josep era homosexual! ¡Y el Pedro que alguna vez habló con Eduardo sobre un trabajo no era otro, que el Pedro que amó perdidamente a Josep. Y al que extorsionaba. ¡Dios! ¡Eduardo era el asesino!

El saber que todo el tiempo estuve viviendo con el criminal me dio un

espasmo tan fuerte que me llevé la mano a la boca para no gritar. Quedé impresionado por la realidad, mientras el asesino y Gastón gastaban palabras sin sentido alrededor del pozo inservible aquel. Como pude me incorporé, pero no pude dejar de temblar. Respiré hondo para tranquilizarme. Cuando lo logré en forma parcial, me sequé y me vestí pausadamente. Oí como los hombres se alejaban hacia la calle y entonces aproveché para salir del baño. En mi cuarto cogí mi mochila y salí hacia la calle. Pero en la puerta de casa, apenas saliendo del comedor choqué con Eduardo y no pude evitar pegar un grito de impresión.

–¡Ah!

–No te asustés, hijo. Soy yo –me dijo, pero no pude responderle, y lo hice a un lado y salí a paso rápido, casi corriendo a la calle. Eduardo inquieto me siguió unos pasos.

–¿A dónde vas? –dijo. –¿Qué te pasa? –Pero yo seguía a paso firme y no me detuve. Finalmente, cansado de preguntarme se detuvo y yo seguí en mi andar rápido hasta que llegué a la avenida para coger el autobús que me llevaba directamente a la estación.

Sobre el autobús me tranquilicé. Pero cuando quise llamar a mi hermano caí en la cuenta que había dejado el móvil en la casa de mi madre, por lo que no pude hacerlo hasta llegar a casa. Entré con desesperación desmedida y cogí el teléfono de línea, pero el área de cobertura de su móvil a Villa Elisa no

permitted me to communicate and I hated technology.

My breathing was still agitated; I sat in a chair and tried to calm myself. I also thought that it was a stupidity to escape like this from home, knowing that Eduardo did not suspect anything about my knowledge. The best would have been to maintain appearances, but how? I reflected on his obsessive interest in that I would meet Natalia, the deaf-mute girl, which was obviously for me not to devote myself fully to investigation. Every step taken by Eduardo was done in function of that I would stop meddling in his old crime. I meditated on Pedro's words and his fears. "A cruel, despotic, contemptible man, who has no type of scruples or qualms at the moment of killing", he had said. I also thought that he was extorting me. Every thought put me even deeper into a depression accompanied by fear and remembering that all this time I had been hiding in my family, living with us and that Juan called me "daddy", made my stomach turn and I was about to vomit.

My attempts to call Juan were frequent and fruitless. Hunger had no end and finally I went to my room, I took off my shoes, but I stayed dressed; soon my conscience disappeared and I fell asleep.

I don't know how long I slept and how many dreams came to my head, but an unusual sound from the kitchen woke me up suddenly. I strained my ears to try to catch any strange movement, but my ears failed to receive

detalle alguno de otro sonido. Entonces calculé que estaba obsesionado, me relajé e intenté dormirme otra vez.

Otro sonido, más imperceptible, proveniente de la sala contigua a mi habitación; mis músculos se tensionaron todos. Agudicé nuevamente mi sensibilidad auditiva y pude comprobar que del otro lado de la puerta se estaba acercando alguien. Los pasos eran suaves, demasiado suaves, casi imperceptibles y llegué a la conclusión que el insustancial chasquido contra el suelo era producido por un pie descalzo. Enseguida oí el resoplido leve de su respiración contra la puerta y ésta comenzó a abrirse muy lentamente e inmediatamente invadió mis fosas nasales un vulgar aroma a jabón de tocador que me dio cuenta de que el que entraba era el propio Eduardo que me había seguido. Mi corazón pareció estallar. Mantuve los ojos cerrados para que la persona que entrara no sospechara que lo percibía nítidamente a través de mis otros sentidos. Luego de dos pasos suaves, ligeros, la persona cerró nuevamente la puerta, y entonces, lejos de cualquier reflejo de la sala, teniendo en cuenta que no había luz eléctrica en mi habitación, aproveché ese preciso instante para arrojarme debajo de la cama. Lo que siguió fue un segundo de confusión. Sentí como un cuerpo pesado se arrojaba sobre la cama y ágil como una gacela corrí hacia la habitación contigua, esquivando todos los objetos que yo mismo sabía de memoria donde se hallaban. Luego salí deprisa hacia la calle descalzo y comencé a golpear con desesperación la

puerta de la doña Carmen. O no estaba o tardó en salir, pero yo no tenía tiempo para esperarla, por lo que comencé a gritar “taxi, taxi” con vehemencia para escaparme del lugar. La fragancia de jabón apareció cerca de mí, pero también un perfume de mujer.

–Ahí hay un taxi, ¿te ocurre algo? –dijo esa mujer y entonces sentí a Eduardo correr, alejándose de la escena en dirección contraria.

–Ese hombre que corre entró a mi casa –grité. –¿Dónde está el taxi?

–¡Aquí! ¡Aquí! –dijo la mujer nerviosa. Ya lo detuve. El hombre dobló en la esquina, querido.

La mujer me ayudó a subir al coche y sin más le pedí al hombre que me llevara con urgencia a una comisaría. Luego, calculé que mis pruebas eran tan incongruentes como las del asesinato del pobre de Josep, por lo que decidí volver rápido a casa de mi madre. Por la hora ya debían estar allí y todo se aclararía. Sólo debía llegar antes que el imbécil, el criminal, el extorsionador, el despiadado de Eduardo.

–¡Deprisa, por favor! –le pedí al taxista

El coche, que ya iba rápido, aumentó su velocidad y escuché más de una frenada. El hombre iba en silencio y calculé que quería sacarse de encima cuanto antes la carga extraña que le significaba mi persona. Cuando llegamos a la dirección exigida me dijo:

–Acá es, pibe. Son veinticinco pesos.

Entonces recapacité que había dejado la mochila en mi casa. Metí la mano en mis pantalones y hallé el resto de un cambio. No llegaban a veinte pesos con monedas y todo.

–Aquí tiene; espere que le pida a mi madre.

Pero cuando me bajé el coche salió raudamente dejándome solo en la calle.

Con apremio y con satisfacción entré a mi casa. Comencé a gritar el nombre de mi madre y de mi hermano para que salieran a recibirme y contarle toda la nueva novedad. Pero ahí caí en la realidad, que a pesar que ya eran más de las siete de la tarde, según las agujas táctiles de mi reloj, ni mi madre ni mi hermano habían venido aún. Entonces decidí irme a otra casa. Tal vez a la señora Teresa o bien a Jorge Machado con sus hijos. Sí, éste último sería mejor; esperar allí a mi familia y también adelantarles sobre mis increíbles descubrimientos. Pero cuando comencé a salir por el pasillo el abrupto frenar de la camioneta que sonaba a chatarra vieja de Eduardo me retrotrajo sobre mis pasos. Oí como cerraba la puerta del vehículo con fuerza, entonces entré nuevamente a casa y supe que si no me escondía, sería asesinado sin compasión por aquel abominable hombre, y que nunca haría desaparecer mi cuerpo y que jamás hallarían mi cadáver. ¡Cuántas coartadas tiene un asesino para un ciego!

Deduje que esconderme debajo de la cama era una niñería, fácil de ser descubierto; lo mismo un armario o recovecos de la casa. Pues entonces, casi

sin tiempo para pensar, sabiendo que me iba la vida en ello, mientras oí correr a la bestia por el pasillo de casa, decidí meterme en el peor y más inmundos sitio que podría haber en la casa: el pequeño sótano infectado de inmundicias. Lugar que él mismo podría pensar para esconder mi cuerpo. Tal vez le estaba brindando una ayuda. Lo cierto es que, con la velocidad de la luz, saqué la pequeña alfombrilla que tapaba la tapa, clavé mis finos dedos en el marco de la madera y la abrí sin problemas. Me introduje sin pensarlo en el agujero y antes de terminar de cerrar esa infesta tapa roída, calculé acomodar lo mejor que pude la alfombra por encima. Segundo después estaba en otra oscuridad peor que mi ceguera, mientras que Eduardo ingresaba a la casa con pasos agitados.

Lo sentí bufar. Oí también que iba hacia un lado y otro por la sala buscándome, abriendo y cerrando puertas.

—¡Daniel! —dijo y oí como se metía en mi cuarto, revisaba allí, arrojando su pesado cuerpo contra el suelo y ver debajo de la cama, abriendo y cerrando luego el armario de la ropa; ingresando al baño y golpeando las puertas con furia. —¡Daniel!

Yo intenté no respirar. Me quedé tieso de miedo, tratando de no provocar ningún ruido extraño, respirando el aire nauseabundo que había en el agujero.

—¡Daniel! —otra vez la voz del asesino estaba cerca. Lo sentí a pasos de la tapa del pequeño sótano y de ver algún cambio en la alfombrilla, estaba

perdido.

Pronto se puso a centímetros de la tapa. Sentí sus pasos acercarse, pero no podía ni imaginar hacia dónde buscaba. Mi cuerpo comenzó a temblar sin que yo pudiera dominarlo.

—¡Daniel! —dijo y su voz cavernosa retumbó en el hueco del sotanillo. Pronto comencé a sentir el roce de algo que caminaba tenuemente por mi camisa. Sospeché que se trataba de un insecto, seguramente una cucaracha, pero no quise mover un músculo por miedo a que Eduardo, de pie a un solo paso de la tapa del sótano lo oyera. Pronto confirmé mi sospecha y el repugnante bicho comenzó a trepar por mi cuello y luego subió por mi mejilla, se acercó a mi boca y se detuvo finalmente en mis ojos enfermos. Sacudí levemente la cabeza y el insecto alertado se arrojó al vacío y se oyó un “tap” seco al estrellarse contra la madera de la superficie húmeda. Luego el insecto parasitario pasó por encima de mis pies descalzos y yo creí que renunciaba a la tortura de aquel mugriento agujero para entregarme de cuerpo y alma a la guillotina del criminal. Temí que Eduardo haya oído el pequeño ruido producido por la cucaracha al caer, pero en cambio sus pasos se alejaron y sentí entonces mi alma volver al cuerpo. Eduardo entró a su cuarto y el crujir de su viejo armario, me dio la pauta que buscaba algo, tal vez una vestimenta, o no sé. Pero luego al sentir abrir una cerradura, deduje que sacaría de la parte superior del armario algo que guardaba celosamente. El “clac-clac” me dio

cuenta que fue el tirar hacia atrás la parte superior de una pistola para que una bala se acomodara en la recámara. Comprendí que Eduardo estaba dispuesto a todo, y matarme apenas me descubriera sería una solución mágica para él, sin medir las consecuencias. Salió a paso apurado, más bien demencial, y como con toda la prisa de una mente enferma comenzó a buscar nuevamente obsesivamente.

—¡Daniel! —gritó ya con voz estridente y enojada. —¿Dónde te metiste?

Sentí mi corazón latir más de prisa; el aire era asfixiante y algo de gran tamaño, frío, viscoso, pasó rápido por sobre mis pies desnudos. Estaba a punto de estallar y de salir corriendo. El miedo me carcomía mi ser. Temía al exterior del hoyo, pero también a quedarme allí y que uno de estos inmundos roedores mordiera mi carne desnuda y ya no tuviera más remedio que salir espantado y entregarme al final definitivo que me esperaba fuera.

Me concentré en no moverme y resistir. ¡Y mi madre que no venía!

—¡Daniel! —gritó de nuevo el criminal totalmente enajenado y mi cuerpo se contrajo por su sonido cavernoso.

De repente se detuvo. Sé que estaba cerca del sótano pero no producía sonido alguno, salvo una respiración agitada. Pensé en la posibilidad de que estaba viendo la alfombrilla de la tapa del agujero y con ello meditar sobre la posibilidad de que yo me encontrara en él. Mi cuerpo ya no me respondía y no podía evitar temblar como una hoja. Eduardo dio un paso hacia el sótano; lo oí

acercarse. Pero de repente, su móvil sonó y lo sacó de su realidad.

–Hola, Esther –dijo con una voz suave y calmada, que me evidenció una espeluznante hipocresía, la misma que tuvo estos últimos dieciocho años. – ¡No, no te preocupes!... ¿Daniel? ¡Ah!, ¿no llegó todavía? Bueno, ya sabés como es... Ya te dije lo que me contó... Me dijo que vayan a su casa. No sé que cosa importante tenía que decirles... Sí, me dijo eso... Sí, vos y Juan... Me dijo que Juan entrara con su llave, que si no estaba que lo esperasen, pero que no dejaran de ir. Lo noté agobiado. Tengo miedo que haga una locura ese chico... ¡Sí, sí, bastante agobiado, Esther!... ¡Ya sabés que a mí no me hace caso! Quise sonsacarle, pero ni siquiera me habla... Bueno, no te preocupes. Si tenés que quedarte a dormir allí, yo me arreglo... ¡Pero no te vayas! ¿Qué tiene el móvil apagado? No, el móvil suyo lo tengo yo; se lo olvidó en casa. Pero si él quiere llamar de público, lo va hacer. Vos esperalo. Y que Juan no se marche, que con él también quería hablar. No estoy seguro, pero me parece que era por el tema ese de esa chica muda... Bueno, un beso... Adiós.

Cortó. Y a mi se me heló la sangre aún más. Había preparado el escenario de tal manera que tuviera tiempo suficiente para buscarme con tranquilidad, asesinarme y hacer desaparecer mi rastro sin que nadie pudiera hacer nada por mí. Eso explicaba que mi madre no estuviera en su casa; Eduardo la había llamado apenas escapé de mi propia casa.

Bufó. Luego quedó quieto. Casi no podía oírle. No supe si estaba mirando

hacia el sótano o hacia otro sitio; no se movía y eso me inquietó más. Finalmente comenzó otra vez la búsqueda. Oí como movía la mesa del comedor, tal vez para inspeccionar el lugar minuciosamente. Luego entró otra vez a mi cuarto, al suyo, al de mi hermano, al baño, a la sala. Insultó al aire y regresó al comedor. Escuché cuando arrastró una silla y sentó su pesado cuerpo. Pero luego pareció ocurrírsele algo:

–¡El fondo! –se dijo y salió corriendo hacia el patio, creyendo torpemente que podría estar allí entre algunos trastos de jardinería. Yo pensé en salir en ese instante, pero no tenía tiempo suficiente entre que él fuera al exterior y volviera desilusionado. Entonces me resigné a seguir en el pozo, ya con los pies algo entumecidos por el frío del ambiente.

El chillido de una rata a no más de un paso de mí pie me inquietó. Tuve miedo de que el roedor me mordiera y ahí sí que no resistiré más ese húmedo encierro, por lo que estiré mi pie con violencia y lo estrellé en alguna parte de su cuerpo repugnante; oí como la rata golpeaba contra las paredes mohosas del pequeño habitáculo y daba un chirrido espantoso. Pero un nuevo sonido me estremeció aún más: oí de repente el caminar pesado y apremiado del criminal regresando al comedor y luego de pasar por la puerta la cerró con llave, arrojando las llaves hacia un costado y dejando el destino sellado entre él y yo. Me di cuenta entonces que estaba perdido. Que nada podría hacer si se le iluminara la mente y decidía husmear en el agujero, tan ignorado durante tanto

tiempo, tan desapercibido a los sentidos de los habitantes de la casa. Me di cuenta que sólo me quedaban dos opciones: esperar que el imbécil se diera cuenta de mi presencia en el sótano y me exterminara como una rata más, quizá allí mismo, tapándome luego con tierra o vaya a saber qué, sellando el lugar como el gato negro de Edgar Allan Poe y que nunca más por siglos se supiera de mí. O la otra opción, encontrar la manera de luchar o de escapar de aquella bestia sanguinaria, en mi condición de ciego.

Eduardo también supo que no tenía alternativas. El tiempo le jugaba en contra y tenía que hallarme lo antes posible antes que su mujer, mi madre, y su falso hijo, mi hermano, regresaran y se descubriera todo. En ese caso, no le quedaría a esa mente criminal más que acabar con todos o ir a prisión.

Sentí sus pasos acercarse a la ventana. Más de una vez oí quejarse a Juan de que desde que habían levantado esa pared, ya no entraba la luz solar a casa a media tarde y tenían que encender la luz eléctrica. De hecho, Eduardo ya lo había hecho para manejarse por la casa. Esa era una ventaja para mí. Una vez la luz se cortó y era que tuvieron que cambiar los fusibles de la casa. Y eso me dio una idea. Mi única posibilidad era que Eduardo se fuera de la habitación en un momento y yo cortar la luz, precisamente en la parte superior del fondo del comedor. No tendría muchos segundos para actuar, pero sería mi única posibilidad de sobrevivir. Pero contrario a mis deseos, sentí como el cuerpo pesado de Eduardo se posaba otra vez sobre una silla. No pudo precisar hacia

dónde estaba mirando, tal vez hacia la abertura que daba a las otras habitaciones de la casa, presumiendo que en algún momento aparecería por ahí, pero su respiración entrecortada me daba señal de que estaba nervioso, más bien histérico, y sabía que no podía estar allí mucho tiempo más. De repente su respiración se detuvo. Se detuvo también el tiempo dentro del sótano y esperé con impaciencia sus próximos movimientos. Oí cómo se puso de pie y cómo sus pasos fueron acercándose hacia donde estaba yo escondido. Oí el crujir de sus gruesas rodillas al ponerse en cuclillas y supe entonces, con agónico pesar, que su se le había iluminado su mente. Oí su respirar no muy lejano, seguido de sus dedos correr y arrojar a un costado la pequeña alfombrilla del sótano. Entonces pensé que no tenía otra alternativa que enfrentarme a la muerte, mirándola, aun ciego, cara a cara.

Cuando las uñas de Eduardo escarbaron en los costados de la tapa del hoyo y comenzaron a levantarla, tomé impulso y empujando con fuerza la tapa hacia arriba se la pegué en el rostro a Eduardo que con un grito de sorpresa cayó hacia atrás, desparramando toda su humanidad y oyendo yo el cuerpo fofo y pesado caer por el suelo. En un segundo salí del agujero mugriento, en otro segundo corrí hacia el sector de los fusibles y no dejé pensar a Eduardo cuando bajé la palanca y todo quedó a oscuras para sus torpes ojos. Entonces tiré de los tapones que daban la luz y aseguré que el criminal no volviera a ver las imágenes que lo rodeaban. Todo fue muy rápido.

Ahora estábamos en igual de condiciones.

—¡Daniel! ¡Te has vuelto loco! —dijo mientras se incorporaba. Yo no respondí, como manera de mantenerme oculto en la oscuridad. —¡Qué bicho te ha picado!

Oí sus pasos venir hacia a mí torpemente, llevándose por delante la silla en que estuvo sentado hasta hacía un momento. Luego cogido la silla y la arrojó hacia un costado con fuerza, pensando tal vez que daría en mi cuerpo.

—¡Daniel, conversemos! Creo que estás confundido. Y la confusión te la metió el condenado de Pedro.

Caminé hacia un costado con pasos suaves y me dio satisfacción saber que estaba descalzo. En cambio él caminaba con ineptitud y se chocaba con los muebles. Yo permanecí quieto, en tanto y cuanto no se acercara a mí. Aunque tenía miedo y mi corazón parecía salirse por la boca, respiraba despacio para no causar sonido ni indicio alguno de mi presencia.

—A ese chico lo mató Pedro, Daniel. Tenés que creerme. Yo siempre fui un padre para vos.

Oí que sus pasos se me acercaron y entonces me moví hacia un costado. Finalmente dio sus manos contra un mueble y tiró unas copas y sus cristales dieron contra el suelo.

—¡Eso es! —dijo con aire victorioso. Y comenzó a arrojar copas hacia todos los lados, sabiéndome descalzo. —¡Hablemos y no me hagás hacer cosas que

no quiero, Daniel!

También comenzó a arrojar muebles hacia todas partes para enmarañarme mi paso seguro, pero él mismo tropezaba una y otra vez con los obstáculos.

Yo me moví hacia un costado con la espalda contra la pared, arrastrando los pies con delicadeza para no clavarme un cristal, aún así sentí la agudeza de alguna astilla de copa que se me metió en la carne, pero salvo elevar el pie instintivamente, no produje ningún movimiento que alertara a mi perseguidor.

—¡De verdad, Daniel! Tenés que creerme; siempre fui un padre para vos cuando el otro hijo de puta te abandonó. ¡Eso no se hace, Daniel! ¿Acaso miento?

Yo oí su voz a cuatro o cinco pasos de donde me encontraba, pero no respondí.

—Sólo decime eso, Daniel. ¿Te traté alguna vez como si no fueras mi hijo?

Los ruidos de sillas, y cristales resquebrajándose aplastados por sus propios pies sonaron constantemente. Yo seguí apretando mi espalda hacia la pared. Sabía que allí vendría un armario de adornos y libros y di un paso hacia delante para no llevármelo por delante. Pero una silla arrojada anteriormente me jugó una mala pasada y sus patas se enredaron en mis piernas haciéndome caer. No grité aunque me dolió el golpe que me di en la ingle con una de sus patas hacia arriba, pero el ruido del madero arrastrándose conmigo encima alertó a Eduardo y no dudó en dispararme. No sé dónde pegó la bala, pero

comprendí que se sintió acorralado y que matarme era su única oportunidad para intentar ocultar su viejo pecado. En cuatro patas me alejé del lugar. Mis manos dieron con el manojito de llaves que estaban aún en el suelo cuando cerró las puertas y las arrojó. Las cogí y las guardé en mi pantalón. Yo Pensé en abrir la puerta y salir corriendo, pero dejarle salir también sería contraproducente, permitiéndole verme con las luces de la ciudad, por lo que dejé la puerta cerrada hasta una mejor ocasión.

Lo sentí llevarse otra silla por delante y yo estaba precisamente en la otra punta de la sala. Pronto comprendí que no era que estuviéramos en igualdad de condiciones, sino que yo tenía ventaja sobre él, ante mi acostumbramiento a andar siempre en las sombras. Entonces lo esperé. Eduardo caminaba con los brazos extendidos, como los que nunca tuvieron el don de la ceguera. Oía jarrones caer por la torpeza de sus dedos y también le oía blasfemar.

—Cuando te agarre... —dijo. Yo lo esperé acercarse. Estiré mi pierna todo lo que pude hacia un costado y golpeé un banco atravesado, entonces Eduardo disparó hacia allí y se encaminó hacia donde yo ya no estaba y se llevó el banco por delante. El escándalo que hizo me dio la pauta del lugar exacto donde estaba cayendo y con un golpe en la espalda, terminó de dar con su cabeza sobre la pared.

—¡Ah! —gritó por la sorpresa. Sentí como se puso de pie como un resorte, mientras me ponía a un costado de él. —¡Ya te voy a agarrar, hijo del demonio!

Entonces dio un paso de frente y yo le puse un pie cruzándole el cuerpo y lo empujé hacia delante, cayendo otra vez pesadamente. Y allí se cumplió el prodigio: Eduardo dio de bruces contra el suelo y no pudo retener su pistola; oí como el metal se deslizaba y daba contra los cristales esparcidos; luego con satisfacción noté como palpaba el suelo en busca del arma.

–¡Inválido! –me gritó para lesionar mi ego, cosa que no logró en esas condiciones. Clavándome algunos agujones de cristal, di con la pistola mientras él seguía maldiciendo y buscando en cuclillas algo que ya no estaba a su alcance. –¡Hijo de Satán!

–Esto se acabó, Eduardo –dije por fin y antes de que reaccionara disparé hacia un costado, sabiendo que no estaba allí. Fue entonces que Eduardo, el imbécil, el que quiso ser mi padre, comprendió su precaria situación.

–¿Qué vas a hacer, Daniel? –la voz provino desde abajo y supuse que estaba de rodillas.

–A matarte, claro –dije.

–¡No, Daniel, por el amor de Dios!

–¿Ahora nombrás a Dios? ¡Y antes era el hijo del demonio!

–Daniel, Danielito, vos sabés que siempre te cuidé.

–¿Te acordás cuando me decías pendejo?

Y tiré otro tiro hacia el costado. Allí sentí cuando su cuerpo se arrojó tal cual extenso era contra la tierra.

–¿Te acordás cuando me decía que no era fácil vivir con mi problema?

Otro tiro.

–Daniel –dijo con la voz temblante, arrojado esta vez contra la puerta. –No podés ensuciarte en un tipo como yo. ¿Qué haría un ciego en la cárcel?

–¿En la cárcel? ¡Nada de eso, imbécil! –dije por primera vez sintiéndome con poder. –El ciego quiso ser violado y liquidado por el asesino del pobre Josep Argerich. No sólo puedo indicarle la casa de Villa Caraza donde tenés el arma homicida, sino cada detalle de lo que hiciste ese día.

–Daniel... –dijo vencido y oí como su voz viajaba hacia mí, por lo que cambié de posición. –No quise hacerlo, de verdad.

–¿No? Contame...

Oí como sus brazos se agitaban de un sitio a otro buscándome, pero yo ya estaba otra vez en la puerta.

–Hagamos un trato, Yo te cuento y vos me dejás ir.

–Te propongo otro.

–¿Cuál? –los brazos se dirigieron hacía mí, pero mis pies pronto estuvieron en otro lugar, tratando de no ir a la parte norte de la habitación donde había más cristales.

–Vos me contás y yo no te mato.

Se produjo un gran silencio y temí que Eduardo me diera alcance, pero cuando habló estaba en el mismo sitio.

–No podés matarme –dijo.

–¿Hacemos la prueba? –y apunté mi arma al techo hacia donde venía su voz.

–¡No! –gritó y se arrojó hacia el suelo dando su humanidad entre bancos y sillas.

–Es fácil –dije. Yo huelo la sangre. La próxima va directamente al corazón... Pensándolo bien, no me interesa el trato.

–¡No, Daniel, por el amor de Dios! –gimoteó.

–Te escucho...

–No pensaba matarlo. Quería un dinero que debía estar en la casa, en la habitación del chico, pero el pervertido de Pedro le estaba dando por el culo. Como no encontré la plata todo se complicó y fui a buscarlos. ¡Las cosas se dieron así! No quise matarlo. ¡Tenés que creerme!

–¿Y por qué extorsionaste a Pedro todos estos años?

–¡Qué decís, Daniel! Yo nunca lo extorsioné.

–Bueno, por lo visto seguís con tus mentiras...

–¡Yo nunca lo extorsioné! –y sus brazos otra vez arrojaban manotazos a donde calculaba que estuve un instante antes. Yo hablaba y enseguida me movía en silencio para no darle detalle de dónde me encontraba. –¡Daniel! ¡Esa gente tenía mucho dinero mientras nosotros vivíamos en la indecencia! Tenía que pagar tu escuela de ciegos, el colegio de Juan, los caprichos de mamá...

–¡Eso es una excusa! ¡Sos un hipócrita! –y disparé una vez más para amedrentarlo.

Un ruido exterior nos alertó a los dos. Pasos de un hombre joven venían con suma rapidez. Conocí a la perfección el andar de mi hermano Juan, que se encontró con la puerta cerrada.

–¡Abran! –gritó y comenzó a golpear la puerta.

–¡Aquí, Juan! –dije efusivo.

–¡Cuidado, Juan! ¡Está loco! –gritó el imbécil.

Juan golpeó de nuevo la puerta.

–¡Abran!

–¡Juan, Eduardo es el que mató al chico catalán! –dije victorioso.

–¡Abran! –dijo una vez más Juan sin tener en cuenta mis palabras.

–¡Juan, llama a la policía! –dijo Eduardo con un cinismo espeluznante. –
¡Daniel tiene una pistola! ¡No sé de dónde la sacó! ¡Me quiere matar! Me disparó varias veces.

–¡Sí, llama a la policía, Juan! –dije para que viera que no tenía miedo a la justicia; al contrario.

–¡Abran! –Y los golpes se sucedieron una y otra vez.

Pensé en acercarme a abrir yo mismo la puerta, pero el criminal estaba parado adelante.

Pronto una sirena anunció que todo el escándalo de muebles, cristales y

gritos había alertados a los vecinos que llamaron a la policía y probablemente pusieron sobre alerta a Juan cuando lo vieron llegar.

Los pasos veloces de una tropa policial aparecieron por el pasillo y llegaron a mis oídos con absoluta nitidez.

Enseguida tiraron la puerta abajo y el panorama con el que se encontraron habrá sido sorprendente: un ciego con una pistola en la mano y un tipo grandote, fuerte, con sus ojos desencajados de pavora, arrodillado, temeroso a ser exterminado como una rata.

Yo sonreí victorioso aun cuando me dijeron que arrojara el arma al suelo y luego me esposaron para llevarme detenido.

Epílogo

¡Se me parte la cabeza de dolor! Últimamente me duele seguido. Será por darle vueltas y vueltas al asunto del recordado Josep. O por el imbécil. O por Pedro, no sé.

Aún recuerdo con angustiosa satisfacción el día que estuve cara a cara con la muerte. No me explico cómo logré sobrevivir. Tal vez por inteligencia o por esa capacidad extra que tenemos los ciegos para movernos por el mundo, no sé.

Los días que estuve que estar encerrado en la Comisaría Cuarta de Remedios de Escalada hasta que se aclaró todo me permitieron pensar.

Los años vividos con el imbécil en casa fueron más duros desde la perspectiva de saberlo el asesino de Josep. Fue como vivir una vida de mentira y la persona que más salió perjudicada de todo esto fue sin duda mamá. Estar al lado de un tipo durante más de veinte años que no sólo fue un criminal, sino un perverso, fue muy duro para ella. Pero también fue difícil para Juan, que después de todo, él le había cogido cariño

Las palabras policiales que me anunciaron mi libertad me trajeron alegría, aunque quince días fueron demasiado para estar encerrado en una oficina especial, lejos del resto de los presos, (especialmente de la que estaba el

propio Eduardo), donde pedí todo lo necesario (y más) para sobrevivir tranquilo en esa pocilga de dos por dos.

–¡Se aclaró todo, pibe! –me dijo el comisario Ojeda.

–¡Al fin! –sonreí con mis ojos cubiertos por las gafas de cristales azules que me regaló Juan, con mi cabeza buscando el sol.

–La Justicia es lenta, pero llega –me dijo con satisfacción.

–Entiendo, comisario, es un problema de minusvalía legal.

–¿Eh?

–Me imagino que debe estar satisfecho con su trabajo, ¿no? –dije mientras comencé a recoger mis cosas.

–Pues sí, aunque te confieso que nunca dudé de tus palabras. ¡Ni siquiera cuando viniste aquella vez! ¿Te acordás? Pero como comprenderás, estaba atado de pies y de manos para hacer algo.

–Lo comprendo, lo comprendo –dije. –La verdad que demostró una gran sagacidad. Sólo dieciocho años para esclarecer el crimen... ¡Y eso que tiene la dificultad de no ser ciego! ¡Habrà sido difícil lo suyo!

El comisario Ojeda no me respondió y mi sonrisa se hizo más amplia entonces, pero cuando calculé que tenía todo conmigo, extendí el bastón y me dirigí a la salida.

–¡Ah, comisario! Una última cosa.

–¿Sí?

–¿Cómo se supo todo?

–El cómplice Pedro Sánchez confesó.

–¡Vaya! –No pude evitar la sorpresa. –¿Lo torturaron para que cantara?

–¡Qué decís, pibe! El acusado hizo una declaración espontánea. Además tuvo palabras de mucho elogio para vos. Parece que te estimaba mucho.

–¿En serio?

Salí de la habitación-celda y en la sala principal estaban mi madre, Juan y la tía Clotilde. Me abrazaron, moquearon y dieron grititos de alegría. Cuando se compuso todo, por fin fuimos a casa.

Con los días pudimos hablar más relajados de todo, aunque mamá era la que peor la pasó y evitamos mencionarle el tema.

–¿Era necesario que dispararas tanto dentro de la casa, Daniel? –me dijo Juan; estaban también Ricardo, Hernán y el Mota, curiosos en saber cómo un ciego había reducido a un criminal con pistola. –No quedó nada sano. ¡Hasta el techo tuvimos que reparar!

–Lo siento –sonreí. –Pero en un momento así...

–¿Y cómo supiste que la pistola no tenía más balas? –preguntó Hernán.

–¿No tenía más balas? –pregunté a su vez y un escalofrío recorrió mi espalda.

–Yo quiero confesarte algo, Daniel –dijo Ricardo. –Algo que me hace sentir un poco culpable, pero la verdad que no podía hacer mucho. La persona que

yo vi una vez en situación poco decorosa fue precisamente su padre, bueno, ese tipo que mató al catalán.

–¿Cómo poco decorosa? –preguntó Juan.

–Sí, una tarde yo venía de casa de unos amigos cuando vi claramente darse un beso con Pedro. ¡Cómo podría decirte una cosa así! ¡Era armar un lío grande!

–¡Y cuántos trastornos nos hubieras evitado, Ricardo! –respondí.

–¡Ya sé! Pero nunca sospeché una cosa así, Daniel. Lo siento.

Nos quedamos un rato en silencio. Luego comenzaron a hablar de otras cosas, de si el Independiente era el verdadero Rey de Copas, y no que era el Boca, y que en el barrio del Club Talleres... ¡Y esas cosas que hablan los que ven sólo imágenes! Yo me alejé un poco en silencio, pero unos pasos vinieron conmigo.

–¿Daniel? –me dijo el Mota.

–¿Sí? –sonreí con la cara al sol.

–Vine para pedirte disculpas por todos los malos tratos. Es que no fue muy fácil lo mío estos años. La muerte de ese chico era como una carga también para mí ante los ojos de la gente.

–Te entiendo, Mota –dije. –¡Los ojos de la gente! ¡Esos son los que menos ven! No se dan cuenta que sólo se ve con el corazón.

El Mota largó una risita que fue más bien un corto quejido y puso un brazo

sobre mi hombro. No le toqué la cara, pero me imaginé que alguna lágrima se le escapó.

No pasaron muchos días cuando se supo que Pedro Sánchez, el Señor “Hmmm”, se ahorcó en la cárcel. Dicen que le dejó una carta pidiéndole disculpas a su esposa y otra a Eduardo diciéndole que le perdonaba todo por darle felicidad todos estos años. A mí me dejó la rana de cristal italiano, la que atesoré con gran cariño junto a las otras.

Otra novedad me fue dada por Gustavo, el oloroso. Durante mis días de detenido una chica estuvo buscándome y le preguntó a él, como era muda sólo le dejó una breve nota con una dirección que ponía que había estado enferma y que cuando regresó al bar no le supieron decirle sobre mí; también me dejó una dirección, Un días de estos iré a visitarla; no sea que crea que estoy desesperado.

La tía Clotilde comenzó a venir de nuevo a casa a pedido mío. Ser la hermana de mi ex padre tampoco era un defecto tan grave. Aunque...

–Tengo que decirte algo, Daniel –me dijo una tarde.

–¿Qué?

–Tu padre quiere verte.

Yo sonreí.

–Tía, ¿cómo una persona tan buena como vos puede decir cosas tan feas?

–¡No seas rencoroso, Daniel! ¡Las cosas pasaron hace mucho tiempo!

–Si querés siendo mi tía, no hablemos más de este asunto.

–Como vos quieras –dijo y nunca más me mencionó el tema.

Sin embargo, mi padre, el biológico, apareció una tarde lluviosa cuando salía de mi casa de Capital para vender los billetes de Lotería en la calle Lavalle. Estaba a punto de cruzar cuando alguien se me paró a mi lado.

–¿Daniel? –dijo. La voz era extraña; no la recordaba y aún así me parecía familiar. Creo que sospeché algo.

–¿Sí?

–Yo soy tu padre –me dijo con voz lastimera.

–¿Me ayuda a cruzar la calle? –le pedí.

–Claro –respondió él con satisfacción. –Vamos ahora que está en verde.

–Esperemos –dije. Y cuando el “tic... tic...” de los últimos segundos para cruzar se anunciaron dije: –¡Ahora!

Y me lancé a la calle mientras mi padre no sabía si advertirme, detenerme o venir conmigo. Como yo ya había dado dos pasos, corrió hacia mí y pronto los coches comenzaron a pasar por nuestro costado con velocidad.

–¡Nos van a matar, Daniel! –dijo nervioso.

Yo me solté de su brazo y regresé a la anterior acera, mientras oía los insultos de los automovilistas hacia aquel tipo que estaba parado en el medio de la avenida.

Nunca más supe de él, aunque ese día no fue atropellado.

Creo.

De Eduardo, el imbécil, supe como terminó sus días en la cárcel. Más allá de la vergüenza de haber sido vencido por un “no vidente” y lo que significaba ser un perverso en la cárcel entre muchos presidiarios ávidos de sexo, también supe que se escapó pero una lluvia de balas de los guardias dieron en su espalda; creo que cien. O doscientos. Pero sobrevivió y se metió en un bosque donde había un gran lago con un pantano de arenas movedizas. ¡Sí, en Buenos Aires, qué tiene! Nadó por las aguas contaminadas del lago y lo atacó un cocodrilo que le arrancó los testículos. Sobrevivió y del otro lado se encontró un helicóptero abandonado, con gasolina y las llaves puestas, como en las pelis yanqui. Entonces se subió y cuando estaba a mil metros de altura el bicho volador dejó de funcionar y Eduardo, el imbécil, abandonó la nave como una rata y se arrojó en paracaídas al vacío; pero con tan mala suerte que cayó en la Avenida 9 de Julio sobre el Obelisco, con gritos de todo el mundo, los claxon, los taxistas, los albañiles, el tráfico, los “diario, diario”, los olores a humedad. Hoy yace junto a mi otro padre desvirgados ambos a los pies del monumento al falo mientras los turistas le sacan fotos y los perros callejeros los mean. Juro que es la pura verdad.